



HQN™

JULIA LONDON

AUTORA BEST SELLER DE THE NEW YORK TIMES

LA VIUDA Y EL
ESCOCÉS

JULIA LONDON

LA VIUDA Y EL
ESCOCÉS

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2017 Dinah Dinwiddie
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
La viuda y el escocés, n.º 176 - enero 2019
Título original: Sinful Scottish Laird
Publicada originalmente por HQN™ Books

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQN y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-1307-520-4

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Dedicatoria

Para Attadale Gardens, la preciosa propiedad de Wester Ross, situada junto al lago Lochcarron (las Tierras Altas), donde tuve el gran placer de escribir parte de este libro. En ella se inspira el Arrandale de mi novela.

Un agradecimiento especial para el señor de Attadale, que no es un hombre fuerte y musculoso de *kilt* y ojos oscuros, sino una mujer: la encantadora Joanna Macpherson. Ni su marido ni ella habrían podido ser más amables, ni sus jardines, más bellos.

Capítulo 1

Tierras Altas, Escocia, 1742
Balhaire

El carruaje crujió y se estremeció en el casi intransitable camino, sacudiendo a los viajeros de lado a lado. El joven lord Chatwick había palidecido, y descansaba sin fuerzas contra la mampara.

–Pobrecito mío –dijo su madre, acariciándole el pelo.

–Daisy, te dije desde el principio que no estaba en condiciones de afrontar un viaje tan duro. Pero estoy segura de que se recuperará enseguida.

Al oír el comentario de Belinda Hainsworth, prima de lady Chatwick, Ellis se despabiló un poco y dijo:

–Me siento bien cuando no se mueve tanto.

–Crees que te encuentras bien, que no es lo mismo –puntualizó Belinda, que sonrió con tristeza antes de girarse hacia Daisy–. Podríamos dar la vuelta y ahorrarnos todo esto. Aún estamos a tiempo.

Daisy sacudió la cabeza. Llevaban viajando una eternidad, y solo faltaban unos cuantos kilómetros para llegar a su destino.

–No, es demasiado tarde –replicó, cerrando los ojos.

Lady Chatwick estaba tan agotada como hastiada del viaje. Primero, tres semanas de caminos entre Londres y Liverpool; después, el barco hasta Escocia y más tarde, el implacable trayecto en carruaje entre chozas de adobe y campesinos vestidos de forma extraña, cuyos perros ladraban constantemente.

Además, el paisaje no podía ser más desolador. Y, por si eso fuera poco, su hijo había enfermado, su prima estaba cada vez más sombría y se veían

obligados a descansar en posadas de mala muerte.

Había sido una experiencia desastrosa.

–Pareces enfadada.

Daisy abrió los ojos de nuevo al oír la voz de Belinda, que la estaba mirando con detenimiento.

–Porque lo estoy –dijo–. Estoy harta de viajar, y no veo el momento de quitarme este condenado corsé.

Daisy suspiró y se llevó una mano a su dolorido costado. Justo entonces, el carruaje pegó una tremenda sacudida que la lanzó hacia la derecha, arrojándola contra su hijo. Belinda se golpeó con la mampara y soltó un grito de alarma.

–¡Por Dios! –exclamó Daisy, sin aliento.

–¿Se encuentran bien, *madame*? –preguntó un hombre desde el exterior.

–Sí, estamos bien. ¿Qué ha pasado? ¿Se ha roto una rueda?

Sir Nevis, quien las había acompañado durante todo el viaje, abrió la portezuela y sacó al niño.

–Me temo que sí.

–¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Quedarnos aquí? –preguntó Belinda mientras salía del carruaje–. No tenemos herramientas para arreglarla.

–Bueno, haremos lo que podamos –declaró sir Nevis, que ayudó a bajar a lady Chatwick.

En cuanto salió, Daisy se ajustó el corsé como buenamente pudo y se fue con sir Nevis a comprobar los daños. Uno de los radios se había partido, y la rueda estaba peligrosamente inclinada. El cochero y su ayudante habían reaccionado con rapidez, y ya estaban desenganchando los caballos.

–Tendremos que levantar el carruaje. De lo contrario, la rueda se romperá.

Sir Nevis dirigió sus palabras a los tres hombres que habían contratado en el puerto para que los escoltaran hasta Auchenard. Los tres se apellidaban Gordon y, según él, pertenecían a un clan muy poderoso.

Daisy no sabía si su clan era poderoso, pero su aspecto le disgustaba sobremanera. Estaban sucios, iban casi en harapos y la miraban como tres niños que estuvieran viendo un pastel. Además, adoraban el whisky y hablaban un inglés tan raro y de acento tan fuerte que no entendía ni una sola palabra de lo que decían, aunque tampoco hablaban mucho.

Los Gordon miraron la rueda con aversión, claramente reacios a trabajar. Sir Nevis señaló unas rocas que estaban a pocos metros del carruaje y dijo:

—Será mejor que su excelencia y usted esperen bajo esos árboles. Esto puede llevar un rato.

Lady Chatwick, que no era primeriza en materia de viajes, volvió a suspirar. Era consciente de que esas cosas llevaban su tiempo, y de que el *rato* de sir Nevis podía durar todo el día. Sin embargo, sacó fuerzas de flaqueza y miró el desolador paisaje.

El sol quemaba tanto y el calor era tan intenso que hasta la escasa vegetación del lugar estaba mustia. Se habían detenido en mitad de ninguna parte, entre un pequeño lago y una sucesión de colinas peladas que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. No había nada salvo mosquitos. Y no tenían más refugio que la pequeña arboleda.

Justo entonces, Ellis se inclinó y alcanzó una piedra rosa que, curiosamente, devolvió el color a sus mejillas.

—¡Mira, mamá! Es una pirita.

—¿En serio? —dijo su madre, encantada de que su hijo se sintiera mejor—. Ah, es verdad.

Mientras charlaba con el niño, se fijó en el extraño grupo que formaban: por un lado, Belinda, los Gordon y los dos cocheros; por otro, sir Nevis y su hombre de confianza, que se había unido a ellos en Londres; más allá, el señor y sus dos carretas cargadas de baúles y, por último, la pequeña calesa donde viajaban la señora Green y su hija.

Parecían un grupo de zingaros perdidos en las Tierras Altas. Sobre todo, por la presencia de los Gordon, que se habían acercado a la orilla del lago como si, puestos a elegir entre arreglar la rueda y lavarse, los tres bribones hubieran optado por lo segundo.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Belinda en ese momento—. No hay ninguna casa. Estaríamos a expensas de saqueadores y asaltantes de caminos.

—Tranquilízate, Belinda —le rogó Daisy, cansada—. Llevo oyendo tus quejas desde que partimos, y te aseguro que ya no lo soporto. No podemos hacer nada. Estamos donde estamos y en la situación en la que estamos. Pero nadie nos va a hacer daño. No nos vamos a morir y, desde luego, tampoco nos va a asaltar ninguna banda de ladrones.

Belinda estaba con ella desde que su madre cayó enferma y le pidió en su lecho de muerte que la cuidara. Daisy se acababa de casar, pero su prima estaba sola en el mundo y, como siempre se habían llevado bien, aceptó. ¿Cómo se iba a negar? Se conocían desde niñas. Y, por otro lado, no

imaginaba lo deprimente que podía llegar a ser.

–Oh, no...

–¿Qué pasa ahora? –dijo Daisy, a punto de perder la paciencia–. ¿Has visto algún saqueador?

–Saqueadores, no –replicó Belinda con voz temblorosa–. Son contrabandistas. He oído que se ocultan en estas colinas.

Daisy se giró hacia lo que su prima estaba mirando, y el corazón se le encogió al ver a cinco jinetes que galopaban hacia ellas.

Un momento después, alguien dio el grito de alarma. Y tuvo el mismo efecto que habrían tenido varias descargas de pistola, porque todos salieron corriendo hacia las carretas, buscando su amparo.

–¡Lady Chatwick! –exclamó sir Nevis–. ¡Metánse en la calesa!

Sir Nevis había desenvainado la espada, y se disponía a hacer frente a los malhechores en compañía de su mano derecha, el señor Bellows. Mientras tanto, Belinda tomó a Ellis del brazo y lo arrastró hacia la calesa. Pero Daisy no se movió. Estaba tan paralizada por el miedo como por lo absurdo de aquella situación.

¿Cómo era posible que Belinda hubiera acertado? ¡Les estaba atacando una partida de montañeses!

Por fin, reaccionó y se volvió hacia el lago con intención de pedir ayuda a los Gordon, pero ya no estaban allí. Habían huido. Se habían marchado sin más. Y Daisy miró de nuevo a los jinetes, casi temiendo que los tres canallas se hubieran unido a ellos.

Momentos más tarde, uno de los ladrones se adelantó a los demás, que ahora avanzaban con más cautela. Daisy se llevó una sorpresa al ver que era una mujer, y se preguntó si no habrían cometido un error al tomarlos por saqueadores. Al fin y al cabo, las mujeres no dirigían bandas de asaltantes de caminos. ¿O estaba equivocada?

El sonido de un arma de fuego la asustó de tal manera que se arrojó al suelo, quedándose a cuatro patas. Era el mosquete del señor Bellows, que había fallado el tiro y había dado a un árbol.

Entonces, otro de los jinetes espoleó a su montura, agarró las riendas del palafrén de la mujer y, tras detenerlo en seco, gritó:

–¡Por el amor de Dios, baje ese arma! ¡Maldita sea! ¿No ve que puede matar a alguien?

Lejos de darse por aludido, el señor Bellows le apuntó con el mosquete.

–¡Aquí no queremos salteadores ni jacobitas! –replicó–. ¡Si no desmonta ahora mismo, le pegaré un tiro en la frente!

Daisy se levantó y corrió hacia la calesa para buscar refugio en su interior, pero se detuvo cuando otro jinete avanzó hacia el primero y le dijo algo en el idioma de los escoceses.

El primer hombre contestó en voz baja y, fuera cual fuera su comentario, arrancó una carcajada a sus acompañantes. Sin embargo, él se mantuvo tan absolutamente serio como firme y estoico a lomos de su caballo, sin apartar la mirada de sir Nevis y el señor Bellows.

Era mucho más alto que los demás; una maravilla de hombros anchos, mandíbula recta y melena rojiza, recogida a la altura de la nuca. Tenía un aire tan masculino que Daisy se estremeció con una mezcla de fascinación y terror. Parecía el hombre más fuerte del mundo. Cualquiera habría dicho que había tallado el granito de las colinas circundantes con sus propias manos.

Mientras ella intentaba recuperar el aliento, el hombre habló con la mujer, que replicó con desaire. Por lo visto, no estaba de acuerdo con él.

–Haz lo que te digo –insistió el impresionante jinete–. Cuando los hombres tienen miedo, disparan sin pensar y a todo lo que se mueve.

La mujer masculló algo, pero tiró de las riendas del palafrén y se fue hacia los tres que esperaban en retaguardia. El hombre avanzó unos metros, clavada su vista en el arma que aún le apuntaba.

–¡No se acerque más! –le advirtió el señor Bellows, lanzando una mirada rápida a su alrededor–. ¿Dónde se han metido los Gordon?

El jinete rio.

–Los Gordon no les van a ayudar –dijo.

Sus compañeros rompieron a reír, y Daisy se sintió más insegura que nunca al darse cuenta de que no les preocupaba ni el mosquete del señor Bellows ni el hecho evidente de que ellos fueran más. Aparentemente, se lo estaban pasando en grande.

El jinete se giró entonces hacia la izquierda con un movimiento brusco y felino. Daisy siguió la dirección de su mirada y descubrió que los cocheros se habían parapetado tras una carreta, armados también con mosquetes.

–¡No somos salteadores! ¡Bajen las armas de una vez...! No me obliguen a matarlos, que hace una tarde demasiado bonita.

El jinete desmontó, y todos los miembros del grupo de lady Chatwick dieron un paso atrás. Todos, menos ella misma.

Daisy era intensamente consciente de que debía ocultarse, ocultar a su hijo y buscar algo con lo que poderse defender, pero no pudo apartar los ojos del perfecto espécimen masculino que, en ese momento, se quitó los guantes que llevaba.

No era guapo en el sentido clásico del término, pero era tan carismático y seguro que despertó en ella el deseo más abrumador e irrefrenable que había sentido en toda su vida.

¿Quién sería aquel desconocido alto y fuerte, de cabello indómito y cara perfectamente afeitada? Por lo que Daisy sabía, había grandes posibilidades de que fuera un ladrón, un contrabandista o, peor aún, un asesino. Y, sin embargo, solo podía pensar en las musculosas piernas que asomaban entre su falda escocesa y sus medias rojas y blancas.

Nunca había visto a nadie como él. Ningún hombre le había gustado tanto.

—Por Dios, echen un vistazo a su alrededor —dijo el escocés, caminando tranquilamente hacia sir Nevis y el señor Bellows—. ¿Quién asaltaría a viajero alguno en un lugar tan desolado? No somos bandoleros ni jacobitas; pero, si lo fuéramos, no perderíamos el tiempo en una ruta tan poco transitada como esta. Estaríamos en el camino de Inverness.

A Daisy le pareció una argumentación de lo más razonable, aunque no la convenció del todo. Podía ser una trampa. Cabía la posibilidad de que los Gordon los hubieran llevado allí para que aquellos hombres les robaran. Podía formar parte de un plan.

Fuera como fuese, estaba tan asustada que su corazón latía con desenfreno y su respiración se acercaba al jadeo. Y, a pesar de ello, no hizo ademán de esconderse. Se limitó a quedarse junto a la calesa, contemplando la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

—¡No se acerque más, señor! —declaró el señor Bellows, visiblemente nervioso—. Estamos a cargo de lady Chatwick y de su hijo, y haremos lo que sea necesario por defenderlos, aunque perdamos la vida en el intento.

Daisy pensó que, si los Gordon estaban efectivamente al servicio del grupo de jinetes, su situación se volvería insostenible. Los superarían en número, y los temores de Belinda se cumplirían.

—Solo queremos ayudar —dijo el escocés, alzando las manos para demostrar que no llevaba armas—. No tenemos el menor deseo de hacerles daño. Le doy mi palabra de montañés y de caballero.

Al oírlo, Daisy supo dos cosas: la primera, que no parecía nervioso en

absoluto, sino solo impaciente, como si tuviera prisa por solventar el problema que se les había presentado; la segunda, que lejos de tener un acento tan cerrado como el de los Gordon, hablaba con un deje ligeramente inglés.

–¿Espera que le creamos? –replicó el señor Bellows.

–Oh, vamos... Le aseguro que ninguno de los miembros de mi partida arde precisamente en deseos de robarles sus cajones y baúles y arrastrarlos por el camino.

Justo entonces, uno de los jinetes que estaban detrás dijo algo en su idioma, y el señor Bellows cometió el terrible error de mirarlo. La reacción del escocés fue tan rápida y precisa que hasta la propia Daisy se quedó pasmada: en menos de un segundo, le quitó el mosquete de las manos y le apuntó con él.

–Diga a sus hombres que bajen las armas –ordenó, implacable.

Daisy calculó rápidamente sus posibilidades. ¿Qué debía hacer? ¿Llevarse a su hijo y correr hacia el lago? Aún lo estaba pensando cuando el señor Green, que probablemente no había disparado un arma en toda su vida, alzó su mosquete para abrir fuego.

–¡No! –exclamó entonces, desesperada–. ¡Hagan lo que dice, por favor!

–Si yo fuera ustedes, haría caso a la dama –les advirtió el escocés.

–¿Qué está haciendo, *madame*? ¡Métase en la calesa! –gritó sir Nevis.

En lugar de seguir su consejo, Daisy dio un paso adelante y declaró:

–¿No cree que, si estos hombres tuvieran intención de robarnos, ya lo habrían hecho? Sobre todo, porque todo parece indicar que los Gordon se pondrían de su lado... Bajen las armas, se lo ruego. Tengo la impresión de que este hombre es sincero.

–Vaya, por fin se escucha la voz de la razón –comentó el escocés.

Daisy no estaba ni mucho menos convencida de lo que acababa de decir. Desconocía las intenciones de los montañeses; pero, fueran cuales fueran, debía evitar un baño de sangre.

–Por favor, sir Nevis –insistió–. No queremos problemas.

Tras unos segundos de duda, sir Nevis asintió e indicó a sus hombres que bajaran las armas. Entonces, el escocés con aire de suficiencia, devolvió el mosquete al señor Bellows y dijo, poniendo fin a la tensión:

–¿Quieren que los ayudemos con esa rueda?

–No es necesario –contestó sir Nevis con frialdad.

–Como prefieran –replicó, encogiéndose de hombros–. A fin de cuentas, ¿quién quiere trabajar bajo un sol de justicia?

El escocés dio media vuelta con intención de marcharse; pero, al ver a lady Chatwick, dudó.

Daisy perdió el escaso aplomo que había conseguido reunir. Por una parte, sintió el deseo de huir a toda prisa; por otra, el de caminar hacia los ojos asombrosamente azules que la miraron de arriba abajo, examinando hasta los detalles más pequeños de su vestido y deteniéndose en sus senos antes de volver a clavarse en su cara.

Nerviosa, se pasó la mano por la mejilla. ¿Tendría buen aspecto? ¿O mostraban sus rasgos el cansancio del viaje? No lo podía saber, pero el escocés la miraba de un modo tan descarado que le arrancó una sonrisa.

–Gracias por su oferta –se atrevió a decir.

Él no dijo nada, y sir Nevis volvió a hablar.

–*Madame*, debo insistir en que entre en la calesa y espere allí con su prima y su hijo.

–Sí, sí, por supuesto.

A pesar de lo dicho, Daisy se quedó donde estaba, y ni siquiera movió un músculo cuando Belinda se sumó a la petición de sir Nevis.

–¿Quién es usted? –preguntó el escocés de repente.

Daisy dio un paso adelante y, tras hacer una pequeña reverencia, le ofreció la mano, pensando que un gesto de buena educación podía resultar determinante en aquella tesitura.

–Soy lady Chatwick, caballero.

El escocés no hizo ademán alguno de besarle la mano. Sin embargo, se acercó un poco más y la observó con detenimiento, como si estuviera ante la criatura más extraña que había visto en su vida.

–Agradezco sinceramente su oferta de ayuda –continuó ella, que estaba hechizada con sus clarísimos ojos azules–. Venimos de muy lejos, y no estamos acostumbrados a caminos tan malos como este.

–¿Qué hace una aristócrata inglesa en estas colinas? –se interesó él con desconfianza.

–Nos dirigimos a Auchenard, donde...

–¿A Auchenard? Los únicos que van allí son los ciervos en celo. ¿Cuál es el motivo de su visita?

El comentario de los ciervos incomodó un poco a Daisy, que lo disimuló como pudo.

–Auchenard pertenece ahora a mi hijo –contestó–. Me pareció que debía

conocer su propiedad.

Él frunció el ceño como si no la creyera y admiró brevemente sus labios. Ella se ruborizó.

–Discúlpeme, señor, pero aún no conozco su nombre.

–Arrandale.

–Arrandale... –repitió Daisy.

El escocés dio otro paso adelante, y se detuvo tan cerca que ella tuvo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos.

–¡Retroceda! –gritó sir Nevis.

El escocés hizo caso omiso, y Daisy se estremeció a su pesar. Podía ver hasta el último detalle de su cara, desde sus largas y oscuras pestañas hasta sus apetecibles labios, pasando por dos pequeñas cicatrices: una, en el puente de la nariz y otra, en la mandíbula.

–No deberían estar aquí. Estas tierras no son seguras para mujeres inglesas con niños. Arreglen la rueda, den media vuelta y vayan hacia el mar.

Daisy parpadeó.

–¿Que demos media vuelta? No podemos...

Él la dejó repentinamente con la palabra en la boca. Se alejó sin más, montó a caballo, dirigió unas palabras a sus acompañantes y se marchó con ellos por donde habían llegado.

Daisy tardó unos segundos en reaccionar y, cuando por fin lo consiguió, miró con asombro a sir Nevis, que ya estaba dando instrucciones a sus hombres.

–Arreglen la rueda. Y deprisa.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Belinda, saliendo de la calesa—. ¿Adónde han ido?

–Eso carece de importancia, *madame* –dijo sir Nevis, muy serio—. Agradezca que se hayan marchado sin robarle su dinero ni atentar contra su virtud.

Belinda se acercó a su prima y le puso una mano en la espalda.

–Estás temblando, Daisy... Tranquilízate, que ya ha pasado el peligro. Estamos a salvo.

Daisy asintió. Era cierto que temblaba, pero su prima jamás habría imaginado que no temblaba de miedo, sino porque se había quedado prendada de aquel escocés.

Capítulo 2

Dos horas después de que el grupo de montañeses desapareciera en las colinas, la rueda estaba arreglada y Daisy y sus acompañantes, en camino. Pero eso no la tranquilizó.

La imagen de aquel hombre volvía constantemente a su cabeza, y ocupaba sus pensamientos de tal modo que casi no prestaba atención a Belinda, quien no dejaba de hacer comentarios sobre la inmensidad del deshabitado paisaje y los supuestos peligros que ocultaba.

–No es de extrañar que nos hayan atacado esos salvajes –declaró en determinado momento.

–A mí no me han parecido particularmente salvajes –dijo su prima–. Por lo menos, al final.

Daisy se acordó entonces de lo que le habían dicho sus amigas antes de que partiera. Lady Dinsmore estaba convencida de que los escoceses mataban a todos los ingleses que se encontraban, y lady Whitcomb los consideraba indignos de confianza porque, desde su punto de vista, siempre habían sido leales a los Estuardo.

Sin embargo, Daisy no estaba de acuerdo con ellas. Su difunto marido era de ascendencia escocesa, y nunca le había dado motivos para pensar que sus paisanos pudieran ser peligrosos; aunque, por otra parte, tampoco había conocido a ninguno como aquel.

–¡Gracias a Dios que hemos salido ilesas! –exclamó Belinda, estremecida.

Ellis miró a su madre con gesto de preocupación, y Daisy le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

–Estamos a salvo, cariño.

Mientras hablaba, se preguntó que habría hecho para que su hijo fuera tan nervioso y asustadizo. Tenía nueve años, y no había sufrido carencia alguna ni

enfermedades importantes de ninguna clase, pero era inexplicable y desconcertantemente tímido.

Unos años antes, su médico de Londres le había dicho que Ellis era de constitución débil y que, con toda seguridad, sería un hombre enfermizo. Daisy se quedó perpleja con su afirmación, y le pidió explicaciones.

–¿Enfermizo? ¿Qué significa eso?

–Significa lo que significa.

Las frías e indiferentes palabras del galeno le parecieron una falta de respeto; y no solo hacia ella, sino también hacia el niño, que ya tenía edad suficiente para entender. Sin embargo, se tragó su orgullo y reiteró sus dudas.

–¿Quiere decir que tendrá algún tipo de dolencia crónica? ¿O quizá algo peor?

–Nunca se sabe con estas cosas.

–Discúlpeme, pero le he llamado precisamente para saber en qué consiste su enfermedad, si es que la tiene.

La insistencia de Daisy le arrancó un suspiro de impaciencia, y solo sirvió para que el médico se mostrara aún más insensible.

–No tiene sentido que se lo explique, lady Chatwick. Carece de los conocimientos necesarios, y no comprendería los matices del problema. Confíe en mí. Su hijo nunca será un hombre robusto.

Ellis, que estaba presente, rompió a llorar en ese momento, y Daisy se dio cuenta de que al médico no le importaba la salud del niño. Solo quería cobrar sus honorarios y marcharse.

Harta de su actitud, puso fin a la conversación y, tras llamar al mayordomo, le pidió que lo acompañara a la salida. Horas después, su esposo la reprendió por haber sido irrespetuosa con el buen doctor, pero Daisy no se arrepintió de haberlo echado. Su hijo lo era todo para ella, y no compartía el dictamen de aquel hombre.

De hecho, la salud de Ellis era uno de los dos motivos que la habían llevado a emprender viaje; concretamente, el segundo motivo, porque si Robert hubiera llegado a tiempo, se habría podido ahorrar la larga y cada vez más peligrosa aventura nortea.

Al pensar en él, tocó el bolsillo del vestido donde llevaba su carta. *Iré tan pronto como me lo permitan mis obligaciones*, le había escrito. Pero no fue suficientemente pronto.

–Si no nos asaltan ahora, nos asaltarán cuando llegemos a nuestro destino –

declaró Belinda, interrumpiendo los pensamientos de su prima.

–¿Sigues obsesionada con eso? Estamos completamente a salvo.

Daisy le lanzó una mirada de advertencia que no sirvió de nada, porque Belinda nunca captaba esas cosas. Luego, tomó a su hijo de la mano, le sonrió y dijo con dulzura:

–No le hagas caso, cariño. Ha sido un día difícil para todos, y es lógico que se preocupe.

–Lo dices como si fueran preocupaciones infundadas, pero no lo son –se defendió Belinda–. Esos hombres eran muy peligrosos.

–Sí, tan peligrosos que se han ofrecido a arreglarnos la rueda –observó Daisy–. Por cierto, ¿te has fijado en el caballero escocés? Era de lo más atractivo, ¿verdad?

Belinda parpadeó.

–¿Atractivo? ¡Por Dios, Daisy! ¿Se puede saber qué te pasa? Los escoceses no son atractivos. ¡Son traidores a la Corona!

Si no hubiera estado tan cansada, Daisy le habría recordado que ella no tenía ningún conocido escocés y que, en consecuencia, no podía saber si todos los escoceses eran jacobitas; pero lo estaba, y también estaba decepcionada con la actitud de su prima. Un hombre extraordinario aparecía de repente en mitad de la nada, en una de las zonas más remotas del mundo, y Belinda no le prestaba atención.

Daisy suspiró y se giró hacia la ventanilla del carruaje mientras Belinda especulaba sobre la posibilidad de que tuvieran que pasar la noche en el camino. Por supuesto, sus pensamientos volvieron enseguida al escocés y, al recordar lo sucedido, se preguntó si estaba realmente en sus cabales.

No podía creer que se hubiera dejado engatusar por su atractivo en una situación tan peligrosa. Siempre le habían gustado los hombres guapos, pero eso no lo justificaba. Y, aun así, ardía en deseos de volver a verlo, de arrancarle una sonrisa y de provocar un destello en sus preciosos ojos azules, porque estaba segura de que brillarían en las circunstancias adecuadas.

Daisy imaginó las circunstancias, naturalmente románticas, y se estremeció un poco.

Sí, por lo visto, se había vuelto loca.

Su tendencia a fantasear iba en aumento desde el fallecimiento de su esposo, Clive. En los dos años transcurridos desde entonces, había flirtado tanto en los salones de Mayfair e imaginado tantas aventuras con distintos caballeros

que dicha tendencia había escapado a su control. Pero, ¿qué podía hacer? Añoraba el contacto de un hombre.

Clive gozaba de buena salud cuando se casó con ella, en un matrimonio concertado. Por desgracia, cayó enfermo poco después del nacimiento de Ellis, y no se encontraba en condiciones de ejercer de padre ni de cuidar de su esposa. Y ahora, a sus veintinueve años de edad, Daisy flotaba en un río de deseo insatisfecho que se había desbordado sin remedio.

Sus muchos y muy distintos pretendientes eran las aguas torrenciales que alimentaban ese río. Pero el escocés no era un pretendiente, así que no fantaseó con él de la misma manera.

Cuando cerró los ojos, imaginó que la raptaba, que la subía a lomos de su caballo y que, tras llevarla a un castillo, la arrojaba a un alto y enorme lecho. Imaginó sus grandes manos acariciando su piel. Imaginó que se resistía al principio, y que luego sucumbía a sus artes de seductor. Lo imaginó dentro de su cuerpo, mirándola a los ojos hasta llevarla al orgasmo.

Y se volvió a estremecer, incómoda.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Belinda, borrando de un plumazo la imagen de su amante.

—¿Cómo? —replicó Daisy, ruborizada—. Sí, sí, descuida.

—Es por el corsé, ¿verdad? Pueden ser muy peligrosos.

Belinda se lanzó a un discurso sobre los peligros del corsé, y Daisy intentó olvidar a su atractivo escocés y concentrarse en los motivos que la habían llevado a marcharse de Londres.

El testamento de su esposo la había puesto en una situación insostenible. Todos los solteros de la capital eran conscientes de que lady Chatwick tenía que volver a casarse antes de que se cumplieran tres años de la muerte de Clive, lo cual explicaba su larga lista de pretendientes. Y estaba obligada a cumplir esa cláusula; porque, de lo contrario, perdería la herencia de su hijo.

Clive se lo había explicado así en su lecho de muerte:

«Compréndelo, querida. No me puedo arriesgar a que te niegues a casarte de nuevo, decidas vivir a lo grande y malgastes la herencia de Ellis. He hablado con el obispo Craig, quien te ayudará a encontrar marido. Se asegurará de que dicho caballero garantice la educación de nuestro hijo en las mejores instituciones del país y tenga los contactos adecuados cuando sea mayor de edad».

Daisy se quedó horrorizada al saberlo. No esperaba que su esposo la

condenara a ese destino, e intentó que cambiara de opinión con el argumento de que no necesitaba estar casada para cuidar de Ellis. Sin embargo, Clive se mantuvo en sus trece.

¿Por qué había tomado esa decisión? Daisy no lo entendió entonces, y tampoco lo entendía ahora.

Desde luego, el suyo no había sido un matrimonio por amor, sino uno concertado a partir de los intereses económicos de sus respectivas familias. Clive le sacaba quince años, y se iba a casar por segunda vez, porque su primera esposa había fallecido al dar a luz a un niño que también murió. Pero Daisy lo aceptó de buena gana. A fin de cuentas, le habían enseñado que el deber era lo más importante.

Luego, durante los primeros meses de su relación conyugal, se llevó la sorpresa de que Clive parecía quererla de verdad. A partir de ese momento, se convirtió en una compañera tan fiel como cariñosa, que más tarde le dio un hijo. Siguió a su lado durante toda su enfermedad, aunque muchas mujeres habrían corrido a buscar consuelo en otros brazos. Y no dejó de serle leal.

Pero, a cambio de sus muchos sacrificios, Clive había esperado a su último día de vida para anunciarle unos planes que ella desconocía por completo y que, para empeorar las cosas, implicaban un desprecio absoluto de su persona.

Daisy se sintió usada, despreciable, insignificante. En ese momento, se dio cuenta de que el cariño de Clive solo había sido una estratagema destinada a conseguir que le diera un heredero y que cuidara de él hasta que llegara a la edad adulta. Nunca le habían importado sus sentimientos. Nunca le habían importado sus necesidades. Se había limitado a utilizarla.

Durante los días y semanas posteriores a su muerte, mientras Daisy intentaba sobreponerse a la amargura, todo Mayfair se enteró de que la herencia de los Chatwick terminaría en manos del mejor postor. Y, al principio, ella se sintió halagada por el repentino interés de tantos hombres.

Tras años y años de encierro, sin hacer otra cosa que cuidar de su marido, pasó a ser la mujer más deseada de Londres; pero no lo era por sus virtudes, sino por estar en posesión de una fortuna que solo podía retener si se volvía a casar. La cláusula del testamento de Clive la había convertido en una pieza de carne que despertaba el apetito de todos los leones de la aristocracia inglesa.

Al cabo de un tiempo, Daisy empezó a desconfiar de cualquier persona que llamara a su puerta. Estaba terriblemente agobiada, y se cuestionaba sus propios instintos. Además, el obispo Craig empeoró la situación cuando

empezó a negociar en su nombre y sin que ella lo supiera con hombres a los que apenas conocía.

Lamentablemente, sus protestas cayeron en saco roto. El obispo había dado su palabra a Clive y, como estaba decidido a mantenerla, ella no tenía más remedio que rendirse a su destino; o por lo menos, no lo tuvo hasta que recibió una carta de Robert Spivey, *Rob*.

La carta llegó cinco meses antes de que se decidiera a viajar a Escocia, y fue como un soplo de aire fresco. Daisy sabía que era capitán de la Marina británica, pero poco más. No se habían visto en once años, y daba por sentado que se habría casado, que tendría hijos y que ya no se acordaría de ella. A fin de cuentas, once años era mucho tiempo.

Sin embargo, ella no se había olvidado de él. Había sido su primer amor, el amor más profundo y real de toda su vida.

¡Ah, qué inocentes eran por entonces! Tan jóvenes e idealistas, tan cargados de ilusiones. Soñaban con un futuro común donde solo habría espacio para ellos y para la pasión que compartían.

Daisy no podía creer que hubiera sido tan ingenua en algún momento. Imaginaba que tendrían una casa en el campo, con un huerto y un jardín lleno de flores que cuidaría ella misma. Se veía con un montón de hijos robustos y saludables que ocuparían sus días hasta la caída de la noche, cuando se acostaría con Robert y harían el amor de un modo dulce, lento, reverencial.

¡Qué locura! Daisy sabía perfectamente que su camino estaba trazado, y que nadie lo podía cambiar. Como en tantas familias de la aristocracia, sus padres habían decidido que se casaría con un hombre de clase y fortuna, aumentando así sus tierras y riquezas. Además, ella era la única hija que les quedaba, porque el resto había muerto.

Pero, a pesar de ser consciente de la situación, se intentó convencer de que encontrarían la forma de estar juntos. El suyo era un amor verdadero, y aún creía que el amor podía derribar cualquier obstáculo.

Por desgracia, ni sus padres ni la alta sociedad compartían sus criterios. El propio Robert, bastante más realista que Daisy, se lo había advertido varias veces. No era suficientemente bueno para ella. No tenía título ni patrimonio. No era más que el hijo de un vicario de provincias. Y, mientras ella soñaba con una vida imposible, sus padres acordaron que se casara con Clive.

Cuando recibió la noticia, Daisy habló con Robert y le propuso que se fugaran, pero él se negó.

–Nunca haré nada que mancille tu honra –replicó, caballeroso.

–¿Mi honra? Eso no me importa en absoluto –declaró ella–. Llévame contigo, por favor. Sé que me amas. ¡No renuncies a mí!

–Lo siento, Daisy. Las cosas son como son.

Poco después, la familia de Robert le consiguió un puesto en la Marina Real, y él se marchó de Nottinghamshire sin despedirse de ella, obligándola a asumir lo sucedido por la fuerza de los hechos.

Sin embargo, Daisy ya no era una joven ingenua, sino una mujer adulta. Habían pasado once años, y no iba a permitir que otras personas tomaran decisiones en su nombre. No aceptaría que el obispo le dijera cuándo y con quién tenía que casarse. No aceptaría que su vida quedara relegada a las conveniencias de una fortuna que la seguía a todas partes.

Y entonces, llegó la carta de Rob:

He recibido la noticia del fallecimiento de su marido con gran tristeza y pesar. La he llevado en mi corazón todos estos años, y no estoy dispuesto a perderla otra vez...

Robert añadió en su misiva que estaba en ultramar y que no quedaría libre de sus obligaciones con la Marina hasta ese mismo año; pero le prometió que, llegado ese momento, iría a verla a su casa de Londres con la esperanza de que lo recibiera.

Daisy se quedó atónita. ¿Era posible que su antiguo amor siguiera brillando después de tanto tiempo? A pesar de sus dudas, la esperanza renació en su corazón, pero, lamentablemente, Robert no le había dado una fecha concreta. ¿Qué quería decir al afirmar que sus obligaciones terminaban ese mismo año? ¿Cuándo era eso? ¿Al día siguiente? ¿Seis meses después?

Si eran seis meses, sería demasiado tarde para ella.

Como no sabía qué hacer, pidió consejo a su querida amiga lady Beckinsal, quien le recomendó que se fuera de Londres antes de que el obispo la condenara a otro matrimonio infeliz.

–¿Y qué pasará si Robert llega en mi ausencia? –replicó Daisy.

–En ese caso, que te escriba una carta y se la dé a tus criados para que te la envíen. Si el señor Spivey te quiere, esperará tu respuesta.

Daisy llegó a la conclusión de que su amiga estaba en lo cierto. Necesitaba ganar tiempo, para lo cual tenía que poner fin a la locura de su existencia

londinense. Y solo había una forma de conseguirlo: marcharse una temporada.

Por eso estaba allí, atravesando los caminos de Escocia en compañía de Ellis y de Belinda.

Mientras pensaba en ello, el cochero dio un golpe en el techo del carruaje, sobresaltándola. Su prima abrió la escotilla que daba al pescante delantero y preguntó:

–¿Qué ocurre?

–Estamos llegando a Auchenard, milady.

Daisy se inclinó sobre la ventanilla para mirar. Estaba tan sucia que casi no se veía nada, pero atisbó lo que parecía ser una torre y una muralla alta. Además, la frondosa vegetación de la zona limitaba bastante su campo visual. No había ganado de ninguna clase. No había vacas ni ovejas. Solo árboles y una pequeña pradera.

Instantes después, el carruaje se detuvo. Ellis se levantó y miró por la ventanilla de su madre.

–¿Ya hemos llegado, mamá?

–Creo que sí.

El cochero abrió la portezuela, y el niño bajó del carruaje con un vigor que no había demostrado en mucho tiempo. Daisy siguió a su hijo, se alisó un poco las faldas y alzó la cabeza.

–Oh, Dios mío –dijo Belinda al ver la estructura que se alzaba ante ellas.

–Oh, Dios mío, sí –replicó su prima.

La vieja mansión era mucho más grande de lo que había imaginado. De hecho, no era una mansión, sino un castillo medieval de paredes oscuras, sobre una de las cuales trepaba una enredadera. Tenía dos torres, una en cada extremo. Algunas ventanas estaban cerradas con tablones, y parecían tan desatendidas como las numerosas chimeneas, que no echaban humo alguno.

Daisy no salía de su asombro. Le habían dicho que la propiedad estaba en buen estado, pero no lo estaba en absoluto.

Justo entonces, la enorme puerta del edificio dio paso al hermano de la madre de Daisy, el tío Alfonso, que descendió hasta el vado. Su larga melena de cabello canoso, recogida en una coleta, la sorprendió tanto como su indumentaria, consistente en un chaquetón raído y un delantal de cuero.

–¡Por fin! ¡Empezaba a creer que no llegaríais nunca! –dijo el alto Alfonso, sonriendo al niño–. ¡Ven aquí, querido Ellis! ¡Da un abrazo a tu tío!

El señor Rowley, el viejo mayordomo de los Chatwick, apareció en el

umbral. Era una versión ligeramente más pequeña de Alfonso, y hasta vestía de la misma manera.

–Milady... –dijo, inclinando la cabeza.

Alfonso y Rowley habían salido de Londres quince días antes, con intención de arreglar la propiedad y hacerla mínimamente habitable. Pero, por el aspecto exterior del castillo, se habían topado con problemas bastante más graves de lo previsto.

–¡Cuánto me alegro de veros! –declaró Daisy–. Ha sido un viaje espantoso. He llegado a pensar que no viviríamos para contarlo.

–Yo también empezaba a preocuparme –dijo Alfonso mientras besaba a Belinda en la mejilla–. Supongo que estaréis agotadas y hambrientas; pero, antes de comer, entrad y echad un vistazo a la vieja mansión. No es tan terrible como parece.

Daisy no estuvo de acuerdo con su tío. El interior del edificio estaba tan deteriorado como el exterior, y el suelo tenía una capa de polvo tan ancha que se veían las pisadas de Alfonso y el mayordomo. Además, se veía muy poco; en parte, porque habían cegado algunas ventanas y, en parte, porque no había velas encendidas.

Auchenard era de lo más deprimente, incluso descontando el olor a humedad y la fría temperatura de sus estancias. Venía a ser la antítesis del luminoso y alegre Chatwick Hall, con sus cortinas de Damasco, sus alfombras de Aubusson, sus suelos de mármol y sus muebles franceses.

Pero, aunque no estuviera a la altura de su domicilio londinense, Daisy pensó que tenía cierto encanto rústico, y que quedaría muy bien si lo arreglaban. Lamentablemente, había tanto que hacer que necesitarían un ejército entero para llevar a buen puerto esa labor.

Tras enseñarles el resto de las salas, Alfonso las llevó al salón principal, donde recorrió una cortina que levantó una nube de polvo. Daisy cerró los ojos un momento y, cuando los volvió a abrir, se quedó asombrada ante la belleza del lago que se veía al otro lado de los cristales. La niebla acariciaba su superficie, y la colinas circundantes creaban un trasfondo de tonos verdes, dorados y morados.

–Todo esto te pertenece ahora –dijo su tío al niño.

–¿En serio? ¿Todo?

–Todo –le confirmó–. Es precioso, ¿verdad?

–Pero hay mucho que hacer –intervino Belinda, cruzándose de brazos–.

¿Dónde encontraremos la mano de obra necesaria?

–Si no la encontramos, lo haremos nosotras –dijo Daisy, que se giró hacia Alfonso–. ¿Cómo es posible que haya terminado en estas condiciones, tío? Tenía entendido que un guarda se encargaba de cuidar la propiedad.

–Hay un guarda, sí, pero está más interesado en el consumo de alcohol que en las obligaciones de su trabajo.

Daisy suspiró. Nunca le habían gustado los criados que no se ganaban el sueldo.

–¿Qué te parece tu mansión? –preguntó a su hijo.

Ellis frunció el ceño, pero Alfonso le arrancó una sonrisa cuando dijo:

–Tiene una habitación perfecta para contemplar las estrellas. Está en una de las torres.

Ellis parpadeó.

–¿Y se pueden ver todas? ¿Se ve Orión?

–¿Orión? –preguntó Alfonso con curiosidad.

–El capitán del barco que tomamos le enseñó un par de cosas sobre navegación –explicó Daisy.

–Pues estoy seguro de que se podrá ver –afirmó su tío.

Daisy miró entonces a Rowley y cambió de conversación.

–Supongo que Ellis y mi prima querrán ver sus habitaciones –le dijo–. ¿Te puedes encargar de mi hijo, Belinda? Me gustaría hablar a solas con mi tío.

–Por supuesto.

–Espérame aquí. Antes de hablar contigo, quiero tener unas palabras con sir Nevis –dijo Alfonso, quien salió en compañía de Belinda y el niño.

Daisy esperó a que los tres desaparecieran en el pasillo y, a continuación, se sentó en un diván polvoriento y apoyó los pies en una silla. Estaba verdaderamente agotada, y no quería otra cosa que dormir en una cama decente.

Al cabo de unos segundos, cerró los ojos y se puso a pensar en el lago, en las colinas y en los ojos increíblemente azules del escocés, al que volvió a imaginar en situaciones románticas. Sin embargo, esta vez no imaginó que la raptaba y se la llevaba a caballo, sino que le hacía el amor entre sábanas tan limpias como suaves.

¿Cuánto tiempo estuvo así? Ni ella misma habría podido decirlo. Solo supo que alguien carraspeó de repente y la sacó de sus ensoñaciones.

Era su tío, que la estaba mirando con humor.

–No me juzgues por quedarme casi dormida –se defendió ella–. Ha sido un viaje miserable.

–Ya lo veo.

Alfonso sirvió dos copas de vino y le dio una. Daisy bostezó y, tras beber un poco, arrugó la nariz.

–Es el mejor vino que pude encontrar en ese pueblo de pescadores –dijo él, encogiéndose de hombros.

–Este sitio es un desastre, tío. Belinda tiene razón. Hay tanto que hacer que no sabría por dónde empezar.

–Ni yo.

Alfonso se giró hacia la ventana y miró el sol, que se empezaba a poner en el horizonte.

–¿Podemos encontrar mano de obra?

–Supongo que sí, aunque no más de unos cuantos peones. Hablaré con sir Nevis mañana por la mañana y le pediré que se encargue de ello. Pero tendrá que ser un esfuerzo conjunto, querida... Y ya sabes lo que quiero decir con eso. Tendremos que poner todos de nuestra parte –dijo, sentándose a su lado.

Ella sonrió.

–¿Me estás pidiendo que me ponga a trabajar?

–Me temo que sí.

Daisy le dio un beso en la mejilla y se empezó a quitar las horquillas del pelo.

–Belinda no lo soportará; pero, sinceramente, yo estaré encantada. Me he hartado de estar todo el día de brazos cruzados, sin más ocupación que hacer punto y escuchar cotilleos.

–¿Quieres que llame al señor MacNally, el supuesto guarda?

Daisy sabía que tendría que hablar muy seriamente con el guarda, pero estaba tan cansada que decidió dejarlo para el día siguiente. De momento, solo quería quitarse el corsé y darse un baño.

–Mañana –contestó.

Además, tampoco quería pensar en el desastre de Auchenard. Prefería cerrar los ojos y volver a soñar con su atractivo escocés.

Capítulo 3

Cailean alzó la cabeza al oír el ladrido de Fabienne. Vivía solo, y no solía recibir más visitas que las de los peones que contrataba ocasionalmente para que le ayudaran a construir su casa, Arrandale.

Aquel día era excepcional, porque estaba esperando a Auley. Pero su hermano, que le tenía que llevar un cargamento de vino y té pasado de contrabando, no llegaría por el camino, sino en bote y por el lago. En consecuencia, Cailean desconfió inmediatamente de la persona o personas que habían entrado en su propiedad, y alcanzó el mosquete para curarse en salud.

–¡Arrandale! –gritó alguien en el exterior.

Al reconocer la voz, Cailean abrió la puerta. Era Padraig MacNally, quien alzó las manos al ver el arma y estuvo a punto de tropezarse con Fabienne, que movía el rabo alegremente.

–¿Qué quieres? –gruñó Cailean.

MacNally empezó a hablar en gaélico, quejándose de una extranjera y de la mala suerte de llevar toda una vida al servicio de otros para acabar con las manos vacías. Sin embargo, hablaba tan deprisa que Cailean no entendió ni la mitad, lo cual le hizo perder la paciencia.

–Por el amor de Dios, ¿quieres tranquilizarte? No entiendo lo que dices.

MacNally respiró hondo y declaró:

–¡La dama que acaba de llegar me ha despedido! ¡Me ha dejado sin trabajo!

Cailean lo miró de arriba abajo. Su ropa estaba terriblemente sucia, y había bebido tanto que apestaba a whisky, lo cual no era de extrañar. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que los MacNally de aquel valle eran un puñado de borrachos.

–¿Y de quién ha sido la culpa? –replicó.

–¡Llevo catorce años en Auchenard, cuidando la propiedad!

–¿Cuidándola? –dijo con ironía–. Casi está en ruinas.

–Porque el viejo se negaba a darme dinero para hacer las reparaciones necesarias –se defendió MacNally, al borde de las lágrimas–. ¿Qué podía hacer? ¡No podía hacer nada en absoluto!

Cailean se limitó a suspirar.

–¡Ayúdame! –añadió, juntando sus sucias manos–. Por favor.

–¿Y cómo quieres que te ayude? –preguntó, disgustado.

Cailean estaba deseando que se fuera. En primer lugar, porque MacNally no era del clan de los Mackenzie; en segundo, porque no era de fiar y, en tercero, porque Auley llegaría en cualquier momento con su carga, que dejarían allí hasta que la pudieran vender, es decir, hasta estar seguros de que nadie los perseguía por haberse *olvidado* de declarar las mercancías en la aduana.

–He intentado razonar con ella, pero mi inglés no es demasiado bueno –explicó MacNally, quien seguía hablando en gaélico–. Además, esa mujer no para de hablar. Habla tanto que no deja meter baza.

Cailean se acordó de la inglesa que había conocido en el camino, la que lo miró como si él fuera un pastel y ella, una niña hambrienta. Evidentemente, era la misma persona. ¿Solo llevaba un día en Auchenard y ya había despedido al guarda que cuidaba de su destartalada propiedad?

A decir verdad, no le extrañó mucho. Los ingleses, a los que en Escocia llamaban *sassenach*, eran así; salían de la nada, se apoderaban de esto o aquello y pretendían cambiar el estilo de vida de la gente. Pero, a pesar de haber conocido a muchos de esos ladrones, Cailean nunca había visto a ninguno que le gustara tanto.

Su figura imponente y sus apasionados ojos verdes lo habían dejado sorprendido, y eso que no era un hombre que se sorprendiera con facilidad. Sin embargo, las cosas estaban bastante revueltas en Escocia con el enésimo intento de devolver el trono a la dinastía de los Estuardo, y la súbita presencia de una dama inglesa era una invitación al desastre.

Sí, aquella mujer era verdaderamente bella. E imperdonablemente inglesa. Demasiado para el pobre MacNally.

–Está bien. Espera aquí.

Cailean entró en la casa, cerró la puerta y se dirigió a la parte trasera para escribir una nota a su hermano y dejársela allí. Luego, volvió con MacNally y empezaron a caminar. Auchenard estaba a poco menos de dos kilómetros, de modo que fue un trayecto breve. Llegaron por el bosque y, cuando salieron al

camino, Cailean frunció el ceño. Todo tenía un aspecto lamentable.

–Te prometo que lo arreglaré –dijo MacNally, interpretando bien la expresión de Cailean–. Te lo prometo.

Cailean volvió a mirar las ventanas sucias y los hierbajos que crecían por doquier y soltó un gruñido. No creía que MacNally tuviera intención de cumplir su promesa, pero ese no era el problema que le preocupaba.

Al llegar a la puerta principal, alzó la mano y llamó con brío. Momentos más tarde, salió un hombre en mangas de camisa y con delantal de cuero.

–¿Sí?

–Me gustaría ver a lady Chatwick.

El hombre parpadeó.

–¿Quién quiere verla? –preguntó con inseguridad.

–El señor de Arrandale.

El hombre, que estaba obviamente sorprendido, miró a MacNally con desagrado.

–Dese prisa –dijo Cailean, impaciente–. No tengo todo el día.

Tras asentir, el hombre desapareció en la oscuridad del zaguán. Al cabo de unos segundos, se oyeron voces en el interior y, poco después, apareció la dama de la casa en compañía del mayordomo y dos caballeros más. Cailean reconoció a uno, el que había desenvainado la espada en el camino, pero el otro no le resultó familiar.

Lady Chatwick, que parecía preocupada cuando llegó a la puerta, sufrió una transformación asombrosa al ver a Cailean. Su cara se iluminó con una sonrisa tan abrumadora que casi lo dejó sin aliento.

–Usted otra vez... –dijo, aparentemente encantada.

Cailean la miró con desconfianza, porque le parecía sospechoso que se alegrara de verlo. Llevaba un vestido sencillo, y en su esbelto cuello sin adornos de ninguna clase latía una vena que le llamó poderosamente la atención.

–Sí, otra vez –replicó.

Ella sonrió un poco más, desconcertándolo por completo. ¿Por qué sonreía así? Era del todo absurdo. Desde su punto de vista, tendría que haber estado asustada.

–Espero que me disculpe –dijo ella, echándose el pelo hacia atrás–. Acabamos de llegar a la mansión, y me temo que no estamos preparados para recibir visitas. Tendríamos que haber llegado hace una semana, pero el viaje

desde Londres fue tan arduo que nos retrasamos. Primero, por las tormentas marinas y después, por todas estas colinas.

–Las colinas a las que se refiere son las que dan nombre a esta zona. Por eso se llaman Highlands, es decir, Tierras Altas –dijo con él con brusquedad–. Y por otra parte, no he venido de visita.

Sus ojos verdes lo miraron con sorpresa. Pero, acto seguido, soltó una carcajada que aumentó la perplejidad de Cailean.

–Gracias por no ocultar la verdad tras el habitual subterfugio de las frases poéticas. Es agradablemente refrescante, señor.

Justo entonces, un niño se abrió paso entre los adultos y se quedó mirando a Cailean.

–Ah, estás aquí, cariño... –dijo Daisy, que le puso las manos en los hombros y se volvió a girar hacia el escocés–. Permítame que le presente a mi familia. Sé que ya conoce a sir Nevis, pero puede que no conozca a mi tío, el señor Alfonso Kimberly. En cuanto al niño, es mi hijo, lord Chatwick.

El pequeño retrocedió y estuvo a punto de esconderse bajo las faldas de su madre, pero ella lo empujó suavemente hacia delante. Era rubio, y estaba tan pálido y delgado que Cailean se preguntó si padecía de alguna enfermedad.

–¿Dónde están tus modales, Ellis? ¿No vas a saludar al caballero?

El niño inclinó la cabeza y dijo:

–Es un placer, señor.

–*Latha math* –contestó Cailean en gaélico.

–¿Qué significa eso?

–Buenos días. ¿No habías oído el idioma de las Tierras Altas?

–¿Es usted de aquí? –intervino Daisy–. No sé por qué, pero me dio la impresión de que era inglés.

–¿Inglés? ¿Yo? –dijo, ofendido–. No, claro que no.

–Bueno, tampoco sería tan terrible –observó ella, sonriendo otra vez.

–Soy escocés, señora –declaró con orgullo.

–No lo dudo, pero debe admitir que su acento suena vagamente inglés.

¿Qué estaba pasando allí? Cailean no entendía nada. Había ido a hablar sobre el empleo de MacNally, no sobre su acento. Si no se andaba con cuidado, la historia de lo sucedido en Auchenard se extendería por la comarca y se distorsionaría de tal manera que, al final, lo acabarían presentando como un simpatizante de los ingleses. No en vano, el valle estaba lleno de cotillas.

–Mi madre es inglesa –sentenció.

–Ah, vaya –dijo ella, alegremente–. ¿Y quién...?

–Esta no es una visita de cortesía, *madame* –la interrumpió–. MacNally me ha contado que ha prescindido de sus servicios.

–Quizá debería hablar yo con el caballero –intervino Alfonso, presto a defender a su sobrina.

–No, no será necesario –replicó Daisy–. Estoy segura de que el caballero no tiene mala intención.

Cailean se maldijo para sus adentros. ¿Cómo podía saber que no tenía mala intención? Si quería, podía ser de lo más peligroso. Y ya se disponía a decirlo cuando ella empezó a hablar otra vez.

–Sí, es cierto que he prescindido de los servicios del señor aquí presente –dijo, inclinando la cabeza como si estuviera aceptando un halago–. No tenía más opción, como ya le expliqué. ¿O no se lo expliqué, señor MacKally? Seguro que todos estamos de acuerdo en que, si una persona contrata a alguien para que cuide de su propiedad, espera obtener resultados en tal sentido.

MacNally miró a Cailean y dijo en gaélico:

–¿Lo ves? Habla a toda prisa, y de una forma rarísima.

Cailean no le hizo ni caso.

–Este hombre lleva catorce años al cuidado de su mansión, *madame*.

–Es cierto que lleva mucho tiempo a su cuidado, pero también lo es que, en algún momento de su larga experiencia laboral, se olvidó de cuidarla –observó, lanzando una mirada a las ventanas rotas.

–Porque no tenía dinero –dijo MacNally a Cailean, nuevamente en gaélico.

–El señor MacNally me acaba de informar de que su marido no le daba dinero para afrontar las reparaciones necesarias.

Ella arqueó una de sus finas y doradas cejas.

–¿En serio? Mi marido falleció hace más de dos años y, aunque he estado pagando los estipendios del señor MacNally con regularidad, no he recibido ninguna petición de fondos para el mantenimiento de Auchenard.

Cailean apartó la mirada de los verdes ojos de Daisy y la clavó en los de MacNally, a quien preguntó en su idioma natal:

–¿Es eso cierto? ¿No se los pediste?

–¿A quién se los iba a pedir? Aquí no había nadie –respondió con nerviosismo.

–Pero recibías puntualmente tu salario, según afirma la dama. Y sabías quién te lo enviaba y desde dónde... ¿Por qué no le escribiste?

MacNally se encogió de hombros, se frotó la mandíbula y miró las colinas antes de decir en gaélico:

–Lo he hecho tan bien como he podido.

–¿Qué ha dicho? –preguntó ella con amabilidad.

En lugar de responder, Cailean insistió en su interrogatorio a MacNally. Tenía una sospecha que quería confirmar.

–¿Has estado haciendo whisky?

MacNally se ruborizó, y Cailean le dedicó una retahíla de insultos. Ya era bastante peligroso que Aulay y él almacenaran grandes cantidades de vino y té en Arrandale como para que aquel cretino montara una destilería clandestina en la propiedad de una inglesa.

–Tienes suerte de seguir con la cabeza sobre los hombros, MacNally. Lárgate de aquí. Ve a Balhaire y búscate otro empleo, si es que te lo dan. Pero vete antes de que las autoridades se enteren de lo que has hecho.

MacNally no dudó; en cuanto oyó la mención de las autoridades, dio media vuelta y se alejó a trompicones. Entonces, Cailean se giró hacia lady Chatwick y los hombres que la acompañaban. Ella estaba sonriendo; ellos, no.

–Le ruego que me disculpe, *madame* –dijo–. Por lo visto, la he molestado innecesariamente.

–No hay necesidad de disculparse –replicó ella con alegría.

Cailean no lo podía creer. Aquella mujer se comportaba como si se lo estuviera pasando en grande. Pero ya no tenía motivos para seguir allí, de modo que hizo ademán de marcharse.

–¡Milord! –lo detuvo Daisy–. ¿Puedo hacerle una pregunta...? ¿De dónde viene, exactamente?

Cailean la miró a ella y miró a los dos hombres. ¿Por qué le preguntaba eso? No tenía más remedio que encontrarlo sospechoso, porque era un escocés cuyo abuelo inglés había sido acusado de traición. Y para empeorar las cosas, también era un hombre que practicaba el sutil arte de introducir bienes de contrabando en el país.

Fueran cuales fueran los motivos de la dama, no se sintió particularmente inclinado a darle gusto y responder. Alguien que burlaba a los buques de la Marina Real y a los representantes de la Corona en Escocia no iba a permitir que una espía inglesa de alta alcurnia diera al traste con sus negocios y tuviera éxito donde los demás habían fracasado.

–Es simple curiosidad –continuó ella, notando su recelo.

Daisy se apoyó en una de las columnas de la entrada y se pasó un dedo por el escote del vestido, obligándolo a mirar. Cailean no salía de su asombro. Estaba coqueteando con él.

–Créame cuando le digo que su desconfianza es exagerada. Solo se lo he preguntado porque no esperaba volver a verlo después de nuestro encuentro en el camino... y, sin embargo, aquí está.

–Bueno, le aseguro que no nos volveremos a ver.

–¿No? Pues es una pena.

Daisy lo dijo con una sonrisa tan seductora que a él se le aceleró el corazón. A decir verdad, no estaba acostumbrado a tratar con mujeres tan descaradas. Y eso que, siendo escocés, conocía a un montón de mujeres descaradas.

–Quizá, pero no nos veremos más. Y rece a sus santos para que tampoco vea a otras personas.

–¿Qué otras personas?

Él suspiró.

–¿Es que no entiende nada? No debería estar aquí, *madame*.

–¿Por qué?

–Porque los *sassenach* no son bien recibidos en estas tierras. Alguien tendría que habérselo dicho antes de emprender tan arduo viaje.

–¿*Sassenach*? ¿Qué significa eso? ¿Se refiere a las mujeres? –se interesó, sin dejar de sonreír.

–Me refiero a los ingleses.

–Vamos, milady –volvió a intervenir sir Nevis–. Permita que le caballero se marche.

Daisy hizo caso omiso. Se quedó donde estaba, mirando a Cailean mientras se acariciaba el tentador y pálido espacio que había entre sus senos.

Él lo encontró desconcertante. ¿Qué clase de aristócrata coqueteaba con un desconocido? ¿Qué clase de mujer se ofrecía de esa manera a un extraño que la doblaba en tamaño? Especialmente, teniendo en cuenta que parecía tan frágil como delicada y, en cualquier caso, del todo inadecuada para un hombre de su carácter.

Pero, a pesar de ello, no era la primera vez que veía ese atrevimiento en una inglesa. No lo era en absoluto, como demostró el repentino e indeseado recuerdo que asaltó sus pensamientos un segundo después: el de otra rosa igualmente delicada que, durante un tiempo, conquistó su corazón.

–No es posible que sea tan ingenua, lady Chatwick –dijo, dando un paso adelante–. No hay ni un solo escocés en estas colinas que los quiera a usted y a los suyos. Y, sin embargo, se comporta como si estuviera de fiesta en un jardín florido.

Ella rio con suavidad.

–Ah, le aseguro que esto no es ninguna fiesta. ¡Ni siquiera tenemos jardín! Aunque estoy decidida a tener uno, porque el paisaje es precioso... verdaderamente insuperable –dijo, mirándolo de arriba abajo.

Cailean se estremeció al sentir la reacción de una parte muy particular de su cuerpo, que se alzó de su sueño.

–¿No piensa decirme de dónde viene? –insistió Daisy.

Impaciente, excitado y absolutamente perplejo, Cailean optó por la retirada. Llevaba demasiado tiempo allí, y estaba harto de que aquella mujer lo interrogara.

–Que tenga un buen día, *madame*.

–¡Lo mismo digo, señor! –replicó ella mientras él se alejaba–. ¡Vuelva a Auchenard cuando quiera! ¡Daremos una fiesta en el jardín!

Cailean echó chispas durante todo el camino de vuelta a Arrandale. Le parecía increíble que una inglesa lo hubiera puesto a la defensiva con tanta facilidad, y estaba asombrado con su atrevimiento.

Era una chiflada. Y también era deliciosa. Una chiflada deliciosa, el mayor de los peligros en materia de mujeres.

De repente, el largo y tórrido verano le empezó a parecer interesante.

Capítulo 4

Auchenard, 28 de julio.

Mi tío afirma que hay que reparar una de las chimeneas, y que el señor Green y él pueden arreglarla, pero me desagrada la idea de que suba al tejado. Por desgracia, se niega a escucharme. Me ha pedido que limite mis preocupaciones a las obras del interior, lo cual significa que estaré verdaderamente preocupada, porque hay mucho que hacer.

Cada día descubrimos un problema nuevo, lo cual desespera a Belinda. Yo le digo que nos las arreglaremos, pero lo digo con más convicción de la que en verdad siento. En cuanto a Ellis, está encantado de poder ver las estrellas desde su habitación, y se dedica a dibujar las constelaciones bajo el tutelaje del señor Tuttle.

Sin embargo, mi hijo no deja de estornudar, y Belinda tiene miedo de que el polvo de la casa lo enferme, aunque el hecho de que no estemos cerca de ningún pueblo grande le inquieta bastante más. Quiere volver a pintar cuando terminemos las obras; pero no trajo suficientes materiales, y no sabe dónde adquirirlos.

No sé, quizá me equivoqué al traer a Ellis y a mi prima a un lugar tan desagradable.

Por lo demás, el escocés vino a verme para hablar en defensa de MacNally. Es obvio que no le intereso en absoluto, porque no me dedicó ni una sonrisa durante nuestra conversación. Está encantadoramente moreno, de donde se deduce que pasa mucho tiempo al sol. Ese detalle enfatiza el azul de sus ojos, y hace que sus labios parezcan más oscuros.

Confieso que este sitio me gusta. Es tranquilo, y el paisaje no parece haber cambiado nada en miles de años. Sería un buen lugar para vivir si fuera capaz de vivir lejos de la sociedad.

Daisy era sincera al decir que se arrepentía de haber llevado a los suyos a Auchenard. Sabía que era un lugar remoto y que llevaba mucho tiempo deshabitado, pero no imaginaba hasta qué punto; principalmente, porque no había prestado la atención necesaria cuando el representante de su difunto marido se lo intentó explicar.

La verdad sobre Auchenard estaba enterrada en los documentos que intentó enseñarle tras el fallecimiento de Clive. En aquel momento, Daisy lo encontró tan aburrido que le faltó poco para dormirse. Estaba agotada, y Escocia le parecía un lugar tan alejado como la propia luna. Además, solo se usaba para la caza, y no tenía intención de dedicarse a actividades cinegéticas.

A decir verdad, Auchenard no le interesaba en absoluto. Por lo menos, hasta que necesitó un sitio adonde escapar.

¿Y ahora?

Daisy había considerado varias veces la posibilidad de hacer el equipaje y volver a Inglaterra, por muy cansados que estuvieran todos. Cuando vio la mansión por primera vez, se le cayó el alma al suelo. Los muebles estaban destrozados y, como habían tapado gran parte de las ventanas, era tan oscura que Ellis se asustaba de cualquier cosa.

–Bueno –dijo cuando todos la vieron entera–, no hay nada que no se pueda arreglar con un poco de trabajo. Solo tenemos que organizarnos y ponernos manos a la obra.

–Si es que no enfermamos antes –replicó Belinda.

La perspectiva de caer derrotada ante el pesimismo de su prima le pareció tan inadmisibles que tomó la decisión de convertir aquella especie de castillo medieval en la mejor mansión de las Tierras Altas. Y, durante los días siguientes, trabajó tan duro como el que más, de la mañana a la noche. No había trabajado tanto en toda su vida.

Fregó, restregó y pulió. Tiró las cortinas viejas, limpió ventanas y marcos y se deshizo de los muebles inútiles. Quitó el polvo a las alfombras, dio la vuelta a los colchones y puso sábanas limpias.

Sir Nevis, quien pensaba volver a Inglaterra al cabo de una semana, exploró entre tanto la comarca y regresó con un maestro artesano para que arreglara las ventanas rotas. También volvió con información sobre Balhaire, la gran propiedad de los Mackenzie y varios pueblos donde podían comprar multitud

de mercancías, incluidas las pinturas de Belinda.

Todo habría ido bien si Ellis no se hubiera mostrado cada vez más sombrío. Su tutor y él parecían estar perdidos en aquel lugar. Ellis quería salir a echar un vistazo a la zona, pero Daisy no permitía que se alejara mucho porque las advertencias del escocés la habían dejado preocupada.

Por supuesto, hacía lo posible por mantenerlo ocupado; pero era un niño de nueve años, y no se divertía limpiando suelos o cristales. Por eso lo animó a seguir pintando constelaciones. Mientras tuviera todo un firmamento a su disposición, estaría contento.

Al principio, Rowley, Alfonso y Belinda la habían intentado alejar de las tareas de la casa. Decían que las grandes damas no limpiaban alfombras ni fregaban losetas. Sin embargo, Daisy hizo caso omiso porque lo encontraba extrañamente relajante.

El trabajo la ayudaba a olvidar sus preocupaciones, que eran muchas: el marido que el obispo le estaba buscando, la posibilidad de que Rob no llegara a tiempo, la frágil salud de su hijo, la duda de haber hecho lo correcto al marcharse a Escocia y, naturalmente, el sentimiento de culpabilidad por haberse llevado a su familia con ella.

Sí, trabajar era mucho mejor que pensar. Y, aunque al final del día estuviera tan cansada que le dolía todo el cuerpo, ese dolor le parecía bastante menos desagradable que sus temores.

Pero, a veces, cuando sus pensamientos se empeñaban en amargarle el día, odiaba a su difunto marido con toda su alma. Clive la había condenado a una situación insostenible, y no se lo podía perdonar. Se sentía traicionada por un hombre al que había respetado y al que había intentado querer.

¿Cómo era posible que la hubiera tratado de un modo tan injusto? ¿Tan mala opinión tenía de ella? ¿De verdad creía que iba a poner en peligro el futuro de su hijo y que iba a malgastar su fortuna en caprichos? Lamentablemente, Clive se había llevado las respuestas a su tumba.

Quince días después de llegar a Auchenard, la mansión había mejorado tanto que Daisy se enorgulleció de lo que habían hecho. Se empezó a fijar menos en las cosas que faltaban por arreglar y bastante más en las vistas. De hecho, sus preocupaciones desaparecían cada vez que admiraba el lago y las colinas del fondo.

Tras quedar relativamente satisfecha con los trabajos del interior, Daisy se concentró en el jardín; o más bien, en lo que había sido un jardín en algún

momento, porque había malas hierbas por todas partes, y las enredaderas habían conquistado la fuente y los muros.

Decidida, se puso un mandil de cuero y un sombrero de paja que encontró en los establos y empezó a cortar y arrancar. Las manos se le llenaron de callos, y era una labor tan agotadora que casi tenía que arrastrarse para llegar a la cama cuando se hacía de noche. En cambio, dormía como una niña.

Belinda se quejó de que le estaban saliendo pecas por culpa del sol, sin mencionar el hecho de que su color de piel ya no era tan claro. Pero a Daisy no le importaba. Se levantaba al alba, se ponía un chal sobre los hombros, abría la ventana de la habitación principal y, antes de ponerse a trabajar, escribía los acontecimientos del día anterior en su diario.

Sin embargo, no se limitaba a escribir. Metía flores entre sus páginas, e incluso dibujaba hojas de árboles que no había visto hasta entonces, embarcaciones que cruzaban el lago y animales como el ciervo que estaba una mañana junto a la propiedad, contemplando la mansión.

El día anterior, había descubierto un arco en el muro de piedra que bordeaba el jardín, y le pareció tan bonito que se dispuso a dibujarlo. Estaba en su habitación, mirando desde la ventana y, cuando la niebla matinal se disipó, vio el perro más grande y peludo que había visto en su vida.

Dominada por la curiosidad, se cerró el chal y se inclinó sobre el alféizar para verlo mejor.

—¿De dónde has salido tú?

Justo entonces, el perro entró en el jardín, olisqueó la zona que Daisy había limpiado de malas hierbas y se dirigió hacia el único rosal que había conseguido salvar.

Daisy salió a toda prisa de la habitación, bajó por la escalera del mismo modo y se plantó en el jardín en pocos segundos. Estaba descalza, y la tierra húmeda se le metía entre los dedos.

El perro la vio y alzó la cabeza. Ella se quedó helada. Pero el animal solo parecía sentir curiosidad, así que dio un paso hacia él.

—Ven aquí —dijo con suavidad—. No tengas miedo.

El perro la miró con desconfianza, y Daisy echó un vistazo a su alrededor, buscando algo que le pudiera interesar. No había nada salvo una rosa y, como no tenía nada mejor, la arrancó, le quitó los pétalos y se los ofreció en la palma de la mano.

—Ven —insistió.

Daisy, que se había pinchado en el pulgar al arrancar la flor, obtuvo la recompensa que buscaba cuando el perro avanzó cautelosamente, olisqueó los pétalos y permitió que le acariciara la cabeza.

Mientras lo acariciaba, se dio cuenta de que su peludo visitante no era un macho, sino una hembra; pero su encuentro no duró mucho. La perra decidió que los pétalos no tenían ningún interés y, tras lamerle la mano, se metió entre unos arbustos y desapareció por lo que, hasta ese momento, parecía un muro en perfectas condiciones.

La sorprendida Daisy siguió al animal, y descubrió una grieta que no había visto antes. Varios bloques de piedra se habían caído, dejando una abertura de casi un metro.

Ni corta ni perezosa, se metió por la abertura y salió por el otro lado, a tiempo de ver que la perra corría hacia un hombre montado a caballo. Daisy se acordó entonces de las advertencias de Belinda sobre los peligrosos escoceses y se asustó tanto que dio un paso atrás, chocando con el muro. Y ya se disponía a huir por el agujero cuando le dio la impresión de que el rostro del jinete le resultaba familiar.

Súbitamente, el hombre giró su montura y avanzó hacia el muro. Daisy no las tenía todas consigo, porque aún cabía la posibilidad de que los temores de su prima se hicieran realidad; pero se cerró un poco más el chal y mantuvo el aplomo cuando el jinete se detuvo ante ella.

El escocés clavó la vista en sus ojos, y a Daisy se le encogió el corazón. Era él. Arrandale.

Su aplomo flaqueó al reconocerlo, y flaqueó bastante más al darse cuenta de que había salido al exterior descalza, con el pelo suelto y en ropa de cama, lo cual llevó rubor a sus mejillas.

–*Madainn mhath.*

Él inclinó la cabeza, arrebatadoramente masculino. Y todos los pensamientos de Daisy se redujeron a uno: las ganas que tenía de tocarlo.

–Buenos días, lord Avondale.

–Arrandale –la corrigió.

–Es cierto –dijo, nerviosa–. Lord Arrandale.

El corazón de Daisy se había desbocado; pero, a pesar de ello, dejó de aferrarse el chal. Era un gesto de timidez, y no quería parecer tímida delante de un hombre como ese.

Por asombroso que fuera, le pareció más atractivo que nunca. Llevaba un

kilt, la típica falda escocesa, y los desnudos y poderosos muslos que asomaban bajo la tela avivaron su imaginación, estremeciéndola. Habría dado cualquier cosa por acariciarlos.

Él frunció el ceño como si supiera lo que estaba pensando, y ella intentó explicarse.

–He visto a su perra. Estaba en mi jardín.

Arrandale miró brevemente al animal y, a continuación, volvió a mirar a Daisy. Pero la miró como si nunca hubiera visto a una mujer descalza y en ropa de cama.

–¿Ha pasado algo? ¿Se ha incendiado la casa? ¿Los han atacado quizá? – preguntó, ladeando la cabeza.

Ella tragó saliva.

–No.

–¿No? Pues es extraño, porque las damas no suelen salir de sus mansiones en ropa interior.

–Sí, bueno... Pensaré que estoy un poco loca, claro.

–Un poco, no; completamente. Y algo tonta también.

Sus palabras sonaron tan naturales que ella rompió a reír.

–¿Tan libertina le parezco?

Daisy se abrió descaradamente el chal, mostrando el camisón.

–¿Quiere que la encuentre libertina?

Ella rio como una adolescente encaprichada. Ninguno de los caballeros que la pretendían había entendido lo que buscaba, pero aquel escocés lo entendía de sobra.

–Está visto que le encanta coquetear –continuó él.

–¿Coquetear? No estoy coqueteando con usted, milord. Solo he seguido a su perra, que estaba en mi jardín.

Él sonrió un poco.

–Ya, el jardín –dijo, sin dejarse engañar–. No se moleste en negarlo. No me ha ofendido.

Daisy soltó otra carcajada.

–Es usted un hombre de lo más desagradable, ¿sabe?

–¿Yo?

–Es el primer hombre que se queja de que flirtee con él –replicó–. Pero, ¿cree sinceramente que saldría al amanecer por la simple y remota esperanza de que usted aparezca? ¿Cree de verdad que saldría medio desnuda sin más

intención que coquetear?

Él la miró a los ojos.

–No, en absoluto. Pero creo que aprovecha cualquier oportunidad que se le presente.

–¿Ah, sí? –dijo ella, divertida–. ¿Y qué le ha llevado a tan intolerable conclusión, milord?

–El color de sus mejillas y el destello de sus ojos.

–Puede que el color de mis mejillas se deba al sol, y que el destello de mis ojos sea un reflejo de la niebla que se está disipando.

–Sí, y puede también que muestre un hombro desnudo porque la temperatura es cálida.

Daisy bajó la cabeza. El camisón se le había bajado sin que ella se diera cuenta, así que se lo subió; pero despacio, sin prisa alguna.

–Eso no ha sido cosa mía –se defendió.

–No me tome por un ingenuo –protestó él, hablándole como si fuera una niña–. Estoy familiarizado con las artes de las mujeres.

–Ah, que está familiarizado con ellas... No sabe cuánto le agradezco que comparta conmigo su experta opinión.

Daisy le hizo una reverencia, pero solo para que pudiera ver la parte superior de sus senos por el escote del camisón. Y acto seguido, siguió hablando.

–Sepa no obstante que yo sé tanto de hombres como usted de mujeres, señor. Dijo que no volveríamos a vernos, pero aquí está. Y sé que, cuando un hombre aparece sin motivo aparente junto a la propiedad de una dama, es porque la está buscando.

La sonrisa de Arrandale fue tan voraz que ella sintió un escalofrío.

–Habla como un hombre, *madame*.

–¿Como un hombre? ¿Cree que hablar sin ambages es prerrogativa de los hombres? ¿Insinúa que las mujeres solo tienen que hablar cuando usted les dé permiso, que no deben coquetear nunca y que han de estar de acuerdo con todo lo que diga?

Él arqueó una ceja.

–No sea tan cínica, lady Chatwick. No he dicho en ningún momento que desaprobe su actitud. De hecho, nunca me han interesado las estiradas damas inglesas. Prefiero a las mujeres que saben disfrutar de la vida –declaró–. Pero eso no significa que quiera coquetear con usted.

Daisy se quedó pasmada. Nadie le había dicho nada parecido en toda su vida; y, mucho menos, desde que la muerte de Clive la había convertido en la viuda más apetecible de Londres.

—¿Cómo? —acertó a decir.

Él notó su irritación, y sonrió un poco más.

—Supongo que se habrá llevado una sorpresa al saber que no todos los hombres del sexo masculino arden en deseos de obtener sus favores, pero un «no» es un «no» —dijo, llevándose una mano al ala del sombrero—. *Latha math*, lady Chatwick. La dejo para que pueda volver a sus habitaciones, a vestirse como se debe.

Daisy se le quedó mirando mientras él se alejaba al galope por la pradera, con la enorme perra corriendo a su lado.

Aquel hombre no tenía miedo de ofenderla. Aquel hombre se negaba a halagarla. Aquel hombre no se fingía encandilado para echar mano a su fortuna. Y, por muy disgustada que estuviera con él, le pareció admirable.

Pero solo un poco.

Regresó a su habitación, se sentó en la silla de todas las mañanas y, tras abrir el diario, empezó a narrar su encuentro con lord Arrandale, empezando por la primera frase de su despedida: *Supongo que se habrá llevado una sorpresa...*

Tenía razón. Se la había llevado.

Y, cuando terminó de escribir, alcanzó dos de los pétalos que había ofrecido a la perra y los metió entre las páginas.

Capítulo 5

El viento había cambiado de dirección. Ahora soplaba del norte, como anunciando el final del largo verano.

El frescor del aire animó a Cailean, quien galopaba a lomos de Odín, su caballo preferido, hacia la fortaleza costera donde había nacido él, Balhaire. Estaba preciosa cuando la niebla marina alcanzaba sus murallas. Y también lo estaba el pueblo que se alzaba en su exterior, el lugar donde había aprendido a luchar, a navegar y a ser un verdadero habitante de las Tierras Altas.

Al llegar a la fortaleza, desmontó y dejó las riendas de su montura a Sweeney el Joven, que había sustituido a su padre como capitán de la guardia. En ese momento, una ráfaga de viento le alzó el *kilt*. Cailean hizo caso omiso y se dirigió al salón, donde se oían voces. Siempre estaba lleno de miembros del clan de los Mackenzie, todo un mar de primos hermanos y primos segundos.

Ya dentro, cruzó la sala y pasó entre la multitud como si fuera un príncipe, algo que no se alejaba mucho de la realidad, porque era el heredero que algún día dirigiría el clan. Luego, subió a la tarima donde estaban sentados sus padres y los saludó. Arran Mackenzie, señor de Balhaire, sonrió con alegría al ver a su primogénito.

—¿Qué te trae por aquí, Cailean?

—Nada importante, *athair*. Hace un día tan bonito que he decidido salir a montar —contestó—. ¿Qué tal la pierna?

Arran se encogió de hombros.

—Bueno, sigue pegada a mi cuerpo.

A pesar del humor que demostraba, Cailean estaba preocupado por su padre. Se había roto la pierna unos años antes, el bajarse del caballo y, aunque había soldado bien, no había vuelto a ser el mismo. Le dolía a menudo, y no

había nada que apaciguara su dolor. Había acudido a médicos escoceses e ingleses, pero no tenían más solución que el láudano, y Arran se negaba a tomarlo.

A principios de verano, había llamado a Cailean para anunciarle que le iba a dejar la jefatura del clan. Naturalmente, su hijo protestó. Aún no había terminado con las obras de Arrandale y, además, salía a navegar frecuentemente con Aulay. No estaba preparado para asumir esa responsabilidad.

Sin embargo, Arran rechazó sus objeciones. Dijo que ya no era joven, que la pierna le dolía demasiado y que no le habría nombrado heredero si hubiera creído que no era capaz de asumir el cargo.

Cailean no tuvo más remedio que dar su brazo a torcer. La decisión estaba tomada, y sustituiría a su padre a finales de año. Pero tenía que ponerse al día, así que iba casi todas las semanas a Balhaire, se sentaba con él y escuchaba las quejas y propuestas de los miembros del clan, además de revisar las cuentas de la localidad y de sus actividades comerciales.

Su madre, que estaba junto a Arran, se giró hacia Cailean y le dedicó una sonrisa.

—¿Dónde has estado? —le preguntó.

Él le dio un beso en la mejilla. Era la mujer más regia que había conocido nunca, y curiosamente, a pesar de todos los años que llevaba en Escocia, no había perdido su acento inglés.

—Trabajando, *mathair*. Las casas no se construyen solas.

—¿Y qué me dices del cargamento? —preguntó su padre.

Los Mackenzie de Balhaire no sentían ninguna vergüenza de dedicarse al contrabando, que ellos llamaban *libre comercio*. Desde la unión de Escocia e Inglaterra, los impuestos habían aumentado tanto que muchos no tenían ni para comer. Por fortuna, Arran Mackenzie les proporcionaba buen vino, buen tabaco y buen té a precios razonables y sin tasas de usurero.

Cailean informó a su padre sobre sus negocios y, a continuación, le habló de la casa. No estaba terminada, pero las obras iban tan deprisa que ya había fijado su residencia en Arrandale, donde vivía con su perra, Fabienne. Aún carecía de los lujos a los que estaba acostumbrado, aunque eso no le quitaba el sueño. La soledad le gustaba. Le encantaba vivir de su habilidad para la caza y la pesca.

—¡Cailean! ¿Es que no vas a saludar?

Cailean se giró al oír la voz de su hermana, Vivienne, quien se sentó en una silla con alguna dificultad, porque estaba embarazada de su cuarto hijo y a punto de dar a luz. Vivienne solo tenía dieciocho meses menos que Cailean. Después estaban Aulay, Rabbie y Catriona, la más pequeña de todos, que apareció al cabo de unos instantes y se apoyó en el brazo del sillón de Arran.

—Creo que ya has conocido a la señora de Auchenard —declaró Vivienne, tomando de la mano a su hermano mayor.

Cailean se encogió de hombros. No le extrañaba que lo supiera, porque las noticias volaban en el valle. Además, ya había pasado una semana desde que se encontró con ella junto a los muros de su propiedad.

—¿Te parece bonita? —insistió Vivienne.

—Yo...

—¡Ha venido a encontrar marido! —intervino Catriona.

Cailean soltó una carcajada, pensando que era una simple ocurrencia; pero Vivienne intentó sacarlo de su error.

—No te rías, que es verdad.

—Oh, vamos —dijo Cailean, incrédulo—. Una mujer con sus medios y contactos no iría a buscar marido a las Tierras Altas de Escocia. ¿De dónde te sacas esos disparates?

—De MacNally —respondió Rabbie, también presente—. Lady Chatwick prescindió de sus servicios y, desde entonces, se dedica a contar cosas por ahí. Por lo visto, está obligada a casarse antes de un año porque, de lo contrario, perdería su fortuna.

—Es cierto —perseveró Catriona—. El testamento de su marido dice que, si pasan tres años desde su muerte y no se ha vuelto a casar, lo perderá todo. Y no es una herencia pequeña. Cincuenta mil libras al año, según me han dicho.

—¿Y quién te lo ha dicho? —se interesó su padre.

—El señor MacNally y la tía Griselda, que se enteró en Londres.

Arran Mackenzie arqueó una ceja.

—¿Zelda ha dicho eso?

—Sí, y también ha dicho que su fortuna es tan grande que los escoceses tendrían que estar locos para no asaltar los muros de su propiedad y cortejarla —contestó—. Han pasado más de dos años desde la muerte de su esposo, así que tiene menos de uno. Por eso ha venido a Escocia. ¡Está buscando marido!

—Sí, claro, como si no hubiera suficientes hombres en Inglaterra... —se burló Rabbie.

–No son la clase de hombres que interesan a las mujeres –declaró Vivienne, arrancando una carcajada a todos.

–Tonterías –zanjó Cailean–. En todas partes hay hombres como esos.

–Cierto –intervino su madre–, aunque podría ser que...

–¿Qué? –preguntó Vivienne.

–Que tenga motivos de peso para buscar un escocés. Quizá quiera instalarlo en Auchenard a cambio de una asignación anual para volver después a Londres y vivir como le plazca.

El marido y los hijos de lady Mackenzie la miraron con asombro.

–¡Qué lista eres, mamá! –exclamó Catriona–. ¡Eso es precisamente lo que pretende! Pero nadie puede negar que es muy bonita... Tú también la has visto, Rabbie. ¿Por qué no la cortejas? Su dinero te vendría bien.

–¿Y qué diría Seona si se enterara? –dijo, refiriéndose a la joven que le gustaba–. Además, lady Chatwick es una *sassenach*, Cat. Y no cortejaría a una inglesa ni por todo el oro del mundo.

–¡Ten cuidado con lo que dices! –le amenazó Vivienne–. ¡Te recuerdo que tu madre es inglesa!

–Mi madre no es una *sassenach* –se defendió–. Procede de Inglaterra, que es diferente.

Margot Mackenzie sacudió la cabeza.

–Tienes demasiados amigos jacobitas, Rabbie. Pero, en cualquier caso, y por mucho que ansíe tener nietos, no quiero que mis hijos se casen con una persona que no se guía por el amor, sino por motivos de lo más dudosos.

Margot no miró a Cailean, pero él supo que se refería a Poppy Beauly, la inglesa que había destrozado su corazón y que, de paso, también había destrozado cualquier posibilidad de que se complicara la vida mediante el procedimiento de casarse y tener hijos.

Se habían conocido poco después de que él alcanzara la mayoría de edad. Aquel verano, Cailean se marchó a Noorwood Park, la propiedad de la familia de su madre. Teóricamente, estaba bajo supervisión de su tío Knox; pero Knox no era un hombre estricto, y permitió que empezara a salir con la bella y sensual Poppy Beauly, hija de la mejor amiga de Margot.

Durante las semanas siguientes, Cailean la cortejó tanto como pudo, recibiendo a cambio lo que parecía ser una cálida y esperanzadora respuesta. Era tan ingenuo que ya imaginaba la casa que le iba a poner y los niños que tendría con ella.

Además, Poppy no dejaba de darle razones para creer que compartía sus sentimientos. Una vez, le advirtió de que tendrían que esperar a que ella tuviera dieciocho años; pero concluyó la frase con un beso tan apasionado que Cailean estuvo a punto de desmayarse de deseo. Y, en consecuencia, esperó.

Tras pasar un año a bordo del barco de su padre, regresó a Noorwood Park. Poppy parecía encantada de verlo. Ya la habían presentado en sociedad y, aunque él sabía que tenía más pretendientes, Poppy alimentaba sus esperanzas de un modo tan directo como desvergonzado. Decía que era su príncipe; decía que era el hombre más dulce del mundo, y que lo quería mucho.

Al final de aquel verano extraordinario, y tras pedir permiso a su tío Knox, Cailean pidió su mano.

Para su sorpresa y humillación, Poppy Beauly rechazó su ofrecimiento. Y no lo rechazó de cualquier manera, sino con el mayor de los desagradados, como si él tuviera alguna enfermedad contagiosa.

–Lo siento mucho, Mackenzie –dijo, volviendo de repente a un usted de lo más formal–. Espero que me disculpe si le he dado alguna razón para creer que aceptaría su oferta.

–¿Alguna razón? ¡Me has dado todas las que podías! –exclamó, asombrado con su propia estupidez.

–No, no, en absoluto. Admito que disfrutaba de su compañía, señor, pero siempre ha sabido que yo no me casaría con un escocés.

Ese fue el fin de su relación. Poppy Beauly lo rechazó por haber nacido en Escocia, como si eso fuera un delito. Y el joven Cailean, que estaba perdidamente enamorado de ella, volvió a su tierra con el corazón roto.

Desde entonces, había hecho todo lo posible por mantenerse alejado de la fuente de su dolor, que en su caso implicaba mantenerse bien lejos de las jovencitas como Poppy. Buscaba la compañía de viudas y meretrices porque, a decir verdad, las encontraba mucho más interesantes.

–Déjalo en paz, Margot –dijo su padre, sacándolo de sus recuerdos–. Cailean tiene su propia forma de hacer las cosas.

Margot lo sabía tan bien como Arran; pero, como no había renunciado a la esperanza de que se casara, comentó:

–No lo dudo, pero su forma de hacer las cosas podría conducirlo a un altar. Ya no es tan joven como era.

–¡Madre, por Dios! –protestó Cailean, aunque sonriendo por su testarudez–. Te agradecería que te metieras en tus propios asuntos.

Obviamente, Cailean prefirió ahorrarles el detalle de que había visto a lady Chatwick en ropa de cama y de que había tenido ocasión de admirar su escote y su hombro desnudo. Tampoco mencionó que tenía los ojos verdes y el pelo rubio más bonitos que había visto en su vida, ni desde luego dijo que le encantaban sus pecas, su pequeña nariz y sus grandes y jugosos labios.

Además, la idea de casarse y traer niños al mundo no entraba en sus planes. Tenía treinta y cinco años. Desde su punto de vista, era demasiado viejo para esas cosas. Prefería que Balhaire y la fortuna de los Mackenzie pasaran algún día a los hijos de sus hermanos. Y fuera como fuera, no quería pensar en una inglesa tan tonta como para marcharse a vivir a Auchenard.

Sin embargo, no pudo olvidar la teoría de Margot sobre su nueva vecina y, cuando coincidió con ella unos días después, la miró de una forma completamente distinta: con desconfianza.

Volvía del lago con cuatro truchas en la caña de pescar cuando Fabienne se adelantó y empezó a seguir un rastro. La perra se metió por el agujero del muro de Auchenard, pero salió un momento después y cruzó la pradera a toda prisa, como si hubiera visto algo en el bosque.

Lady Chatwick apareció detrás del animal, abriéndose paso entre arbustos y enredaderas. Luego, se incorporó, puso los brazos en jarras y llamó a Fabienne. No había visto a Cailean, ni lo vio hasta que él silbó a la perra.

Fabienne corrió obedientemente hacia su amo, y Daisy se cruzó de brazos con gesto de irritación. Cailean avanzó entonces hacia ella y, cuando llegó a su altura, apoyó la caña de pescar en el suelo.

—¿Se puede saber qué está haciendo, señor?

Él se preguntó qué había pasado con la cazadora de maridos que coqueteaba todo el tiempo. Sus ojos brillaban con furia. Estaba roja de ira. Y tenía sangre en la mano izquierda.

—¿Usted qué cree? —replicó, señalando las truchas.

—¡No tiene permiso para pescar en mi lado! Sir Nevis me advirtió contra los furtivos que...

—¿Furtivos? —la interrumpió él mientras sacaba un pañuelo—. No necesito permiso para pescar en el lago. No es suyo, *madame*. No puede serlo. Sus tierras solo llegan al muro.

—¿Cómo? No, es usted el que está equivocado. Mi tío dice que mis tierras empiezan donde el lago se asoma al mar, es decir, por el este —dijo, señalándolo con el dedo.

–Y dice bien, pero no se asoma por el este, sino por el oeste –le corrigió él, que tomó su mano y la giró hasta apuntar en dirección contraria.

Ella se estremeció al sentir su contacto, pero frunció el ceño de todas formas.

–¿Está usted seguro?

–Por supuesto que lo estoy. El lago no pertenece a nadie. Cualquiera puede pescar en él –afirmó–. Pero está sangrando.

–¿Qué?

–Que está sangrando –repitió–. ¿Me permite?

Cailean le enseñó el pañuelo, y ella frunció el ceño un poco más.

–¡Ah, ese condenado jardín! Es mi peor enemigo... Me temo que no podré invitarlo a la fiesta que le prometí, porque cada vez que arranco una mala hierba, crece otra. Fíjese en mis manos. Están destrozadas.

–Sí que lo están.

Cailean no lo habría podido negar en ningún caso, porque estaban llenas de callos y sorprendentemente enrojecidas. Entre eso y su desgastado vestido de muselina, parecía una granjera. Y para empeorar las cosas, una gota de sudor descendió por su cuello en ese momento y desapareció entre sus pechos, haciendo que deseara inclinarse y lamerla.

Pero, por supuesto, se refrenó.

–Cada día las tengo peor... –se quejó ella.

Cailean admiró sus largos dedos y, a continuación, le limpió el arañazo y un poquito de tierra que tenía en la muñeca.

–Tiene unos ojos increíblemente azules, ¿sabe?

–Sí, lo sé –dijo él, incómodo.

Ella le dedicó una sonrisa sensual, y él le giró la mano para examinar el dorso, que también estaba lleno de arañazos.

–¿Es que no tiene guantes?

–Ninguno que aguante esos malditos matorrales.

Cailean le pasó un dedo por la palma. Ella se puso tensa de inmediato.

–Veo que ha estado trabajando mucho.

–Más que en toda mi vida. Sé lo que quiero para mi jardín... un rectángulo de césped y rosales alrededor de la fuente, si es que mi tío consigue hacerla funcionar. Y quiero bancos para sentarse y árboles que den sombra. Pero empiezo a pensar que será imposible.

Él se preguntó por qué querría un jardín como aquel. Los jardines requerían

atención constante, y no se la podría dar si tenía intención de casarse, dejar a su marido en Auchenard y volver a Londres.

—¿No tiene a nadie que la ayude?

Ella sacudió la cabeza.

—No, todo el mundo está ocupado con las reparaciones de la mansión. Sin embargo, estoy decidida a devolver al jardín su antigua gloria.

—Nunca ha habido gloria alguna en Auchenard.

—¿Cómo dice?

—Esa mansión ha estado abandonada desde que yo recuerdo. MacNally no es el único responsable de su declive.

Daisy lo miró con confusión.

—Entonces, ¿de quién es la culpa?

—De los *sassenach* que la confiscaron, claro. Supongo que serían su difunto marido y su suegro —contestó—. Auchenard no les importaba nada, y huelga decir que tampoco les importaba su jardín.

—¿Está hablando en serio? —preguntó, visiblemente decepcionada.

—¿Nadie se lo había dicho? Su propiedad ha estado vacía durante décadas.

Ella suspiró y él le siguió limpiando los arañazos.

—No, no lo sabía. Bueno, es posible que me lo dijera el representante de mi marido, pero no le presté atención.

Cailean se preguntó por qué no habría prestado atención a un asunto que le concernía y, tras sopesarlo un instante, llegó a la conclusión de que no se lo había prestado porque era una cabeza hueca.

—¡Ay! —dijo ella entonces.

—Vaya, parece que se ha clavado una espina o una pequeña astilla en la mano. ¿Quiere que se la quite?

Ella tragó saliva.

—Sí, si es tan amable.

Cailean no se tenía por un hombre particularmente amable, pero sacó la navaja que llevaba en el cinturón. Al verla, Daisy intentó retirar la mano.

—Estese quieta.

—Ahora que lo pienso, preferiría...

Él no le dio la oportunidad de cambiar de opinión. Le hizo un corte minúsculo y, mientras Daisy se mordía el labio inferior, le sacó la astillita.

—¡Ay! —repitió ella—. ¡Ay!

Cailean la miró con detenimiento, para asegurarse de que no se iba a

desmayar. Se había mordido tan fuerte que el labio se le había enrojecido, y él sintió el deseo de llevar una mano a su rubio cabello y asaltar su boca.

–Gracias, milord –declaró Daisy, más tranquila.

Él apartó la vista de sus lujuriosos labios y empezó a cerrar el pañuelo alrededor de la herida.

–Debería mirárselo alguien. Hay una curandera en Balhaire.

–¿Dónde está eso?

–No me diga que se hizo a la mar y cruzó las Tierras Altas sin saber nada del sitio adónde iba...

–Me temo que sí –admitió ella–. ¿Cómo puedo llegar a Balhaire?

–Siga el lago y continúe hasta el mar. Es por ese camino –dijo, señalándose–. Cuando llegue, pregunte por Marsaili. Y cuando la haya curado, compre un pasaje de vuelta a Inglaterra. Hay muchos barcos. Seguro que alguien la lleva.

Daisy se quedó momentáneamente confundida, pero reaccionó con rapidez.

–¿Y por qué querría volver a Inglaterra?

–Porque este lugar no va con usted. Se dará cuenta más tarde o más temprano –contestó.

Ella entrecerró los ojos.

–No pierde ocasión de repetirme eso, pero se equivoca. Este sitio me gusta.

Cailean pensó que era terca como una mula y que, efectivamente, estaba chiflada; pero no creyó ni por un momento que una dama de tan evidente alcurnia disfrutara del trabajo manual ni de vivir sin las comodidades de las que gozaba en Inglaterra.

–Este tipo de vida no es para damas refinadas.

–¿Y cómo sabe usted que lo soy? ¿Imparte acaso clases de refinamiento? Su opinión me importa bien poco, pero creo que este lugar es tajantemente bello –dijo con vehemencia, para sorpresa de Cailean–. Es escabroso, potente, vasto... Podría ser feliz aquí.

–¿Sin la alta sociedad?

–¿La alta sociedad? No sabe usted el alivio que supone escapar de ella.

Cailean estuvo a punto de interesarse al respecto, pero Daisy siguió hablando.

–Lo único que no me gusta de estas tierras es la niebla.

–La niebla –repitió él.

–Sí, la niebla. Sueño una y otra vez que mi hijo se pierde en ella. Está a mi

lado y, de repente, desaparece –dijo, señalando el bosque.

Lejos de burlarse de su confesión, él la comprendió perfectamente. Cuando era pequeño, su hermana Vivienne tenía miedo de la niebla. Y no era de extrañar, teniendo en cuenta que surgía de la nada y lo cubría todo.

–¿De qué color es la niebla de sus sueños?

–Blanca.

–Ah, entonces es niebla marina. Por aquí decimos que, cuando la niebla baja de las colinas, hará mal tiempo y cuando viene del mar, bueno. Pero no se preocupe por su hijo. Muchos niños escoceses han caminado entre ella y han vuelto a casa sanos y salvos.

Daisy guardó silencio, y lo miró con tal intensidad que Cailean sintió una oleada de calor. Deseaba besarla y lamer el sudor que resbalaba entre sus pechos. Deseaba lamer cada gota.

Incómodo, volvió a mirar su mano herida. No quería tener pensamientos lascivos a cuenta de lady Chatwick. Intentó recordar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que una mujer lo había excitado tanto, pero no recordaba ninguna experiencia como esa.

Por fin, hizo un nudo al pañuelo. Y, en lugar de soltarle la mano, la alzó impulsivamente y se la besó.

Daisy la apartó rápidamente.

–Discúlpeme, milord, pero ¿no es usted quien está coqueteando ahora conmigo? –preguntó, clavando la vista en sus labios–. ¿Ha olvidado quizá que no le interesan mis favores?

–No, ni mucho menos –replicó, apartándole un mechón de la cara–. Asegúrese de que le limpien esa herida. Los cortes en las manos curan mal.

Cailean alzó la caña de pescar, se la apoyó en el hombro y llamó a su perra.

–*Tiugainn*, milady.

Ya se estaba alejando cuando ella lo detuvo.

–¡Milord!

Cailean se detuvo y se giró.

–Tengo intención de invitar a mis vecinos a cenar. No podrá ser en el jardín, pero será una cena como Dios manda. ¿Le gustaría venir?

Él la miró con sorpresa, porque las personas a las que una dama podría haber invitado a cenar vivían muy lejos de Auchenard.

–¿A sus vecinos?

–Sí, a mis vecinos. Como es lógico, me gustaría conocerlos. Y usted es

vecino mío, ¿no? De lo contrario, no andaría por aquí con su caña de pescar.

Cailean se preguntó si quería invitar realmente a un montón de granjeros pobres, y la respuesta fue negativa. No, quizá pretendía que unos cuantos jacobitas se sentaran a su mesa, para valorar si alguno de ellos podía ser un buen marido. O quizá quería provocar una guerra.

Fuera como fuera, desandó lo andado y se plantó ante ella una vez más.

—Se lo diré sin rodeos, *madame*. No es bienvenida en estas colinas. Habrá indudablemente quien se sienta interesado por su fortuna, pero a mí no me interesa en absoluto. No pediré su mano, si eso es lo que busca.

Ella se ruborizó.

—¿Se tiene usted en muy alta estima, Arrandale! ¡Presume en exceso! Tal vez crea que sabe algo sobre mi situación, pero le aseguro que los rumores que haya podido oír son inexactos. Le he invitado solo en calidad de vecino, con la esperanza de forjar una amistad. Y, por favor, no me vuelva a recordar que yo no le gusto. Lo ha dejado bastante claro.

—¿Forjar una amistad? —se burló, implacable—. No se ofenda, *milady*, pero la mayoría de las mujeres que afirman querer la amistad de los hombres solo quieren abrazarse a su dinero. O, en el caso de usted, que ellos se abracen al suyo.

Daisy se quedó boquiabierta durante unos instantes, y luego clavó en él sus ojos verdes, que brillaron con furia. A Cailean le parecieron tan bonitos que se quedó como hechizado.

—Ah, comprendo. Usted debe de ser el gran partido de las Tierras Altas, el que todas las mujeres desean. Estará cansado de tener que quitárselas de encima. Pero no se preocupe por mí, *milord*, pues no tengo intención alguna de unirme a semejante cacería.

Daisy entrecerró los ojos y añadió:

—Vivo como me place, y me place coquetear con los caballeros... con todos los caballeros —puntualizó—. No crea que usted es el único. No piense que su fortuna es tan grande como para que yo me sienta tentada, porque la mía es mayor, y no quiero que nadie se abrace a ella. Si eso le escandaliza, manténgase lejos de mí; si no, será bienvenido en mi casa.

Esta vez fue él quien se quedó boquiabierto; y, cuando salió de su asombro, rompió a reír. Pero sus carcajadas, que no pretendían ser irrespetuosas, la enfadaron más.

—No debería prestar atención a los rumores, señor.

Daisy dio media vuelta y se alejó de él a buen paso y con la barbilla erguida hasta llegar al muro, donde gritó por encima del hombro:

–¡Gracias por limpiarme la herida!

Cailean sonrió para sus adentros. Era la primera vez que una mujer indignada encendía su pasión.

Capítulo 6

Dos días más tarde, Daisy dobló el ya lavado pañuelo de Cailean y lo metió en su diario, entre los dos pétalos de rosa y la carta de Rob.

Luego, mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir.

El jardín ya está libre de malas hierbas; aunque, desgraciadamente, no he podido salvar gran cosa. Tendré que buscar a alguien que se encargue de él durante el invierno, con la esperanza de que florezca en primavera. Me gustaría ver el resultado, pero sospecho que mi marido no querrá vivir en las Tierras Altas, tan lejos de Inglaterra.

Ellis todavía no se ha acostumbrado a Auchenard. Está pálido y decaído. Además, duerme mal porque le contaron historias sobre las criaturas que viven en el bosque. De hecho, el señor Tuttle me ha informado de que ya no desea aventurarse más allá de los muros.

Han encontrado un nido de ratones en el diván del dormitorio de Belinda. Mi prima está convencida de que toda la habitación está llena de ellos, y pretende que le prendamos fuego.

Daisy miró el pañuelo y, tras acariciar el fino lino, siguió escribiendo.

Arrandale es un salvaje. Presta oídos a las habladurías, y habla de las mujeres con una notable falta de decoro. Dice lo que piensa sin consideración alguna hacia mis sentimientos. Lo encuentro terriblemente irritante, pero también me agrada; al menos sé que dice la verdad.

Sin embargo, y teniendo en cuenta que no sabe nada de mí, debería haber tenido la cortesía de concederme el beneficio de la duda. ¡No todas las mujeres buscan marido! Bueno, supongo que yo lo estoy buscando,

pero debería saber que no lo estoy buscando aquí. Los invitaré a él y al resto de mis vecinos y echaré más madera al fuego de sus conjeturas.

Aún no he dicho nada de la fiesta a Belinda y a mi tío. Sospecho que no les gustará.

Daisy volvió a tocar el pañuelo y volvió a pensar en el hombre que le había vendado la mano. Cerró los ojos e imaginó que la tomaba entre sus brazos y la besaba.

¿Cómo podía ser tan estúpida? Tenía que encontrar marido y, a pesar de ello, se dedicaba a soñar con un escocés.

Deprimida, abrió los ojos y cerró el diario. Se sentía como si llevara un reloj dentro y estuviera contando los segundos que faltaban para quedar sometida de nuevo a un esposo. Pero no estaba perdida todavía. Cabía la posibilidad de que Robert llegara a tiempo a Londres y la salvara.

Como ya no iba a escribir más, salió al jardín y lo miró bajo el encapotado cielo de aquel día. No era precisamente una belleza. Era un terreno desolado, casi sin adornos y con una fuente que no conseguían arreglar, a pesar de los esfuerzos de su tío Alfonso y el señor Green.

Se llevó las manos a la parte baja de la espalda y se arqueó, escuchando el sonido de la brisa en los árboles. Auchenard era maravillosamente tranquilo; una bendición frente al bullicio de Londres e incluso de Chatwick Hall, que estaba en Nottinghamshire. Le habría encantado que su familia opinara lo mismo, pero no tenía tanta suerte.

No obstante, habían hecho todo lo posible por arreglar la mansión sin ayuda de peones y alarifes. Daisy estaba orgullosa de su trabajo y, aunque la idea de hacer una fiesta no era más que una excusa para atraer a Arrandale, estaba decidida a celebrarla. Quizá animara a su familia. Y, por otra parte, quería conocer a sus vecinos y que vieran lo mucho que había cambiado Auchenard.

Pero, sobre todo, ardía en deseos de ver los preciosos ojos azules del que aparentemente era su vecino menos hospitalario.

Daisy sacó el tema de la fiesta aquella misma noche, cuando estaban entre el estofado y la tarta que había preparado la señora Green. Mientras Rowley se llevaba los platos, dijo:

–Tengo una idea. Deberíamos invitar a cenar a nuestros vecinos, para que puedan ver lo que hemos hecho en la propiedad.

Alfonso, Belinda, Ellis y el señor Tuttle se giraron hacia ella al mismo

tiempo y con idéntico asombro.

–Querida, no te aconsejo que invites escoceses a nuestra casa. No son la clase de compañía que deberías buscar. ¡Apenas hablan inglés! Por no mencionar que casi todos son jacobitas.

–Los pocos que conozco hablan inglés perfectamente –replicó Daisy–. Además, se trata de nuestros vecinos, y su disputa es con Inglaterra, no conmigo. Sin embargo, huelga decir que no pretendo invitar a todas las personas del valle, sino solo a los que viven en las mansiones cercanas.

–¿Qué propiedades cercanas? –preguntó Alfonso–. Casi no hay, cariño mío. Solo se me ocurren Balhaire y Killeaven, pero no quedan cerca.

–Olvidas Arrandale –le recordó.

–Porque solo vive un hombre en ella.

–Pero es vecino nuestro de todas formas –afirmó–. Aunque, si te preocupa la falta de vecinos cercanos, podríamos buscarlos más lejos.

–¿Qué quieres que hagamos? ¿Que salgamos a caballo y exploremos la zona hasta encontrar algo que no sean granjas y casuchas?

–¿Por qué hemos de regirnos siempre por la prudencia? –protestó su sobrina–. ¡No hay que ser tan mojigatos! Venir a Auchenard no fue prudente, pero aquí estamos. Y mira lo que hemos hecho. ¡Mira lo que hemos conseguido! A decir verdad, he disfrutado mucho estas semanas.

Todos apartaron la vista. Pero Daisy no se dejó abatir.

–No nos podemos comportar como si estuviéramos por encima de los demás –continuó–. Conocer a nuestros vecinos es mucho mejor que temerlos, ¿no? Estas tierras fueron una vez el coto de caza más deseado de las Tierras Altas. Sospecho que a nuestros vecinos les gustará saber que las hemos rescatado de su abandono anterior.

Belinda frunció el ceño.

–¿Quieres exponer a tu hijo a esos salvajes?

A veces, Daisy sentía el deseo de dar una bofetada a su prima, y aquella fue una de esas veces. ¿Cómo era posible que la creyera capaz de poner en peligro a Ellis? ¿Cómo era posible que siempre se pusiera en la peor de las situaciones? ¿Cómo podía vivir con tanto miedo?

Pero, cuando Belinda no estaba previendo desastres, era de gran ayuda; especialmente, con el niño. Y tenía talento para el arte. Era autora de algunos de los cuadros y cerámicas más bellas que Daisy había visto nunca, hasta el punto de que muchos de ellos decoraban Chatwick Hall.

De hecho, resultaba extraño que una mujer que amaba tanto la belleza tuviera una actitud tan lúgubre en lo tocante a la vida. Y resultaba aún más extraño que, a pesar de que nunca se cumplían sus terribles previsiones, se siguiera aferrando a ellas. Quizá fuera por el tutor que había tenido, un cristiano demasiado estricto. En lugar de insuflarle el temor a Dios, la había convertido en una pesimista.

Antes de decir algo de lo que probablemente se habría arrepentido después, su tío intervino de nuevo en la conversación.

—Pensándolo bien, puede que sea lo que el niño necesita —dijo—. Tiene que acostumbrarse a estar con gente distinta y en distintas situaciones. Al fin y al cabo, un día heredará esta propiedad y se verá obligado a tratar con muchas personas.

Belinda lo miró con horror.

—¡Tío! ¿Necesito recordarte que el reverendo Cosgrove y su esposa expusieron a su hija a los salvajes de las islas, y que la joven se lanzó a una aventura ilícita con uno de ellos?

—¿Qué es una aventura ilícita? —preguntó Ellis.

—Bueno... —empezó a decir su madre—. Es como cuando Belinda admira más de la cuenta al carnicero.

—¿Cómo? —dijo Belinda, perpleja.

—¿Qué piensas tú, Ellis? ¿Te gustaría conocer a tus vecinos?

Ellis miró a los adultos y preguntó con timidez:

—¿Tienen niños?

—No lo sabremos hasta que los conozcamos, ¿verdad?

—Creo que los deberíamos invitar, mamá.

Daisy sonrió a su hijo, encantada de que fuera su aliado en esa tesitura. Y, a continuación, sonrió a los demás.

—Estoy de acuerdo con él —sentenció.

Cualquiera se habría dado cuenta de que Belinda y el señor Tuttle no compartían su opinión; pero Daisy era la señora de la casa, y ya había decidido. Además, no tenía tiempo que perder. Era la joven viuda de un vizconde rico y la madre de su heredero, lo cual significaba que su libertad no duraría mucho. Más tarde o más temprano, acabaría atada a otro aristócrata.

Pero, de momento, podía hacer lo que quisiera. No tenía que dar explicaciones a nadie y, si le apetecía invitar a todos los escoceses de los alrededores, los invitaría.

A la mañana siguiente, el asunto estaba solucionado. Serían ocho invitados en total, cantidad que determinó tras consultar con el señor Munro, un anciano caballero que vivía en algún lugar del lago y que a veces les vendía liebres. Conocía a todo el mundo y, como sabía dónde vivían, se prestó a hacerles llegar las invitaciones.

Desgraciadamente, las respuestas se hicieron de rogar. A finales de semana, solo había recibido cuatro, aunque todas positivas: de los MacDonalld de Skye, los Somerled de Killeaven, los Murray de Moraigh y los Mackenzie de Balhaire. El resto no contestó. Y, entre los que no contestaron, estaba el hombre que más le interesaba.

Daisy decidió hablar con el señor Munro, pero no quería mencionar el asunto delante de su familia, así que esperó a que se quedaran a solas.

–Veo que Arrandale no ha respondido. ¿Es que no estaba en casa?

–Sí que estaba, milady. Instalando una ventana, si no recuerdo mal.

Daisy pensó que su falta de respuesta era una descortesía, aunque no le extrañó nada. Quizá le agobiara la posibilidad de que todas las mujeres se le echaran encima y se pegaran a él como sanguijuelas, teniendo en cuenta que se creía el mejor partido de las Tierras Altas.

Sin embargo, eso explicaba el resto de los silencios. ¿Sería quizá porque las distancias que los invitados debían recorrer eran tan grandes que se verían obligados a pasar la noche en Auchenard? ¿Tendrían miedo de que el viejo edificio se derrumbara sobre sus cabezas?

Como de costumbre, Belinda hizo un comentario de lo más pesimista:

–Yo no me preocuparía por ellos, sino por los que van a venir. Serán conscientes de tu situación, y querrán sacarte algo.

Daisy se deprimió un poco al oírla. ¿No había nadie en la Tierra que quisiera conocerla por la simple y pura razón de ser vecina suya?

–No, creo que han aceptado la invitación porque Auchenard les interesa –replicó, obstinada–. Y en cuanto a los que no han contestado... bueno, supongo que tendrán sus razones.

Belinda se encogió de hombros y volvió a lo que estaba pintando, una torre en ruinas que se encontraba cerca de la propiedad. Su prima miró el cuadro y arqueó una ceja al ver el cielo tormentoso que había plasmado en la obra.

La preparación de la cena fue un desafío, porque Daisy no tenía tanto personal como el que solía tener para ese tipo de veladas. A pesar de ello, se las arreglaron relativamente bien, y se enorgulleció mucho de que la comida

fuera suntuosa, gracias en gran medida a la variedad de verduras que había en Balhaire.

Por si eso fuera poco, Rowley consiguió suficiente whisky como para llenar el lago y unas cuantas botellas de vino francés.

–¡Vino francés! –dijo Daisy, encantada.

–Efectivamente, *madame*. Y a muy buen precio.

–No es de extrañar, porque serán de contrabando –observó Belinda.

El día de la cena amaneció frío y lluvioso, pero Daisy no perdió el buen humor. La mansión estaba seca y tenía una temperatura agradable, lo cual era todo un avance en comparación con su estado original.

Por la tarde, se puso su mejor vestido: una prenda de seda de color verde y dorado, con bordados en el petillo, ribetes de raso y encaje belga en las mangas. Estaba a la última moda, y se lo habían hecho poco antes de salir de Londres. Luego, se hizo un peinado alto que decoró con flores y lo combinó todo con un collar y unos pendientes de esmeraldas.

Los invitados debían llegar a las cuatro, así que Daisy echó un vistazo general quince minutos antes y, a continuación, entró en el salón principal para esperar allí con Alfonso.

Pero a las cuatro no había llegado nadie.

–Será por los caminos –dijo su tío–. Están impracticables.

A las cinco en punto, la señora Green preguntó si debía poner la sopa a calentar; y Daisy, que empezaba a perder la esperanza, dijo a Alfonso:

–No van a venir.

–Paciencia, cariño.

A las seis, Daisy estaba completamente derrotada. Pensaba que todo había sido una broma cruel, e imaginaba a un montón de escoceses que se reían de la inglesa que había cometido la estupidez de marcharse a vivir a un caserón abandonado. Al parecer, Arrandale estaba en lo cierto: nadie la quería allí.

–¿Por qué no vienen, mamá? –preguntó Ellis, confundido.

–Porque está lloviendo –contestó distraídamente.

–Pero no llueve tanto –comentó el niño, mirando por la ventana.

Daisy se levantó entonces del diván y tomó de la mano a su hijo.

–Venga, vamos a hablar con la señora Green, a ver si podemos salvar algo de la cena.

Justo entonces, Belinda gritó:

–¡Viene alguien! ¡En un carruaje!

–Tranquilízate. No debemos parecer nerviosos –dijo Alfonso, quien la instó a sentarse–. Daisy, deberías ser tú quien reciba a los invitados.

–Sí, por supuesto.

Daisy se ahueco el vestido y enderezó el pañuelo que Ellis llevaba al cuello. Después, guiñó un ojo a su hijo y lo llevó a la entrada.

Rowley abrió la puerta y sacó un paraguas, que abrió cuando el carruaje se detuvo. En ese momento, cruzó el vado y esperó a que el cochero abriera la portezuela.

Un caballero de hombros asombrosamente anchos, que llevaba un *kilt* de tartán, descendió del carruaje. Detrás, apareció otro hombre tan grande como él. Los dos eran pelirrojos y de mejillas rubicundas.

Pero, en lugar de ponerse bajo el abrigo del paraguas de Rowley, el primero caminó hacia Daisy a grandes zancadas y le dedicó una reverencia.

–Lady Auchenard...

–Milord...

–Soy MacDonal, Irving MacDonal. El caballero que me acompaña es mi hermano, Fergus.

Daisy parpadeó, porque no había invitado a Irving y Fergus MacDonal, sino a Mor MacDonal y a su esposa.

–Encantada de conocerlos. Pero, por favor, pónganse a salvo de la lluvia –dijo, invitándolos a entrar–. ¿Vienen en nombre del señor Mor y su mujer?

–Sí –dijo Irving, sin dar más explicaciones.

–Pero son de Skye, ¿verdad?

–Sí –contestó el mismo hombre, tan escueto como antes.

–Bueno –dijo ella, intentando asumir que había invitado a unos MacDonal y se habían presentado otros–. No parece que vaya a venir nadie más, así que ¿les apetece un whisky?

–No –respondió Irving.

–¿Vino, quizá?

–No vamos a estar solos –afirmó bruscamente–. Vienen más por el camino.

–Si me permite, *madame*... –intervino Rowley–. Puede que los caballeros estén más cómodos en el salón.

Daisy los siguió hasta el salón y les presentó a Alfonso, Belinda y Ellis. Los MacDonal respondieron con saludos que sonaron a gruñidos, y se quedaron plantados como dos pasmarotes.

–Menuda forma de llover –dijo ella, haciendo otro esfuerzo por entablar

conversación.

–Sí.

Daisy carraspeó.

–¿Quieren que les enseñe la casa?

Los MacDonald se miraron como si les acabara de proponer algo realmente extraño. Para entonces, Ellis se había pegado tanto a Belinda en el diván que casi estaba metido bajo sus faldas.

–¿Seguro que no quieren un whisky?

–Si insiste...

Rowley fue a buscar la licorera y los vasos. Daisy se sentó junto a Belinda, aunque evitó mirarla a los ojos, porque no necesitaba mirarla para saber lo que estaba pensando: que aquello era un desastre. Y tenía razón.

El mayordomo les llevó el whisky, y los MacDonald se lo bebieron de un trago y dieron los vasos vacíos a Alfonso para que les pusieran más.

–*Madame*, acaba de llegar un carruaje y un jinete –anunció Rowley.

–Ah, vaya. Discúlpenme, por favor.

Daisy se sintió tan terriblemente aliviada que tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo del salón. Ellis se levantó a toda prisa y se fue con ella, como si tuviera miedo de quedarse a solas con los escoceses.

Una vez más, Rowley abrió el paraguas y salió al encuentro de los recién llegados. Los del carruaje eran una joven pareja que se presentaron a Daisy como los Murray. Al parecer, tenían dos hijos, pero los habían dejado en casa con la niñera, para decepción de Ellis.

Ya habían entrado en la casa cuando el mayordomo presentó al jinete.

–El señor Ewan Somerled, de Killeaven –dijo.

El hombre, que llevaba pantalones escoceses, inclinó la cabeza con elegancia.

–Espero que me disculpe por venir en representación de mis padres –dijo, con un acento menos cerrado que los MacDonald–. Les habría gustado venir, pero llovía demasiado. No obstante, me han pedido que le trasmita sus saludos y que le dé la bienvenida a las Tierras Altas.

Daisy no creyó ni por un momento que la excusa de la lluvia fuera cierta. Evidentemente, habían preferido enviar a su hijo para que comprobara si era tan rica como decían.

–Gracias por venir –dijo Daisy, que lo invitó a entrar.

Ya no tenía ninguna duda de que Belinda estaba en lo cierto. El hecho de

que se hubieran presentado tres hombres relativamente jóvenes, a los que ni siquiera había invitado, demostraba que sus vecinos estaban al tanto de su situación y que su fortuna les interesaba sobremanera.

Era descorazonador. Creía haber escapado a su destino cuando se marchó de Londres, pero el destino la había seguido hasta Escocia.

En cualquier caso, estaban allí, y no tenía más opción que seguir adelante con la velada. Por suerte, era una anfitriona consumada, y se aseguró de que todos tuvieran bebida, de que secaran sus capas mojadas, de que se acercaran al fuego para entrar en calor y de que se pusieran a charlar animadamente sobre las lamentables condiciones del camino de Auchendar.

—*¿Madame?* Más invitados —dijo Rowley al cabo de unos minutos.

Daisy se giró hacia el mayordomo y se llevó una sorpresa de lo más agradable; tanto, que le costó refrenar su alegría.

El hombre que acababa de entrar era nada más y nada menos que Arrandale, quien llevaba botas altas, pantalones y una casaca de color azul oscuro. Pero no estaba solo, sino en compañía de una preciosa joven de cabello rubio.

A Daisy se le encogió el corazón, porque creyó que la joven era su prometida. ¿Sería ese el motivo de que la hubiera rechazado tan vehementemente? Supuso que sí, y que había preferido ser fiel a su novia, lo cual le honraba.

—Me alegro de verle, milord. Pensé que no vendría. Como no contestó a la invitación...

—Discúlpeme, lady Chatwick. No tenía intención de incordiarles con mi presencia, pero mi hermana, la señorita Catriona Mackenzie, ha insistido en venir.

Daisy se sintió tan aliviada al saber que la joven era hermana suya que casi se estremeció de placer.

—Encantada de conocerla, señorita Mackenzie —dijo, sonriendo.

—Gracias —replicó la joven con una reverencia.

Catriona Mackenzie se quedó mirando el peinado y el vestido de Daisy como si le gustaran mucho. Luego, apartó la vista y echó un vistazo a las personas que se encontraban en el salón.

—¿Quieren que los presente? —preguntó Daisy.

—No, gracias. Ya nos conocen.

Catriona sonrió y cruzó el salón con la cabeza bien alta, dejando a Daisy a solas con Cailean.

–Ha venido –dijo ella entonces.

–Sí, bajo chantaje de mi hermana. Le ha echado el ojo a Edward Fraser, y nada la puede detener.

–Me temo que el señor Edward Fraser no contestó a mi invitación. Aunque, visto lo visto, es posible que aparezca de todas formas.

–Lo dudo. Va a pedir la mano de Nan Gordon, pero Cat es tan obstinada que no se rinde. Como ya habrá notado, las Tierras Altas no están precisamente abarrotadas de hombres solteros.

–¿Ah, no? –dijo ella.

–De todas formas, veo que no ha dejado piedra sin remover.

–¿Qué quiere decir?

–Que ha conseguido reunir a todos los solteros que necesitan dinero con urgencia –contestó.

Ella frunció el ceño.

–Le aseguro que no era mi intención.

Él rio.

–*Sealbh math dhuit*, milady.

Daisy se quedó confundida, porque no entendía el gaélico. Cailean se inclinó entonces, dijo que le acababa de desear buena suerte y, tras dedicarle una sonrisa enigmática, se fue hacia el resto de los invitados y aceptó el whisky que el mayordomo le ofreció.

Ella lo maldijo para sus adentros, pensando que era el hombre más impertinente que había conocido. Tenía razón al decir que los solteros presentes estaban interesados en su fortuna, pero no la tenía en lo demás.

Daisy suspiró y volvió a sus labores de anfitriona, dando la espalda intencionadamente al hombre de sus sueños.

Al menos, había conseguido un pequeño triunfo: hacerle sonreír.

Capítulo 7

Cailean pensaba que las mujeres hermosas eran el enemigo más peligroso que un hombre podía tener. Había combatido, navegado por mares tormentosos, burlado a los navíos de la Marina Real inglesa e introducido bienes de contrabando en el país. Era un hombre indudablemente fuerte; pero se sentía terriblemente débil en lo tocante al sexo opuesto.

Y ahora se veía obligado a pasar una velada con una mujer particularmente peligrosa y su corte de aduladores.

No era extraño que la adularan. Se había puesto un vestido como los que llevaba su madre cuando volvía de Inglaterra tras una de sus visitas a su tierra natal: de seda y con gran cantidad de bordados y encajes. Además, se había hecho un peinado precioso, y no había cometido el error de empolvase la cara, como estaba de moda entre los franceses.

A Cailean no le gustaba la gente con la cara empolvada, y tampoco le gustaban las pelucas que los ingleses se solían poner. De hecho, no las usaba nunca. Al fin y al cabo, tenía su propia melena, que llevaba convenientemente recogida en una coleta.

Al ver los esfuerzos de Somerled por impresionar a su anfitriona, Cailean sonrió. Indudablemente, lady Chatwick estaba acostumbrada a que los hombres se comportaran de forma estúpida cuando la veían por primera vez. Y eso tampoco era de extrañar, porque era tan atractiva que hasta él mismo la deseaba.

A decir verdad, Catriona no tenía la culpa de que estuviera allí. En el fondo, él quería aceptar la invitación a cenar y, cuando Cat se empeñó en ir a Auchenard, le dio la excusa que necesitaba para presentarse en su casa y asistir al espectáculo de la chiflada inglesa y los cazadores de fortunas.

En ese momento, el señor Alfonso Kimberly les estaba enseñando la casa.

Cailean iba detrás, sin prestar demasiada atención a las conversaciones, pero su mirada terminaba con frecuencia en su arrebatadora anfitriona.

Qué distinta estaba esa noche. Regia, rica, elegante, completamente cambiada en relación con sus dos encuentros anteriores. Nada de ropa de cama y cabello suelto; nada de mandiles de cuero y manos manchadas de tierra. Su vestido brillaba cada vez que se movía, y el corpiño era tan ajustado que sus pechos parecían a punto de salirse del escote, para delicia de sus pretendientes.

Fueron de corredor en corredor, parándose aquí y allá. El señor Kimberly parecía un apasionado de la historia de las cosas mundanas, y no dejó un detalle por mencionar. Era indudable que habían hecho un gran trabajo con la vieja mansión, y que su naturaleza rústica le daba encanto. Pero, desde el punto de vista de Cailean, seguía siendo poco más que un pabellón de caza.

Terminado el recorrido, volvieron al salón principal, donde él pensó que sus compañeros de sexo eran criaturas patéticas, un montón de esclavos de la belleza femenina que iban por la vida con la cabeza llena de imágenes tórridas con mujeres desnudas.

En su círculo de admiradores, lady Chatwick solo necesitaba soltar una de sus carcajadas cristalinas para que todos los caballeros presentes se arremolinaran a su alrededor. Y, si encima les dedicaba una sonrisa, eran capaces de hacer cualquier cosa por ella.

Aburrido, apartó la mirada del grupo y se fijó en Catriona, que hablaba en voz baja con Finella Murray como si en lugar de estar conspirando contra los hombres estuvieran conspirando contra una nación extranjera.

Después, sacó el reloj de bolsillo, miró la hora y se preguntó cuándo servirían la cena. Justo entonces, notó un movimiento a su lado y, al girarse para mirar, se encontró ante una mujer que debía ser familiar de lady Chatwick.

Él asintió de forma caballerosa, y ella entrecerró los ojos.

–Yo le conozco –dijo la mujer, en tono acusatorio.

–No recuerdo que nos hayan presentado. Soy Mackenzie de Arrandale... ¿Y usted? –preguntó.

–La señorita Belinda Hainsworth, la prima de lady Chatwick.

Cailean hizo el gesto de besarle la mano, y ella le dedicó una reverencia forzada, como si no estuviera acostumbrada a esas cosas.

–Hace un tiempo terrible, ¿no le parece? Demasiado húmedo en mi opinión

–dijo ella, cruzándose de brazos como si tuviera frío–. Una monja me dijo una vez que se tuvo que ir de Escocia porque la humedad le daba fiebre.

Cailean arqueó las cejas, sorprendido.

–Afortunadamente, sospecho que no nos quedaremos mucho tiempo aquí – prosiguió Belinda, que se apoyó en la pared.

–¿Y eso? Lady Chatwick se ha tomado la molestia de arreglar Auchendar.

Ella suspiró.

–Sí, pero se casará antes de finales de año.

–No sabía que estaba comprometida con nadie...

–Oficialmente, no –dijo Belinda, sonriendo de forma coqueta–. Pero sabe con quién se casará.

Cailean se sintió decepcionado, aunque a su pesar.

–¿Ese caballero está aquí esta noche? –se interesó.

–¿Aquí? –ella soltó una carcajada–. ¡Por supuesto que no!

–¿Es escocés?

–No, no –dijo con desdén, como si la idea de que se casara con un escocés le pareciera ridícula–. No debería decírselo, pero supongo que no pasa nada porque se lo diga. Mi prima se va a casar con el capitán Robert Spivey, de la Marina Real.... Bueno, se casará cuando él quede libre de sus obligaciones. Aún no sabemos la fecha.

Cailean se quedó atónito cuando oyó el nombre del capitán. No podía ser. Era imposible.

Conocía a Spivey. Los había estado persiguiendo a Auley y a él durante más de un año. Le habían burlado en al menos dos ocasiones, aunque la última vez había estado a punto de alcanzarlos. El *Fortune*, el navío de Spivey, pasó tan cerca de su embarcación que viró a estribor con intención de abrir fuego.

En aquella ocasión, Cailean y el capitán se vieron las caras con sus respectivos catalejos. De hecho, aún se estaban mirando cuando Wallace Mackenzie disparó su mosquete y mató a uno de los marineros de Spivey. Aulay maniobró magistralmente, y consiguieron escapar de su perseguidor, pero un cañonazo del *Fortune* dañó el palo de trinquete.

Tras el encuentro, dejaron el buque en Skye para emprender las reparaciones necesarias y, a continuación, siguieron con su negocio. Cailean no podía creer que lady Chatwick se fuera a casar con un hombre que deseaba llevarlo a la horca.

–Nosotros no somos granjeros...

La voz de Belinda sacó a Cailean de sus pensamientos. Por lo visto, había seguido hablando, pero él no se había enterado de nada.

—¡Yo no quiero ser granjera! No soporto el sol. Me da dolor de cabeza — dijo—. Ah, ahí está mi tío... discúlpeme, señor.

Ella se fue, y Cailean clavó la vista en lady Chatwick, aún desconcertado con la noticia que acababa de recibir. Incluso sopesó la posibilidad de que el capitán la hubiera enviado a Auchendar para que lo espicara, pero la desestimó rápidamente. Para llevarlo ante la justicia, Spivey necesitaba detenerlo en plena comisión de un delito, y suponía que estaba muy lejos de las Tierras Altas.

¿Sería posible que fuera una simple coincidencia, un absurdo y peculiar capricho del destino?

Fergus MacDonald se le acercó entonces, whisky en mano.

—¡Amigo Mackenzie! —dijo con aire jocos, como si hubiera bebido demasiado—. No esperaba verlo entre los invitados.

—Yo tampoco esperaba verlo a usted, MacDonald.

Cailean no fue sincero al decir eso. MacDonald era armador, ocupación que no resultaba particularmente rentable cuando se construía un barco para un escocés y este zarpaba sin haberle pagado.

—¿Cómo ha conseguido que le inviten? Yo he venido gracias a mi padre.

—¿Ha venido en representación suya? —preguntó Cailean, sin entender nada.

—Algo así. Lo he dejado atado a esa repugnante arpía que tiene por mujer. Pero no me mire con esa cara, Mackenzie. Él ya tiene una fortuna. No necesita otra —dijo, pasándole un brazo por encima de los hombros—. Al igual que usted, estoy interesado en los asuntos de lady Chatwick. Es muy rica y, según dicen, se tiene que casar con un escocés antes de finales de año.

Cailean apartó el brazo de MacDonald.

—Yo no tengo ningún interés en los asuntos de la dama. He venido como acompañante de mi hermana, nada más.

MacDonald rio y le dio una palmada en la espalda.

—¡Sí, claro que sí, Mackenzie! —dijo con sorna—. ¡Naturalmente!

MacDonald aún estaba riendo cuando se marchó, y Cailean se quedó mirando a los hombres que rodeaban a lady Chatwick, intentando despertar su interés. Obviamente, también creían que él estaba allí por el mismo motivo; pero, antes de verla casada con el capitán Spivey, prefería verla casada con cualquiera de esos patanes.

Somerled estaba siendo particularmente insistente, de donde Cailean dedujo que los rumores sobre su difícil situación económica eran ciertos. Y lady Chatwick debía de estar disfrutando con él, porque rompió a reír en ese momento y echó la cabeza hacia atrás mientras se llevaba una mano al estómago, como si intentara refrenarse.

Molesto, se giró hacia las ventanas que daban al lago y al sombrío paisaje de la lluvia. Sin embargo, veía el reflejo de la gente que estaba detrás, lo cual la incluía a ella.

Qué desperdicio de belleza femenina. ¿Cómo era posible que se fuera a casar con Spivey?

En su ansiedad por alejarse de la visión de aquella mujer, tropezó con el niño, que se había sentado en una silla. Cailean se detuvo y lo miró, pero el hijo de lady Chatwick no reparó en su presencia o no quiso reparar. Estaba cabizbajo, y parecía el ser más infeliz del mundo. Casi tan infeliz como él.

–Buenas noches –le dijo.

El pequeño hizo caso omiso, así que le dio un golpecito en el pie e insistió.

–¿Milord?

El muchacho habló entonces, pero en voz tan baja que Cailean no le entendió.

–¿Cómo? –preguntó, poniéndose en cuclillas.

Esta vez, obtuvo respuesta; pero no en forma de palabras, sino de una mirada triste.

–¿Quiere que le haga compañía? –insistió de nuevo.

El niño sacudió la cabeza.

–¿No? Pues es una pena, porque me gustaría conocer su opinión sobre Auchendar y las Tierras Altas.

–Las odio –susurró.

–¿Que las odia? ¿Por qué?

–Porque aquí no hay nada que hacer.

–Ah, no sabe lo que dice, milord. Este sitio está lleno de cosas interesantes para un joven como usted. Se puede cazar, pescar, seguir rastros y observar a los pájaros. Y no me podrá discutir que no hay nada más divertido que el *feill*.

–¿Qué es eso?

–Un festival que se celebra en Balhaire todos los años, en verano. Supongo que conoce Balhaire.

El niño volvió a sacudir la cabeza.

–Es el feudo de los Mackenzie. Un viejo castillo con un pueblo –le explicó–. Durante el *feill*, la gente come, bebe y participa en juegos de azar. También hay músicos, claro, y tanto baile que a veces terminas mareado. Pero las competiciones de los hombres son lo más interesante, pues no solo de fuerza, sino también de astucia. No hay nada parecido en Inglaterra.

El niño siguió en silencio.

–Seguramente sabrá que el hombre más fuerte de la Tierra vive aquí, en las Tierras Altas de Escocia.

–¿En serio?

–Sí –dijo Cailean, asintiendo–. Le llaman *la Montaña*, porque es tan grande como una y dos veces más duro.

–¿Se puede ser más duro que una montaña?

–No lo preguntaría si lo hubiera visto en persona. Es alto como un pino, y más ancho que dos hombres juntos. Puede lanzar un *caber* más lejos que usted una piedra.

–¿Qué es un *caber*? –preguntó tímidamente.

–¿Será posible que no lo sepa? ¿Es que nunca ha visto uno? –replicó, fingiéndose sorprendido.

El joven lord Chatwick sacudió la cabeza una vez más.

–Es un tronco de árbol, cortado y pulido para poder jugar. Es una parte indispensable de las fiestas de las Tierras Altas.

–¿Y cómo se puede lanzar un tronco? –se interesó el pequeño.

–Con las dos manos –respondió, imitando el movimiento pertinente–. Lo lanzas con todas tus fuerzas y esperas que caiga de pie y se desplome hacia delante.

Cailean sonrió, se sentó en una silla cercana y añadió:

–¿Cree que sería capaz de lanzarlo muy lejos, milord?

–No, no lo creo.

–¡Oh, vamos! Un joven tan fuerte como usted no tendría ningún problema. Solo necesita respirar el aire de las Tierras Altas y quizá, tomarse una buena cerveza. Debería intentarlo.

–Mi madre no lo permitiría. No quiere que me haga daño.

Cailean maldijo a lady Chatwick para sus adentros. Al parecer, era una de esas personas que tenía la mala costumbre de mimar excesivamente a los niños, lo cual les impedía madurar.

–Hágame caso, milord. No hay forma de convertirse en hombre que no pase

por pegarse unos cuantos golpes y llevarse unos cuantos arañazos. Además, lanzar un tronco no le hará daño alguno. Si escampa mañana por la mañana, le enseñaré cómo se hace... siempre que quiera, claro está.

–Sí, por favor.

Cailean sonrió otra vez y extendió una mano.

–Soy Cailean Mackenzie, por cierto. Pero puede llamarme Cailean.

–Cailean –repitió el niño, como intentando aprenderlo.

–¿Y cómo se llama usted?

–Soy lord Chatwick, aunque mi nombre es Ellis Bristol.

–Pues no se hable más, Ellis Bristol. Si mañana podemos, le enseñaré a lanzar troncos.

Cailean se levantó de la silla y le guiñó un ojo. Tenía intención de marcharse, pero se topó con la madre de Ellis.

–¿Tengo que preocuparme? –preguntó ella, cruzándose de brazos–. ¿Qué va a pasar mañana?

Cailean notó su perfume. Era ligero, limpio y con un fondo parecido al olor de las naranjas. O quizá no fuera como el de las naranjas; pero, en cualquier caso, deseó inclinarse sobre ella y olerlo mejor.

–Me va a enseñar a lanzar un *caber* –dijo Ellis.

–¿Un qué?

–Un tronco, mamá.

–¿Un tronco? –Daisy se giró hacia Cailean, espantada–. ¿No podría enseñarle a alzar algo más manejable?

–Los hombres de las Tierras Altas no lanzan cosas manejables. Eso es para las mujeres y los *sassenach* –respondió–. Lord Chatwick y yo hemos charlado al respecto y hemos decidido que lanzaremos un tronco o moriremos en el intento. ¿Verdad, amigo mío?

–Verdad –contestó Ellis con vehemencia.

Lady Chatwick sonrió ante la repentina energía de su hijo.

–No seré yo entonces quien interfiera en asuntos de hombres –declaró–. Pero se está haciendo tarde, y será mejor que cenes, Ellis. Anda, ve con el señor Tuttle.

–Sí, mamá.

El niño se levantó, hizo una reverencia a Cailean y se fue mientras Daisy lo miraba con asombro.

–No me lo puedo creer. ¿Cómo ha conseguido que esté tan contento? –

comentó al cabo de unos segundos.

–No ha sido difícil.

–Pues se lo agradezco mucho, y lo digo de todo corazón. Últimamente ha estado de lo más abatido. El paisaje es tan intimidatorio que no se aventura lejos. Se limita a pintar el mapa astral y a...

–¿El mapa astral?

Ella rio con suavidad.

–Sí, le interesa mucho la navegación.

Cailean se preguntó si su interés se debía al capitán Spivey, pero no dijo nada.

–Y, curiosamente, también recoge piedras –continuó ella–. Tiene toda una colección. Pero me alegra que haya encontrado otro divertimento, aunque me preocupa que se haga daño con eso de los troncos.

–¿Milady?

Daisy apartó sus verdes ojos de Cailean y los clavó en la persona que acababa de hablar, su mayordomo.

–¿Sí?

–La cena está servida.

–Oh, gracias –dijo ella, que volvió a mirar a Cailean–. Mi hijo es de naturaleza delicada. Le ruego que lo tenga en cuenta.

–Sí, ya lo he observado –replicó en voz baja–. Y seguirá siendo de naturaleza delicada si lo mantiene pegado a sus faldas.

Ella volvió a sonreír.

–¿Me está diciendo cómo debo educar a mi hijo?

–No, solo le aconsejo que le permita lanzar uno o dos troncos.

Daisy admiró un momento sus labios, y Cailean se sintió como si la sangre le hirviera en las venas.

–¿Tiene más consejos que darme, Arrandale? ¿O ya los ha gastado todos?

Cailean miró sus pómulos, su suave piel y sus labios, pintados de rojo aquella noche. Luego, imaginó que el capitán Spivey la besaba, y sintió una punzada de dolor.

–Tengo otro consejo –dijo–. Vigile bien su fortuna, o se la robarán.

–Vaya... muchas gracias, señor –se burló ella–. No sé cómo he podido sobrevivir sin usted.

–Ni yo.

Cailean sonrió, y Daisy le devolvió la sonrisa.

–En fin, espero que me disculpe. Tengo que ejercer de anfitriona.

Al marcharse, ella le rozó con sus faldas. Además, dejó su aroma en el ambiente y, cuando se inclinó sobre el canapé donde estaba sentado su tío para anunciarle que iban a cenar, acarició el respaldo con sensualidad.

Cailean pensó que era una experta en el arte de la seducción. Sabía coquetear con un hombre incluso a distancia.

–Asombroso, ¿verdad?

La voz que sonó era la del señor Murray. Se le había acercado de repente, aunque sus ojos miraban a lady Chatwick.

–¿A qué se refiere?

–A que haya venido a las Tierras Altas. Me extraña que una dama de sus posibles pierda el tiempo en estas colinas. Supongo que pretende burlar el testamento de su esposo cambiando Auchenard por un marido.

Cailean respiró hondo. ¿Cómo era posible que todos los habitantes de las Tierras Altas estuvieran al tanto de las estipulaciones de aquel testamento? ¿No tenían nada que hacer, aparte de meterse en la vida de los más?

–Supongo –dijo, encogiéndose de hombros.

Murray rio.

–Es de conocimiento público, Arrandale. A mí me lo ha contado Ned Burns, que acaba de volver de Londres. Por lo visto, lady Chatwick provocó un buen escándalo cuando dejó la capital con toda su familia.

–Aunque eso fuera cierto, ¿qué hombre se casaría a cambio de dejar el control de una fortuna a su esposa?

–Uno desesperado –contestó Murray–. Eche un vistazo a su alrededor. Mire cómo sonrían.

Cailean clavó la vista en Somerled, que sonreía como un tonto. Se iba a llevar una sorpresa cuando se enterara de que lady Chatwick se iba a casar con un capitán de la Marina.

–Cualquier hombre con problemas económicos firmaría un acuerdo así esta misma noche –continuó Murray–. Créame, esa dama no se quedará mucho tiempo en Escocia. Alguno de los jóvenes que la pretenden terminará atrapado en una situación que controlará ella. Ciertamente, es asunto suyo; pero yo no querría una esposa que me domine.

–Yo no quiero ningún tipo de esposa –replicó Cailean.

Los dos hombres se miraron y rompieron a reír.

Capítulo 8

Daisy no quería admitirlo, pero llegó a la conclusión de que la idea de conocer a sus vecinos no había sido precisamente brillante.

Cuando se sentaron a cenar, echó un vistazo a sus invitados. La señora Finella Murray y la señorita Catriona Mackenzie hablaban en voz baja, haciendo caso omiso de los demás. Daisy quiso entablar una conversación con ellas, y preguntó a la primera si había estado antes en Auchenard. La señora Murray sacudió la cabeza.

–Solo había pasado por delante.

A Daisy le pareció una contestación extraña. Para empezar, porque Auchenard estaba al final de un camino que no llevaba a ningún otro sitio y, para continuar, porque era uno de los peores caminos que había visto en su vida. Pero, a pesar de ello, comentó:

–Espero que nuestros amigos vengan más a menudo, ahora que hemos reformado la casa.

–No sé qué decirle, la verdad. Se acerca el invierno, y llegar a Auchenard con mal tiempo es complicado –intervino la señorita Mackenzie.

–¿Ah, sí?

Daisy sonrió y bajó la cabeza, deseando que alguien más se sumara a la conversación, pero nadie lo hizo. Y en cuanto guardó silencio, las dos invitadas volvieron a sus susurros anteriores.

¿Estarían hablando de ella? No, seguramente no. Estarían hablando de hombres. Al fin y al cabo, las dos eran jóvenes, y los hombres siempre habían sido el tema preferido de las jóvenes.

Por una vez, deseó que Belinda estuviera presente; pero se había retirado a la primera oportunidad, alegando una jaqueca.

Al final de la cena, los hombres se empezaron a servir el whisky por su

cuenta, sin esperar a que el mayordomo interviniera. Rowley y el señor Green retiraron los platos y, a continuación, limpiaron la mesa. El momento de las formalidades había pasado, y ya se oían comentarios subidos de tono. Hasta el propio Alfonso reía a carcajadas.

Por lo menos, su tío se lo estaba pasando bien.

En cambio, Arrandale no parecía disfrutar mucho de la velada. Su vaso era el único que estaba vacío, y su expresión no podía ser más estoica. En ese momento, estaba escuchando a Irving MacDonald, quien se había lanzado a otra de sus historias de naufragios. Cualquiera habría dicho que los barcos se hundían por docenas frente a la costa de Skye.

Daisy había creído que podía organizar una velada como las que celebraba en Londres, y ahora se daba cuenta de su error. Estaban en las Tierras Altas, no en la capital de Inglaterra. Y deseó volver a su hogar.

Aburrida, fue incapaz de refrenar un bostezo. Lo cortó rápidamente, y se puso bien recta con la esperanza de que nadie lo hubiera notado. Pero alguien lo notó, y arqueó una ceja con sorna: Arrandale.

–Discúlpeme, *madame* –dijo entonces el señor Murray–. ¿Queda más vino del amigo Arrandale?

Daisy parpadeó. ¿Creían que había sido él quien había llevado el vino?

–Sí, por supuesto –contestó–. Iré a buscarlo.

Rowley la miró con horror, e intentó impedir que se levantara para hacer su trabajo.

–Ya me encargo yo, milady.

–No te preocupes, Rowley. Necesito un poco de aire fresco.

El mayordomo asintió, mirándola como si él también necesitara tomar el aire. Daisy se levantó y, para su sorpresa, ninguno de los hombres hizo lo propio. Fue de lo más desconcertante. Cualquier caballero londinense se habría levantado en una situación así. Era un gesto tradicional de cortesía.

Arrandale notó su turbación, y pareció encontrarla divertida. En cambio, Alfonso ni siquiera se dio cuenta. ¿Es que todo el mundo había olvidado sus modales?

Daisy frunció el ceño, dejó el salón y tomó el pasillo que llevaba a la cocina, donde la señora Green y su hija debían de estar limpiando los cacharros, a tenor de los sonidos que llegaban. Se detuvo antes de llegar a la entrada, junto a la puerta de la despensa, y alcanzó la vela del candelero de la pared para alumbrarse dentro.

Un segundo después, oyó pasos a su espalda. Supuso que sería Rowley, quizá porque no podía permitir que su señora sirviera el vino. Pero no eran los pasos del mayordomo.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó al recién llegado.

—He venido a buscarla —contestó Cailean—. Su tío ha estado a punto de sufrir una apoplejía al saber que no teníamos puros. Le he prometido que volvería con tabaco, porque no quiero que se muera en plena fiesta.

Cailean sonrió, y ella pensó que había tomado demasiado vino, porque sus ojos no le parecieron maravillosamente azules a la luz de la vela, sino maravillosamente grises.

—¿Qué ocurre? —preguntó él.

—¿Cómo?

—¿Por qué me mira de esa forma?

Ella se ruborizó, pero recuperó el aplomo enseguida.

—Nada, no pasa nada —dijo—. Los puros están en la despensa... ¿Le importaría sostenerme la vela mientras abro? Solo será un momento.

Daisy abrió la puerta y recuperó la vela que le acababa de dar. Luego, entró y bajó el corto tramo de escalones que llevaban a la despensa. Pero él no se quedó fuera como un perrito obediente; la siguió y se plantó a su lado con toda naturalidad, aunque la habitación era tan pequeña que apenas cabían.

—¿Y ahora qué está haciendo? —preguntó ella con más irritación de la que sentía—. Aquí no hay sitio para...

—Es que no podía soportar otra historia de naufragios —la interrumpió.

Él sonrió, y Daisy tuvo la sensación de que su sonrisa iluminaba la estancia. Hasta ella se sintió iluminada. Era una sonrisa preciosa, capaz de empujarla a hacer cosas imprudentes.

—Lo está haciendo otra vez —dijo Cailean.

—¿Hacer qué? ¿Rezar?

Él clavó la vista en su boca..

—Mirarme como si yo fuera un pastel que quiere comerse.

Daisy pensó que la había calado del todo, pero no le importó. Sus labios eran una tentación. ¿Qué se sentiría al besarlos? ¿Qué se sentiría al tenerlos contra los muslos o en sus pechos?

—Deje de halagarse a sí mismo. Me acusa de coquetear con usted y, sin embargo, es usted el que me sigue a la despensa e intenta seducirme.

—Es evidente que no me conoce, lady Chatwick; porque, si me conociera,

sabría que si yo quisiera seducirla, no tendría ninguna duda al respecto – replicó, admirando su escote.

Daisy deseó ardientemente que la sedujera.

–Parece que me ha tomado por una mujer inexperta en materia de hombres, pero reconocería a un seductor infame en cualquier sitio.

–¿Infame? ¿Yo? –Cailean sonrió de nuevo y se apoyó en un estante–. Sí, supongo que tiene razón. No soy un caballero, y reconozco que siento la irrefrenable necesidad de demostrarle hasta dónde llega mi infamia.

Incapaz de refrenarse, Daisy alzó una mano y le apartó el mechón de cabello que caía sobre su frente.

–¿Y cuándo me lo demostraría? ¿Ahora?

Daisy echó la cabeza hacia atrás, invitándolo a besarla. Su corazón se había acelerado, y estaba tan excitada que no se habría resistido si le hubiera alzado las faldas y la hubiera tomado allí mismo. Quizá había tomado demasiado vino; pero solo quería sentir aquellas manos en su piel, sentir el calor de su cuerpo y probar sus succulentos labios.

Arrandale se acercó un poco más. Ahora estaban tan cerca que solo había un par de centímetros entre sus bocas.

–¿Cree que todos los hombres la desean, lady Chatwick? –preguntó en voz baja.

–Casi todos –admitió.

–Está tan pagada de sí misma que me extraña que no estalle.

Ella pensó que era ciertamente extraño, pero no porque fuera una arrogante, sino porque lo deseaba con toda su alma.

–¿Debería fingir que no es cierto? ¿Debería fingirme inocente? ¿Le gustaría más en ese caso?

Él rio con suavidad.

–Al contrario. Me sentiría muy decepcionado si fingiera ser lo que no es.

Daisy respiró hondo, convencida de que estaba a punto de besarla; tan convencida, que cerró los ojos y entreabrió los labios.

–Sin embargo, hasta las damas que están acostumbradas a ser objeto de deseo deben tener cuidado con esas cosas –prosiguió él–. Algunos hombres son criaturas viles, que no dudarían en aprovecharse de una mujer.

Daisy abrió los ojos, perpleja. Y, cuando lo volvió a mirar, vio que la miraba con sarcasmo y que sostenía una caja de puros.

–Creo que su tío está esperando esto.

Daisy se quedó boquiabierta. Le había tendido una trampa, y ella había caído como una adolescente.

–Eso ha sido juego sucio –protestó.

Arrandale rio.

–¿Quién fue quien dijo que coquetearía con todos los hombres que quisiera y que, si eso me escandalizaba, me alejara de ella?

–¿Y quién fue quien dijo que no tenía intención de coquetear conmigo? –contraatacó Daisy.

–Milady, está jugando con fuego y...

Daisy no permitió que terminara la frase. Lo agarró por las solapas, se puso de puntillas y lo besó; lo besó con todo descaro, y sintió una descarga de placer que la dejó casi sin aire. Sus labios no eran duros. A pesar de lo fuerte que era, sus labios eran exquisitamente suaves.

Cailean no se resistió en absoluto. Se apretó contra ella, le puso una mano en la cintura y llevó la otra a uno de sus senos mientras asaltaba su boca con pasión. Fuera cuales fueran las intenciones de Daisy, se esfumaron con todos sus pensamientos ante aquella descarga de energía.

Mientras se besaban, ella imaginó que separaba las piernas y que él la penetraba, clavada su vista en sus pechos desnudos. Estaba deseando que le hiciera el amor, y frotó la pelvis contra su cuerpo sin vergüenza alguna. No podía creer que un simple beso la excitara tanto. Pero no era un beso cualquiera, sino uno hambriento, cargado de promesas, asombrosamente placentero.

Y entonces, él puso fin de un modo repentino a lo que ella había empezado del mismo modo. Se apartó de ella, alcanzó los puros que había dejado en un estante cuando se empezaron a besar y se pasó la mano por el pelo, mirándola de arriba abajo, escudriñándola. –¿Ha merecido la pena? –preguntó con voz ronca.

Él señaló la puerta abierta, como diciéndole que cualquier podría haber pasado por delante y haberlos visto en esa tesitura. Pero Daisy no se preocupó, porque aún estaba hechizada por lo sucedido. Aún sentía el eco de sus besos y sus caricias.

–Dígame usted –replicó.

–Como ya he dicho, está jugando con fuego –declaró él, dedicándole una tórrida mirada–. Tengo entendido que se va a casar pronto... Arriesga demasiado, milady.

–Lo sé –contestó ella, sin más.

¿Qué otra cosa podía decir? Efectivamente, se tenía que casar. Pero, en ese momento, solo le importaba el deseo; un deseo feroz, inexorable.

Él se giró hacia los escalones que llevaban al pasillo y, antes de subir, se detuvo a mirarla una vez más.

–Si vuelve a hacer eso, no seré responsable de lo que pase –le advirtió.

Daisy supo que se lo había dicho con intención de asustarla y de que entrara en razón, pero sus palabras tuvieron el efecto contrario. Cada vez que lo miraba, deseaba acostarse con él.

–Me doy por avisada –replicó ella.

Cailean se marchó, y Daisy se apoyó en la estantería, cerró los ojos y soltó el suspiro que había estado refrenando hasta entonces. Lo de aquel hombre no era un fuego, sino un incendio. Nadie la había excitado de esa manera, ni siquiera Clive. Le había dejado un cosquilleo que no se le quitaba, y hasta se frotó los brazos en un intento de emular sus caricias, pero no lo consiguió.

Desesperada, suspiró de nuevo y abrió los ojos. ¡Acababa de besar al escocés! ¡Lo había besado sin más, como si no le importara en absoluto su reputación! ¿Qué le estaba pasando? ¿Había perdido el juicio?

Quizá lo hubiera perdido, pero se acordó de la pregunta que él le había hecho y se dijo que sí, que había merecido la pena.

Cailean era un hombre con experiencia, pero el placer que había sentido con el súbito e inesperado beso de lady Chatwick le asustó. Por eso le puso fin. Y por eso se fue, dio los puros al mayordomo y se retiró a la habitación que le habían preparado para pasar la noche.

Estaba perdido entre pensamientos y sensaciones que no había tenido en mucho tiempo. Las mujeres eran criaturas extrañas, que siempre estaban ahuecando las alas y sonriendo como si conocieran un secreto que nadie más conocía.

¿Qué tenía aquella coqueta descarada que le gustaba tanto? Su beso había despertado algo en él, algo inquietante. ¿Sería posible que no fuera tan atrevida como se jactaba de ser? ¿Podía besar a un hombre de esa manera mientras consideraba realmente la posibilidad de casarse con otro?

Cailean estaba enfadado con ella porque su beso lo había empujado a una tormenta emocional. Y estaba enfadado con él por haber sucumbido de un

modo tan rápido como absoluto.

Sin embargo, sabía que su enfado no tenía sentido. ¿Qué le importaba lo que hiciera lady Chatwick? Ni era su tutor ni competía por su mano ni juzgaba su actitud. Aquella mujer tenía un dilema, y quizá lo estaba afrontando tan bien como podía. Pero no era asunto suyo.

No, no lo era. Y, desde luego, no quería que le importara.

Tras desnudarse, se tumbó en la cama, tan corta que le colgaban los pies. La almohada era un vulgar rectángulo de tela con unas cuantas plumas de ganso en su interior, que golpeó varias veces por ver si así se alisaba un poco. Todo era precario en aquella habitación. No había más lujos que una ventana con vistas al lago y un brasero.

Mientras miraba el techo, no tuvo más remedio que admitir su irritación. Aquello era impropio de él. No era un hombre que se enfadara con facilidad. ¿Sería por culpa de la maldita almohada?

Evidentemente, la almohada no tenía nada que ver. Lady Chatwick le acababa de demostrar que ya no era experto en el arte del coqueteo, quizá porque había pasado demasiado tiempo sin más compañía que su perra y su caballo. No hacía otra cosa que construir su casa y ayudar a su padre. No había tenido tiempo de estar con mujeres imprevisibles. Y, en teoría, tampoco lo echaba de menos.

En teoría, porque también parecía evidente que se había estado engañando a sí mismo. De lo contrario, aquella mujer habría tenido que hacer bastante más que darle un beso para despertar un deseo tan voraz en él.

Sin embargo, la culpa era de ella, no suya. Él no había pedido que lo besara, y mucho menos con una pasión que buscaba claramente algo más tórrido y que lo había embriagado hasta el punto de querer dárselo allí mismo, en la despensa de Auchenard.

Sí, estaba de mal humor por culpa de lady Chatwick. Pero, ¿qué iba a hacer al respecto?

No tenía ni idea.

Capítulo 9

–No me pareció bien que el señor Fergus MacDonald maldijera delante de Ellis –dijo Belinda a la mañana siguiente, mientras la ayudaba a vestirse–. Ese tipo de lenguaje es una mala influencia para los niños, y hasta puede desembocar en comportamientos de riesgo.

–¿Comportamientos de riesgo? –preguntó Daisy–. ¿Qué tipo de palabrotas profirió?

–Usó el nombre de Dios en vano. Al menos, dos veces.

Daisy no creía que algo tan inocente pudiera desembocar en comportamientos de riesgo, como decía su prima; pero la conocía bien, y sabía que no era buen momento para llevarle la contraria.

–Bueno, ya estás vestida. Y tan preciosa como de costumbre.

–Gracias.

Daisy se sentó frente al pequeño tocador para cepillarse el cabello.

–Estoy agotada –dijo Belinda, dejándose caer en la cama–. Ahora que ya te has salido con la tuya, ¿qué piensas de nuestros vecinos?

A decir verdad, Daisy ya no se acordaba de ese asunto. Solo se acordaba del beso de la despensa.

–Pienso que a pocos de ellos se les puede llamar «vecinos» con propiedad. Parece que tú tenías razón, querida –dijo, con un suspiro de derrota–. Solo vinieron a ver si podían engatusarme.

–Pues espero que no te haya engatusado ninguno.

Daisy rio.

–Por supuesto que no.

–Menos mal. Empezaba a temer que hubieras cambiado de opinión sobre tu pretendiente más prometedor.

–¿Y eso? –preguntó Daisy, mirándola en el espejo.

Su prima se ruborizó y apartó la vista.

–Te vi hablando con ese escocés y... bueno, pensé que te habías olvidado del capitán Spivey.

–Por Dios, Belinda –Daisy se giró hacia ella–. No sé cómo te lo tengo que decir, pero no deberías preocuparte por mi matrimonio. Deberías pensar en tus perspectivas, no en las mías.

Belinda soltó una carcajada.

–¿Mis perspectivas? Sabes que no me voy a casar. Mis caderas son demasiado estrechas para dar a luz. La señora Brendan, que Dios tenga en su gloria, murió en el parto porque tenía el mismo problema que yo. Te lo he explicado un montón de veces... Ningún caballero querría casarse con una mujer que no le puede dar hijos. Y no voy a arriesgar mi felicidad en aras del matrimonio.

Belinda había dicho la verdad. Se lo había explicado un montón de veces. Pero Daisy no le hacía caso cuando se ponía así, y tampoco se lo hizo en esta ocasión. De hecho, se giró de nuevo hacia el espejo y se siguió cepillando.

–Además, aunque fuera capaz de dar a luz, yo no estoy en una situación como la tuya, Daisy. Tú no puedes elegir. Tienes que casarte. Y hablando de casarse, ¿no crees que deberíamos volver a Londres? Seguro que el capitán ha vuelto, y no os habéis visto en años. Necesitas tiempo para familiarizarte otra vez con él y para tener un noviazgo en condiciones.

–Belinda...

–Solo lo he mencionado porque me preocupa Ellis –se apresuró a decir su prima–. No me perdonaría a mí misma si te dedicaras a despilfarrar su fortuna.

Daisy dejó el cepillo en el tocador de un modo tan brusco que el mango de marfil se quebró.

–¡Yo no despilfarraría nunca la fortuna de mi hijo! –bramó, arrancando un grito ahogado a Belinda–. Me tengo que casar tanto si quiero como si no. Ellis seguirá siendo rico, y yo... en fin, yo me las arreglaré como pueda. Pero, por favor, deja de acusarme de malgastar su dinero.

–No pretendía ofenderte, Daisy –dijo Belinda con tristeza–. Sé que no harías eso intencionadamente, pero sigo sin entender por qué seguimos en Escocia. Solo espero que esta vez encuentres el amor.

–¿El amor? ¿Te has vuelto loca? Mi primer matrimonio no tuvo nada que ver con el amor, y dudo que el segundo esté más cerca de él. Esa es una fantasía romántica de jovencitas. La realidad es muy diferente.

Daisy alcanzó el cepillo y miró el mango roto. ¿Qué iba a hacer ahora? No podía llamar a un criado y pedirle que fuera a buscar otro como si estuvieran en Londres. Aquello eran las Tierras Altas.

–Pero... bueno, no importa.

–¿Qué ibas a decir? –se interesó Daisy.

–No es asunto mío.

–No, sospecho que no.

–Aún te quieres casar con el capitán Spivey, ¿verdad?

–¡Sí! –exclamó Daisy, que no quería pensar en Robert, sino en el beso de la noche anterior–. Por eso vinimos a Escocia, ¿recuerdas? El obispo estaba tan empeñado en encontrarme marido que tuve miedo de que lo lograra antes de que Rob volviera a Inglaterra. Lo sabes perfectamente.

–Sí, lo sé, pero vi cómo mirabas a Arrandale.

Su prima suspiró, se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

–Admito que he estado coqueteando con él, pero ha sido un coqueteo sin importancia. Soy una mujer adulta, y echo de menos...

Daisy dejó la frase sin terminar porque no quería decir demasiado. No quería decir que extrañaba las manos de un hombre. No quería decir que necesitaba desear y sentirse deseada. Belinda no lo habría entendido.

–Mira, espero casarme con Rob. Lo espero de verdad –continuó, sentándose a su lado–. Arrandale es un pasatiempo, nada más. Solo me estaba divirtiendo un poco. Al fin y al cabo, es el único hombre de la Tierra que no está interesado en mi fortuna.

Belinda asintió y la tomó de la mano.

–Ten cuidado con los pasatiempos, Daisy.

Daisy sonrió.

–¿Por qué? ¿Porque también conoces alguna historia de alguien que sufrió un accidente mientras se estaba divirtiendo? –preguntó con ironía.

–No, porque me preocupo por Ellis y por ti –respondió, muy seria–. Y es normal que me preocupe. Tengo derecho a preocuparme.

–Oh, Dios mío...

Daisy se tumbó en la cama con desesperación. Estaba agotada, confundida y hasta algo excitada por el recuerdo de lo sucedido en la despensa. Tenía tantas cosas en la cabeza que le empezó a doler.

Tras cepillarse y darse unos últimos retoques, Daisy salió de la habitación para desayunar con sus invitados. Pero, antes de bajar al comedor, cambió de rumbo y entró en la habitación de su hijo.

Ellis estaba desayunando con el señor Tuttle, y sus libros de texto descansaban en la mesita que habían puesto junto a la ventana. Cuando su madre entró, el niño se encontraba en mitad de lo que parecía una historia bastante animada. El señor Tuttle se puso en pie e inclinó la cabeza.

–¡Hoy voy a aprender a lanzar troncos, mamá! Cailean me lo prometió.

–Me parece muy bien, pero ¿estás seguro de que llamarle por su nombre de pila es apropiado? –preguntó Daisy.

–El dijo que lo llamara así. ¿Y sabes qué más dijo? Que soy un joven fuerte.

Daisy miró al señor Tuttle, quien comentó:

–Milord está convencido de que puede y debe lanzar troncos, milady.

–Pues no se hable más –sentenció ella.

Daisy no estaba tan segura de que su hijo pudiera lanzar ningún tronco, pero estaba completamente segura de otra cosa: de que, si Arrandale no cumplía su promesa, tendría que vérselas con una vizcondesa enfadada.

–Si tienes que hacer algo tan esforzado, será mejor que desayunes bien... –dijo al pequeño.

Ellis alcanzó una tostada, se recostó en la silla y se giró hacia la ventana, feliz. Ella no salía de su asombro. No lo había visto tan contento en muchos meses. Y todo, porque Arrandale le había prometido que le enseñaría a lanzar troncos.

Daisy se interesó brevemente por sus estudios y, a continuación, se dirigió al comedor. El cielo estaba despejado, y había dejado de llover. La luz del sol daba un tono dorado al jardín y a la pradera que terminaba en el lado, donde su tío Alfonso y varias personas más estaban empujando el bote de remos que él había comprado en Erbusaig.

Cuando llegó al comedor, se llevó la sorpresa de que estaba vacío.

–¿Ya han desayunado todos? –preguntó a Rowley–. Solo son las nueve de la mañana...

–Sí, *madame*. La mayoría de los invitados bajó a comer a las siete y media. ¿Quiere que le sirva algo?

–No, gracias. Será mejor que vaya a ver lo que están haciendo.

Daisy salió a la terraza y se detuvo un momento para alzar la cabeza hacia los cálidos y deliciosos rayos de sol.

–Está preciosa esta mañana –dijo un hombre.

Daisy se giró hacia el autor del cumplido. Era el señor Somerled.

–No, me temo que no. Anoche me acosté muy tarde.

El señor Somerled se giró hacia el lago, donde varios de los invitados se estaban subiendo al bote.

–¿No se va a unir a ellos? –preguntó Daisy.

Somerled sacudió la cabeza.

–Los botes tienden a hundirse cuando llevan demasiada gente.

Ella soltó una carcajada.

–Por cierto, parece que el tiempo ha cambiado a su favor, lady Chatwick –continuó él.

–Desde luego que sí. Hace un día perfecto.

–Disfruté mucho de nuestra conversación, ¿sabe? No hay muchas mujeres tan ocurrentes como usted.

Daisy ni siquiera recordaba haber hablado con él. Habían sido demasiadas conversaciones. Y, aunque sus ojos marrones fueran bastante bonitos, no creía que estuvieran a la altura de los ojos de Arrandale.

–Me atribuye méritos que no me corresponden, señor. Mi talento no va más allá de repetir historias que me han contado.

–Tonterías. Y, por favor, permítame que la felicite por la comida. Estaba exquisita –declaró–. Es una suerte que consiguiera algunas botellas del vino de Arrandale. No encontrará ninguno mejor en las Tierras Altas.

Como era la segunda vez que alguien se refería al vino de Arrandale, Daisy decidió saciar su curiosidad.

–¿Se dedica a hacer vino?

Somerled rompió a reír.

–No, no, se limita a traerlo a las Tierras Altas –dijo con humor–. Lord Arrandale es un visitante frecuente del puerto de Calais. Le recomiendo que pruebe su brandy. Es excepcional.

Daisy frunció el ceño al oír el nombre de la localidad francesa. El comercio con Francia estaba prohibido a causa de las tensiones políticas entre los dos países. ¿Insinuaba Somerled que Arrandale era un contrabandista?

Tras sopesarlo unos instantes, rechazó la idea. Arrandale era demasiado refinado para eso, demasiado fuerte y seguro de sí mismo. Por lo que ella sabía, los contrabandistas eran personas débiles, cuando no desesperadas.

–¿Me haría el honor de pasear conmigo, lady Chatwick? –preguntó

Somerled, sacándola de sus pensamientos.

Daisy desconfiaba de los hombres que la invitaban a pasear, porque siempre querían decir algo supuestamente importante. Pero, como no quería ser grosera, optó por una solución de compromiso que sería más breve y que, además, le permitiría llevar el peso de la conversación.

—¿Quiere que le enseñe mi jardín? Era un zarzal cuando llegué, aunque ahora está bastante más visible.

Somerled y ella bajaron por los escalones de la terraza, tomaron un camino que había visto tiempos mejores y se detuvieron ante una desgastada y pequeña puerta de madera, que ella abrió.

—Mi jardín —dijo con orgullo.

A decir verdad, el jardín estaba algo embarrado; pero, a ojos de Daisy, era una maravilla. Estaba encantada de haber podido salvar un par de rosales y de que sus tristes rosas hubieran resistido las lluvias.

El señor Somerled se detuvo y echó un vistazo a su alrededor. Luego, se inclinó sobre uno de los rosales con mejor aspecto, arrancó una de las flores antes de que su anfitriona se lo pudiera impedir y se la ofreció con una sonrisa en los labios. Daisy tuvo que hacer un esfuerzo para no mostrar su espanto.

—Una rosa para una rosa —dijo él.

Ella pensó que no era una frase muy original, pero le devolvió la sonrisa y fingió que inhalaba su aroma, porque sus rosas eran tan pequeñas y estaban tan débiles que casi no olían.

—¿No tiene un cobertizo donde guardar las herramientas de jardinería?

—No, el jardín es demasiado pequeño para tener uno.

—Pues debería tenerlo. Debería tener todo lo que desee —dijo, mirándola con timidez.

Daisy supo exactamente lo que pretendía. No quería poner un cobertizo en su vida, sino ponerse él. Pero, a pesar de ello, volvió a sonreír.

—Si lo tuviera todo, me echaría a perder —replicó.

Él respiró hondo.

—¿Puedo hablar sin rodeos, lady Chatwick?

—Por supuesto.

—Espero que no me tome por un descarado, pero usted ha sido la sorpresa más agradable de todo el verano. Cuando supe que la viuda de lord Chatwick estaba viviendo en Auchenard, pensé que sería una anciana de cabello gris. Imagine mi sorpresa al ver a una mujer tan joven y bella.

Daisy se ruborizó un poco, y desvió su mirada mediante el procedimiento de apretar la rosa contra el corpiño.

—¿Puedo preguntarle por sus intenciones? —continuó él.

—¿Mis intenciones? —dijo, confusa.

—¿Piensa quedarse en Auchenard? ¿O va a volver a Londres?

—Bueno...

—Se lo pregunto porque quiero conocerla mejor —la interrumpió con nerviosismo.

Daisy carraspeó. ¿Sería cierto que ansiaba conocerla? ¿O solo iba a la caza en pos de su fortuna?

—Ah, comprendo —dijo—. Es muy amable al ofrecerme...

—Me gustaría enseñarle Escocia. Es una tierra verdaderamente bella, y las Tierras Altas tienen vistas excepcionales.

—Sí, eso parece.

Daisy se puso a pensar en todas las formas posibles de rechazar a Somerled sin herir sus sentimientos; pero, si hubiera podido, habría salido corriendo hasta llegar al lago y se habría lanzado al agua con la esperanza de que alguien la rescatara y la alejara de allí.

—Sí, tiene vistas excepcionales —prosiguió él—. Y también románticas.

Ella tragó saliva. Aquello era peor de lo que había supuesto.

—Señor Somerled...

—¿Qué es esto? ¿Un jardín?

Somerled y Daisy se giraron hacia la persona que acababa de hablar. Era Cailean, quien llevaba casaca oscura, pantalones de ante y unas botas llenas de barro, como si hubiera estado cazando por los alrededores.

—Si esto es un jardín, será mejor que se busque un jardinero —añadió.

—¿Cómo? Discúlpeme, pero el jardinero de Auchenard soy yo —dijo ella, ofendida—. ¿O es que ha olvidado ya nuestros encuentros previos?

—Ah, ¿eso es lo que estaba haciendo? Creí que dedicaba su tiempo a otro tipo de labores —declaró con segundas.

Cailean se acercó a Daisy y clavó la vista en la rosa que aún apretaba contra el corpiño, pero ella sintió su mirada en la piel.

—Si esta flor es un ejemplo de lo que ha conseguido, debería buscarse otra diversión. ¿La alfarería quizá?

—Perdone, pero esa flor la he elegido yo —intervino Somerled—. Está insultando a la dama, Arrandale.

–¿La ha elegido usted? –dijo con una sonrisa.

–Sí, para dársela a ella.

–Pues, si no tenía nada mejor que ofrecer, debería haberla dejado en el rosal.

Daisy estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se dio cuenta de que su acompañante no lo encontraba gracioso, así que se apresuró a decir:

–No le haga caso, señor Somerled.

–Nunca le hago caso, *madame*. Para mí, es como si no existiera –afirmó–. En fin, será mejor que me marche y les deje a solas, para que Arrandale la siga impresionando con sus ocurrencias.

El señor Somerled inclinó la cabeza y salió del jardín sin decir una palabra más. Arrandale miró a Daisy y sonrió con arrogancia.

–Su comportamiento ha sido despreciable, milord. No era necesario que se burlara de él.

–Quizá no lo fuera, pero ¿qué clase de hombre es incapaz de aguantar una simple broma? –declaró con jovialidad–. Pero mírese... ha conseguido un regalo de un admirador. Le habrá encantado, ¿verdad?

–Sí, me ha gustado mucho. Y a usted también le gustarían los regalos si hubiera alguien que se los hiciera.

–Vaya, la dama me quiere desafiar –dijo alegremente–. Quizá no lo crea, pero recibo bastantes regalos. Y algunos son de lo más apasionados, como me atrevo a recordarle. Pero, si yo quisiera regalarle algo, no sería una flor marchita con mordisqueos de insectos.

–El señor Somerled no tiene la culpa de eso.

–No, pero tiene la culpa de ser un pesado.

Daisy bajó la cabeza para que él no viera su sonrisa. Él pasó a su lado y se aventuró un poco más en el jardín.

–Cualquiera diría que está celoso, milord. Pero no puede ser cierto, porque dejó bien claro que no me tiene en estima.

–Sí, efectivamente. No puede ser cierto.

Ella pensó que era una pena que se hubiera alejado, porque ardió en deseos de pegarle una patada.

–Entonces, ¿qué es lo que le molesta?

–No me ha molestado nada, pero no me gustaría que pusiera sus esperanzas en él.

–Yo no pongo mis esperanzas en nadie.

–Si usted lo dice...

–¿Por qué se resiste a creerme? –preguntó, cada vez más irritada–. Siempre he sido sincera con usted. Y, sin embargo, se empeña en prestar oídos a las tonterías de un montón de chismosas.

Cailean la miró de nuevo, bastante más serio que antes.

–Conozco a los hombres que están aquí. Sé lo que quieren.

–Oh, vamos, no puede conocer sus intenciones.

–Sé que los hermanos Fergus e Irving MacDonald son armadores que perdieron un barco en primavera cuando su cliente se fue sin pagar. Y también sé que el hermano de Murray perdió su ganado por culpa de una enfermedad bovina, y que ahora no puede alimentar a su clan.

Daisy lo miró con sorpresa, recordando que Murray había mencionado que su hermano mayor quería conocer Auchenard.

–En cuanto a Somerled, estudiamos juntos en Saint Andrews. Es hijo de un importante abogado y terrateniente, un hombre cuya fortuna floreció cuando apoyó al rey en su enfrentamiento con los escoceses y se marchitó con el ascenso de los jacobitas. Además, se rumorea que tiene deudas de juego y que su familia ya no las puede cubrir.

Daisy estaba furiosa. Aquello era humillante. Las Tierras Altas le habían enviado a un grupo de hombres en quiebra que solo querían su dinero.

–Estoy cansada de palabras –dijo, hastiada–. Siempre hay alguien hablando, alguien dispuesto a decirme lo que tengo que hacer, alguien dispuesto a afirmar que no me entero de nada.

–Le doy mi palabra de que no pretendía ofenderla, lady Chatwick. Pero no puedo permanecer al margen mientras una mujer tan bella como usted recibe las atenciones de unos hombres que no buscan precisamente su aprecio.

–Soy consciente de lo que buscan.

–Sí, sé que lo es. Pero dígame, ¿el capitán Spivey la aprecia?

A Daisy se le encogió el corazón.

–¿Cómo sabe eso?

Arrandale no dijo nada, y Daisy llegó a la única conclusión posible: que se lo había dicho Belinda.

–No es asunto suyo, milord –prosiguió–. No lo es en absoluto.

–No, no lo es. Pero, si es cierto lo que dice y es verdad que la aprecia... No me gustaría que usted le hiciera daño a él.

El enfado de Daisy se convirtió en rabia. ¿Cómo se atrevía a llegar tan

lejos? Caminó hacia él, le dio un golpe en el pecho y bramó:

–No necesito el consejo de nadie, y menos de usted. Pero, si quiere, yo le puedo dar uno.

–Adelante –la desafió.

–Deje el contrabando.

Cailean arqueó las cejas, sorprendido. Y luego, estalló en carcajadas.

–Excelente consejo –dijo al cabo de unos segundos–, pero no crea que me puede intimidar. No me avergüenzo de lo que hago. Los impuestos de la Corona son tan abusivos que los escoceses no tenemos para vivir. No tengo más remedio que arriesgarme.

–Yo tampoco me avergüenzo de lo que hago. Mi difunto marido me impuso unas condiciones leoninas que no me dejan vivir. Y al igual que usted, no tengo más remedio que arriesgarme.

Daisy lo miró a los ojos con expresión desafiante. Él alzó una mano y le acarició una mejilla con suavidad.

–La comprendo –dijo.

–¿En serio?

–Sí, en serio –contestó, llevando la mano a su nuca–. Y comprendo también que no quiera mi consejo. Pero, si alguna vez lo necesita, solo tiene que pedírmelo. Puede estar segura de que siempre seré sincero con usted.

Daisy se sintió hundida en un mar de deseo que presionaba su cuerpo y amenazaba con romperla por las costuras. ¿Qué le estaba pasando? ¿Cuándo se había vuelto tan lujuriosa? ¿Por qué ansiaba tanto a un hombre que prometía ser sincero? ¿En qué momento había renunciado a la cautela y se había entregado al placer?

No lo sabía, pero aquello era un error. Aunque quisiera dejarse llevar, tenía que pensar en su hijo, así que cerró la mano sobre la mano de Cailean y la apartó de su nuca.

–Seguiré confiando en mi propio criterio –replicó, muy seria.

Él dio un paso atrás e inclinó la cabeza en gesto de cortesía.

–Como desee –dijo, haciendo ademán de marcharse.

–¿Adónde va? –preguntó ella.

–A enseñar a su hijo a lanzar troncos.

Cailean se alejó y, antes de llegar a la puerta del jardín, dijo por encima del hombro:

–Vuelva con sus invitados, lady Chatwick. Y atiéndalos bien.

–¡Gracias por recordarme el deber de una anfitriona! –exclamó ella con irritación.

Cailean soltó una carcajada y desapareció en la distancia.

Daisy se volvió a encontrar con el señor Somerled, pero esta vez a orillas del lago Lochcarron, mientras ella contemplaba las evoluciones del bote donde iban el señor Murray, su esposa y la señorita Mackenzie, quien rompía a reír cuando la embarcación oscilaba demasiado. Aparentemente, se lo estaba pasando en grande.

Somerled se le acercó y le dio una sombrilla con el siguiente argumento:

–La señorita Hainsworth está preocupada por su cutis.

Daisy sonrió.

–Sí, cuenta mis pecas todos los días.

Somerled y ella se dirigieron a un banco que debía de tener muchos años. Al ver que la madera estaba podrida y astillada, él tuvo el detalle de sacar un pañuelo y ponerlo galantemente encima antes de que se sentaran.

Daisy no habría podido negar que disfrutaba de su compañía. Era solícito y no la miraba como si quisiera devorarla. Le reía todas las gracias, y le dedicaba cumplidos por su cabello, sus ojos y su tersa piel. Dijo que su hijo tenía buenos modales, lo cual implicaba que ella era una buena madre; y dijo que Auchenard estaba mejor que nunca, lo cual implicaba que era de lo más competente.

Por supuesto, Daisy no se dejó embriagar por las alusiones a su cabello, sus ojos y su piel. Ya no era una jovencita, sino una mujer de mediana edad. Y, si no hubiera sido por los esfuerzos de su tío Alfonso, Auchenard no habría dejado de ser una ruina. Pero estaba encantada de todas formas; sobre todo, la ayudaba a no pensar en Arrandale.

Al cabo de unos minutos, apareció Rowley.

–Lord Chatwick requiere su presencia, milady. Parece que quiere enseñarle algo. Está fuera, junto al muro del jardín.

Daisy le pidió que se llevara la sombrilla y, a continuación, se fue con Somerled por la pradera que ascendía hacia su propiedad. La hierba estaba demasiado alta, pero su tío había comprado un par de cabras que se estaban encargando de solventar el problema por el procedimiento de comérsela.

Al llegar a la esquina del muro, giraron a la derecha y se dirigieron al

campo donde Daisy había coincidido dos veces con Arrandale. Los MacDonald estaban presentes, y todos lanzaban troncos que, por su aspecto, acababan de cortar. Justo entonces, Fergus MacDonald se echó hacia atrás y lanzó uno con fuerza.

Ellis rio y corrió hacia el sitio donde había caído, haciendo gestos a los hombres para que lo siguieran. Estaba pletórico, y Daisy se sintió profundamente agradecida.

–Es un juego tradicional de las Tierras Altas –dijo Somerled–. Supongo que le parecerá bastante extraño.

–Sí, un poco.

El turno de Ellis llegó en seguida. Arrandale le dio un tronco más pequeño que los demás, le enseñó a agarrarlo correctamente y, tras un par de indicaciones, le animó a lanzarlo. El niño lo hizo tan mal que estuvo a punto de matar a su profesor, quien solo se salvó de recibir un golpe en la cabeza porque era un hombre de reflejos rápidos.

Ellis probó de nuevo. Esta vez, el tronco voló en la dirección correcta. Pero, a pesar de que no llegó ni a un metro de distancia, los caballeros rompieron a aplaudir.

–¿Lo has visto, mamá?

–¡Claro que sí! ¡Un gran lanzamiento, cariño!

Los MacDonald se pusieron a discutir, y Arrandale devolvió el tronco al niño. Luego, le dio más instrucciones y corrigió su posición.

–¿Milady?

Daisy se giró al oír la voz de Rowley, quien acababa de llegar.

–¿Quiere que sirva la comida?

–Sí, creo que sería...

–¡Ay! –gritó el pequeño.

Daisy miró a Ellis, que estaba en el suelo y se tocaba la rodilla como si se hubiera hecho daño. Asustada, se levantó un poco las faldas, corrió hacia él y se puso de cuclillas.

–¿Qué ha pasado?

–Que me he caído –dijo.

El niño tenía sangre en la rodilla y, aunque solo era un rasguño, a ella le pareció un tajo.

–¡Oh, Dios mío! ¡Rowley! ¡Rowley! ¡Ve a buscar unas vendas!

–Permítame que la ayude –intervino Somerled.

–Gracias –dijo Daisy, nerviosa–. Ven, cariño mío... te llevaremos dentro, para que Belinda te pueda limpiar la herida.

Mientras Somerled la ayudaba a levantarse, Arrandale hizo lo propio con Ellis y dijo, sonriendo:

–Solo es un arañazo, amigo mío. No le pasará nada.

–Pero está sangrando... –replicó Ellis.

–La sangre es la marca de un campeón.

Daisy pasó un brazo por encima de los hombros de su hijo, lo apartó de Arrandale y se lo llevó hacia la casa.

–No tengas miedo, cariño. Belinda sabe vendar rodillas.

–¿Has visto lo bien que he lanzado el tronco? –preguntó Ellis–. Y ha llegado bastante lejos.

Daisy lo miró. Ya no era el niño que había sido, el que tenía miedo de hacerse daño con cualquier cosa. Iba cojeando, pero no parecía asustado en absoluto. De hecho, sonreía de oreja a oreja, como si ya no se acordara de su pequeño accidente.

–Quizá debería dejar ese juego –comentó Somerled–. Por lo menos, hasta que sea algo mayor.

Daisy se dijo que era un comentario de lo más desacertado. ¿No veía lo contento que estaba Ellis? Pero, en cualquier caso, intentó no pensar en el gesto de desaprobación que le había dedicado Arrandale cuando se llevó al niño. ¿Es que le parecía mal que se lo llevara? ¿Qué pretendía, que le frotara la herida con un poco de hierba y lo dejara con él?

Sin embargo, su agradecimiento no flaqueó. A pesar del golpe y de la sangre, su hijo estaba más feliz que nunca. Y todo, por la gloria de haber lanzado un tronco minúsculo.

Capítulo 10

Al día siguiente, Cailean se reunió con Auley en Balhaire, y los dos zarparon hacia Netwark para vender parte de su vino y tabaco de contrabando.

Al llegar, discutieron el precio con Hamish Gib, el intermediario con el que generalmente trataban, un recio galés de orejas grandes que casi parecían velas de barco. Tras llegar a un acuerdo, Gib empezó a contar las monedas de oro que les debía y dijo:

–No tendrán ginebra por ahí...

Auley miró a Cailean. Auley había estado a punto de ser apresado durante su último viaje a Calais y, por si eso fuera poco, la Marina Real había descubierto la caleta donde se solían esconder. Pero Cailean había sido sincero al decir a lady Chatwick que no tenían más remedio que arriesgarse. Además, eran de las Tierras Altas, y no se dejaban dominar por el miedo.

–Supongo que la podemos conseguir –declaró.

–En ese caso, les compraré tanta ginebra como puedan traer –afirmó Gib.

Cuando cobraron, los dos hermanos salieron del destartalado establecimiento del galés y se detuvieron en la calle.

–Hemos perdido la caleta de Abbot –dijo Auley.

–Entonces, desembarcaremos las mercancías en Inverness y las llevaremos por tierra. Rabbie puede ir a buscarnos.

–No sé qué decir. Los ingleses conocen nuestros barcos. Quizá deberíamos cambiar de ruta temporalmente. He conocido a un hombre de Bergen que está dispuesto a comerciar.

–¿Quieres que vayamos a Noruega? –preguntó Cailean, consciente de que los noruegos eran muy estrictos con el comercio.

–Solo podríamos pasar madera y sal, pero Glasgow crece tan deprisa que haríamos un buen negocio. Entre tanto, los ingleses creerán que han vencido y

nos dejarán en paz.

Cailean pensó que era una buena idea, y así se lo dijo. Entre otras cosas, porque le apetecía echar un vistazo a Bergen.

Los hermanos siguieron con sus negocios, porque tenían que llevar muebles a Arrandale y varios productos a Balhaire, sacas de lana incluidas. Sin embargo, Cailean se alegraba de estar ocupado. Distraía sus pensamientos y los alejaba de la señora de Auchenard.

En cierta manera, se sentía como si estuviera febril, aunque su estado físico no podía ser mejor. Aquella mujer lo volvía loco. De repente, en los momentos más inoportunos, empezaba a pensar en la suavidad de su piel, el destello de sus ojos o el contacto de sus labios. Se había obsesionado hasta tal punto que un día, estando en Glasgow, oyó una risa parecida a la suya y creyó que era ella.

Pero, por supuesto, no lo era.

Además, ni su risa ni sus ojos verdes estaban destinados a ser suyos, sino de Spivey, lo cual lo sacaba de quicio. Era algo irracional. A fin de cuentas, no era como si Spivey se la hubiera robado. Y, por otra parte, ni siquiera lo conocía. Aunque el capitán quisiera detenerlos a su hermano y a él, encerrarlos en una mazmorra y ahorcarlos a continuación, existía la posibilidad de que fuera un hombre decente.

Y, sin embargo, no se lo podía quitar de la cabeza.

Diez días después, Cailean recogió a Fabienne en Balhaire y, con ayuda de Rabbie, llevó dos carretas cargadas de muebles a Arrandale, donde los dejaron en una de las habitaciones terminadas. Estaba agotado y hambriento; pero no tenía nada de comer en la casa, así que, cuando Rabbie se marchó, tomó la caña de pescar y se fue con la perra al lago.

El ambiente estaba bastante cargado aquella tarde, y un frente nuboso se acercaba por las colinas. Cailean calculó que solo tenía una hora antes de que empezara a llover, y se puso a pescar de inmediato. Pero no era su día de suerte. Los peces se negaban a picar.

En determinado momento, un trueno asustó a Fabienne, que salió disparada hacia la casa, buscando sin duda su escondite preferido: la esquina más oscura de la cocina. Cailean maldijo a los peces, que no parecían interesados en su cebo, y cambió de sitio con la esperanza de tener más éxito.

Súbitamente, oyó voces a su derecha. Era un bote en el que viajaban dos personas, un hombre y una mujer que sostenía una sombrilla.

Cailean gimió. En primer lugar, porque tuvo la absoluta seguridad de que esa mujer solo podía ser lady Chatwick y, en segundo, porque el hombre remaba como un idiota, sin ver por dónde iba.

Momentos después, reconoció al individuo en cuestión. Era Somerled, quien no contento con tratar a la señora de Auchenard como si fuera la reina de Inglaterra, se había puesto una peluca para salir a remar. Una peluca, nada más y nada menos. Por lo visto, su situación económica era peor de lo que él había pensado.

–¡Lord Arrandale! –gritó ella, sacudiendo la mano.

Cailean notó que el bote iba demasiado deprisa, y gritó:

–¡Tenga cuidado, hombre! ¡Se dirige hacia...!

El bote se estampó contra una roca semisumergida. Somerled debió de verla en el último momento, porque se puso de pie e intentó evitar el impacto usando un remo; pero el remo se quebró y él acabó en el agua.

Lady Chatwick chilló, soltó la sombrilla y se puso tan nerviosa que faltó poco para que terminara también en el lago. Pero estaban cerca de la orilla y, cuando Somerled se incorporó y se dio cuenta de que el agua solo le llegaba a los muslos, ella empezó a reír.

En cambio, Somerled no lo encontró nada gracioso.

Rápidamente, Cailean entró en el agua y recuperó el bote, con ella dentro.

–Oh, vaya, se ha roto un remo –dijo Daisy mientras él la ayudaba a desembarcar–. Menos mal que queda otro.

–Me temo que no –declaró Cailean, al ver que la corriente se llevaba el segundo.

–Pues habrá que ir a buscarlo –intervino Somerled, empapado.

–No se preocupe por eso. Es una suerte que Arrandale estuviera cerca y nos haya podido ayudar –dijo ella con una sonrisa–. ¿Dónde se había metido? Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que nos vimos que empezábamos a pensar que se había caído por un barranco o se lo habían comido los lobos.

–No nos hemos visto porque no se me ha perdido nada en Auchenard.

–A nadie se le ha perdido nada en Auchenard –dijo ella–. Y sin embargo, el señor Irving MacDonald y el señor Somerled han tenido la amabilidad de pasar a visitarme.

–Entonces, habrá estado tan ocupada que no me habrá echado de menos.

–Oh, sí, he estado muy ocupada –replicó de forma coqueta, entrecerrando los ojos–. Esta tarde, el señor Somerled se ha ofrecido a darme una vuelta en

bote, pero hemos vuelto a toda prisa porque ha dicho que iba a empezar a llover. ¿Por qué no nos acompaña? Le serviremos un té.

–No, gracias.

–¿No? –preguntó ella, claramente sorprendida.

–Es que tengo que pescar.

–El señor Somerled no puede arrastrar el bote sin ayuda –insistió ella–. Además, nosotros tenemos pescado de sobra. Mi tío es un obseso de la pesca, y todas las mañanas vuelve con un montón de peces.

–Bueno, puede que el caballero tenga otras cosas que hacer –dijo Somerled.

Cailean estaba decidido a rechazar la oferta de Daisy; pero, al oír a su contrincante, cambió de opinión.

–No, pensándolo bien, no tengo nada importante que hacer.

–¡Excelente! –dijo ella con alegría–. En ese caso, ¿qué les parece si nos ponemos en marcha?

Somerled agarró el pequeño bote por un extremo y Cailean, por el otro. Luego, se lo pusieron sobre las cabezas y lo llevaron por el sendero que terminaba en Auchenard. Afortunadamente, estaban bastante cerca de la casa, así que fue un recorrido corto.

Ya habían dejado el bote en su sitio cuando apareció Alfonso Kimberly a grandes zancadas.

–¡Mira quién ha venido, tío! –exclamó Daisy–. Hemos tenido un accidente, y hemos perdido los remos.

–¿Los dos? –dijo su tío, espantado.

En ese instante, se oyó otro trueno, y una ráfaga de viento levantó las faldas del vestido de Daisy.

–Eso me temo. Y. para empeorar las cosas, lord Arrandale no ha podido pescar nada –le explicó su sobrina–. Pero tenemos peces de sobra para nuestro vecino, ¿verdad?

–Desde luego que sí. He sazonado unas truchas fantásticas esta mañana –dijo Alfonso con orgullo–. Venga, volvamos a la casa. Va a empezar a llover en cualquier momento.

Daisy tomó a su tío del brazo y caminó hacia la mansión mientras hablaba del bote, el lago y el remo roto como si fuera el argumento de una novela. Somerled iba detrás, con expresión de niño enfurruñado. Y Cailean se maldecía a sí mismo por haberse dejado llevar por el orgullo, aunque estaba encantado de que Somerled hubiera hecho el ridículo.

Rowley y el joven lord Chatwick los recibieron en la terraza. Somerled hizo caso omiso del pequeño, pero Cailean le puso una mano en el hombro y sonrió.

—¿Ha vuelto a practicar el lanzamiento de troncos?

Ellis sacudió la cabeza.

—No, porque no tengo a nadie que me ayude.

El niño frunció el ceño al ver que Somerled estaba empapado, y Cailean le arrancó una sonrisa cuando le dijo en voz baja:

—El caballero se ha dado un baño sin querer.

Belinda apareció entonces en el umbral de la mansión, y se detuvo allí como si tuviera miedo de bajar a la terraza.

—¡Entren de una vez! ¡Si empieza a llover, se pillarán una pulmonía!

Cailean pensó que era una mujer verdaderamente exagerada. Nadie enfermaba de pulmonía por unas cuantas gotas; y mucho menos en las Tierras Altas, donde todo el mundo se mojaba alguna vez. Aun así, siguió a los demás. Y, en cuanto cerraron la puerta, sonó un trueno tan fuerte que todo tembló.

Alfonso avivó el fuego del salón principal, que se iluminó de repente por culpa de un rayo. El niño se asustó, y se aferró a su madre.

—Ese ha caído cerca —afirmó Belinda—. Menos mal que estamos rodeados de colinas; porque, si estuviéramos en un llano, habría caído en la casa. Los rayos son la causa más común de los incendios, ¿saben?

Cailean no dijo nada, pero no recordaba ni una sola casa que se hubiera quemado por un rayo.

—Trae el whisky, Rowley —ordenó Alfonso, sentándose en el canapé—. Nos calmará los nervios.

Mientras esperaban a que el mayordomo lo sirviera, empezó a llover. Era una tormenta indiscutiblemente potente, y el viento azotaba los árboles y arrojaba torrentes de agua contra las ventanas.

—Tendremos que hacer algo para matar el tiempo —dijo Daisy, nerviosa.

—No durará mucho —le aseguró Cailean—. Las tormentas de verano son tan feroces como breves.

—Lady Chatwick tiene razón —intervino Somerled, siempre presto a apoyarla en todo—. ¿Quieren que lea algo?

Daisy se quedó tan sorprendida con su propuesta que Cailean sonrió para sus adentros. Seguramente, ella estaba pensando en un pasatiempo bastante más diabólico, algo que enfrentara a sus dos pretendientes.

–¿Leer? Tenemos muy pocos libros.

–Pero tienen una Biblia, según parece –afirmó Somerled, señalando los escasos volúmenes de la casa.

Ella parpadeó como si fuera la primera vez que veía la Biblia en cuestión. Sin embargo, lanzó una mirada de soslayo a Cailean y dijo con un entusiasmo que estaba lejos de sentir:

–Gracias, señor Somerled. Se lo agradecemos sinceramente. ¿No es cierto, Arrandale?

Cailean la miró con rabia, y ella sonrió.

Somerled alcanzó la Biblia, pasó varias páginas y empezó a leer un fragmento del Éxodo que hablaba de granizo, tormentas y rayos nunca vistos.

Cailean escuchó educadamente durante unos minutos, hasta que se aburrió y se puso a pensar en todo lo que tenía que hacer en Arrandale y en la dama que lo miraba de vez en cuando con pícaro sensualidad.

Rowley y el señor Kimberley se escabulleron enseguida; el joven lord Chatwick se quedó dormido, con la cabeza apoyada sobre su madre, e incluso ella mostró síntomas de no poder soportarlo más. Los ojos se le cerraban, y Cailean pensó que le estaba bien empleado por ser tan maliciosa.

La única persona que parecía disfrutar del sermón de Somerled era la prima de lady Chatwick, quien miraba al caballero como si fuera la primera vez que oía la historia del éxodo de los israelitas.

Cailean no supo cuánto tiempo duró aquella tortura, pero el insoportable sonsonete cumplió su función: matar el tiempo hasta que escampara. El sol empezó a salir entre las nubes, así que interrumpió a Somerled y anunció, mirando hacia la ventana:

–La tormenta ha pasado.

–¿Cómo? –dijo Daisy, que estaba a punto de dormirse–. ¡Ah, vaya! ¡Mira, Ellis! Ya no hay tormenta... ¿Qué te parece si echamos un vistazo? Puede que veamos un arco iris.

El niño se despabiló enseguida, y su madre lo llevó a la ventana. El señor Somerled cerró la Biblia, aparentemente decepcionado porque lady Chatwick no le había dado las gracias por la lectura. Pero Belinda Hainsworth fue más amable con él.

–Gracias, señor Somerled. Sus palabras me han reconfortado mucho.

–¡El cielo se está despejando! –intervino entonces Daisy–. ¡Qué suerte tiene, señor Somerled! Si no recuerdo mal, su casa está lejos de aquí; pero, si

se marcha ahora, llegará con buen tiempo y antes de la puesta de sol.

Somerled parpadeó, desconcertado.

–Sí, claro, supongo que sí –acertó a decir.

Cailean se habría reído de buena gana. El pobre Somerled era un ratón, y lady Chatwick era una gata que lo manipulaba a su antojo.

–¡Ah, me siento tan aliviada...! No me habría gustado que tuviera que marcharse en plena tormenta. Belinda, querida, ¿puedes llevarte a Ellis y pedir al señor Green que traiga el caballo del señor Somerled?

Obviamente, Cailean los acompañó al vado y, obviamente, disfrutó de la incomodidad de su contrincante cuando este quiso quedarse a solas con lady Chatwick, cosa que él impidió.

Somerled empezaba a comprender que había perdido la partida.

–¡Que tenga una buena tarde! –se despidió Daisy cuando su invitado montó.

–Lo mismo digo –replicó él, y se puso en marcha.

Cailean y Daisy se quedaron a solas y, al cabo de unos instantes, ella dijo:

–Menos mal que se ha ido.

–Sí, menos mal. *Latha math*, lady Chatwick.

–¿Cómo? –preguntó, girándose hacia él–. ¿Es que se va?

–En efecto. He cargado su bote, he esperado a que pasara la tormenta y he oído más sermones de los que quería oír.

–Oh, vamos... Quiero enseñarle una cosa.

Justo entonces, apareció Alfonso.

–¿Qué ocurre?

–Que lord Arrandale se quiere marchar, y yo quiero enseñarle nuestro nuevo cobertizo.

–No malgastes el tiempo del caballero –dijo su tío–. No es para tanto.

Cailean frunció el ceño. ¿Tenían un cobertizo? ¿Desde cuándo?

–El señor Somerled ha sido muy amable al tomarse la molestia de venir exclusivamente para construirlo –dijo ella–. No me había dado cuenta de hasta qué punto lo necesitábamos.

–Pues no será porque yo no te lo dijera, Daisy.

–Sí, es verdad que me lo dijiste, pero no hiciste nada al respecto. En cambio, el señor Somerled ha traído los materiales y lo ha construido en un periquete.

–¿Somerled ha hecho un cobertizo? –intervino Cailean, perplejo.

–Sí, así es –contestó ella con alegría–. Venga, se lo enseñaré.

–Yo me ahorraré el paseo –declaró Alfonso–. Ya he visto demasiado ese ataúd.

El tío de Daisy volvió a la mansión, y ella cruzó las manos detrás de la espalda y miró a Cailean.

–¿Y bien? –preguntó.

–De acuerdo, enséñeme su cobertizo. Pero dese prisa, por favor.

Al girar en la siguiente esquina, Cailean estuvo a punto de tropezar con un barril, y ella se disculpó rápidamente.

–Oh, lo siento, había olvidado que estaba aquí. Es el sitio donde mi tío mete los peces que pesca. La despensa es demasiado pequeña, y aún no ha decidido dónde quiere guardar su tesoro.

Los dos siguieron adelante y, tras dar la vuelta a otra esquina, ella se detuvo de repente.

–¡Helo aquí!

–Pero si no es más grande que un cajón...

Cailean pensó que Alfonso Kimberly estaba en lo cierto al decir que parecía un ataúd. Aun así, avanzó y abrió la puerta. El señor Somerled había hecho un agujero en una de las paredes interiores; presumiblemente, para que hiciera las veces de ventana.

–Es ridículamente pequeño –sentenció él, entrando.

–Somerled dice que es acogedor.

Ella lo siguió al interior del cobertizo y sonrió. Siempre estaba sonriendo; como si supiera que sus sonrisas lo incomodaban y lo hacían peligrosamente consciente de sus encantos.

–Bueno, ya lo he visto. ¿Qué más le han regalado sus muchos admiradores, lady Chatwick?

–Solo esto, aunque el señor MacDonald me ha enseñado el boceto de un barco que quiere construir. Tiene mucho talento.

–Se lo ha enseñado porque quiere que lo financie usted –replicó Cailean–. Dios mío, esto es mucho peor de lo que pensaba. No sabe defenderse de los cazadores de fortunas.

–¡Por supuesto que sé! –declaró con humor–. Llevo casi tres años rodeada de ese tipo de personajes. ¿Me ha tomado por una estúpida, lord Arrandale?

–Yo no soy lord, sino solo señor de Arrandale. Y, por supuesto, tampoco soy un dandy londinense al que deba llamar por su título. Me llamo Cailean.

–Lo sé, pero...

–Si vamos a ser amigos, será mejor que me llame por mi nombre, que es Cailean –la interrumpió–. Venga, dígallo.

–Cailean –dijo ella, obediente–. Pero, ¿seguro que quiere que seamos amigos? Creía que estaba firmemente en contra de tal posibilidad.

–Estaba y estoy en contra de que nos cortejemos, que es distinto. Y, aunque no soy de los que ofrecen su amistad así como así, es obvio que usted la necesita con urgencia –dijo–. Y ahora, abra la puerta de ese cajón que Somerled ha hecho a cambio de sus favores.

–No le he entregado mis favores. Lo ha hecho porque ha querido –replicó Daisy, sin moverse del sitio–. Veo que sigue estando celoso de él.

–No diga tonterías –gruñó.

–Lo está –insistió ella–. Solo hay que ver cómo le mira.

–¿Está usted loca? No le he mirado en ningún momento. Su sermón ha sido tan insoportable que los ojos se me cerraban.

–Bueno, debe admitir que tiene buena voz –dijo ella, evidentemente decidida a provocarlo–. Y ahora lo acusa de ser un cazador de fortunas.

–Porque lo es. Hay que ser idiota para no darse cuenta.

En lugar de sentirse ofendida, Daisy sonrió un poco más.

–¿No será usted el que ha puesto los ojos en mi dinero?

–Míreme bien, *leannan* –dijo él, señalándose a sí mismo–. ¿Tengo aspecto de necesitar la fortuna de una viuda?

–No lo sé. Permítame que lo mire con más detenimiento.

Ella lo miró de arriba abajo y, a continuación, de abajo arriba, empapándose de todos los detalles: desde sus pantalones hasta su casaca, pasando por el pañuelo desatado que llevaba al cuello.

–No –dijo al fin–, no tiene aspecto de eso. Pero el deseo de poder y riqueza no se ve siempre a simple vista.

Cailean sonrió a su pesar y sacudió la cabeza. Estaba con una mujer de armas tomar, y le estaba ganando la partida.

–Es verdaderamente diabólica, ¿sabe? Seduce con los ojos, con las palabras y con su endemoniada y preciosa sonrisa –dijo, echando un vistazo a su boca–. Pero, ¿está preparada para asumir las consecuencias de sus juegos?

Esta vez, ella no sonrió. Su expresión se volvió fría de repente y, cuando habló, sonó dolida, como si la hubiera ofendido.

–¿Juegos? No soy yo quien busca a los hombres, sino ellos quienes me buscan a mí a causa de mi fortuna. ¿Qué quiere que haga al respecto? –

preguntó, cruzándose de brazos—. Vamos, deme uno de sus consejos. Ilumíneme con su sabiduría. ¿Qué debo hacer con esos buitres? ¿Cómo puedo encontrar marido si no puedo confiar en nadie? Y debo encontrarlo, pues estoy obligada.

La franqueza de Daisy sorprendió a Cailean.

—Entonces, ¿los rumores son ciertos? El testamento de su difunto marido la obliga a...

—Veo que está al tanto de mis humillantes secretos —dijo ella, llevándose una mano al estómago—. Sí, claro que es verdad. Ese tipo de rumores suelen ser correctos. Si quiere conocer toda la historia, se la contaré.

Daisy respiró hondo y siguió hablando.

—Mi difunto y querido esposo me dejó en manos del obispo Craig. Tenía miedo de que yo dilapidara la herencia de Ellis si no había un hombre que me controlara y, en consecuencia, tomó las medidas oportunas para que yo perdiera todo acceso a la fortuna de mi hijo si no seguía los celestiales consejos del obispo y me casaba en un plazo de tres años.

Cailean se quedó tan sorprendido que no pudo hablar.

—Han pasado más de dos años desde su muerte y, como el aluvión de cazadores de fortunas ha impedido que conozca a un caballero que me aprecie de verdad, el obispo está decidido a encontrarme esposo por su cuenta —dijo con amargura—. ¿Sabe lo difícil que es buscar otro compañero cuando acabas de enterrar a uno? Y encima, cuando todos los caballeros de Londres ansían tus riquezas.

Ella se apartó y se frotó la nuca.

—¿Amaba a su marido? —preguntó él con curiosidad.

—¿Que si lo amaba? —Daisy suspiró—. Se podría decir que llegué a apreciarlo. Antes de caer enfermo, fue un buen hombre y un buen padre. Sin embargo, reconozco que nunca lo quise como quise a Robert Spivey... Él ha sido mi único amor verdadero. Quizá me desprecie por amar a un hombre y casarme con otro, pero es la verdad.

Cailean se sintió como si le hubieran dado una bofetada. Y no porque la despreciara, pues era consciente de que muchas mujeres no tenían ni el poder de elegir marido. Su propia madre se había casado con su padre por motivos políticos.

No, lo que le dolía no era eso, sino que estuviera enamorada de Spivey.

—¿Por qué no se casó entonces con él?

Ella se encogió de hombros.

–Porque no era adecuado.

–Comprendo.

–Mi padre era barón, lo cual me forzaba a casarme con un hombre de clase y fortuna, categoría en la que no entra el hijo de un vicario. Yo era consciente de ello desde muy joven, y estaba decidida a asumir mi responsabilidad. Pero Robert era demasiado guapo –dijo, bajando la vista–. Es una pena que no estuviera usted para darme consejos. Me comporté como una estúpida. Y estaba tan ciega...

–¿El también la amaba?

–Oh, sí. Me amaba con toda su alma.

–¿Y qué pasó?

–Fue un desastre, como puede imaginar. Pensé que podía convencer a mi padre de que casarme con Rob era una buena idea; pero, antes de que se lo pudiera decir, me anunció que había acordado un matrimonio con lord Chatwick, y que no podía hacer otra cosa que dar mi consentimiento.

–¿Y qué hizo usted?

–¿Qué podía hacer? Casarme con lord Chatwick, claro.

–Pero...

–Rob lo entendió perfectamente. Dijo que quizá nos habíamos excedido en nuestros sueños de juventud. Sí, lo entendió muy bien –insistió con tristeza–. Era un caballero, e hizo lo que habría hecho cualquier caballero en esa situación: dejarme ir.

Cailean frunció el ceño. Quizá fuera cierto que Spivey se había comportado como un caballero, pero ¿qué clase de hombre era?

–Pues yo no lo entiendo en absoluto. No entiendo a un hombre que carece de arrestos para luchar por lo que ama, por la persona a quien ama. ¿Ni siquiera lo intentó?

Daisy se ruborizó y guardó silencio.

–Su prima afirma que quiere casarse con él –continuó Cailean.

Ella rio.

–Eso espero. Me escribió hace poco. Dijo que se había enterado del fallecimiento de mi esposo y que esperaba volver a verme. Por eso vine a Escocia. No vine a buscar marido, sino a ganar tiempo para que Rob pueda llegar a Londres antes de que el obispo llame a mi puerta.

Cailean la miró fijamente, sopesando el cuento de los jóvenes amantes que se encontraban de nuevo después de muchos años. En su opinión, tenía algo de

ilusorio.

–Por favor, dígame que no me desprecia –le rogó Daisy–. ¿Ha estado alguna vez enamorado?

–Por supuesto.

–¿En serio? Empezaba a creer que estaba ante un canalla sin corazón – declaró, recuperando parte de su humor anterior–. ¿Quién era ella?

–Una *sassenach* como usted.

–¿Cómo yo? Vaya... –dijo, aparentemente halagada–. ¿Y por qué no pidió su mano?

–La pedí. La cortejé dos veranos seguidos y luego, le pedí el matrimonio. Pero me rechazó.

Cailean lo dijo de un modo tan desapasionado que Daisy soltó una risita. Y, obviamente, él se ofendió.

–Oh, discúlpeme, no pretendía ofenderlo –corrió a defenderse–. Es que pensaba que... bueno, no tiene importancia. Lo siento, Cailean.

–No lo sienta –dijo él con brusquedad–. Supongo que no nos casamos porque no estábamos destinados a casarnos.

Daisy alcanzó su mano y se la apretó con cariño.

–Y no he tenido otro amor desde entonces, ¿verdad? ¿Por eso no se ha casado nunca? ¿Porque aún la quiere?

Cailean soltó una carcajada y apartó la mano.

–No, no ha sido por eso. Y créame, he estado con muchas mujeres desde que ella me rechazó. Soy un hombre, no un sacerdote. Pero, volviendo al tema original, ¿por qué me besó, si quiere casarse con el señor Spivey?

–Porque mi marido estuvo enfermo muchos años –respondió ella mientras jugueteaba con el pañuelo de Cailean–. Yo tampoco soy una monja.

El asintió, porque la comprendía de sobra. Y sintió el pellizco de la anticipación sexual.

–No, no lo es –dijo, llevando una mano a la cintura de Daisy.

–Quiero divertirme... lo necesito. Me entiende, ¿verdad?

Las palabras de Daisy lo excitaron de tal manera que dio un paso adelante y la atrapó contra la pared. La dama necesitaba su afecto, y él no tenía fuerzas para negárselo.

–La entiendo, sí. Pero, ¿qué clase de diversión está buscando? –preguntó, acariciándole el cuello–. ¿Un poco de atención? ¿Un beso en la despensa? Dígamelo, lady Chatwick.

–Ya me ha dado un beso en la despensa. Y mi nombre de pila es Daisy, no lady Chatwick.

–Daisy –susurró él–, *margarita* en inglés... Sí, el nombre le queda bien. Una alegre y pequeña flor.

–Entonces, ¿está dispuesto a ofrecerme divertimento?

Él bajó una mano, la metió en el escote de Daisy y le acarició un seno.

–Eso depende.

–¿De qué? –dijo ella, apretándose contra su mano.

–De cómo se comporte.

Daisy sonrió de la forma más lasciva posible, y Cailean se supo absolutamente derrotado. Le daría todo lo que quisiera.

Tomada la decisión, inclinó la cabeza y la besó. Ella pasó los brazos alrededor de su cuello y le devolvió el beso, excitándolo de inmediato. Se estaban adentrando en el camino del placer, y se adentraron más cuando él introdujo una mano bajo el dobladillo de sus faldas y acarició sus muslos desnudos.

–¿Me estoy portando bien?

Cailean respondió con otro beso y con otra caricia, pero algo más arriba esta vez. Daisy se frotó contra su cuerpo y susurró:

–Canalla...

–Diablesa... –replicó él.

La respiración de Daisy se volvió entrecortada. Cailean notaba el calor de su piel, tan intenso como si se estuviera derritiendo ante sus atenciones. Él mismo estaba loco de deseo, y sintió un súbito ardor al introducir la mano entre sus suaves y delicadas piernas.

–Oh, resístete a mí, Daisy –dijo, tuteándola por primera vez–. Piensa en tu futuro. Resístete.

–No, me niego.

Ella le mordió el lóbulo de la oreja. No fue gran cosa, pero bastó para que Cailean perdiera el control y llevara los dedos a su sexo.

Daisy gimió y tembló de placer. Cailean intentó calmarse y refrenar la urgente necesidad que lo dominaba, pero fue inútil. Ansiaba su cuerpo, ansiaba la satisfacción que solo ella le podía dar y, cuando ella volvió a gemir, ansió la que solo él le podía dar.

Tras acariciar sus suaves pliegues, la miró a los ojos para estar seguro de que no había ido demasiado lejos. Daisy disipó sus dudas con una mirada de

pasión, y él le alzó las faldas un poco más.

–Dijiste que no me aprecias –le recordó ella, acariciándole el pelo–. No deberías mirarme como si me apreciaras.

–Y fui sincero. No te aprecio en absoluto.

Ella soltó una carcajada y empujó los hombros de Cailean para que se pusiera de rodillas, cosa que hizo.

–No, ya veo que no –replicó Daisy.

Él no podía estar más excitado. Era increíblemente estimulante que una dama supiera lo que quería y fuera capaz de pedirlo sin rodeos. Así que se lo dio. Le subió el vestido hasta la cintura y lamió su sexo.

Daisy gimió una vez más. Cailean volvió a pasar la lengua por sus pliegues, y ella cerró las manos sobre su cabeza, estremecida.

Cailean la devoró lenta y tortuosamente, dándole todo lo que deseaba y mucho más. Cada espasmo del cuerpo de Daisy aumentaba su propia excitación, y empezaba a estar tan enardecido que tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no abandonar aquel juego y penetrarla.

Aquella situación, combinada con el miedo a que alguien los viera, tuvo el extraño efecto de aumentar su deleite incluso antes de que ella se arqueara contra él, desesperada por alcanzar el orgasmo. Cailean cerró entonces los labios alrededor de su clítoris, y la succión posterior empujó a Daisy a un éxtasis absolutamente espasmódico.

Cailean ardía en deseos de obtener también satisfacción, pero estaba tan satisfecho como podía estar un hombre después de haber saciado a una mujer, así que se incorporó y la tomó entre sus brazos, sonriendo como un guerrero victorioso.

–¿Quién es el buen vecino ahora, *leannan*?

Ella sonrió y le acarició la mejilla.

–Eres el hombre más presumido que he conocido nunca.

Él se limitó a reír.

–¿Me aprecias más ahora? –preguntó Daisy.

–Ni mucho menos –respondió tras darle un beso–. Pero me temo que ha llegado el momento de marcharse.

Cailean no se quería ir. Quería quedarse con ella y pasar toda la tarde en el ridículo cobertizo. Sin embargo, sabía que, si se quedaba, afianzaría el lazo que se había creado entre ellos y luego no lo podría romper.

Abrió la puerta, le acarició el cabello y dijo, antes de irse:

–*Feasgar math.*

Acto seguido, se dirigió a la parte trasera de la mansión y empezó a bajar por la pradera que llevaba al lago.

Si se daba prisa, aún estaba a tiempo de pescar su cena.

Un momento después, oyó la voz de Daisy, quien corría hacia él con algo envuelto en un paño.

–¡El pescado! –gritó.

Daisy se detuvo ante él y le plantó el atado en las manos, para que no lo pudiera rechazar.

–Llévatelo, por favor. Tenemos más peces de los que podemos comer.

–Gracias –dijo Cailean con inseguridad.

–¿Vendrás a cenar mañana?

–Daisy, yo...

–Eres vecino nuestro. ¿Qué pasa, que habías perdido la costumbre de tener buenos vecinos? Como acabo de decir, tenemos más peces de los que necesitamos, y nos vendría bien que nos ayudaras con ellos. Por favor, dime que vendrás.

Él apartó la mirada.

–Te lo ruego –insistió ella.

Cailean la deseaba tanto que fue incapaz de negarse.

–Está bien, pero solo una vez más. A decir verdad, el pescado no me gusta tanto como parece.

–Trato hecho. Solo una vez más –dijo ella, y soltó una carcajada.

Daisy dio media vuelta, se alejó unos cuantos metros y, tras girarse hacia él para despedirse con la mano, desapareció en el interior de su propiedad.

Cailean bajó la cabeza y contempló el paño que envolvía su cena. Al cabo de unos segundos, oyó el sonido de una puerta que se cerraba, y tuvo la sensación de que otra se había abierto en su interior.

Capítulo 11

Tras la lluvia de ayer, llegó una mañana de cielos azules y brisa cálida. La tormenta pasó tan deprisa como dijo Arrandale, pero ha destrozado algunas de mis plantas. Mi tío afirma que el próximo guarda que contratemos se tendrá que resignar a que el jardín carezca de arrayanes de Bravante, aunque yo no estoy de acuerdo con él, porque se pueden comprar en Balhaire.

B. tiene ahora al señor S. en gran estima, y proclama que el caballero en cuestión es un buen cristiano. Me pregunto si volveremos a ver al señor S., teniendo en cuenta que se marchó de Auchenard profundamente decepcionado. Al menos, he descubierto que su pequeño cobertizo tiene posibilidades poco convencionales, por así decirlo.

Las manos de Arrandale son grandes, duras y fuertes, como demostró al sacar el bote del lago. En cambio, las manos del señor S. resultan finas y delgadas en comparación, más apropiadas para tocar el arpa.

Daisy almorzó con Belinda, quien se dedicó a parlotear sobre su miedo a que las recientes lluvias hubieran empeorado el estado de los caminos y dificultara su vuelta a Londres.

Belinda mencionaba su vuelta casi todos los días, como si fuera inminente, pero Daisy no tenía tanta prisa como tal vez debería haber tenido. Se había encariñado de Auchenard, y no estaba dispuesta a regresar a la capital inglesa; por lo menos, de momento.

Mientras Belinda insistía en su conferencia sobre el firme de los caminos, Rowley se presentó en el salón con una bandejita de plata, de las que se usaban para poner tarjetas de visita. Luego, caminó hacia Daisy y se inclinó

ante ella.

–¿Qué es esto? –preguntó la señora de la casa, mirando lo que parecía ser un pequeño fardo.

–El correo, milady. Lo ha traído un mensajero que acaba de llegar de Londres.

–¿Lo ha traído a Auchenard? ¿Cómo?

–No le sabría decir, milady. Solo sé que ha llegado por el lago, procedente de Erbusaig.

Ella alcanzó el fardo de cartas y desató la cinta que las unía. La primera misiva era de su querida amiga lady Beckinsal, que además de haberle prometido que la mantendría informada de los acontecimientos londinenses, era la única persona que conocía su paradero. Daisy decidió que la dejaría para más tarde, para cuando estuviera a solas y pudiera reírse libremente.

La segunda era del agente encargado de sus propiedades, y se la leyó en voz alta a Belinda.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó al final–. ¿Que el tejado de Chatwick Hall ha sufrido daños y el arreglo cuesta cincuenta libras? ¿Cincuenta libras? ¿Es que se ha caído entero?

–Los tejados suelen ser la primera cosa que se estropea en las casas –alegó Belinda mientras untaba mermelada en una tostada–. Y, cuando el tejado sufre daños, el resto de la casa los sufre a continuación. Será mejor que le des el dinero que pide.

Daisy asintió a regañadientes y alcanzó la tercera de las cartas, que no tenía remite. Lo único que había en el sobre era su nombre y su dirección. Pero Daisy reconoció la letra y soltó un suspiro.

–¿De quién es? –preguntó Belinda.

–De Rob –contestó, rompiendo el sello–. ¿Cómo ha sabido dónde encontrarme?

–Léela, por favor –la instó su prima–. ¿Qué dice?

Daisy sacó la carta y la leyó, pero no en voz alta.

Mi querida lady Chatwick:

Espero que su hijo y usted gocen de buena salud cuando reciba esta carta. Al llegar a Londres, fui directamente a su casa, donde descubrí con gran consternación que se había ido. La lealtad que le profesan sus criados les impidió dar su dirección a un desconocido, pero un amigo

alivió mi sufrimiento cuando me informó de que lady Beckinsal estaba al tanto de su paradero.

A decir verdad, pensé que no me recibiría, puesto que mi nombre no le sería familiar, y me llevé una sorpresa al poder acceder a su casa. Su amiga me informó de que había recibido la carta que le envié y, tras apiadarse de mí y decirme que estaba en Escocia, se prestó amablemente a hacerle llegar estas líneas.

Permítame que sea sincero y aclare mis intenciones. Puede que dé demasiadas cosas por sentadas, pero he renunciado a mi cargo en la Marina con la esperanza de poder retomar nuestra antigua amistad. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos, y espero que sienta lo mismo que sentía entonces, porque mis sentimientos no han cambiado.

La he tenido en mis pensamientos y mi corazón desde que nos vimos forzados a separarnos, y rezo para que el destino permita que el sueño de nuestra juventud se haga realidad. Me aterroriza la idea de que ya no me quiera y, como se fue de Londres tras recibir mi carta, temo que sea así.

–Bueno, ¿qué dice? –repitió Belinda, ansiosa.

–Que está en Londres.

–¡En Londres! ¿Ya ha dejado la Marina? ¿Tan pronto?

Daisy asintió.

–Y siente lo mismo que sentía cuando nos separamos, aunque tiene miedo de que ya no le quiera.

–Oh, vaya...

Daisy se levantó abruptamente del diván.

–Le escribiré de inmediato, para que esté más tranquilo. Le diré dónde estamos, que no sabía cómo comunicarme con él, que tampoco sabía cuándo llegaría a Londres y que solo me fui por ganar tiempo.

–¿No crees que deberíamos regresar? Una carta tardará demasiado.

–Tardará lo que tardaríamos nosotras –puntualizó–. Pero tienes razón. Imagino que deberíamos volver.

Belinda soltó un grito ahogado, y la miró con tanta alegría que a Daisy se le amargó la mañana. ¿Qué le estaba pasando? ¿Por qué se resistía tanto a abandonar Auchenard?

–Si me permites, iré a escribir a Rob.

Daisy salió del comedor, entró en el salón principal y se dirigió a la mesa; pero, en lugar de sentarse, se dirigió a la ventana y contempló el que se había convertido en su pequeño mundo privado.

Sus emociones no podían ser más contradictorias. No podía perder a Rob. No debía. Era el amor de su juventud, y el mejor candidato posible para ser su esposo. Pero, por otra parte, acababa de tener una experiencia verdaderamente profunda con otro hombre, y no la quería desestimar.

—¿Daisy?

Daisy se giró. Estaba tan sumida en sus preocupaciones que no había oído los pasos de su tío Alfonso, que estaba en mangas de camisa.

—¿Ha pasado algo malo, cariño? —preguntó él, acercándose.

—No, todo lo contrario —respondió ella, haciendo un esfuerzo por sonreír—. He recibido carta del capitán Spivey.

—¿En serio? ¿Y qué dice el buen capitán?

—Que está en Londres y que siente lo mismo que hace once años, aunque le preocupa que mis sentimientos hayan cambiado.

Alfonso la miró un momento con expresión inescrutable.

—¿Qué quieres hacer?

—No sé, supongo que deberíamos volver. Parece que los cielos se han apiadado de mí.

Su tío frunció el ceño.

—Si crees que se han apiadado, ¿por qué estás tan triste?

Daisy no estaba exactamente triste, sino algo peor. Rob le había confesado que seguía enamorado de ella, y se había tomado muchas molestias para hacerle llegar su carta. Pero, en lugar de estar contenta, se sentía vacía.

—Es que... bueno, es que acabo de terminar el jardín —dijo, usándolo como excusa.

Alfonso le pasó un brazo por encima de los hombros.

—Haremos otro, cariño.

—Pero no será igual. No lo haremos nosotros, sino otra persona; alguien que tomará decisiones sobre lo que se debe cortar y lo que se debe plantar. Y yo seré tan útil como una estatua.

—¿No será que le has tomado afecto a otra persona?

Daisy sintió que la vergüenza enrojecía sus mejillas. El día anterior, cuando volvió del cobertizo, estaba convencida de que nadie sospechaba lo que acababa de pasar. Pero quizá se había equivocado.

–Sé que el señor Somerled ha estado aquí unas cuantas veces... –continuó Alfonso.

–¿Somerled? –Daisy soltó una risita de alivio–. No, tío, no. Has malinterpretado las cosas. Sencillamente, me gusta disfrutar de mi libertad. Mi falta de entusiasmo se debe a que estoy a punto de perderla.

–Pero el capitán Spivey es lo que estabas esperando, ¿no? Es el hombre que te conviene.

–Sí, desde luego. Y quiero casarme con él.

Su tío sonrió.

–El obispo no podría encontrar a un hombre mejor.

Daisy bufó.

–No, pero estoy segura de que lo intenta.

–No me extraña que te moleste. Craig es bastante parcial es materia de gustos –replicó–. En fin, haré los preparativos necesarios para volver a Londres.

En ese momento, Daisy miró por la ventana y vio a dos personas junto a la orilla del lago.

–¿Es Ellis? No lo veo bien desde aquí...

–Sí, es Ellis –contestó su tío–. Arrandale ha encontrado el remo perdido, y vino hace un rato a devolvérselo. Pero, al llegar, preguntó por Ellis.

Daisy vio que la perra de Cailean entraba en el agua y volvía a salir.

–Iré a darle las gracias.

Dejó a su tío y caminó hacia el lugar donde estaban Cailean y el pequeño. Mientras se acercaba, oyó la risa de su hijo y se detuvo a mirar.

Estaban lanzando piedras a la superficie del lago, con intención de que rebotaran. Ellis las lanzaba con todas sus fuerzas, algo que nunca le había visto hacer, y Cailean le daba instrucciones para lanzarlas de forma correcta.

Mientras contemplaba la escena, se acordó de Marybeth, su hermana. Solían hacer lo mismo cuando estaban en casa de su abuela. Marybeth murió años más tarde de escarlatina, y el recuerdo la puso tan nostálgica que buscó una piedra adecuada en el suelo y, tras encontrar una, se unió a Cailean y a Ellis.

Justo entonces, Cailean lanzó una piedra que rebotó cinco veces en la superficie del lago. Ellis se quedó asombrado con el lanzamiento, pero su acompañante se quedó más asombrado aún con la persona que acababa de llegar, y sus ojos azules brillaron con tanta alegría que Daisy sonrió.

–¡Mira, mamá! ¡Mira lo que puedo hacer!

Ellis alcanzó una piedra y la lanzó. No fue muy lejos y, por si eso fuera poco, se hundió sin rebotar; pero al niño no pareció importarle. Estaba feliz. Había perdido todo asomo de tristeza. Y hasta disfrutaba de las actividades físicas.

–Recuerde que tiene que lanzarlas como le he dicho –declaró Cailean, imitando el movimiento oportuno.

Ellis lanzó otra piedra, y esta vez rebotó dos veces.

–¿Has visto eso, mamá?

–Sí, cariño. ¡Menudo lanzamiento!

El pequeño siguió lanzando piedras, y Daisy aprovechó para acercarse a Cailean y mirarlo con intensidad.

–¿Por qué me miras como si te hubiera robado algo? –preguntó él.

–¿Por qué estás tú en compañía de mi hijo?

–Porque su guardián y él se arrastraban como peregrinos aburridos cuando he ido a tu casa a llevarte el remo que Somerled perdió.

–No es su guardián, sino su tutor.

–Será lo que sea –dijo, encogiéndose de hombros–, pero no le apetecía lanzar piedras al agua, así que volvió a sus libros. Afortunadamente, tu tío tiene más aprecio a los juegos.

Ellis volvió a lanzar una vez más, y volvió a conseguir que la piedra rebotara dos veces.

–Cailean sabe dirigir un barco, ¿sabes? Y sabe navegar guiándose por las estrellas –dijo el niño, encantado–. ¿Quieres que te enseñe a lanzar piedras, mamá?

–No es necesario. Sé cómo se hace.

–¿De verdad?

Daisy rio, sacó la piedra que se había guardado y se la enseñó a Ellis.

–Mira...

Ella echó el brazo hacia atrás y lanzó. Por desgracia, la piedra se hundió sin rebotar, y su hijo rompió a reír.

–¡No se hace así, mamá! Pero no te preocupes, que las mías también se hundían al principio. Toma, inténtalo otra vez.

–¿Quiere que instruya a su madre, milord? –preguntó Cailean.

–¡Sí!

–Gracias, pero no necesito que me instruyan.

–Qué extraño, porque nunca he conocido a una mujer que no necesite

instrucción –dijo él, guiñándole un ojo–. Cuando lances, pon la palma hacia arriba. Te enseñaré cómo.

Cailean se puso detrás de ella y le sostuvo la mano ante la atenta mirada de Ellis. Daisy era terriblemente consciente del fuerte y duro hombre que estaba a su espalda, y lo fue todavía más cuando le puso la mano libre en la cintura. ¿Cómo se atrevía a ser osado? En otras circunstancias, le habría llamado la atención; pero estaban con su hijo, así que se contuvo.

–Venga, lanza la piedra. ¡Ya!

En su incomodidad, Daisy lanzó de forma tan desastrosa que la piedra se le escapó y acabó en el barro de la orilla, sin llegar siquiera al agua.

–Sí, ya veo que eres toda una experta –dijo Cailean en voz baja–. Inténtalo de nuevo.

Él le puso otra piedra en la mano, y se apretó contra sus nalgas.

–¿No crees que te tomas muchas familiaridades? –susurró ella.

–Ayer no te molestaba –replicó él, sonriendo.

Daisy lanzó una mirada a su hijo, temiendo que se hubiera dado cuenta de lo que pasaba entre ellos, pero era completamente ajeno a la situación.

–Respira...

–Ya estoy respirando.

–Pues estás tensa como una novia primeriza.

–¡Levanta un poco el brazo, mamá! –dijo su hijo.

–Sí, sí, ya lo he entendido.

Daisy empezaba a estar verdaderamente nerviosa. El contacto físico de Cailean la había excitado, y solo quería lanzar la maldita piedra. Pero, para conseguirlo, tenía que apartarse de él, así que le pegó un codazo en el pecho.

Cailean la soltó con un bufido. Daisy lanzó, y la piedra rebotó tres veces antes de hundirse en el lago.

–¡Lo has logrado, mamá!

–¡Sí! –exclamó ella, alzando los brazos en gesto de victoria.

Cailean rio, y Daisy lo deseó más que nunca.

Ellis empezó a hablar a su madre sobre las dificultades del lanzamiento de piedras, pero su madre seguía demasiado excitada para prestarle atención. No dejaba de pensar en el cobertizo, en lo que había sentido entre los brazos de Cailean. Se había sentido a salvo, deseada, exquisitamente femenina. Y quería tener de nuevo esa experiencia.

–He prometido a lord Chatwick que lo llevaré al acantilado con las mejores

vistas de la zona. ¿Quieres venir con nosotros?

–¡Di que sí, mamá! ¡Por favor!

–Está bien...

Caminaron durante media hora, por un sendero estrecho. Cailean tuvo una paciencia increíble con el niño, y respondió a sus muchas y muy varias preguntas, que iban desde las estrellas hasta las rocas, pasando por cómo lanzar flechas. Ya no tenía su antigua actitud tímida. Iba con la cabeza erguida, y miraba a los ojos, seguro.

Daisy se emocionó, y pensó que ni su propio tío habría sido capaz de negar el cambio que había experimentado. Aquel escocés había conseguido que Ellis venciera sus miedos.

Al llegar a una formación rocosa relativamente abrupta, Cailean la tomó de la mano para ayudarla a subir. Momentos después, se encontraron en lo alto de un acantilado desde el que se veía el lago, las colinas circundantes y, al fondo, bajo un cielo despejado, el mar.

La vista era espectacular. Daisy se sintió como si fueran los únicos seres vivos de la Tierra, dueños absolutos de lo que había a su alrededor. Se sintió libre. Aquello era la libertad. El paisaje, las colinas, su vida en Escocia. La libertad. Y aunque estaba decidida a casarse con su primer amor, supo que iba a echar de menos Auchenard.

Cailean rompió el hechizo cuando sugirió que volvieran a la mansión. Se estaba haciendo tarde, y Ellis tenía que cenar.

Bajaron por la colina y continuaron por la orilla del lago. Poco antes de llegar a su destino, Daisy lanzó otra mirada a su hijo y cayó en la cuenta de lo sucia que estaba su ropa.

–A Belinda le va a dar algo cuando te vea –dijo, acariciándole el pelo–. Será mejor que te vayas con el tío Alfonso.

El niño miró a Cailean y preguntó:

–¿Podemos hacerlo otra vez?

–No sé, lord Chatwick –replicó con gravedad–. Quizá le apetezca seguir rastros de ciervo. La temporada está a punto de empezar.

Ellis sonrió.

–¿En serio?

–En serio.

El niño saltó de alegría y salió corriendo hacia la casa.

–¡Tío! ¡Voy a aprender a seguir rastros!

Cuando Ellis desapareció, Daisy se giró hacia Cailean.

–Es demasiado joven para cazar –dijo.

–Oh, vamos. ¿No exageras un poco? ¿Que edad tiene? ¿Doce años?

–¡Solo tiene nueve!

–Bueno, eso no importa –dijo él, sonriendo–. Los chicos deben aprender las cosas del mundo. Deben aprender a ser hombres.

–Permítame que sea yo quien juzgue lo que debe ser.

–Lo siento, pero tú no puedes juzgar esos asuntos. Eres una mujer.

Daisy lo miró de nuevo. Ardía en deseos de tocarlo y acariciar su cara.

–No sabía si volverías a Auchenard –dijo, cambiando de tema.

Él arqueó una ceja, sorprendido.

–¿Por qué no iba a volver? Dije que volvería.

Ella sonrió con timidez.

–Crearás que soy una perdida, claro...

–Por supuesto que lo creo –Cailean la tomó de la mano–. Eres absolutamente incorregible, Daisy.

Ella sonrió un poco más.

–Entonces, ¿me perdonas?

–No te perdono porque no tengo nada que perdonarte, *leannan* –dijo él, guiñándole un ojo–. Seguiré siendo tu amigo a pesar de lo que la razón me dicta, porque necesitas un amigo con urgencia. Pero lo del cobertizo no se volverá a repetir.

–No, claro que no –replicó ella con ironía–, porque tú no me aprecias.

–Nada de nada.

Cailean le puso una mano en la espalda y, a continuación, siguieron andando hacia la casa.

–¿Es cierto que vives solo en Arrandale?

–Sí. De momento, sí.

Él le empezó a hablar de la casa que estaba construyendo, viga a viga y piedra a piedra. Daisy se quedó cautivada, imaginando sus músculos mientras levantaba tabiques y clavaba maderas. Tanto fue así que no apartó la mirada de Cailean hasta que interrumpió su discurso para preguntar:

–¿Tienes visita?

–¿Visita? ¿Yo?

El corazón de Daisy se detuvo un instante cuando se giró hacia la terraza y vio a la persona que estaba allí. Habría reconocido su porte y su color de pelo

en cualquier sitio. Era como si un fantasma del pasado hubiera cobrado vida.

–Rob –dijo–. Dios mío, es Rob.

Estaba soñando. Tenía que estar soñando.

Justo entonces, Robert Spivey alzó la mano a modo de saludo. Daisy miró a Cailean y vio que el brillo de sus ojos había desaparecido por completo.

–Es Rob –repitió en voz baja.

–Sí, ya lo sé –dijo como si hubiera estado esperando ese momento–. Ve con él, querida. No hagas esperar a tu primer y único amor.

Daisy se alzó las faldas y corrió hasta la terraza, donde se detuvo casi sin aliento y declaró, confundida:

–¿Me engañan mis ojos?

Robert, su Robert, sonrió.

–No, no la engañan. Soy yo.

Obviamente, Rob era más maduro, pero seguía siendo el mismo de siempre, un hombre alto y guapo, de cabello rubio y ojos marrones.

–No sabe cuánto me alegro de verla –continuó él, sin dejar de sonreír.

–¡Pero si acabo de recibir su carta! Y además, no decía que tuviera intención de venir. ¿Cómo me ha encontrado?

Robert rio.

–Lady Beckinsal se ablandó al final y me dio su dirección, así que partí dos días después de enviarte la carta. No sé si he hecho lo correcto al venir, pero necesitaba verla.

Daisy estaba tan asombrada que no se podía ni mover. Él le tomó la mano y se la besó.

–Es una mujer muy difícil de encontrar, ¿sabe? –prosiguió Robert–. Me alegro de haberlo conseguido.

Daisy pensó que ella también se alegraba. Y por muchas razones.

Capítulo 12

Lógicamente, Cailean los dejó unos minutos a solas; en primer lugar, porque era lo más apropiado y, en segundo, porque necesitaba reunir fuerzas para enfrentarse a Spivey. En consecuencia, se retiró al jardín y fingió estar muy interesado en unas campanillas mientras un montón de pensamientos distintos torturaban su mente.

¿Qué hacía Spivey en Auchenard? ¿Había ido por Daisy? ¿O se había enterado de que él estaba allí y la estaba utilizando para tenderle una trampa? No tenía forma de saberlo, pero se metió la daga debajo del cinturón, por si se veía obligado a defenderse.

Al final, su curiosidad pudo más que su cautela, y entró en la terraza para salir de dudas. Alfonso Kimberly y Belinda Hainsworth se habían unido a Spivey y a Daisy, y los cuatro reían alegremente, como si acabaran de solucionar todos los problemas del mundo y ya no existieran ni el hambre ni las guerras.

Daisy no vio que Cailean se acercaba; pero, cuando reparó en su presencia, extendió una mano hacia él y gritó:

–¡Arrandale!

Cailean se hundió un poco más. No lo había llamado por su nombre. Había vuelto al Arrandale anterior. Al parecer, ya no eran amigos.

Aun así, caminó hacia ellos sin apartar la vista de Spivey. No era más alto que él, pero era más joven y estaba en mejor forma física. Tenía el pelo de color rubio oscuro, y llevaba una casaca y unos pantalones que parecían nuevos, como si se los acabaran de hacer. Sin embargo, no era el uniforme de capitán de la Marina Real. Era ropa de civil.

–Señor Spivey –dijo Daisy–, permítame que le presente a mi vecino, lord Arrandale.

–Señor de Arrandale, no lord.

–Encantado de conocerlo.

Spivey estrechó la mano de Cailean con entusiasmo, como si estuviera ante el cura que iba a officiar su boda con lady Chatwick. Pero Cailean no se dejó engañar. Su mirada, amistosa al principio, había cambiado de repente.

–El señor Spivey acaba de llegar de Cornwall –dijo Daisy.

–Capitán Spivey –puntualizó el mentado, sonriendo indulgentemente.

–Sí, claro, capitán. Discúlpeme, es que no me he acostumbrado todavía.

–¿Nos hemos visto en alguna parte? –preguntó Spivey a Cailean–. Me resulta familiar.

–Sí, sospecho que nos hemos visto. Soy Cailean Mackenzie de Arrandale.

El capitán se puso pálido, y llevó la mano al pomo de la espada.

–¿Qué está haciendo en las Tierras Altas? –bramó.

–Vivo aquí –respondió Cailean con toda tranquilidad–. Soy de las Tierras Altas.

–¡Lo que usted es, señor, es un contrabandista!

Spivey desenvainó con rapidez; pero Cailean, que había entrenado a soldados escoceses y había aprendido a combatir con un profesor tan bueno como su padre, se movió más deprisa todavía, le quitó la espada de la mano y, tras sacar la daga, se la puso en el cuello.

Belinda Hainsworth empezó a gritar.

–¡Arrandale! –exclamó Alfonso Kimberly–. ¡El capitán es invitado nuestro! ¡Baje el arma!

Cailean pegó una patada a la espada que había tirado al suelo, para que Spivey no la pudiera alcanzar y, acto seguido, soltó a su presa.

–Ándese con cuidado, capitán –dijo, apuntándole con la daga–. Ahora está en Escocia, y a menos que haya traído un ejército, será mejor que mantenga la espada en su vaina.

A Spivey se le había caído el sombrero durante el enfrentamiento, de modo que se inclinó y lo recogió. Luego, se estiró el chaleco con brusquedad y se giró hacia el tío de Daisy.

–No entiendo que abran su casa a un contrabandista –dijo con frialdad.

–Arrandale no es un...

–Lo soy, señor Kimberly –lo interrumpió Cailean–. Aunque yo prefiero definirme como un comerciante que no acepta extorsiones de la Corona.

–¿Cómo? ¿Qué quiere decir con eso?

–Que los impuestos que la Corona impone a los bienes más básicos están acabando con los escoceses. En consecuencia, no hemos tenido más remedio que tomar cartas en el asunto y buscar la forma de traer mercancías a precios justos –replicó.

–Eso es robar –insistió Spivey, implacable–. Llevo años persiguiendo a esta clase de canallas.

–Algunos dirían que el único ladrón de esta historia es la Corona –replicó Cailean, encogiéndose de hombros–. Pero supongo que no ha venido aquí a debatir conmigo.

Cailean miró a Daisy, y vio que ella no lo estaba mirando. Tenía la cabeza gacha, y su expresión era tranquila y ligeramente distante. Había adoptado la actitud de una típica vizcondesa inglesa: fría, educada, indiferente. ¿Estaría escandalizada con lo sucedido? No lo creía posible, porque él había sido sincero con ella. Siempre le había dicho la verdad.

–El contrabando se castiga a veces con la muerte, Mackenzie. Podría acabar en la horca. Y estas buenas gentes tendrían que responder ante la justicia por haberle dado asilo en su casa.

–Nadie me está dando asilo. Y pienso quedarme en las Tierras Altas, así que le repito lo que acabo de decir: si no ha traído un ejército, será mejor que se abstenga de buscarse problemas.

Spivey apretó los dientes e intercambió una mirada con Alfonso Kimberly.

–No puedo encerrarlo ahora mismo, como me gustaría. Pero, si vuelve a poner un pie en Inglaterra, no habrá nadie que lo salve. Me encargaré personalmente de ello.

Cailean sonrió.

–Lo sé, y también sé que aquí no hay nadie que lo pueda salvar a usted. Estas colinas son peligrosas para cualquier inglés, y lo son mucho más para un capitán de la Marina Real.

–Por favor –intervino Daisy, alzando las manos–. Por favor, dejen de hablar de horcas y muertes... El capitán Spivey no está en Auchendar para detener contrabandistas, sino porque, al enterarse de la muerte de mi esposo, decidió venir inmediatamente. Y en cuanto al señor de Arrandale, no sé lo que habrá hecho, pero es amigo de la familia.

Cailean no lo podía creer. ¿Inmediatamente? ¿Que Spivey había ido inmediatamente? Esa definición solo habría sido adecuada si hubiera aparecido unos días después de su fallecimiento, pero habían pasado más de

dos años. Y además, ese hombre no estaba allí porque quisiera a Daisy, sino porque quería su fortuna. De eso estaba seguro.

Spivey alzó entonces la barbilla, como si supiera lo que Cailean estaba pensando. Y hasta Daisy debió de imaginarlo, porque añadió:

–Ha venido desde muy lejos, solo para verme.

–Se sentirá muy reconfortada, *madame* –dijo Cailean–. Solo han pasado dos años y pico desde el fallecimiento de su marido.

Belinda soltó un grito débil y tomó a Daisy de la mano, mientras esta miraba a Cailean con incredulidad. Hasta el propio Spivey parecía sorprendido por su falta de decoro.

–Sí, espero poder reconfortarla, como lo esperaría cualquier caballero respetable. Soy consciente de que lady Chatwick no tiene familia.

–¿Que no tiene familia? Su tío y su prima están presentes, señor.

–Bueno, ya basta –ordenó Alfonso.

–Sí, ya basta –dijo Cailean–. Será mejor que me vaya.

Daisy no intentó disuadirlo, pero se prestó a acompañarlo a la salida. Y cuando ya estaban allí, se giró hacia él y le puso una mano en el brazo.

–No me dijiste que lo conocías.

–Porque no lo conocía, aunque sabía de él.

–¡Le has puesto una daga en el cuello!

–Después de que el desenvainara su espada, Daisy.

–¿Por qué no me lo habías dicho? ¿Por qué?

–¿Que querías que te dijera? No esperaba encontrarme cara a cara con tu querido capitán, y no quise preocuparte sin razón. Pero, ¿qué está haciendo aquí?

–Ya lo sabes. Yo misma te lo dije.

–No, no me refiero a que quiera estar contigo, sino a qué está haciendo aquí, exactamente. ¿No te parece extraño que se arriesgara a venir a las Tierras Altas, sabiendo como sabía que estaría rodeado de enemigos?

–¡No, no me lo parece!

A pesar de la vehemencia que acababa de demostrar, Daisy se frotó las sienes un segundo después y añadió, insegura:

–Sinceramente, no lo sé. ¿Cómo lo voy a saber? No nos habíamos visto desde hace once años.

Él suspiró y se pasó una mano por el pelo, pensando que los problemas de Daisy no eran asunto suyo. Además, había encontrado al hombre que

necesitaba, ¿no? Si hubiera sido un caballero, se habría alegrado por ella.

Definitivamente, era mejor que se marchara y se contentara por haber escapado de Auchenard con vida. Pero distaba mucho de estar contento. Se sentía como si el universo se hubiera congelado de repente y lo ahogara con su hielo. Había perdido a Daisy. La relación que mantenían había llegado a su final.

Cailean hizo ademán de salir, pero se detuvo y miró sus verdes ojos.

—No tomes una decisión apresurada —dijo con suavidad—. Hazme caso. Hay algo extraño en su súbita aparición.

—Ahórrame tus consejos. No me digas lo que tengo que hacer.

Él guardó silencio, confundido. Tenía tantas cosas en la cabeza que no podía pensar con claridad, pero había una cosa de la que estaba completamente seguro: que no podía dejarla sola con Spivey.

Daisy tampoco dijo nada. Había cruzado las manos por delante del cuerpo, y tenía la vista clavada en un pequeño guijarro del suelo, como si le interesara de verdad.

¿Qué podía hacer? ¿Llevarse a Daisy de allí? ¿Salvarla de las garras del capitán y acompañarla a Inglaterra, para que ella acabara con otro inglés y él terminara en la horca? Además, ninguna de las alternativas que esperaban a Daisy en su país serían mucho mejores que Spivey.

No, él no podía arreglar sus problemas; y, por otra parte, su presencia empeoraba las cosas. Había permitido que su relación llegara demasiado lejos, y se había encariñado de ella, quizá excesivamente. Había llegado el momento de poner tierra de por medio.

Deprimido, llevó una mano a su dulce cara y la obligó a mirarlo. Los ojos de Daisy estaban llenos de tristeza, como si se arrepintiera de lo que había hecho. Pero, ¿de qué se arrepentía? ¿De haberlo conocido a él? ¿De pretender a Spivey? ¿De qué?

—Espero que seas feliz, Daisy. Ahora y siempre.

Ella apretó los labios. Él bajó la mano, dio media vuelta y, tras cruzar el vado de la casa, desapareció por el bosque que terminaba en Arrandale.

Mientras caminaba por la umbría de la arboleda, pensó que, del mismo modo en que los árboles ocultaban la luz del sol, la ausencia de Daisy apagaría la luz de Auchenard. Cuando se marchara, todo sería oscuridad.

En el camino a Balhaire había una aldea; y junto a la aldea, una casa donde todos los hombres de las Tierras Altas sabían que podían saciar su sed.

De puertas para afuera, las mujeres que la regentaban eran dos hermanas que habían sufrido una tragedia familiar. Cailean sabía que no eran hermanas, pero ni daba importancia a ese detalle ni le interesaba demasiado su verdadera historia. Tenían un huerto, algo de ganado y el carácter necesario para tratar con el tipo de personas que acudían al establecimiento.

Desoyendo a su razón, se detuvo allí de camino a Balhaire. Necesitaba una distracción, algo que sacara a Daisy de sus pensamientos. Habían pasado dos días desde que el capitán Spivey se presentara en Auchenard, y se torturaba constantemente a sí mismo, imaginándolo con Daisy en el maldito cobertizo del señor Somerled.

De vez en cuando, su fuerza de voluntad conseguía borrar las imágenes que lo turbaban; pero siempre era una victoria pírrica, porque entonces regresaban sus deseos y lo volvían loco. Recordaba los dulces labios de Daisy. Recordaba su aroma y su cabello. Recordaba su respiración entrecortada cuando hicieron el amor y la expresión de su rostro cuando alcanzó el orgasmo.

Por supuesto, él hacía todo lo posible por pensar en otra cosa y, por supuesto, solo conseguía empeorar su situación.

Al final, se dio cuenta de que tenía que hacer algo para no perder el juicio, si es que no lo había perdido ya; y, cuando pasó ante la casa de las supuestas hermanas, ordenó a Fabienne que esperara fuera y se dirigió a la entrada, dispuesto a expulsar a los demonios de su cuerpo.

En cuanto entró en la sala de techo bajo, que olía a hombre y a turba quemada, comprendió que allí no encontraría consuelo. Una de las mujeres se levantó las faldas y le enseñó las piernas, tentándolo; otra, se llevó las manos a los pechos y se mordió el labio inferior. Pero no tenían los ojos verdes de Daisy. No tenían su sensual sonrisa.

Cailean las miró, dejó unas monedas en la mesa y se fue pese a las protestas de las damas, una de las cuales se comprometió a sanar su masculinidad fallida. Naturalmente, él se sintió mortificado; sobre todo, porque su problema era el contrario: que su masculinidad gozaba de muy buena salud, y necesitaba con urgencia una satisfacción.

Al llegar a Balhaire, descubrió que los habitantes del pueblo se estaban preparando para el *feill*, la fiesta de finales de verano. Se celebraba todos los

años, atraía a docenas o incluso cientos de personas con su mercado, sus juegos y sus bailes.

Además, el *feill* era particularmente importante en tiempos de penurias, porque Balhaire se convertía en uno de los baluartes más seguros de los escoceses. Arran Mackenzie siempre se había asegurado de que su clan y otros clanes de las Tierras Altas supieran que podían contar con su apoyo y su ayuda.

El patio interior de la fortaleza estaba lleno de gente. Cailean pasó entre la multitud y tomó el largo y estrecho corredor que llevaba al despacho de su padre, donde se cruzó con dos lacayos que llevaban un aparador.

Cuando llegó a su destino, estaba tan sumido en sus pensamientos que no habría reparado en la presencia de su madre si ella no hubiera corrido hacia él con los brazos abiertos.

—¡Cailean! ¡Qué sorpresa! —dijo, pasándole los brazos alrededor del cuello para darle un beso—. Últimamente, te vemos muy poco. Y nunca vienes cuando hace buen tiempo.

—Sí, ya lo sé. Pero hoy me he saltado el buen tiempo porque tengo que hablar de negocios con *athair*.

—Ah, sí —dijo su padre, sentado a la mesa—. Tenemos que hablar de vientos y mercancías. Es lo que hacemos los hombres.

—¿De qué estás hablando? —preguntó su esposa.

—Es mejor que no lo sepas —replicó su marido—. Vuelve a tus cosas.

—¿Me estás echando, querido mío? ¿Seguro que no quieres mi consejo? —preguntó ella con humor—. Espero que vengas al *feill*, Cailean.

Cailean no tuvo más remedio que sonreír. Su madre llevaba muchísimos años en Escocia, pero aún pronunciaba las palabras gaélicas con un fuerte acento inglés.

—Sí, claro que sí.

—Me encantaría invitar a tu vecina.

Su hijo se puso tenso.

—¿A mi vecina?

—Sí, a lady Chatwick.

—*Mathair*...

—Y a su familia también —lo interrumpió—. Tiene un niño, ¿verdad? Se lo pasará en grande.

—Sí, tiene un hijo, pero...

–Ardo en deseos de conocerla –siguió hablando su madre–. Al fin y al cabo, es inglesa, y no hay muchos compatriotas míos en las Tierras Altas.

–Por buenos motivos –intervino su esposo.

–Hablas como un jacobita, cariño. Cailean, ¿podrías invitarla en mi nombre?

–Si estabas pensando en ejercer otra vez de Celestina, olvídale. Llegas demasiado tarde.

–¿Ya ha encontrado novio?

–Sí, y no es un escocés, sino un inglés. Un antiguo amor, que ha venido a buscarla –dijo.

Su madre se quedó boquiabierta.

–¿De quién se trata? ¿Quién es capaz de venir a las Tierras Altas por un asunto de amor?

–El capitán Robert Spivey.

Arran frunció el ceño.

–Ese nombre me resulta familiar.

–No me extraña. Es o era el capitán del *Fortune*.

–¿El buque que nos disparó y estuvo a punto de rompernos el trinquete?

–El mismo.

–¿Y qué demonios está haciendo aquí?

–Cortejar a lady Chatwick antes de casarse con ella.

–No me lo creo.

–Pues créelo. No sabía que yo estaba aquí. Se quedó atónito cuando me reconoció, y desenvainó su espada.

Margot Mackenzie soltó un grito ahogado.

–¡Oh, Dios mío! ¿Estás seguro de que ha venido por ella? Esto no me gusta nada, nada en absoluto. Es verdaderamente extraño que un capitán de la Marina Real aparezca de repente en Auchendar, tan cerca de Arrandale.

–Lady Chatwick dice que ha renunciado a su cargo –declaró Cailean–. Yo creo que su presencia es una táctica militar que...

–¿Una táctica militar? Pero si no estamos en guerra.

Cailean la tomó de la mano.

–Me refería a la guerra por la fortuna de lady Chatwick, madre –puntualizó él–. Ha venido a las Tierras Altas y se ha interpuesto entre ella y el mar, es decir, entre ella y el resto de sus pretendientes.

–Más bien, entre sus pretendientes y su fortuna –dijo Margot, sarcástica–. Y

los que buscan fortunas, juegan fuerte.

–En efecto –dijo Arran.

–En ese caso, invítalo.

–¿Cómo?

–Que lo invites al *feill*.

–*Mathair*, ¿eres consciente de lo que estás diciendo? –preguntó su hijo, atónito–. El *feill* estará lleno de gente que le rebanaría el pescuezo con mucho gusto.

–No se atreverán estando en Balhaire –afirmó su padre.

–No, jamás se atreverían –afirmó ella–. Tu padre y yo aprendimos hace tiempo que hay que tener cerca a tus enemigos; de lo contrario, no sabes lo que están tramando. Y, si existe la posibilidad de que tropas inglesas aparezcan por el lago con intención de tomar Arrandale... Bueno, no quiero ni pensarlo. Pero no se atreverían a atacar Balhaire.

–Salvo que quieran una guerra de verdad –dijo Arran.

Cailean no se lo discutió. Si intentaban apresarlo en Escocia, que era mayoritariamente jacobita, el pueblo se alzaría en armas.

–Llévate a dos guardias contigo –le ordenó su madre–. No soporto la idea de que estés solo en Arrandale, tan cerca de ese capitán. Entre tanto, hablaré con Rabbie y Cat y se lo contaré todo. Intentaremos que se sienta como si estuviera en su casa, para lo cual tendremos que persuadir al clan.

Margot se levantó; pero, antes de irse, puso una mano en la mejilla de Cailean y dijo:

–Ten cuidado.

–Lo tendré.

Ella se fue, y Cailean se giró hacia su padre, que hizo ademán de levantarse y se volvió a sentar con gesto de dolor.

–¡*Athair!* –dijo Cailean, alarmado.

–Descuida, no es nada –afirmó Arran, frotándose la pierna.

–Quizá debería llamar al médico.

–No, no quiero que tu madre se angustie más. Ya está bastante preocupada.

–¿Qué puedo hacer entonces?

Arran suspiró y sonrió a su hijo.

–Quedarte por aquí, porque te necesito en los juegos. Tenemos que organizar el *feill*.

Cailean intentó escuchar a su padre con atención, pero estaba demasiado

inquieto. Por lo visto, tendría que sustituir a Arran más pronto de lo que había pensado.

Se empezaba a sentir como si una ola gigantesca hubiera golpeado el centro mismo de su ser y lo hubiera arrojado contra la cubierta, rompiéndolo en pedazos. Y tenía que recogerlos a toda prisa; porque, de lo contrario, los podía perder.

Capítulo 13

No encuentro palabras para describir la alegría que sentí al ver a Robert. Es obviamente más viejo, igual que yo, pero sigue siendo el mismo, como me demostró al abrazarme y darme un beso en la mejilla.

Nuestra amistad se ha renovado en bastantes sentidos. Es como si todos estos años de separación se hubieran esfumado. Hablamos de muchas cuestiones. Me preguntó si Clive era un hombre bueno y honorable, y yo le aseguré que fue un buen marido. Robert no llegó a casarse, aunque afirma que se casó con el mar cuando yo lo abandoné.

No recuerdo que yo lo abandonara; pero ha pasado tanto tiempo desde entonces que puede que la memoria me traicione.

Al parecer, ha oído muchas y muy diversas cosas de mí a lo largo de los años. Se enteró del nacimiento de Ellis, de la enfermedad de mi esposo y del fallecimiento de mi madre. En cambio, dice que no supo de la muerte de Clive hasta hace poco, y que aquella noche soñó con un ángel que le ordenó ir a las Tierras Altas a buscarme, por muy peligroso que fuera para un capitán de la Marina Real.

No entiendo que desenvainara su espada. Admitió que se excedió, aunque añadió que lo hizo porque le preocupaba mi seguridad. Quizá creyera realmente que A. había ido a Auchenard a robarnos, aunque lo dudo. Quiso saber cómo conocí a A., a quien considera un peligroso contrabandista. Se negó a decirme si pesa sobre él alguna acusación, pero insistió en que no debía volver a invitarlo.

Robert me ha sorprendido con un regalo precioso, un collar de oro que compró en la India. Es muy bonito, y lo llevo con orgullo. Me dijo que lo había comprado para mí; pero una noche, mientras contaba historias de sus viajes, dejó caer que ha pasado más de un año desde su última visita a

dicho país. ¿Cómo pudo comprarlo para mí si entonces no sabía que Clive había muerto? Evidentemente, estaba destinado a otra.

El señor S. pasó ayer por casa. El pobre hombre se quedó sin habla al ver al capitán, y se marchó poco después, rechazando mi invitación de jugar a la petanca en el césped del jardín.

Mi tío pesca tanto que podría llenar Balhaire de barriles llenos de peces. Le he sugerido que ponga un puesto y los venda, y él ha dicho que echaré de menos el pescado durante el largo viaje de vuelta a Londres. Nos vamos dentro de quince días. Robert nos acompañará, y mi tío, Rowley y el resto de los criados nos seguirán después, cuando hayan cerrado Auchenard.

Rob no ha hablado con mi tío sobre nuestro matrimonio. Tampoco ha hablado conmigo, así que sigo sin conocer sus intenciones, aunque me da motivos de sobra para creer que se quiere casar. Quizá prefiere esperar a que llegemos a Londres.

El señor Munro nos ha informado de que el festival anual de Balhaire se celebrará este fin de semana. A mí me encantaría ir, porque dice que el hombre más fuerte del mundo participará en los juegos. Se ha interesado por la ausencia de A., y ha preguntado si piensa volver. Me alegra que no viera lo que pasó en la terraza.

A mí también me gustaría tener noticias de A. Haya hecho lo que haya hecho, me desagrada la idea de no volverlo a ver. Me desagrada profundamente.

Esta mañana, el pájaro más raro y con más colores que he visto nunca se ha posado en el jardín, y se ha puesto a picotear los pétalos de rosa que se han caído. Parecía un pollo azul. Pero no hay pollos azules.

A Daisy no le gustaba demasiado la petanca, pero a Ellis le divertía mucho, así que Robert se empeñó en que jugaran.

–Necesita un poco de aire fresco –dijo.

Tras un par de lanzamientos poco afortunados, Daisy miró el lago y se preguntó cómo era posible que no hubiera visto ninguna embarcación en los dos últimos días. Ni un bote ni una mala vela en la distancia. De hecho, tampoco había pescadores en la orilla. Era como si todos los habitantes de las Tierras Altas hubieran desaparecido de repente.

–*¿Madame?*

Ella se giró al oír la voz de Rowley.

–Acaba de llegar el señor Arrandale, con dos jinetes más.

A Daisy se le encogió el corazón, y se tocó el lóbulo de la oreja para que Robert no la mirara a los ojos y se diera cuenta de lo mucho que le había alegrado la noticia.

–Gracias. Hazlos pasar al salón, por favor.

–No quiere entrar, milady. Ha pedido que salga usted al vado.

–¿Quién es? –preguntó Robert, como si no hubiera oído la conversación.

–Un vecino –respondió ella con inseguridad.

–En ese caso, la acompañaré.

–No es necesario...

–Le he dicho varias veces que comete un error al invitar a ese hombre. Es un traidor a la Corona, lady Chatwick. Es un delincuente. Su reputación saldrá mal parada si insiste en ello.

–¡Cailean no es un delincuente! –protestó Ellis.

–Cariño... –dijo su madre, en tono de advertencia.

–¡Sabía que vendría, mamá!

Ellis salió corriendo antes de que ella lo pudiera detener, lo cual aumentó la irritación de Robert.

–Ese niño tiene que aprender modales –declaró.

–¡Ellis! ¡Ellis! ¡Espéranos!

El niño obedeció a regañadientes y se detuvo. Daisy lo tomó de la mano y se dirigió al vado de la propiedad, con Robert a poca distancia. A decir verdad, estaba molesta con él. ¿Cómo se atrevía a hablarle de su reputación? Quizás había olvidado que la señora de la casa era ella, y que no estaban en Londres, sino en las Tierras Altas, donde no tenía ninguna reputación que perder.

La escasa disciplina de Ellis desapareció en el vado, cuando soltó a su madre y corrió hacia su amigo, a quien se abrazó. Cailean aceptó su abrazo de buena gana, y lanzó una mirada a Daisy por encima del niño.

Ella se estremeció sin poder evitarlo. Estaba magnífico, tan magnífico como el día en que se conocieron. Y sus ojos azules brillaban con el fuego que tanto había extrañado desde el día en que se separaron.

–No me apriete tanto, milord –dijo el escocés con humor–. Es más fuerte de lo que piensa, y me está haciendo daño.

Ellis sonrió de oreja a oreja. Era evidente que adoraba a Cailean, y a ella se le hizo un dudo en la garganta, porque que no lo volvería a ver cuando se fueran de Escocia.

–¡Arrandale! –lo saludó, fingiendo contento–. Me temo que llega tarde para jugar a la petanca. Estábamos terminando la partida.

–No he venido a jugar –replicó él, muy serio.

Daisy miró a los dos jinetes que lo acompañaban. Iban armados, y tenían la mano en el pomo de sus espadas, preparados para cualquier eventualidad.

–¿Vamos a seguir rastros? –preguntó Ellis.

Daisy se dio cuenta de que su hijo seguía abrazado a Cailean, de modo que le puso las manos en los hombros y lo apartó de él.

–No, hoy no. Los ciervos no han llegado todavía. Es demasiado pronto.

–Pero... nos vamos a ir a Londres –dijo el niño, preocupado.

Cailean clavó la vista en Daisy. Y, antes de que ella le pudiera explicar la situación, Robert se le adelantó.

–Partimos dentro de quince días –dijo.

Cailean no apartó la vista de Daisy. Obviamente, había oído las palabras de Robert, pero se comportó como si no estuviera presente, mirándola con una intensidad abrumadora.

–¿Qué asuntos le traen a Auchenard, señor? –continuó Robert.

–Los asuntos que me traen son asuntos de lady Chatwick –replicó–. No suyos, Spivey.

–Pues tenga lo que tenga que decir, dígalo delante de mí.

Robert apartó al niño, lo puso detrás de Daisy y separó las piernas, como preparándose para luchar.

–¿A qué viene esa actitud? –intervino ella–. El señor Arrandale no ha amenazado a nadie.

–Una dama no puede recibir sola a un caballero.

Robert se acercó a Cailean y se detuvo a escasos centímetros de él. Daisy estaba verdaderamente indignada. ¿Qué se había creído el capitán? ¿Quién creía que era para decirle lo que podía o no podía hacer?

–Señor Spivey, debo insistir en que...

–No se preocupe, capitán –habló Cailean–. Yo no soy un caballero, así que la dama me puede recibir perfectamente.

Daisy se empezó a asustar de verdad, y empujó a Ellis hacia la casa.

–Vuelve dentro –le ordenó–. ¡Rápido!

–¡Pero quiero quedarme aquí!

–¡Haz lo que tu madre te dice! –bramó Spivey.

Cailean entrecerró los ojos, y Daisy se interpuso entre los dos hombres.

–¡Basta! –exclamó ella–. Yo hablaré con Arrandale, capitán Spivey. Entre tanto, le agradecería que acompañe a Ellis al interior de la casa.

Robert la miró con ira.

–Si está aquí por un asunto relacionado con Auchenard, está aquí por un asunto que me atañe –continuó ella.

–Es peligroso, *madame* –dijo él entre dientes.

–No lo es en absoluto.

Spivey la miró, miró a Cailean y, tras un momento de duda, besó la mano de Daisy, que apretó con más fuerza de la necesaria.

–No tarde –dijo–. Estaré esperando.

Ella apartó la mano, y Spivey y el niño se fueron hacia la mansión.

–Daisy, yo... –empezó a decir Cailean.

–Ven conmigo –lo interrumpió–. Será mejor que hablemos en un lugar privado.

Cailean suspiró, habló con sus hombres en gaélico y la acompañó por el camino que atravesaba el bosque. Cuando ya estaban lejos de miradas indiscretas, ella se detuvo y se giró hacia él.

Su expresión no podía ser más adusta, pero sus ojos estaban llenos de dolor.

Confundida, intentó sobreponerse a las emociones que amenazaban con destrozar su aplomo. Su corazón latía tan deprisa que casi no podía respirar, y se apretó el estómago como intentando mantener el aire en sus pulmones.

–¿Qué asunto es ese que dices?

Él la miró de arriba abajo.

–Un mensaje de mi madre.

–¿De tu madre?

–Sí, os quiere invitar a los tuyos y a ti al *feill* de Balhaire, que se celebra este fin de semana. Huelga decir que tendréis alojamiento en la fortaleza.

–¿Ese es el asunto que te trae a Auchenard? –preguntó ella, cruzándose de brazos–. ¿No deberías ser tú quien nos invitara?

Cailean frunció el ceño.

–¿Qué crees que pasaría si os invitara yo? ¿Qué crees que pensaría tu amigo?

–Si también lo invitaras a él, nada.

Cailean bufó.

–No lo conoces tan bien como yo. ¿Te ha hablado de mí?

–Sí –dijo, alzando la barbilla–. Me ha dicho que eres un peligroso contrabandista, y que no debería relacionarme con personas como tú.

Cailean sonrió.

–Puede que yo sea peligroso, pero solo para él, no para ti.

–Quiso saber cómo te había conocido, y se lo dije. Se lo conté todo.

Cailean frunció el ceño.

–¿Todo?

Daisy se ruborizó.

–No. Todo, no.

Ella miró hacia atrás, como para asegurarse de que nadie los había seguido.

–¿Tienes miedo de ese hombre? Pues no lo tengas; por lo menos, ahora. Mis hombres lo matarían si se atreve a salir.

Daisy tragó saliva.

–¿Cómo puedes decir esas cosas? No sé lo que habrá pasado entre vosotros, pero es un buen hombre. Me quiere mucho.

Cailean apartó la mirada, herido.

–¿Ya ha pedido tu mano?

–Aún, no. Todavía nos estamos conociendo –dijo, poniéndole una mano en el brazo–. Ya conoces mi situación.

–Sí, la conozco. Y sé que hará cualquier cosa por quedarse con tu fortuna.

Cailean le apartó la mano y le dio la espalda, como si la encontrara repulsiva.

–¡Eso no es verdad! –protestó ella–. ¿Por qué crees que ha hecho un viaje tan largo?

–Porque era la mejor forma de asaltar tus muros.

–¿Cómo?

Cailean sacudió la cabeza, la volvió a mirar y frunció el ceño.

–No entiendes nada, Daisy.

–¡Claro que lo entiendo! No seas condescendiente conmigo, Cailean. Robert no habría venido a Escocia si no me tuviera en alta estima.

–¿Estás segura de eso? ¿Estás segura de su afecto?

–Por supuesto que lo estoy –dijo, aunque no lo estaba en absoluto–. No soy una descerebrada a quien cualquiera puede engañar.

–En ese caso, no necesitas mi consejo. Haz lo que te plazca.

–¿Qué ocurre? ¿Es que estás celoso? –lo desafió ella–. ¿Por eso has puesto fin a nuestra amistad?

Cailean respiró hondo.

–Mira, si estás tan segura de ese hombre como dices, no importará que lo sometas a una pequeña prueba.

–¿Una prueba? No seas ridículo. No necesito someterlo a ninguna prueba.

–¿Ah, no? Entonces, dime una cosa... ¿Cuándo se enteró de que tu marido había muerto? ¿Cómo es posible que toda Inglaterra lo supiera y él no estuviera informado?

Daisy no tuvo más remedio que guardar silencio, porque se había planteado la misma pregunta cuando Spivey le regaló el collar.

–Pregúntale a qué piensa dedicarse, teniendo en cuenta que ha renunciado a su cargo. Un capitán de la Marina Real no dejaría su trabajo sin tener algo en perspectiva –continuó él.

–Todo ha sido muy apresurado, Cailean. Puede que no haya tenido tiempo de pensarlo.

Cailean sonrió.

–¿No has visto cómo te halaga? Es tan excesivo al respecto que los que están a tu alrededor lo encuentran insoportable.

–Oh, vamos...

–Sí, te halaga todo el tiempo –insistió él, implacable–. Pero tus esperanzas le importan tan poco como tus miedos. Es una simple treta. Una estratagema dentro de un plan.

Daisy lo empujó, haciéndolo retroceder.

–¿Por qué intentas destruir mi felicidad? –preguntó, molesta.

Cailean guardó silencio, lo cual la enfureció un poco más. Se sentía frustrada por culpa de él, de su situación y del simple hecho de que no pudiera controlar su propia vida. Se sentía tan frustrada que le empujó de nuevo. Pero esta vez, Cailean no se movió.

–¿Qué quieres que haga? ¿Que lo rechace? ¿Que me case con el desconocido que me busque el obispo? –exclamó, al borde de las lágrimas–. ¿Por qué me estás haciendo esto?

–Daisy, te di mi palabra de que sería sincero contigo, y es lo que estoy haciendo –dijo con suavidad–. No me fío de ese hombre.

–Y yo no me fío de ti –replicó con voz quebrada–. Dios mío, ¿cómo puedo saber si un hombre me quiere de verdad?

Cailean la miró como si pensara que era una estúpida.

–No digas tonterías. Es algo que se sabe.

–¡Yo no lo sé! Todos los hombres me halagan. ¿Y acaso está mal? ¿Deberían despreciarme? Todos se muestran serviciales y solícitos... todos –dijo–. ¿Qué debo hacer entonces? ¿Buscar a uno que no se interese por mí? ¿Esa es la vara de medir?

Cailean le puso las manos en las mejillas.

–No, la vara de medir es la forma en que un hombre te mira, la forma en que te toca –alegó–. El hombre adecuado es el que se interesa hasta por los detalles más pequeños de tu vida.

–Es extraño que digas eso, porque el único hombre que me ha mirado y me ha tocado de verdad, y el único que se ha interesado por los detalles más pequeños de mi vida, se limita a ser amigo mío. Y, por si eso fuera poco, dice que no me estima.

Los ojos de Cailean se oscurecieron de repente.

–No te equivoques, Daisy. Yo no soy amigo tuyo.

Un segundo después, él la besó. Y la besó apasionadamente, con tal voracidad que ella se lanzó a una tremenda e igualmente voraz ola de deseo. Por lo visto, no había cambiado nada. Seguía anhelando a Cailean. Seguía extrañando su piel. Seguía añorando su duro cuerpo y sus succulentos labios.

Él la apretó contra el tronco de un árbol y susurró algo en su idioma natal antes de besarla en el cuello. Daisy pensó que aquello era una locura, y que se estaba dejando arrastrar por un camino peligroso, que ponía en peligro su futuro. Robert podía aparecer en cualquier momento. Se arriesgaba a perderlo todo. Y, sin embargo, no podía apartarse de Cailean.

Lo deseaba de un modo tan feroz que no entendía nada. ¿Cómo era posible? Teóricamente, quería a Robert. Pero, si eso era verdad, lo que sentía hacia Cailean tendría que haberse esfumado cuando el capitán apareció en la terraza de Auchenard. Y no se había esfumado.

Ahora bien, ¿acaso estaba cometiendo un delito? ¿Qué había de malo en sentir lo que sentía, en querer que aquel hombre saciara su hambre? ¿Tan terrible era desear a uno y querer casarse con otro?

Cailean la abrazó con fuerza, apretándola contra su cuerpo, mientras le mordía el labio inferior. Daisy respondió con toda la necesidad que la había estado volviendo loca desde el momento en que se conocieron, una necesidad absoluta, que la empujaba, la presionaba y despertaba hasta la última fibra de

su ser.

Al cabo de unos instantes, él le metió una mano por el escote y le acarició un pezón. Ella gimió de placer y se levantó las faldas, ansiosa.

–No –dijo Cailean rápidamente–. No puedo darte eso.

Daisy intentó besarlo otra vez, pero él se apartó.

–No, Daisy. No puedo darte lo que tú quieres. No puedo tener lo que yo mismo quiero.

–Pero...

–No –insistió, clavando la vista en sus ojos–. Tú no quieres hacer esto. Así, no. Ahora lo disfrutarías; pero mañana por la mañana, cuando recordaras lo sucedido, te arrepentirías.

–Eso no es verdad.

–Está bien, supongamos que no es cierto en tu caso. Pero lo sería en el mío –replicó.

Daisy sintió una tristeza tan súbita como abrumadora, una tristeza que reconoció al instante, porque ya la había sufrido en cierta ocasión: la tristeza de perder lo que se amaba.

Insegura, cruzó los brazos por encima del pecho. La expresión de Cailean se había vuelto fría, como si hubiera decidido ocultar sus emociones tras la máscara del poderoso montañés que había bajado de las colinas una cálida mañana de verano.

–Volverás pronto a Londres. Te casarás y, si Dios quiere, tendrás más hijos –declaró–. Yo no puedo poner eso en peligro.

–Tú no eres quién para decidirlo –argumentó ella, tan deprimida que casi no lo podía soportar–. Es una decisión mía, no tuya. Ya tuve bastante con un padre y un marido que me decían lo que podía y lo que no podía hacer, y ya tengo bastante con los consejos del obispo y de mi propio tío. No necesito que mis amigos se sumen a ellos, Cailean.

–¿Tengo que repetirte que yo no soy amigo tuyo? Tu capitán dice que soy una amenaza para ti, y está en lo cierto. Márchate con él, Daisy. Cásate con él. Sé feliz.

Ella odió a Cailean con todas sus fuerzas; lo odio tanto como lo amó, y se puso a caminar sin preguntarse siquiera si la seguía. Estaba tan desesperada y tan confundida que no veía ni el suelo que pisaba. Habría preferido no conocer nunca a Cailean Mackenzie. Le había entregado su corazón, y ahora quería que se lo devolviera.

De repente, se encontró en el jardín, donde una fría ráfaga de viento la empujó a cerrarse el chal que llevaba. Hasta el tiempo había cambiado. La temperatura había bajado mucho desde el día anterior. El verano estaba llegando a su fin.

–Ah, estaba aquí...

Daisy tragó saliva al ver a Robert, porque no se sentía con fuerzas para enfrentarse a él.

–Empezaba a estar preocupado –continuó él.

Robert se quitó la casaca y se la puso por encima de los hombros.

–¿Qué quería ese individuo? Ha hecho mal al pedirme que me fuera, Daisy. Debería haber permitido que hablara con él. Usted no conoce a ese tipo de hombres. No sabe lo que son capaces de hacer.

–Ese hombre es amigo mío.

–No, no lo es. Estoy seguro de que finge serlo, pero no lo es en absoluto –afirmó el capitán–. Me sentiré mucho mejor cuando nos hayamos alejado de este cubil de ladrones y traidores.

Daisy se giró hacia él y clavó la vista en sus ojos marrones, tan familiares y, al mismo tiempo, tan ajenos.

–¿Es que no comprende que Auchenard es el legado de Ellis? A mi hijo le gusta este lugar. Y es obvio que admira a Arrandale.

Robert chasqueó la lengua.

–¿Quiere que su hijo admire a un contrabandista?

Daisy bajó la cabeza y guardó silencio.

–Lord Chatwick estará mucho mejor en Chatwick Hall –prosiguió Spivey–. Allí también será feliz.

–¿Chatwick Hall? –preguntó ella, mirando la maleza que estaba creciendo junto a sus orquídeas.

–Sí, Chatwick Hall –respondió él–. Supuse que querría vivir allí cuando volviera a Inglaterra.

Daisy frunció el ceño, porque no solía ir a Chatwick Hall desde el fallecimiento de su esposo.

–¿Por qué supuso eso?

Robert se ruborizó ligeramente.

–Bueno... porque era el sitio donde vivía cuando nos vimos obligados a separarnos. Además, tiene espacio de sobra para una familia grande. Y quiere tener una familia grande, ¿verdad?

–Ya tengo a Ellis. Y, por si no lo sabía, he vivido en Londres desde que Clive murió.

–Pero querrá tener más descendencia. Quizá otro hijo.

Daisy se preguntó por qué estaba tan interesado en que tuviera otro hijo. ¿Qué tenía de malo Ellis? Y, por otro lado, tampoco sabía si quería una familia grande. Ni siquiera se lo había planteado.

Desconcertada, se inclinó y se puso a arrancar las malas hierbas del jardín. Robert se arrodilló, apartó su mano de las plantas y le limpió los dedos.

–No debería hacer eso –dijo.

–¿El qué?

–Arrancar maleza.

–Pero me gusta.

–Una gran dama tiene responsabilidades más importantes. Deje que alguien cuide de usted mientras usted cuida de su familia. Alguien en quien se pueda apoyar, y que le dé consejo y guía.

–¿Alguien como usted? –preguntó, adivinando sus intenciones.

Él le acarició la cara.

–¿Es que no es obvio? ¿No le demostré mi devoción al venir a buscarla tan lejos? Siempre he estado enamorado de usted, siempre. La he tenido constantemente en mis pensamientos –dijo–. No creí que el destino me diera otra oportunidad de estar a su lado, pero...

–¿Pero?

Él se mordió el labio.

–Espero que sienta lo mismo que yo. O que al menos quede en su corazón un resto de lo que sintió por mí.

–En ese caso, ¿por qué no ha pedido mi mano?

–Daisy...

–¿No vino a Escocia por eso?

–Por supuesto que sí.

–Entonces, ¿por qué?

Él suspiró y la miró a los ojos con un afecto indiscutiblemente sincero.

–Porque antes, debo hablar con Craig. He sido capitán de la Marina, y mi situación social ha mejorado bastante; pero, a pesar de ello, sigo sin estar a la altura de una mujer como usted. Tengo que demostrar a su excelencia que merezco su mano.

En otro momento de su vida, Daisy se habría emocionado con la

declaración de Spivey. Ahora sabía que su afecto era real. Pero tenía demasiadas dudas, demasiadas sospechas; empezando por el hecho de que ella no le había dicho nada del obispo Craig.

¿Cómo se lo iba a decir? No le podía decir lo del obispo sin hablarle del traidor de su marido, quien la había condenado a casarse en un plazo de tres años porque la creía capaz de gastarse la fortuna de su hijo. Y le daba tanta vergüenza que se lo había callado.

—¿Quién le ha contado lo de Craig? —le preguntó.

Robert apartó la vista.

—Lady Beckinsal —respondió—. Me lo contó todo.

Daisy frunció el ceño. ¿Por eso había ido a Auchenard? ¿Porque lady Beckinsal le había informado de que, si no llegaba a tiempo de cumplir las estipulaciones del testamento, ella perdería la fortuna de los Chatwick?

—Comprenderá ahora mi deseo de volver a Londres tan pronto como sea posible —continuó el capitán—. Tengo que hablar con el obispo. Y me encantaría decirle que usted siente lo mismo que yo.

Daisy se quedó sin aire, como si le hubieran pegado un puñetazo en el estómago. No podía hablar. No podía pensar. No podía hacer nada, salvo repetirse una y otra vez que Spivey había fingido no saber nada de su tesitura.

—Por supuesto, no es necesario que me responda ahora. Solo le pido que lo piense detenidamente.

Daisy tragó saliva y asintió.

—Sí, por supuesto. Lo pensaré.

Robert la miró con preocupación, aparentemente consciente de sus dudas. Y entonces, se inclinó hacia delante y la besó.

No fue un beso casto y formal, como los que le había dado desde que llegó a Auchenard, sino uno de verdad. Sin embargo, rompió el contacto al cabo de unos segundos, y se apartó con timidez.

—No debemos permitir que las emociones nos nublen el juicio —declaró, poniéndose en pie.

El capitán le ofreció una mano, y ella estuvo a punto de rechazarla porque no había terminado de arrancar malas hierbas. Pero, tras mirarlas de nuevo, decidió que estaban bien donde estaban. Habían echado raíces en aquel lugar, y allí debían seguir.

Ya se dirigían a la casa cuando Ellis salió corriendo hacia ellos.

—¡Mamá, mamá! ¿Cailean va a venir a cenar?

Robert detuvo al niño por el procedimiento de ponerle una mano en el pecho.

–Esa no es forma de acercarse a una dama, jovencito.

–No tiene importancia –intervino Daisy.

–Claro que la tiene. Es importante que aprenda. No llegará a ser nunca un hombre si no recibe una educación adecuada.

El capitán agarró a Ellis por los hombros, le dio media vuelta y lo obligó a dar varios pasos antes de girarlo otra vez hacia su madre.

–Muy bien. Ahora, se acercará a su madre con el respeto debido –dijo–. Después, inclinará la cabeza y luego, le pedirá permiso para dirigirse a ella.

Ellis se quedó tan confundido como la propia Daisy; pero avanzó, inclinó la cabeza y dijo:

–¿Ya puedo hablar?

A Daisy se le encogió el corazón.

–Por supuesto, cariño. Siempre puedes hablar conmigo. No hace falta que me pidas permiso. Ni ahora ni nunca –sentenció.

Ellis asintió en silencio.

–El señor de Arrandale no va a venir a cenar –prosiguió ella–. Pero nos ha invitado al festival de Balhaire.

–¿Y vamos a ir?

Daisy sonrió.

–Bueno, primero tenemos que comentárselo al tío Alfonso. ¿Por qué no te adelantas y hablas con él?

Daisy le dio un beso en la mejilla, y el niño salió disparado hacia la casa.

–Eso ha sido del todo innecesario –dijo entonces a Robert, conteniendo a duras penas su irritación–. Mi hijo ha recibido una educación más que adecuada. Me he asegurado de ello.

–No lo dudo. Y tampoco dudo que lo habrá educado tan bien como ha podido, habida cuenta de las circunstancias –replicó él–. Pero, tratándose de un muchacho, hay cosas que solo un hombre le puede enseñar.

Daisy abrió la boca para protestar, pero él sacudió la cabeza y alzó una mano, acallándola.

–Sinceramente, no espero que lo entienda. Solo espero que me crea cuando le digo que, si quiere que su hijo sea algún día un vizconde respetado, debe tener la actitud y los modales pertinentes. He hecho eso por su bien.

Los pensamientos de Daisy, que ya eran bastante oscuros para entonces, se

volvieron casi negros. Desde su punto de vista, su hijo tenía muy buenos modales; pero era un niño de nueve años y, lógicamente, su actitud era la de un niño de nueve años.

–No dirá en serio lo de asistir a ese festival, ¿verdad?

–Claro que lo he dicho en serio.

–Por Dios, Daisy –dijo, apartándose de ella–. ¿Por qué se empeña en no hacerme caso? Mackenzie es un hombre peligroso, y un delincuente a ojos de la Corona. Su amistad con él no es solo perniciosa para su reputación... también lo es para el futuro de su hijo.

–¡Pues yo no lo creo! Además, nadie se va a enterar de lo que pasó durante el verano que estuvo en Auchendar.

–¿Ah, no? La gente va constantemente de aquí para allá. Vienen a Escocia, vuelven a Inglaterra y, por supuesto, hablan. ¿Qué piensa que pasaría si alguien dijera que lady Chatwick recibía en su casa a un conocido contrabantista?

Daisy sabía que el capitán estaba en lo cierto. Los rumores podían ser verdaderamente nocivos. Sin embargo, no creía que alguien fuera capaz de ir contando esa historia para hacerle daño y, por otra parte, Ellis había sido tan feliz en las Tierras Altas que no le podía negar el capricho de asistir al festival de Balhaire.

–Bueno, voy a hablar con mi tío.

–No quiero que asista a ese festival, Daisy.

–¿Cómo?

–Que no quiero que asista –repitió él–. Sé que no le puedo imponer mi criterio, pero le ruego que lo tome en consideración.

–Y yo le pido que tome en consideración el mío –dijo ella–. He estado varias veces en compañía del hombre que tanto le preocupa. Si alguien quería dañar mi reputación por el procedimiento de extender rumores, ya lo habrá hecho.

–Yo no pretendía decir que...

–Discúlpeme, pero no me encuentro bien –lo interrumpió–. Me duele la cabeza.

Él apretó los labios como para no decir lo que estaba pensando y, en su lugar, declaró:

–En ese caso, debería descansar.

–Sí, supongo que sí.

Daisy se fue directamente a su habitación, donde se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo.

La cabeza le dolía de verdad, pero sus ojos no se llenaron de lágrimas por eso, sino por el caos emocional en el que estaba. En teoría, Robert era el hombre que siempre había querido; en teoría, porque su forma de tratar a Ellis no decía nada bueno de él.

Daisy podía comprender que fuera estricto con su hijo. Quizá fuera cierto que lo hacía por su bien. Sin embargo, era dolorosamente consciente de que su actitud anunciaba cosas peores. Se arriesgaba a acabar sometida a otro marido que controlaría todos sus pasos. Y, si el capitán se mostraba indiferente o, peor aún, cruel con Ellis, ella no lo podría soportar.

Al margen de Alfonso, solo había un hombre que hubiera tratado al niño con respeto; un hombre al que Ellis adoraba: Cailean.

Una lágrima escapó a su control y resbaló por su mejilla. Daisy se la secó con rabia, pensando que la culpa era suya, porque había permitido que un encuentro intenso y apasionado con un hombre atractivo se hubiera convertido en algo más de lo que era y algo más de lo que debía ser.

Había llegado el momento de renunciar a las ensoñaciones románticas. Había llegado el momento de ser pragmática y pensar en el futuro. Pero por Dios que le iba a dar a Ellis la alegría de llevarlo al festival.

Daisy derramó una segunda lágrima y, esta vez, no se limitó a secársela. Se levantó, decidida a poner fin a toda demostración femenina de angustia.

Tenía que pensar en su hijo.

Se dirigió a la mesa y abrió el diario. Luego, sacó el pañuelo de Cailean y se lo llevó a la nariz; pero ya no olía a él, sino a lavanda, así que lo devolvió a su sitio y, tras cerrar el diario, se acercó a una de las ventanas que daban al jardín. Estaba en todo su esplendor. Sus cuidados, un poco de pescado podrido y bastante lluvia le habían devuelto la vida. Lo iba a echar de menos.

Suspiró y contempló el lago y las nubes que lo cubrían. En la distancia, había una embarcación; era la primera que veía en muchos días, y su solitaria silueta, que desapareció tras uno de los cabos, le recordó a Cailean. ¿Cómo no se lo iba a recordar? Aparecía a lo lejos de repente y, acto seguido, le robaba el corazón y se esfumaba.

Se había enamorado de él. Lo sabía. Su encaprichamiento inicial había adquirido tintes más profundos y, aunque fuera un error, aunque fuera un imposible, no podía negar que lo amaba con toda su alma. Adoraba el respeto

que le dispensaba. Adoraba el afecto que demostraba a su hijo. Adoraba hasta el último detalle de su ser.

Pero era un contrabandista, y eso no le gustaba en absoluto.

Al cabo de un rato, Daisy salió de su habitación y bajó a cenar.

Alfonso y Robert estaban en el salón, tomándose un whisky. El capitán hablaba de la Marina, y Alfonso lo miraba con ojos distantes. El frente nuboso cubría el cielo de tal manera que ni las muchas velas de la estancia ni el fuego del hogar disipaban las sombras.

Cuando Rowley anunció que iban a servir la cena, Robert ofreció el brazo a Daisy, como si la responsabilidad de escoltarla al comedor fuera suya y no de Alfonso. Sin embargo, su tío no pareció darse por enterado, y comentó algo sobre el clima a Belinda.

Mientras el mayordomo servía el primer plato, Alfonso declaró que Ellis le había hablado del festival de Balhaire.

–El señor Munro me dijo que es una fiesta notable, con bailes, demostraciones de fuerza física y un mercado con todo tipo de productos.

–No creo que una fiesta en una guarida de delincuentes sea un acto adecuado para lord Chatwick –intervino el capitán.

Alfonso asintió, pensativo.

–Sí, es indudable que estas colinas están llenas de contrabandistas, pero en Balhaire también vive buena gente. Creo que el muchacho lo disfrutaría.

–A mí me gustaría ir –dijo Belinda con inseguridad, sorprendiendo a todos.

–¿En serio? –preguntó su prima.

–El señor Munro vio mi cuadro de Dinwiddie, las ruinas que he estado pintando. Cree que me darían una buena suma por él.

–Entonces, no hay nada más que decir. Iremos al festival –dijo Alfonso.

Spivey los miró a todos, claramente contrariado.

–No puedo permitir que lady Chatwick y su hijo vayan solos, así que los acompañaré –anunció.

Ninguno de los demás se mostró contento por el anuncio del capitán, lo cual fue tan curioso como revelador. Pero Rowley llegó entonces con el segundo plato y, mientras servía el pescado con patatas, Alfonso cambió de conversación.

–Deberías estar particularmente orgullosa de esta cena, querida sobrina. El

pez que ves lo ha pescado Ellis. Un abadejo tan grande como un gato.

–¡Vaya! –dijo Daisy, encantada.

–Me estremezco cada vez que lo imagino en la orilla del lago, con un pez gigante al final del sedal –dijo Belinda, realmente estremecida–. No sé si os acordáis, pero el señor Cavens murió así.

–Por Dios, Belinda... –dijo Daisy.

–El pez que había picado lo arrastró al Támesis. Encontraron su cadáver al día siguiente.

–No estamos hablando del Támesis, sino de un lago bastante tranquilo –observó Alfonso–. Sus corrientes no arrastrarían a nadie.

–Quizá, pero es peligroso de todas formas –insistió Belinda.

–Bueno, basta ya –dijo Robert, dejando su tenedor en la mesa–. Señorita Hainsworth, le ruego que se abstenga de hablar de cosas inapropiadas durante la cena. Solo consigue que perdamos interés en la por otra parte excepcional comida, y no lo voy a tolerar.

Belinda se puso roja como un tomate.

–¡Robert! –protestó Daisy.

Su prima rompió a llorar, y se levantó tan bruscamente de la mesa que tiró la silla en la que estaba sentada hasta entonces. Luego, pidió perdón a los presentes y salió disparada del comedor.

–La muchacha tiene una visión verdaderamente lúgubre del mundo –dijo Robert, que no parecía preocupado por haberla hecho llorar–. ¿Qué estaba diciendo, señor Kimberly?

Daisy y su tío se miraron.

–Belinda es como es –dijo Alfonso–. Cuestión de carácter, supongo.

Robert asintió, pero no se disculpó por su actitud.

Cuando terminaron de cenar, Alfonso rechazó educadamente el oporto que Robert le ofreció, con la excusa de que tenía trabajo que hacer. Robert acompañó a Daisy al salón principal y la sentó junto al fuego, donde estaban sus agujas y bordados.

Tras alcanzar un libro, él se sentó frente a ella y empezó a leer. Daisy intentó bordar un poco, pero estaba demasiado enfadada. El capitán tenía razón en lo relativo a Belinda. Hasta ella se exasperaba con su prima de vez en cuando. Pero la había tratado con una absoluta falta de respeto.

Al final, dejó el bordado a un lado y lo miró con intensidad.

–¿Ocurre algo? –preguntó él, apartando la vista del libro.

–Belinda está sola en el mundo. Solo nos tiene a nosotros.

–¿Cómo?

–Que solo nos tiene a nosotros –repitió–. Sé que puede ser bastante obtusa, pero es un miembro de la familia y tenemos que aceptarla tal como es.

Robert se quedó desconcertado, como si no entendiera por qué lo decía.

–¿Le he dado razones para pensar que opino de otra forma?

–La ha tratado bastante mal esta noche.

–Ah, es por eso... Sí, he sido demasiado duro con ella. Perdóneme –el capitán se levantó, se sentó a su lado y la tomó de la mano–. En lo sucesivo, haré lo posible por no criticar a su prima.

Daisy se preguntó si estaba siendo sincero o si solo lo había dicho para tranquilizarla.

–Tal vez debería disculparse con ella.

–Le doy mi palabra de que me disculparé a la primera oportunidad que tenga.

Daisy asintió en silencio, sin demasiada convicción. Robert frunció entonces el ceño y le dio un beso cariñoso.

–Está enfadada conmigo, ¿verdad? No me lo tenga en cuenta, por favor. Sabe que jamás haría daño a los suyos, y también sabe que jamás se lo haría a usted.

Daisy lo creyó o, más bien, quiso creerlo. Al fin y al cabo, acababa de llegar a la familia y, lógicamente, estaban en un periodo de transición. Tenían que ser pacientes. Y ella tenía que serlo más que nadie, porque su relación con Robert era crucial para todos.

Decidida a tender puentes, le puso una mano en la pierna. Él la besó con más pasión que antes, y ella subió un poco la mano. Pero, para su sorpresa, Robert se la apartó con indignación.

–¡Daisy! ¡Tenga cuidado con lo que hace!

–No se preocupe por mí. No soy una jovencita inexperta. He estado casada muchos años.

–¿Y eso que tiene que ver? –dijo, ruborizado–. Su comportamiento es del todo irregular, *madame*. ¡Es impúdico!

Ella parpadeó, sorprendida. ¿Impúdico? ¿Cómo era posible que quisiera casarse con ella y le asustara su contacto?

–Oh, me temo que la he ofendido otra vez –continuó él con un suspiro–. Es que me ha sorprendido. No me lo esperaba, y he reaccionado mal. Tenga en

cuenta que ha pasado mucho tiempo desde fuimos novios. La quiero sinceramente, pero necesito acostumbrarme a la mujer que es ahora.

–¿La que soy ahora? Soy la misma de siempre, aunque mayor y con más experiencia.

Daisy se inclinó hacia él y lo besó con dulzura. Robert se apartó, soltó una risita nerviosa y se levantó, aumentando su perplejidad. Se estaba comportando como si fuera virgen. Y quizá lo era.

–¿Robert? ¿Es que acaso...? ¿No ha estado nunca con...?

–¡Oh, por Dios! ¡Esa pregunta es impropia de una dama! –exclamó, visiblemente incómodo.

Daisy suspiró y se recostó en el respaldo del canapé.

–Su comportamiento de esta noche me tiene asombrado, Daisy. Nunca pensé que fuera una libertina.

Cuando era más joven, Daisy se podría haber sentido ofendida por la afirmación del capitán; pero ya no lo era tanto y, como estaba por encima de ese tipo de tonterías, se encogió de hombros y alcanzó otra vez el bordado.

–No soy una libertina, Robert. Solo una viuda.

El capitán la miró como esperando a que dijera algo más, y se frotó la mandíbula cuando ella guardó silencio. Parecía sumido en un debate interior, aunque no duró mucho. De repente, le quitó el bordado, se arrodilló ante ella y cerró una mano sobre las de Daisy.

–Escúcheme, querida. Debemos cuidar las apariencias. Pero le aseguro que, cuando estemos casados, encontrará un placer sin límites en mi lecho.

Daisy pensó que no sería el lecho del capitán, sino el suyo, porque ya había dicho que pretendía vivir en Chatwick Hall. Además, no se hacía demasiadas ilusiones sobre los placeres que él le pudiera dar.

A pesar de ello, sonrió como si fuera una jovencita casta y tímida, es decir, lo que el capitán quería. Y decidida a interpretar el papel hasta el final, preguntó con dulzura:

–¿Me lo promete?

–Se lo prometo.

Spivey le dio un beso cariñoso, se levantó y, tras mirar la sala como si no supiera qué hacer, alcanzó el libro que había estado leyendo y añadió:

–Será mejor que me retire a mis habitaciones. Usted también debería.

Ella maldijo su suerte. Por si la noche no hubiera sido suficientemente desastrosa, ahora le decían lo que tenía que hacer.

–Tiene razón –dijo, apartando el bordado–. Buenas noches, Rob.

Daisy salió de la estancia con el convencimiento absoluto de que no había ni una llama ni una chispa de pasión entre ellos. Y, por algún motivo, se alegró.

Capítulo 14

El viaje a Balhaire fue tan duro como Daisy había imaginado. Belinda, Ellis y ella se subieron al carruaje que habían alquilado cuando llegaron a Escocia, y Alfonso y Robert los siguieron a caballo.

El camino, estrecho y lleno de baches, desaparecía de vez en cuando entre la vegetación. Iban tan despacio que, en determinado momento, Belinda hizo un comentario sarcástico al respecto. Desde su punto de vista, hasta la gente que iba campo a través, cargando fardos o empujando carretillas, avanzaba con más velocidad.

No obstante, Daisy olvidó las penurias del trayecto cuando divisaron la fortaleza de Balhaire y pasaron ante un prado donde un grupo de hombres instalaban pabellones.

–¿Para qué es eso? –preguntó Ellis, mirando por la ventanilla.

–No lo sé –contestó su madre.

El carruaje entró entonces en un pueblo de buen tamaño, abarrotado de personas, animales y carretas. Toda la localidad se encontraba a la sombra del bastión que se alzaba en la colina, adonde llegaron tras un lento recorrido por las sinuosas calles

Daisy había visto muchos castillos, pero aquel le pareció imponente. Era tan grande y tenía tantas torres que tuvo miedo de perderse en él e, inconscientemente, tomó de la mano a su hijo.

El carruaje se detuvo frente a las gigantescas puertas. Alguien gritó y, al cabo de unos momentos, un fornido y barbudo escocés de cabello rojizo abrió la portezuela.

–*Madainn mhath...*

–Buenas tardes –replicó Daisy, sin entender nada.

El hombre pareció sorprendido de que no le hablara en gaélico. De hecho,

entrecerró los ojos con desconfianza y volvió al interior del castillo, dejando pasmadas a las dos primas.

Aún no habían salido de su asombro cuando apareció un segundo hombre, que las miró con desaprobación e inclinó la cabeza.

–Buenas tardes, lady Chatwick. Soy Rabbie Mackenzie.

Daisy permitió que la ayudara a bajar del carruaje y esperó mientras ayudaba a los demás. Ni siquiera habían entrado en el castillo, pero en la zona de las murallas había casi más gente que en el pueblo. Y no solo gente, sino también perros, uno de los cuales se puso a olisquearle el vestido.

Alfonso y el capitán desmontaron entonces. El hombre barbudo volvió a hacer acto de presencia y dijo unas palabras al cochero, que asintió y se alejó en el vehículo.

–Bienvenida a Balhaire –dijo Rabbie Mackenzie.

–Gracias –replicó Daisy, intentando alejar al perro.

–*¡Sguir dheth!* –exclamó Mackenzie al animal.

El perro bajó las orejas y se tumbó obedientemente en el suelo.

–Si me permite que le presente...

–La llevaré con lady Mackenzie, mi madre –la interrumpió, impidiendo que le presentara a su familia.

El caballero dio media vuelta y entró en el castillo. Daisy tomó a su hijo de la mano y lo siguió, con Belinda, Alfonso y Robert a su espalda.

Ninguno pudo disfrutar de la belleza del vestíbulo, decorado con armas y armaduras, porque Rabbie Mackenzie los llevó rápidamente por un corredor que terminaba en una estancia tan grande como un salón de baile, donde habían instalado tres largas y pulidas mesas. Al fondo, se alzaba una tarima con una mesa más pequeña que las otras y diez o doce sillas acolchadas.

Sin embargo, eso no les llamó tanto la atención con la gran cantidad de perros que iban de aquí para allá y las enormes lámparas de hierro que colgaban del techo, cuyas velas seguían apagadas.

Ellis se aferró a las faldas de Daisy, y su madre pensó que a ella también le habría gustado aferrarse a alguien. En cambio, su tío estaba encantado.

–¡Caramba! –dijo en ese momento, señalando una vidriera y sus arcos laterales–. Es una arquitectura maravillosa.

Daisy no llegó a decir nada, porque justo entonces se abrió una puerta y aparecieron tres mujeres, en compañía de un niño y dos niñas.

–¡Bienvenidos! ¡Bienvenidos! –dijo la mayor, de aspecto regio.

Daisy supuso que sería la madre de Cailean, y se sintió aliviada al reconocer a una de las jóvenes, la señorita Catriona Mackenzie.

–Usted debe de ser lady Chatwick –continuó la señora del castillo, cuyo acento era indiscutiblemente inglés–. Nos sentimos honrados con su presencia.

–Gracias.

La mujer sonrió y, al sonreír, su rostro se volvió tan juvenil como si estuviera muy lejos de los sesenta o sesenta y tantos años que Daisy le había echado.

–Yo soy lady Mackenzie. Estas son mis hijas, Vivienne Mackenzie, esposa de Marcos Mackenzie y Catriona, a quien ya conoce.

Daisy saludó a las jóvenes y, tras fijarse en el voluminoso estómago de Vivienne, que estaba claramente embarazada, añadió:

–Permítanme que les presente a mi familia.

Lady Mackenzie estuvo encantadora con todos ellos, sin más excepción que Robert Spivey, a quien ni siquiera miró.

–Ah, no sabe cuánto me alegro de que haya venido, lord Chatwick –dijo después, dirigiéndose a Ellis–. Mis nietos están desesperados por poder jugar con alguien. Y tengo entendido que usted es experto en el arte de lanzar troncos.

Sorprendido, Ellis miró a su madre.

–Se lo he dicho yo –intervino Catriona Mackenzie–. Tuve ocasión de verlo con mis propios ojos.

–Sí, supongo que soy bastante bueno –dijo Ellis, tímidamente.

–¿Le gustaría echar un vistazo a los juguetes de Egan, milord? –preguntó la embarazada, poniendo una mano en el hombro de su hijo.

Egan sonrió, y Ellis miró a su madre con incertidumbre.

–¿Puedo ir, mamá?

–¡Por supuesto que puedes!

Daisy se quedó maravillada con la actitud de su hijo. Había cambiado tanto que, en lugar de pegarse a ella muerto de miedo, ardía en deseos de jugar con un desconocido.

–Iré con ellos y los vigilaré –se ofreció Belinda.

Ellis y Belinda se fueron con las hijas y nietos de lady Mackenzie, quien sonrió a Daisy y a su tío, pero no al capitán.

–Espero que disculpen la espantosa decoración. Mi marido se aferra a la tradición como al aire que respira –dijo con humor–. Esta sala no ha cambiado

en varios siglos.

–Es un edificio impresionante –intervino Alfonso–. ¿Del siglo XII quizá?

–Del XIII, según creo. Al menos, este salón –contestó lady Mackenzie–. Tenga en cuenta que el castillo ha ido creciendo con el tiempo, y se han añadido varias alas. ¿Quiere que se lo enseñen?

El rostro de Alfonso se iluminó.

–Me encantaría. Si no es mucha molestia, claro.

–¡No es molestia en absoluto!

Lady Mackenzie tiró de una cuerda de campana y, momentos después, apareció un hombre de avanzada edad.

–Seamus, nuestro invitado desea que le enseñemos este montón de ruinas. Si eres tan amable...

–Por supuesto, *madame*.

–Quizá quiera acompañar al señor Kimberly, capitán –declaró lady Mackenzie, mirando a Robert por primera vez.

–Gracias, pero preferiría quedarme con lady Chatwick.

–Oh, me temo que eso será imposible. Pero no se preocupe, que está en buenas manos.

Robert, que se quedó tan sorprendido como contrariado, asintió con brusquedad y se fue con Alfonso y Seamus, ocupados ya en una conversación sobre arquitectura.

–Hemos preparado una *suite* para usted y varias habitaciones para sus invitados, aunque están en una zona distinta del castillo –le informó entonces lady Mackenzie, retomando su calidez anterior.

–Se lo agradezco mucho.

–¿Qué le parece si pasamos al despacho? Es bastante más agradable que este salón...

Mientras caminaban, la señora del castillo dijo:

–Vivienne está a punto de dar a luz por cuarta vez. No me sorprendería que el bebé llegara en pleno *feill*. ¿Lord Chatwick es su único hijo?

–Sí.

–Es una pena que enviudara tan joven –dijo con simpatía.

–Desde luego.

–¿Qué le parecen las Tierras Altas? Debo confesar que yo me sentí bastante intimidada cuando las vi por primera vez. El paisaje es tan severo y

desolado...

–Bueno, a mí no me intimidó en absoluto. Me pareció muy bello. Es una pena que me tenga que marchar.

Lady Mackenzie se detuvo.

–¿No tiene más remedio que marcharse? –preguntó.

–En algún momento –respondió Daisy, pensando que la madre de Cailean estaba indudablemente informada de su situación.

Lady Mackenzie sonrió y siguió andando.

–¿Ha estado alguna vez en un *feill*?

Daisy rio.

–No, nunca.

–Pues le va a encantar –le aseguró–. Esta tarde iremos a ver los juegos. ¿Se ha fijado en los pabellones de las afueras? Es donde se celebran... Y por la noche, bailaremos en el castillo y jugaremos a las cartas, si le apetece. ¿Es diestra en las cosas del azar?

–No demasiado. Pierdo más partidas de las que gano.

Se detuvieron en un corredor, ante una puerta cerrada. Lady Mackenzie llamó con suavidad e hizo pasar a Daisy a una sala tan soleada que casi hacía daño a los ojos. En su interior, había un caballero que se parecía asombrosamente a Cailean, aunque era de pelo canoso y bastante mayor. El hombre se levantó de su silla y caminó hacia ellas, cojeando.

–Lady Chatwick, le presento a mi marido, Arran Mackenzie, señor de Balhaire.

–Es un placer –dijo Daisy, haciéndole una reverencia.

–Ah, veo que lo que dicen de usted es cierto. Es verdaderamente bella – declaró él con una gran sonrisa–. Espero que el viaje no haya sido demasiado insoportable.

–Bueno, el camino es algo duro, pero hemos llegado de una sola pieza. Gracias por interesarse, milord.

–No me extraña, porque ese camino tiene poco tránsito y está muy abandonado –explicó lord Mackenzie–. A fin de cuentas, solo lleva a Auchenard y Arrandale. ¿Cómo están las cosas en su propiedad? Hace tiempo que no paso por allí. ¿Le gusta?

–Más de lo que imaginaba –contestó ella.

–Oh, vaya, dónde tendré la cabeza... Estoy hablando tanto que mi hijo no ha podido intervenir.

Daisy se giró un poco, y su corazón pegó un respingo cuando vio a Cailean. Estaba al otro lado de la sala, con los brazos cruzados y apoyado en la pared.

–Oh, discúlpeme, milord. No lo había visto –dijo, nerviosa.

–*Madainn mhath* –replicó él con toda tranquilidad.

–¿Por qué no te acercas y saludas como Dios manda a la dama? –preguntó lady Mackenzie.

Cailean contestó algo en gaélico, arrancando una sonrisa a su madre.

–No crea que entiendo lo que dice –continuó lady Mackenzie, dirigiéndose a Daisy–. No hablo gaélico. Pero, desde que mi hijo era un niño, me habla en el idioma de los escoceses cada vez que está descontento.

–Yo nunca estoy descontento contigo, *mathair* –replicó él, avanzando hacia ellas–. Bienvenida a Balhaire, lady Chatwick.

Cailean le hizo una reverencia y le besó la mano, que ella apartó con más brusquedad de la cuenta.

–¿Nos sentamos? –dijo lady Mackenzie, señalando un diván–. Cailean, sirve un whisky a nuestra invitada.

Daisy se sentó, y su anfitriona se acomodó a su lado.

–Aún no me ha dicho por qué vino a Escocia. No es muy habitual que una inglesa venga a vivir a nuestro valle.

–Auchenard forma parte de la herencia de mi hijo –explicó Daisy–. Siempre quise que la conociera; pero, desgraciadamente, mi esposo estaba demasiado enfermo para enseñársela.

–¿Y qué me dice de su amigo?

–¿Se refiere al capitán Spivey? –replicó, consciente de que todos la estaban mirando–. Su visita ha sido una sorpresa, aunque nos conocemos desde hace mucho tiempo. Fue a verme a Londres tras renunciar a su cargo en la Marina Real y, como no me encontró allí, decidió viajar a Escocia.

–Debe de tenerla en mucho aprecio –dijo lady Mackenzie–. ¿Cómo supo dónde encontrarla? Auchenard no está precisamente en una ruta conocida.

Lord Mackenzie miró a Daisy como si él fuera un halcón y ella, un ratón de campo. Cailean se acercó entonces con el whisky que le había servido y, evidentemente, también la miró con interés.

–Lady Beckinsal, una buena amiga mía, le dijo dónde encontrarme –contestó–. Pero ¿por qué lo pregunta?

–Oh, por nada en absoluto –contestó lady Mackenzie–. Es que no estamos acostumbrados a recibir visitas de desconocidos, y mucho menos de un capitán

de la Marina inglesa.

–Bueno, ya no está en la Marina.

–Ah, vaya. ¿Y qué va a hacer el buen hombre sin un barco que capitanear?

Daisy podría haber contestado que se iba a casar con ella, pero sonrió y se encogió de hombros.

–Me temo que eso tendrá que preguntárselo a él.

–Así lo haré –dijo lady Mackenzie–. Arran, querido... ¿no crees que deberíamos ir al campo?

–¿Adónde? –preguntó su esposo, sorprendido.

–Ya lo discutimos antes –declaró su mujer.

–Pero si los juegos no empiezan hasta dentro de dos horas –declaró su esposo, confundido.

–Arran... –insistió ella.

Arran Mackenzie debió de caer en la cuenta de algo, porque cambió de actitud al instante.

–Ah, sí. El campo.

Lady Mackenzie se levantó del diván, sonrió a su marido y, tras pasarle un brazo alrededor de la cintura, dijo a Cailean:

–¿Podrías llevarla después al salón?

–Sí, cómo no.

–Por favor, tómesese su tiempo con el whisky que mi hijo le ha servido. Es verdaderamente bueno –dijo lady Mackenzie a su invitada–. Nos veremos dentro de un rato.

Los señores del castillo salieron de la habitación y cerraron la puerta. Cailean miró a Daisy y sonrió.

–Puede que no lo hayas notado, pero mi madre está ejerciendo de Celestina.

–Pues debes de estar aterrorizado...

Él soltó una carcajada.

–No es la primera vez que lo hace.

–Teniendo en cuenta tu edad, imagino que lo habrá intentado en multitud de ocasiones. Yo haré lo mismo con mi hijo cuando tenga edad de casarse.

Cailean arqueó una ceja.

–¿Y eso te incomoda?

–¿Lo de tu madre? No, ni mucho menos –contestó–. Pero ¿cuánto tiempo tenemos que quedarnos aquí antes de que se dé por satisfecha?

–Creo que bastará con cinco minutos. Es consciente de que te ha dejado a

solas con un soltero de mala fama, y la falta de decoro que eso implica será más determinante que su deseo de verme casado.

Ella gimió, se acercó a una de las ventanas y miró el exterior. Cailean se detuvo junto ella y la tomó de la mano.

Al sentir su contacto, Daisy intentó apartarse, pero no pudo. Le gustaba demasiado, y el deseo que sentía pesó bastante más que su buen juicio. De hecho, suspiró sin poder evitarlo y apoyó la cabeza en su pecho, provocando que Cailean le pasara un brazo alrededor de la cintura y la apretara contra él.

–¿Qué quieres de mí? –susurró ella.

Cailean clavó sus ojos azules en su escote y, a continuación, le acarició un pecho con los nudillos.

–Esa es una pregunta peligrosa, que no debo contestar.

–No te entiendo, Cailean.

–Lo comprendo perfectamente. Esto es muy complicado.

Daisy esperó a que se explicara o, por lo menos, a que intentara convencerla de que no había nada que entender. Pero él no dijo nada más, y ella replicó con irritación:

–¿Complicado? Hablas como si quisieras que te despreciara, pero tengo la sensación de que ardes en deseos de besarme.

–Y es verdad. Lo deseo con toda mi alma. Te deseo tanto que casi no lo puedo soportar.

Ella ladeó la cabeza y alzó un poco la barbilla.

–Entonces, ¿por qué no me besas?

Cailean alzó una mano y le acarició un labio con el pulgar.

–Ni yo mismo lo sé, pero no te voy a besar –respondió–. Te deseo, sí, pero estoy decidido a ayudarte.

Daisy no entendía nada. Al parecer, Cailean se había resignado a que se casara con Robert. Y eso la desesperó hasta el punto de hacerle perder el aplomo.

–¿Y quién ha dicho que necesite tu ayuda? –replicó.

Ella cruzó la habitación, abrió la puerta y salió al corredor. Pero, justo entonces, cayó en la cuenta de que no sabía ir al salón principal del castillo, así que volvió sobre sus pasos.

Cailean seguía junto a la misma ventana donde lo había dejado. Estaba cabizbajo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

–¿Cailean?

Él la miró y, durante unos segundos, pareció recuperar la esperanza. Desgraciadamente, el enfado y la frustración de Daisy eran tan grandes que no le dio ninguna oportunidad.

–¿Podrías hacerme el favor de acompañarme al salón? Quiero ver a mi hijo.

El destello de los ojos de Cailean se apagó al instante, enterrado una vez más bajo una fachada de indiferencia.

–Sí, por supuesto.

Capítulo 15

Cailean quería besar a Daisy. Habría dado cualquier cosa con tal de besarla. Pero algo se interpuso en sus deseos, algo que ni él mismo entendía.

¿Sería su sentido del deber? No, no podía serlo, porque él no tenía ningún compromiso con ella y, en consecuencia, no estaba obligado a protegerla. ¿Sería quizá su hartazgo ante la obsesión de su madre por verlo casado? No, tampoco era eso. Por mucho que le molestara, le parecía normal que Margot intentara emparejarlo.

Entonces, ¿por qué demonios se resistía a besarla?

Él no era un hombre que rechazara ese tipo de oportunidades. Ya no era el joven ingenuo al que Poppy Beaully había rechazado. Ya no sometía sus necesidades físicas a la ensoñación de un cuento romántico. Y, por otro lado, besar a Daisy en el despacho de Arran no era en modo alguno tan escandaloso como hacerle el amor en un cobertizo.

Entonces, ¿por qué le incomodaba tanto?

Casi se alegró de no tener tiempo de analizar sus emociones en profundidad, porque sospechaba que habría terminado ahorcándose de una viga; y, tal como iban las cosas, aún cabía la posibilidad de que se ahorcara. Pero, afortunadamente, tenía compromisos más importantes; por ejemplo, inaugurar los juegos del festival que organizaba su padre.

Cailean no vio a Daisy aquella tarde. Participó en el lanzamiento de troncos y rocas, pero rodeado de amigos de su propio clan y de la guardia de la fortaleza, cuya camaradería le ayudó a olvidar temporalmente sus angustias amorosas. Y, por si eso fuera poco, se tomó unas cuantas jarras de cerveza que tampoco le vinieron mal.

Sin embargo, el destino quiso que se cruzara con Ellis. El niño estaba con Belinda Hainsworth en un prado donde los más pequeños emulaban los juegos

de los mayores; pero no llevaba ropa adecuada para jugar y, cuando lo vio, Cailean se puso a su lado y dijo:

–¿Por qué no participa en los juegos, milord?

Ellis sonrió al verlo, pero su sonrisa se apagó enseguida.

–Porque no sé jugar.

–¿Y cómo aprenderá si no juega? Venga conmigo, jovencito.

Cailean lo tomó de la mano y entró en un campo donde otros niños se disponían a participar en el lanzamiento de piedras, que solo consistía en lanzarlas tan lejos como fuera posible.

–¿Os importa que juegue mi amigo? –les preguntó.

–¡Es un *sassenach*! –protestó un chico de pelo rojo, que contestó en gaélico—. Mi padre no quiere que me acerque a ellos.

Cailean se puso de cuclillas junto al niño y declaró en el mismo idioma:

–Pues dile a tu padre que lord Chatwick es invitado nuestro, *sassenach* o no. Y dile también que, si no sabe ser un buen anfitrión, yo mismo le arrancaré las entrañas.

El niño se puso pálido y asintió al instante.

–Sí, señor –dijo.

Cailean se quedó para asegurarse de que le dejaban jugar, cosa que hicieron. Uno de ellos le enseñó a tirar rocas correctamente y, aunque Ellis era un verdadero desastre, no parecía importarle en absoluto. Se divertía tanto y se ponía tan contento cuando lanzaba, que él rompió a reír y le dijo que era el mejor lanzador de las Tierras Altas.

Al cabo de un rato, se pasó al otro lado del campo de juegos, sin perder de vista al pequeño. Entonces, vio un destello de cabello rubio y, cuando se giró, descubrió que Daisy y Spivey estaban disfrutando de la competición de los adultos. El capitán le había puesto una mano en la espalda, y le dijo algo que le arrancó una sonrisa radiante.

Cailean sintió una extraña punzada en el pecho, y apartó la vista antes de alejarse en dirección opuesta, en busca de algo que aplacara su angustia.

En ese momento, se dio cuenta de que la competición de lucha estaba a punto de empezar, y pensó que era exactamente lo que necesitaba: descargar frustraciones mediante el método de derribar a unos cuantos hombres. Y además, sería divertido; salvo para los desgraciados que se enfrentaran a él.

Resuelto, se apuntó a la lid. El premio consistía en un beso de la joven y guapa Aileen Ramsey, que recibiría el último hombre que quedara en pie. Para

animar a los presentes, la muchacha se había subido a una plataforma desde donde movía sus faldas coquetamente.

Cailean conocía a varios de los hombres con los que se iba a enfrentar, y sabía que eran buenos porque los había entrenado él mismo. Pero, mientras esperaban a que empezara la lucha, se sumó uno más: el caballero al que llamaban la Montaña. Sacaba una cabeza a Cailean, y era bastante más grande. Pero, lejos de amilanarse, se alegró. No estaba en clave competitiva, sino más bien letal.

Sus primeros combates fueron rápidos, y acabó con sus oponentes en cuestión de segundos. Cada vez quedaban menos hombres en pie, y cada vez que Cailean derribaba a uno, soltaba un rugido de victoria. Sin embargo, sus victorias no le daban satisfacción alguna; de hecho, solo servían para aumentar su frustración y su rabia.

Por fin, el número de competidores quedó limitado a dos: la Montaña y el propio Cailean. La gente se arremolinó a su alrededor, y alguien sacó un sombrero para aceptar apuestas.

Cuando ya se disponían a empezar, Cailean vio que Daisy y Spivey estaban entre la multitud, observando. La mirada de lady Chatwick, que buscó sus ojos, era fría, desapasionada, distante.

Él hizo caso omiso y dijo a la Montaña:

–Tengo intención de ganar.

–Sí, pero va a perder.

A decir verdad, Cailean pensaba que no podía vencer a su contrincante, pero no le importaba mucho. Solo esperaba que fuera una derrota dolorosa, y que su cuerpo quedara tan machacado y dolorido que no tuviera energías para pensar en Daisy. Tal era la intensidad de su desesperación que se enfrentaba a la Montaña con la esperanza de que le arrancara esa obsesión de las venas.

Pero, en mitad de la pelea, pasó algo milagroso.

La Montaña se empezó a mover con dificultad, y la fuerza de Cailean, combinada con la potencia derivada de su frustración, le dio la ventaja que necesitaba para derribarlo e inmovilizarlo en el suelo.

La gente bramó y aplaudió, entusiasta. El hombre que arbitraba la contienda dio vencedor a Cailean, quien ayudó a levantarse a su contrincante.

–Un justo vencedor –dijo amistosamente la Montaña, dándole una palmada tan fuerte que estuvo a punto de tirarlo.

Cailean se dirigió entonces a la plataforma donde estaba Aileen Ramsey. Y,

aunque no le apetecía demasiado, la bajó de allí y le dio un beso largo y cariñoso que arrancó más aplausos a la multitud.

Él no sintió nada, pero ella le dedicó una sonrisa tan gloriosa que le devolvió parte de su confianza. Al parecer, aún no era un caso perdido. Seguía siendo un hombre.

A última hora de la tarde, adelantándose al frente nuboso que se acercaba por el este, los habitantes de Balhaire empezaron a encender hogueras. Los músicos se pusieron a tocar y, mientras el pueblo disfrutaba del *feill*, la aristocracia de las Tierras Altas, encabezada por Arran Mackenzie, se dirigió al salón de baile de la fortaleza.

Cailean se había vestido para la ocasión, y llevaba casaca, chaleco, una banda cruzada con el emblema de su clan y la tradicional escarcela escocesa. El gran salón brillaba con las luces de dos chimeneas y muchas docenas de velas. Los invitados se agolpaban alrededor de una mesa llena de platos típicos, donde los criados les servían comida y bebida.

Cailean subió al estrado y se sentó junto a Rabbie, quien a juzgar por su informal postura, había bebido de más. Y no parecía muy contento.

—¿Qué te pasa? —preguntó su hermano mayor.

Rabbie alzó la barbilla como señalándole algo. Cailean siguió la dirección de su mirada y vio que Daisy y su tío estaban en una mesa, que compartían con Somerled y el capitán. Spivey parecía tan disgustado como Rabbie, aunque Cailean solo tuvo ojos para Daisy, que estaba preciosa. Llevaba un vestido del color de sus ojos, con un bordado de rosas.

—¿Es que no lo ves? —dijo Rabbie—. Aún llevas su bala en el costado.

Cuatro años antes, un marino inglés había pegado un tiro a Cailean. Estaban en una zona particularmente peligrosa de la costa francesa, cruzando un banco de niebla para burlar a la Marina Real. La niebla era tan densa que no se veía nada; pero, por temerario que fuera para la navegación, siguieron adelante. Era la única forma de esquivar al enemigo.

Como no veían el barco escocés, el capitán inglés no quiso malgastar balas de cañón; pero uno de sus marineros disparó un mosquete, con la esperanza quizá de dar a algo que delatara su posición. La bala alcanzó a Cailean, quien tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no gritar. Y, por suerte, vivieron para contarlo.

–No fue más que un rasguño. Y dudo que fuera él quien disparó.

Rabbie soltó un bufido.

–¿Y qué si no fue él?

–Oh, vamos, el capitán es inofensivo. Ya no nos persigue a nosotros; persigue una fortuna.

Rabbie lo miró con sorpresa.

–¿Lo crees de verdad? ¿Lo seguirás creyendo cuando un navío inglés se presente en nuestro escondite o, peor aún, cuando sus tropas ataquen Arrandale?

–Arrandale está bien defendida.

–Puede que no vengan hoy, pero vendrán. Wallace mató a uno de los suyos, y no descansarán hasta encontrarnos. Hazme caso, hermano. Robert Spivey es un espía.

Cailean no compartía el pesimismo de Rabbie. Obviamente, tenían que ser cuidadosos; siempre tenían que serlo. Pero estaban demasiado lejos de Inglaterra como para que un solo hombre supusiera una amenaza. Aun así, tampoco era tan ingenuo como para desestimar la opinión de su hermano.

Justo entonces, Spivey se dio cuenta de que lo estaba mirando y clavó la vista en sus ojos. Cailean se levantó con tanta brusquedad que tiró la silla.

–¿Adónde vas? –preguntó Rabbie.

Ni el propio Cailean lo sabía. Solo sabía que Spivey no merecía estar con aquella inglesa apasionante que no había hecho otra cosa que complicarle la vida desde que llegó a las Tierras Altas. Daisy Bristol merecía algo mejor.

Avanzó entre la multitud, deteniéndose a hablar con las personas que salían a su encuentro y, por fin, logró llegar a su objetivo. Daisy se estaba riendo por algo que había dicho Somerled.

–¡Mackenzie! –exclamó Somerled a modo de saludo.

Daisy dejó de reír y miró al recién llegado con ojos brillantes, como si también hubiera bebido demasiado. Spivey se levantó, tenso.

–*Feasgar math* –declaró Cailean, ofreciendo una mano a Daisy–. ¿Me haría el honor de bailar conmigo?

–Discúlpeme, pero no conozco los pasos de este baile.

–Los aprenderá enseguida.

Daisy miró su mano, sin saber qué hacer.

–La dama ha dicho que no quiere bailar con usted –intervino Spivey.

–No se preocupe, capitán –corrió a decir ella–. Debo bailar con el

caballero. A fin de cuentas, es nuestro anfitrión.

Cailean se la llevó de allí con rapidez; en parte, porque no se quería arriesgar a que cambiara de opinión y, en parte, para que Spivey no tuviera ocasión de retarlo en duelo. Sospechaba que lo estaba deseando, y que solo se abstenía porque estaba rodeado de enemigos.

—¿Sigues enfadada? —preguntó él cuando empezaron a bailar.

—Bastante. No habría aceptado tu invitación si no...

Daisy no terminó la frase, y Cailean se quedó sin saber lo que pretendía decir.

—¿Y cuánto tiempo seguirás enfadada?

—No lo sé. Por lo menos, quince días. O quizá siga enfadada para siempre.

—Para siempre, no. Es un plazo demasiado largo —replicó él—. Te concedo unos cuantos días, no más.

—Tú no tienes derecho a concederme nada. Pero, ya que insistes en atribuirte derechos que no te corresponden, estaré enfadada más tiempo.

—*Diabhal...* —susurró Cailean.

—No tengo ni idea de cómo se baila esto.

—Sigue mis pasos.

—No quiero.

Él se encogió de hombros, encantado de tenerla entre sus brazos.

—Me da igual si quieres o no.

Cailean la hizo girar dos veces y, tras soltar un grito de sorpresa, ella se encontró pegada a su pecho. Después, él repitió los pasos que los habían llevado hasta los giros y, cuando llegaron de nuevo, Daisy ya había aprendido lo necesario para no hacer el ridículo. De hecho, empezó a disfrutar tanto que su expresión de rabia dio paso a una sonrisa que pronto se transformó en carcajada.

Cuando los músicos dejaron de tocar, él le ofreció un brazo e intentó llevarla en dirección opuesta a la mesa donde esperaba Spivey, pero Daisy se apartó.

—Gracias —dijo, haciéndole una reverencia—. Ya has cumplido con tu labor.

Cailean rio.

—Muy bien, como quieras. Pero dime, ¿estarías más contenta si pronunciara las palabras que quieres oír y te besara en algún rincón oscuro?

—Sí. Es decir, no —replicó ella, confusa—. No deberías preguntarme esas cosas, Cailean. Puede que mi respuesta te disguste.

–¿Ah, sí?

–Estoy hablando en serio.

Daisy se puso a caminar, y Cailean la tomó de la mano.

–No lo dudo, pero lo que dices no tiene sentido. Es obvio que quieres algo de mí, así que ¿por qué no me lo pides de una vez en lugar de esperar a que yo lo adivine?

–No –declaró ella, colándose entre dos parejas–. No puedo confiar en un bribón.

–Ah, ¿ahora soy un bribón? –dijo él, siguiéndola.

–Eso me han dicho.

–¿Y cómo reaccionaste cuando te lo dijeron? ¿Corriste a jurar que ya no eres amiga mía?

–En efecto. Se lo dejé caer al señor Somerled.

–Ese hombre es un idiota –afirmó Cailean–. Aunque estoy seguro de que te habrá intentado convencer de que su amistad es mejor que la mía.

–Sí, es posible que lo haya insinuado.

Cailean y ella se detuvieron un momento, para dejar paso a dos ruidosos hombres que parecían bebidos.

–¿Ha insinuado algo más tu admirador?

–Es posible –contestó, caminando otra vez.

Cailean se estaba cansando de seguirla como un perrito, así que la agarró del brazo y la detuvo.

–Escúchame, mujer...

Ella arqueó las cejas y lo miró con ira.

–¿Que te escuche? ¿Que yo te escuche?

En ese momento, alguien llamó a Cailean por su nombre, poniendo fin a lo que podría haber terminado en una discusión. Era Catriona, que se plantó ante ellos unos segundos después.

–Te he estado buscando por todas partes. Quiero jugar a las cartas, pero a Rabbie no le apetece. ¿Podías ser mi compañero?

–Oh, por Dios...

Él se giró hacia el lugar donde había dejado a Daisy, y descubrió que ya no estaba. Había desaparecido entre la multitud.

Cailean sintió un calor intenso, como si las brasas de su descontento se hubieran avivado. Ahora, corría el peligro de que una simple ráfaga de viento las convirtiera en fuego.

Capítulo 16

Daisy estaba verdaderamente enojada con Cailean, y no porque hubiera bebido demasiado, lo cual era indiscutible. No en vano, el whisky fluía por Balhaire con la rapidez de un torrente.

No, estaba enojada porque Cailean no la había besado y porque, al no besarla, había conseguido que se sintiera ridícula. Podía entender que quisiera comportarse con nobleza, y hasta podía entender que se preocupara más por su virtud que ella misma, pero la estaba sacando de quicio.

Primero, la obligaba a ver cómo besaba a una joven preciosa tras su victoria en los juegos y después, la sacaba a bailar y despertaba un deseo que no tenía intención de satisfacer.

Era un maldito seductor.

Sin embargo, el enfado de Daisy tenía raíces más profundas que su orgullo herido. No soportaba la idea de que no la quisiera; porque, si la hubiera querido, si hubiera estado enamorado de ella, la habría besado, se la habría llevado de allí y habría impedido que se casara con el capitán. Por lo menos, desde su punto de vista.

—¿Daisy?

Daisy parpadeó al oír la voz de Robert, quien le puso una mano en la parte baja de la espalda. Sumida en sus pensamientos, había salido del salón de baile y se había puesto a caminar por los corredores del castillo.

—Ah, Robert, es usted...

—Es hora de que nos retiremos. Casi todo el mundo está borracho.

—¿Tan pronto?

—Por favor, Daisy. Aquí no somos bienvenidos. Quizá no lo haya notado, pero nos miran como si fuéramos un enemigo a batir —dijo él, agarrándola del brazo como si tuviera miedo de que se escapara—. Su seguridad me preocupa.

Daisy supo que su preocupación era sincera y, como ella también había notado que algunas personas los miraban de forma hostil, asintió.

–Está bien.

Robert respiró aliviado y la llevó por un laberinto de corredores, hasta llegar al ala que los Mackenzie habían reservado amablemente para su familia.

–Quiero ver a mi hijo.

Al llegar a la puerta de su habitación, llamó con suavidad. No obtuvo respuesta, así que abrió y miró dentro. El niño estaba dormido en la cama y, a juzgar por los ronquidos que se oían al fondo, Alfonso también estaba descansando.

Daisy cerró la puerta y permitió que el capitán la acompañara a sus aposentos. Una vez allí, lo miró con intención de decir algo afectuoso o, por lo menos, amable; pero solo dijo:

–Gracias. Gracias por venir a Balhaire.

–Sigo pensando que ha sido un error. Pasaré la noche en vela, pues temo que tramen algo.

Ella sacudió la cabeza. Los Mackenzie se habían portado muy bien con ellos, y no creía que quisieran hacerles daño.

–Es demasiado desconfiado –replicó, acariciándole un brazo.

El capitán suspiró con impaciencia, como si estuviera harto de repetir una obviedad a una alumna no demasiado aventajada.

–No la culpo por desconocer el lado oscuro de los hombres, querida; pero me sentiré mejor mañana, cuando nos marchemos. Buenas noches. Me quedaré en el pasillo hasta que oiga el sonido del cerrojo.

–Buenas noches –dijo ella.

Daisy entró, cerró la puerta y echó el cerrojo, encantada de haberse librado de él. Y, cuando se dio la vuelta, se llevó un buen susto. Belinda estaba en su habitación.

–Oh, siento haberte asustado –dijo su prima, quien había ido a llevarle su ropa de cama–. Pensaba que llegarías más tarde.

Belinda dejó la ropa a un lado, y Daisy esperó a que hiciera algún comentario tenebroso sobre el terrible destino que sufrían las mujeres que bailaban hasta altas horas de la noche, pero no lo hizo. De hecho, se puso a tararear una canción, algo asombroso en ella.

–¿Te encuentras bien, Belinda? ¿Ha pasado algo?

–He vendido el cuadro –respondió con alegría–. Se lo he vendido a un

caballero encantador de... vaya, no recuerdo de dónde era. A decir verdad, no he entendido casi nada de lo que ha dicho. Pero ha pagado una buena suma.

Belinda sacó una pequeña bolsa y la sacudió, haciendo tintinear las monedas que había dentro.

—Cuánto me alegro, querida.

—Es maravilloso, ¿verdad? No podría estar más contenta —le confesó mientras Daisy se descalzaba—. ¿Te ayudo a quitarte la ropa?

—No, gracias. Acuéstate, Belinda. Y duerme bien —replicó—. Sueña con tu próxima obra de arte.

—Estoy tan entusiasmada que no pegaré ojo.

Belinda abrazó a su prima y se marchó con la bolsa de monedas en la mano, haciéndola saltar como si fuera una pelota.

Daisy se sentó en la cama, asombrada. Nadie habría podido negar que Ellis y Belinda habían cambiado para mejor. Auchenard les había dado algo que les faltaba, y los había ayudado a crecer. Aunque solo fuera por eso, la experiencia había merecido la pena.

Una ráfaga de viento hizo temblar el cristal de la ventana y, al cabo de unos segundos, empezó a llover.

Daisy pensó que ella también había encontrado cosas en aquel lugar. Había encontrado el amor, algo del todo inesperado. Y aun siendo cierto que habría preferido no encontrarlo, lo sentía de un modo tan prodigiosamente absoluto que no estaba dispuesta a renunciar a él. Todavía.

Con fuerzas renovadas, se levantó de la cama, se alisó el vestido, se pellizó las mejillas para darles un poco de color y salió al pasillo. No tardó mucho en llegar al gran salón, donde había más gente que antes. Como había empezado a llover, muchos de los que estaban en la calle se habían refugiado en la fortaleza.

Daisy intentó encontrar la mesa donde había dejado al señor Somerled y, al verse en mitad de tantos desconocidos, pensó que había cometido un error. No se había dado cuenta de lo vulnerable que estaba sin un caballero a su lado.

Rápidamente, buscó una puerta y salió de allí; pero se encontró en un corredor por el que no había pasado, y tan abarrotado de personas que se vio obligada a pegarse a la pared. Miró a su izquierda y miró a su derecha, en busca de un lugar por donde huir. Y justo entonces, dos ojos de hombres vidriosos se plantaron ante ella.

A Daisy se le hizo un nudo en la garganta. Se acordó de todas las cosas que

le habían dicho sobre la conflictiva relación de ingleses y escoceses, y tuvo que echar mano de todo su aplomo para no dejarse llevar por el pánico. Hasta consideró la posibilidad de gritar. Pero, ¿la oiría alguien? Había tanto ruido que le pareció improbable.

Uno de ellos le dirigió unas palabras en gaélico. Ella sacudió la cabeza, y los dos hombres, a los que se acababa de unir un tercero, rompieron a reír.

–¿Perdida quizá?

La voz que sonó era tan familiar que Daisy se sintió profundamente aliviada.

–Sí –dijo.

Cailean se dirigió a los hombres en su idioma natal. Uno de ellos respondió en tono acalorado, pero cambió de actitud cuando Cailean contestó del mismo modo, poniéndolo en su sitio.

–No te preocupes, Daisy. No pretendían hacerte daño.

Los hombres se marcharon, y ella se atrevió a romper su silencio.

–No entendía lo que me decían.

–Olvidalo, no tiene importancia. ¿Querías echar una partida? Lo digo porque estamos junto al salón de juegos.

–No, no... estaba buscando mi habitación –mintió ella.

–En ese caso, te acompañaré.

Cailean la tomó de la mano y la llevó por el pasillo con suma facilidad, dado que todo el mundo se apartaba a su paso. Al cabo de unos minutos, llegaron a una zona prácticamente vacía y, poco después, tomaron el corredor que llevaba a los aposentos de Daisy.

–¿Dónde está el guardia que puse en tu puerta?

–¿El guardia? Ah, es posible que le haya dicho que se marche.

–¿Solo posible? –preguntó él con humor.

–Está bien, lo confieso. Le dije que se fuera porque me iba a acostar y no tenía intención de volver a salir. Pero luego he pensado que podré dormir de sobra cuando vuelva a Inglaterra.

Él soltó una carcajada.

–¿Adónde ibas entonces? ¿A buscarme?

–No lo sé. Puede que sí.

Cailean sonrió.

–¿No estabas enfadada conmigo?

–Lo estaba y lo estoy –afirmó, orgullosa–, pero supongo que no es culpa

tuya. No puedo echar la culpa al único hombre de la tierra que no se quiere aprovechar de mí.

Cailean guardó silencio, y Daisy lo volvió a mirar. El espacio que había entre ellos se volvió magnético, ardiente, sensual. Ella abrió la puerta y miró por encima del hombro. Él se apoyó en la pared del corredor y dijo:

–Lo siento.

–¿Por qué? No tienes nada de lo que disculparte.

–Sí que lo tengo. Siento haberte decepcionado.

Daisy respiró hondo.

–Qué se le va a hacer. Estaba destinada a eso.

Cailean dio un paso adelante y se detuvo en el umbral. Bajo la tenue luz del corredor, parecía salido de un sueño.

–No deberías entrar –continuó ella.

–No. Y tampoco debería besarte.

Daisy retrocedió, entrando en la habitación.

–¿Qué pretendes? ¿Torturarme? –dijo ella, quitándose las horquillas del pelo.

–Jamás. Y si alguna vez te he causado dolor, dime qué tengo que hacer para resarcirte.

A Daisy se le encogió el corazón.

–Solo hay una cosa que puedas hacer, y lo sabes tan bien como yo. Pero creo que te asusta, Arrandale.

–Yo no le temo a nada, *leannan*. No confundas mi reticencia con el miedo –replicó–. ¿Qué hay del hombre con el que te quieres casar?

–Está durmiendo en otra habitación, y aún no ha pedido mi mano. Ni yo he aceptado su oferta.

–¿Cómo vas a aceptarla, si no la ha hecho? –dijo él, mirándola con la intensidad de un depredador.

Daisy se había quedado sin aliento. Todo su cuerpo estaba en tensión, anticipándose a lo que tal vez iba a pasar entre ellos.

–Quiero estar contigo, aquí y ahora. ¿Tan extraño te parece? ¿Tan raro de entender que una viuda quiera volver a vivir el deseo? ¿Tan incomprendible que pretenda separar sus necesidades físicas de sus obligaciones como madre?

Cailean sacudió la cabeza.

–Yo no soy la voz de tu conciencia, y tú tampoco lo eres de la mía. No quiero ser un simple divertimento, Daisy. Si te toco, te voy a besar. Si te toco,

te voy a poseer. Has ido demasiado lejos, y has despertado a la bestia que vive en mi interior. ¿Comprendes lo que eso quiere decir?

Lo único que entendía ella era que su corazón estaba a punto de estallar, así que asintió.

–¿Quieres entonces que entre? –preguntó él.

–Sí –contestó.

Cailean entró, cerró la puerta con el pie y avanzó hacia ella con la lentitud y la elegancia de un gato.

–Estás completamente loca, *leannan* –dijo, acariciándole el cabello–. Y me vuelves completamente loco.

Él la besó, y Daisy le pasó los brazos alrededor del cuello, perdido ya cualquier rastro de pensamiento racional. Cailean la empujó contra la pared, devorándola. Su deseo era tan obvio como el de ella. Se notaba en sus caricias, exigentes pero contenidas; y se notaba en sus labios, insistentes pero respetuosos.

Daisy estaba cada vez más desesperada. Quería su pasión, la verdadera pasión, la clase de pasión que la dominaba por completo y la empujaba a entregarse sin inhibiciones. Quería saborear cada momento. Quería sentir su cuerpo contra el suyo y, sobre todo, quería sentirlo dentro.

Cailean la besó con más intensidad, y ella se estremeció al sentir el contacto de su erección contra el estómago. Eso era exactamente lo que deseaba; su potencia, su energía, las manos que desataron las cintas que cerraban su vestido, dejándola sin más prendas que las enaguas y el corsé.

–*Boidheach* –dijo él, deteniéndose un momento para acariciarle los hombros.

Luego, le quitó las enaguas y empezó a hacer lo propio con el corsé mientras ella se esforzaba por liberarlo del pañuelo y la faja. Pero Cailean terminó antes que Daisy y, cuando ya le había retirado el corsé, la tomó en brazos, la tumbó en la cama y se puso encima, besándola apasionadamente.

Al cabo de unos momentos, él empezó a descender. Bajo por su cuello poco a poco, y solo se detuvo al llegar a uno de sus senos, cuyo pezón succionó con suavidad, arrancándole un gemido y despertando el lascivo monstruo que Daisy llevaba en su interior.

Perdida en la vorágine del placer, se aferró a su cuerpo y lo acarició con impaciencia. Cailean se quitó la casaca, la arrojó lejos y volvió a lamerle un pecho, susurrando algo contra su corazón.

—¿Qué me has hecho, Daisy? —dijo después—. Ni siquiera me reconozco.

Daisy le apartó un mechón de la cara y lo miró a los ojos, pensando que aquello no tenía nada que ver con ninguna de sus experiencias sexuales anteriores. Aquello era diferente, algo único, algo extraño que fluía entre ellos, se filtraba en su piel y creaba una especie de burbuja a su alrededor.

Él gimió y se quitó el resto de la ropa que llevaba encima. Daisy cerró los ojos, preparada para el momento que estaba a punto de llegar, el que había imaginado mil veces desde la primera vez que se vieron.

Sin embargo, Cailean no tenía prisa. Se mostró paciente y deliberadamente lento, y se dedicó a acariciarla sin más mientras le besaba la cara y el cuello. Para entonces, Daisy estaba tan excitada que ya se había entregado por completo. Empezaba a capitular, y se rindió del todo cuando él le metió una mano entre las piernas.

Cailean la masturbó con dulzura e introdujo un dedo en su cuerpo, sin apartar la vista de sus ojos. Estaba embriagadoramente guapo, y parecía decidido a ver cómo sucumbía al placer que le daba.

—Hazlo, Cailean. Ahora —le rogó ella.

Con un gruñido de aprobación, Cailean se puso entre sus piernas y la penetró. Daisy se sintió instantáneamente enajenada. Era algo tan exquisito como insoportable a la vez, que la empujó a moverse con él y contra él, instándolo a dejarse llevar. Cada acometida era un mundo nuevo que flotaba en la corriente del deseo mutuo. Competían por ver quién se rendía antes al orgasmo.

Al final, ella perdió la partida; y solo entonces, él soltó un grito ahogado y se entregó.

Daisy volvió lentamente a la tierra, esforzándose por recuperar el aliento. Podía sentir el calor de su piel, y los latidos de su corazón contra uno de sus pechos. Pero Cailean se apartó entonces y se puso a su lado.

—¿Sigues enfadada conmigo? —preguntó, casi jadeante.

Daisy sonrió, se giró y le dio un beso en los labios, sin decir nada.

—Supongo que eso es un *no* —continuó él.

Cailean le dio un beso en la frente y la abrazó con fuerza. Daisy era tan feliz que le habría gustado seguir así toda su vida, viviendo en aquella cama, ajenos ambos al mundo exterior. Quería estar con él, solo con él. Se había enamorado de él. Y no era un amor cualquiera, sino amor verdadero.

Estuvieron abrazados un buen rato, mientras los truenos rugían tras las

paredes del castillo y los rayos iluminaban la habitación. Era una sensación extraña, porque la tormenta parecía increíblemente cerca y, al mismo tiempo, asombrosamente lejos. Quizá, porque allí estaban a salvo.

Cailean le acarició el pelo y le hizo reír con un par de comentarios sobre su forma de bailar. Luego, hablaron de sus respectivas infancias, sus mascotas más queridas, sus caballos, sus tutores, sus alegrías y sus penas.

Hicieron el amor otra vez, con Daisy encima de Cailean. Llegaron otra vez al orgasmo. Y ella se debió de quedar dormida, porque no recordaba nada más cuando volvió a abrir los ojos, sobresaltada por un ruido.

–¿Cailean? –dijo, incorporándose.

–Estoy aquí –contestó él en la oscuridad.

Cailean, que estaba sentado en el borde de la cama, le acarició la mejilla y añadió:

–Será mejor que me vaya. Los criados se levantarán dentro de poco.

–Quédate.

Daisy se abrazó a su cuerpo e inhaló su masculino aroma. Habría dado cualquier cosa con tal de que aquella noche fuera eterna.

–Me lo pones muy difícil, pero me tengo que ir.

Cailean la besó y se levantó. Ya estaba prácticamente vestido, así que solo tuvo que ponerse la casaca.

–¿Cuándo volveré a verte? –preguntó ella.

Daisy se imaginó galopando con él por praderas llenas de flores, con el sol por encima de sus cabezas, pero su romántica ensoñación se esfumó cuando él se pasó la mano por el pelo y se giró hacia ella. No había dicho nada todavía, pero no hacía falta. Su expresión era de lo más elocuente. Estaba llena de tristeza y quizá, de arrepentimiento.

–No ha cambiado nada, Daisy. No creerás que yo... que nosotros...

–Por Dios, Arrandale, ¿crees que estoy esperando a que hiques una rodilla en el suelo y me pidas que me case contigo? –dijo con irritación.

Cailean la miró.

–Te aprecio mucho, *leannan*. Lo sabes de sobra. Sin embargo, te vas a marchar de Escocia, y en cuanto a mí...

Él se detuvo un momento, como buscando la expresión correcta. Pero ella se le adelantó con un comentario sarcástico.

–¿Qué vas a hacer? ¿Zarpar para traer más vino de contrabando?

Él se estremeció ligeramente, como si sus palabras le hubieran dolido.

–Sí –respondió.

Ella no dijo nada.

–Siempre seré amigo tuyo, Daisy. Si vuelves alguna vez a Escocia...

–No volveré –lo interrumpió, tajante.

–¿Por qué te pones así? Pensé que nos entendíamos –dijo él, manteniendo la calma.

–Y nos entendemos muy bien, Cailean. Pero esperaba estar equivocada.

Él suspiró con tristeza y se inclinó con intención de darle un beso. Sin embargo, Daisy apartó la cabeza como una niña en pleno berrinche. Se sentía humillada, completamente estúpida. Había sido sincera al afirmar que no esperaba que le pidiera el matrimonio, pero eso no significaba que no albergara alguna esperanza en el fondo de su corazón.

–*Leannan...*

–Lo comprendo, Cailean. Lo digo en serio. Y ahora, ¿podrías hacer el favor de marcharte?

Cailean se quedó donde estaba, aunque Daisy ni siquiera lo miró. No lo podía mirar, porque tenía miedo de empezar a llorar desconsoladamente y acabar sumida en la desesperación. No lo podía mirar porque no soportaba el amargo y espantoso sabor del desengaño. No lo podía mirar porque sabía que estaba a punto de perderlo a él, de perder su libertad, de perderlo todo.

Momentos después, Cailean abrió la puerta y se fue silenciosamente. Daisy contuvo la respiración, presa del pánico. ¿Qué debía hacer? ¿Resignarse? ¿Llamarlo a gritos?

Al final, gimió y se tumbó de nuevo en la cama, atrapada entre su enfado y la vergüenza por haber tratado a Cailean de forma injusta. Ni ella misma se entendía. Era algo del todo irracional.

Luego, se levantó y se empezó a vestir mientras la realidad se asentaba en su mente como un humo negro que ocultaba la felicidad de aquella noche y se llevaba con él todo rastro de vida. Había llegado el momento de marcharse. De Balhaire, de Escocia, de aquel hombre maravilloso, exasperante y profundamente sensual.

Aún no sabía lo que estaba buscando cuando dejó Londres y se fue a Auchendar con toda su familia. Pero, fuera lo que fuera, no lo había encontrado.

Capítulo 17

Cailean entró en el castillo y se dirigió al gran salón, donde su familia le estaba esperando para comer. Al llegar, se sentó junto a Vivienne, y su hermana le pareció tan extrañamente incómoda que preguntó:

–¿Qué pasa?

–¿Qué crees que pasa? Que mi hijo se niega a nacer –contestó con irritación–. Eso es lo que pasa.

Cailean miró a su marido, Marcas, quien sacudió la cabeza en gesto de advertencia.

–¡Cailean!

Él se giró y, al ver a su madre, se puso en pie.

–*Feasgar math, mathair.*

–Sí, sí, buenas tardes a ti también –replicó Margot con impaciencia–. ¿Cómo es posible que no hayas salido a despedir a lady Chatwick?

Él frunció el ceño.

–¿Es que se ha ido?

–Sí, se ha ido. Se han vuelto todos a Auchenard.

–Pero si el *feill* no termina hasta esta noche... Pensé que se quedarían hasta el final.

–En fin, qué se le va a hacer –dijo su madre, más tranquila–. Sería conveniente que pases a verla cuando regreses a Arrandale. Dile que estabas muy ocupado y que no pudiste despedirte de ella.

–No estoy seguro de que sea una buena idea.

–Por supuesto que lo es. Alguien tiene que echar un vistazo a lo que ocurre en esa casa. No queremos que el capitán ande por ahí sin que nadie lo vigile –comentó su madre.

–¿Dónde te habías metido, por cierto? –intervino Rabbie–. ¿Es que has

pasado la noche con Aileen Ramsey? Todo el mundo habla del beso que le diste.

–No digas tonterías, Rabbie.

–Pues, si no estabas con ella, ¿qué has estado haciendo?

–¿Qué importa eso? –replicó, enojado.

El humor de Cailean no podía ser más sombrío. Quería que le dejaran en paz, y no estaba dispuesto a someterse a un interrogatorio de su familia. Además, ¿qué les podría haber dicho? ¿Que se había levantado a primera hora y se había dedicado a lanzar su daga contra una diana, una y otra vez, intentando liberarse de su sentimiento de impotencia?

Él no podía ser lo que Daisy quería que fuera. Era tan sencillo como eso. No lo podía ser. Así que, después de destrozar la diana en cuestión, se había tomado una o dos jarras de cerveza. O tres o cuatro, más bien.

–No tendría ninguna importancia si no hubieras contestado de forma tan desabrida –observó Vivienne–. Pero ahora no te vas a librar así como así. ¿Por qué no quieres responder a Rabbie?

–No tengo nada que contar. He estado en los juegos, y luego me he tomado unas cervezas.

Su hermana y su hermano rieron, aunque Cailean no lo encontró divertido. Estaba enojado por la forma en que había terminado la noche y por haber permitido que las cosas llegaran demasiado lejos entre Daisy y él. Pero, por otra parte, no podía negar que aquella inglesa maravillosamente bella había conquistado su corazón.

Durante años, había hecho todo lo posible por erigir y mantener un muro que ninguna de las mujeres que le pretendían pudiera sobrepasar. Hacía el amor con muchas, pero siempre sin afecto y siempre, sin esperanzas de futuro. Sin embargo, Daisy era diferente. Había derrumbado el muro y había entrado a saco en su vida con algo bastante más profundo que el afecto.

¿Qué podía hacer? Estaba a punto de volver a Londres. Y, sintiera lo que sintiera por ella, no creía que Daisy fuera capaz de rebelarse y quedarse con él en Escocia. A fin de cuentas, tenía que pensar en su hijo. Ellis era un vizconde inglés, y necesitaba crecer en Inglaterra.

Incluso en el mejor de los mundos posibles, Daisy habría estado fuera de su alcance. Él solo era un contrabandista, un montañés de las Tierras Altas, sin mencionar el hecho de que faltaba poco para que cumpliera treinta y seis años. El tiempo de amar, cortejar y quizá casarse y tener hijos había pasado.

Además, también faltaba poco para que sustituyera a su padre en la jefatura del clan.

No, Daisy no necesitaba oír esas cosas. Era brillante, divertida, una mujer llena de deseos y necesidades. Sabía lo que quería, y sabía lo que tenía que hacer. A decir verdad, no había hecho nada que justificara el sentimiento de culpabilidad que lo dominaba esa mañana. No le había pedido nada en absoluto. Nada, salvo volver a verlo de nuevo.

Cailean volvió a su casa a la mañana siguiente, con tres guardias de Balhaire y un regalo para Ellis.

Los guardias se turnaron para vigilar Arrandale y Auchenard, por si Spivey estaba tramando alguna cosa. Pero, tras un par de días, informaron a su jefe de que el capitán se limitaba a holgazanear y vivir a lo grande en la propiedad de lady Chatwick.

A pesar de ello, Cailean dejó pasar unos días más antes de enviarlos de vuelta a Balhaire y retomar las obras de Arrandale. Según el capataz, estarían terminadas a finales de mes, de modo que él empezó a amueblar las habitaciones con las cosas que había almacenado durante el verano.

Cuando no estaba trabajando en la casa, salía a pescar o cazar con Fabienne. Era su vida de siempre, y se sentía cómodo con ella. Pero los días se fueron haciendo cada vez más cortos y las noches, más largas. Y, tras la puesta de sol, ya no encontraba consuelo en sus lecturas.

Se sentía culpable, sí. No había hecho bien al romper su relación con Daisy de aquella manera. Como mínimo, le debía una disculpa; y, en todo caso, le debía una explicación.

Una mañana, oyó voces en el jardín delantero. Aún no estaba completamente vestido, así que se puso unos pantalones de gamuza bajo la camisa, alcanzó el mosquete y salió descalzo al exterior, esperando encontrar soldados ingleses. Pero eran Catriona, Rabbie y varios guardias de la fortaleza, todos a lomos de sus caballos.

–Es un poco temprano para visitas sociales, ¿no? –dijo Cailean.

–¿Has terminado las obras? –preguntó su hermana, desmontando.

–No.

–Pues a mí me parece que sí. ¿Podemos entrar?

Catriona entró sin esperar invitación, y Cailean preguntó a Rabbie:

–¿Qué haces aquí?

–Nos envía madre. Nos ha pedido que vengamos y que le informemos de si estás vivo o muerto –respondió con una sonrisa–. ¿Cómo estás, por cierto? ¿Vivo? ¿O muerto?

Cailean saludó a los guardias y entró con Rabbie en la casa. Catriona estaba en el salón, mirando las paredes.

–¿Cuánto te falta?

–Entre quince días y un mes.

Fabienne, que estaba tumbada junto a la chimenea, se levantó y avanzó hacia Catriona, que le acarició la cabeza y declaró:

–Hemos sabido que han visto un navío inglés cerca de Tiree.

–¿Qué has dicho? –preguntó Cailean, sobresaltado.

–Lo que has oído.

–No, no, eso es imposible. ¿Quién lo ha visto?

–Los MacDonald. Dicen que viró hacia el sur cuando ellos lo persiguieron con su poderosa flota de tres barcuchos –se burló Rabbie–. Pero, pasara lo que pasara, *athair* piensa que puede ser cosa de Spivey.

Cailean no lo creía posible. El capitán no sabía lo que se iba a encontrar cuando llegara a las Tierras Altas, y no había tenido tiempo de informar a sus superiores. Además, un navío de guerra era un buque demasiado poderoso como para que los MacDonald lo hiciera frente.

–Aunque fuera cierto, no encontrarán nuestro escondite.

–Puede que no. Pero, si vuelven, existe la posibilidad de que encuentren a Spivey colgado de un árbol –dijo Rabbie–. Le estaría bien empleado. No queremos *sassenach* por aquí.

–¡Rabbie! –protestó Catriona–. Te recuerdo que nuestra madre es inglesa.

Rabbie se encogió de hombros.

–Era inglesa –puntualizó–. Ahora es escocesa, y leal a nuestra causa.

–¿Cómo puedes ser tan tonto? –dijo su hermana–. En fin, no te molestaremos más, Cailean... Pero nuestra querida madre quiere que vengas pronto a comer.

–Así lo haré.

Catriona salió de la casa, y Rabbie se dirigió entonces a su hermano mayor.

–¿Te encuentras bien?

–¿Por qué lo preguntas?

–Porque no pareces el mismo de siempre.

–Claro que no. Me acabo de levantar –se quejó.

Rabbie sonrió con sorna.

—¿A mediodía? Olvida a esa mujer. No es de los nuestros.

Rabbie sacudió la cabeza y siguió los pasos de su hermana, que ya había montado. Luego, se encaramó a su caballo y lanzó una última mirada a Cailean antes de dar la orden de marcha.

Cailean se quedó en la entrada hasta que los jinetes desaparecieron detrás de la colina, y entonces se giró hacia el este, donde estaba Auchenard.

No sabía qué le iba a decir. En realidad, solo quería besarla otra vez. Pero tenía que ir tan pronto como fuera posible, así que silbó a Fabienne y volvió a la casa para terminar de vestirse.

Desde luego, se podía limitar a enviarle un mensajero. Su relación había terminado, y no tenía sentido que se torturara más. Sin embargo, una parte de él se negaba a dejarla marchar sin despedirse de ella en persona: la parte más extrañamente dolida, la más desconcertantemente esperanzada. Y, por otro lado, también se quería despedir de Ellis.

Tras prestar una atención poco habitual en él a su vestimenta, alcanzó el regalo del niño, se montó a lomos de Odín y tomó el camino de Auchenard.

Era un día soleado, y la destartalada mansión tenía un aspecto casi bucólico con su césped perfectamente cortado y sus chimeneas echando humo. Cailean se detuvo en el vado, desmontó y dio las riendas de Odín al mayordomo, que había salido a recibirlo.

—*Tapadh leat* —dijo—. ¿Su señora está en la casa?

—Sí, milord. Están en la orilla del lago. Si hace el favor de esperar en el salón, le diré al señor Green que...

—No se moleste. Iré a buscarlos.

Cailean atravesó la propiedad por el jardín, y se llevó una sorpresa al verlo. En unas cuantas semanas, Daisy había conseguido que los rosales revivieran y que las rosas tuvieran un aspecto magnífico. Al parecer, los restos de pescado que echaba a la tierra hacían maravillas con las plantas.

Se inclinó sobre una de las flores y acarició sus pétalos, pensando que aquella mujer había cambiado radicalmente ese lugar. Ya no imaginaba Auchenard sin ella. Y, mientras lo estaba pensando, oyó una carcajada.

Cailean se apartó del rosal, se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo, preparándose para el momento temido. Momentos después, Daisy apareció con su familia en la terraza y subió los escalones que llevaban al jardín, aunque él solo tuvo ojos para Daisy, tan arrebatadora y bella como de

costumbre.

Si Alfonso no hubiera carraspeado, no se habría dado cuenta de que tenía compañía. Tampoco habría visto que Ellis llevaba un palo y, desde luego, ni siquiera se habría fijado en Spivey.

–Milord –dijo Daisy con una gran sonrisa, avanzando hacia él.

Cailean se quedó perplejo con su actitud. ¿Cómo podía ser tan voluble? Tan pronto se mostraba furiosa como vibrante y feliz. Sin embargo, había tenido tiempo de sobra para pensar en su situación, y era posible que hubiera recapacitado y hecho las paces consigo misma. Incluso era posible que ya estuviera comprometida con Spivey.

–Me alegro mucho de verlo, Arrandale –dijo Alfonso, quien le estrechó la mano–. Me alegro sinceramente. Siempre será bienvenido en nuestra casa.

–Gracias –dijo Cailean, antes de girarse hacia Daisy–. Lady Chatwick, permítame decirle que hoy está particularmente bella.

–Gracias. No esperaba verlo otra vez, milord. Qué sorpresa.

–Me temo que aún no se ha librado de mí.

Cailean miró entonces a Belinda e inclinó la cabeza en gesto de cortesía.

–Señorita Hainsworth... Tenía ganas de felicitarla. He visto el cuadro que le compró Alphin MacBee. Es una gran pintora.

–Ah, muchas gracias –replicó Belinda, ruborizada.

Cailean miró a Spivey sin decir nada y, tras recibir el mismo pago del capitán, clavó la vista en Ellis, que había estado esperando su visita con ilusión.

–*Feasgar math* –le dijo, ofreciéndole la mano–. Buenas tardes, lord Chatwick.

Ellis estrechó su mano con fuerza. No se parecía nada al muchacho débil y enfermizo que había llegado a Auchenard.

–Milord...

El niño sacó dos piedras del bolsillo y se las enseñó.

–Ah, son heliotropos. ¿Sabe que los guerreros de las Tierras Altas se marcaban el cuerpo con ellos? Creían que los hacía invencibles.

–¿En serio? –dijo Ellis, mirando las piedras–. ¿Vamos a ir a buscar ciervos? ¿Ya han llegado a los bosques?

Cailean sonrió.

–Es demasiado impaciente, milord. No aparecerán hasta la berrea, a finales de verano.

–Pero nosotros ya nos habremos ido...

–La naturaleza es como es –observó Cailean–. Aunque nada impide que vuelva otro año, ¿verdad?

Ellis guardó silencio, intentando ocultar su decepción. Cailean se puso entonces de cuclillas y dijo:

–Le he traído un regalo.

–¿Un regalo?

–Sí.

Cailean sacó un paquete pequeño y se lo dio, pero el muchacho no reaccionó inmediatamente.

–¿Es que nunca ha recibido un regalo, milord? ¡Venga, ábralo!

–¿Es una daga?

Él soltó una carcajada.

–No, claro que no. No necesita una daga en Londres.

–Vamos, ábrelo –le instó Alfonso–. Queremos ver tu regalo enseguida. Tenemos prisa por disfrutar del espléndido brandy que compré en Balhaire.

Ellis abrió el paquete y sacó el primer objeto que contenía: un morral de piel de liebre.

–¿Qué es esto?

–Una típica escarcela escocesa.

El muchacho sacó después el segundo objeto, un *kilt* de tartán que miró con inmensa alegría. Pero no sabía qué hacer con él, así que Cailean le enseñó la forma adecuada de ponérselo y quitárselo.

–Obviamente, necesitará un cinturón –le dijo al final–. Y le queda demasiado grande, pero ya crecerá.

–Eso tampoco le servirá de nada en Londres, señor –declaró Spivey con desprecio.

Daisy frunció el ceño al capitán y sonrió a su hijo.

–Es un regalo magnífico –dijo–. ¿No crees?

Ellis miró a Cailean y, tras un momento de duda, se abalanzó sobre él, se abrazó a su cuerpo y empezó a sollozar.

–Basta –dijo Spivey–. Es impropio de un lord.

Cailean hizo caso omiso del capitán y habló al pequeño.

–Tengo que decirle una cosa, milord. Es un secreto que solo conocemos los habitantes de las Tierras Altas. Pero tengo que decírselo en privado... si a su madre no le importa, por supuesto.

Daisy sacudió la cabeza, y Cailean se llevó al muchacho a la entrada de la casa, donde se volvió a poner de cuclillas y lo miró a los ojos.

–¿Por qué está tan angustiado, milord? Los montañeses no lloran sin un buen motivo.

–Porque no me quiero ir. Quiero quedarme aquí.

–Lo comprendo. A mí también me gustaría que se quedara.

Cailean lo abrazó con fuerza, sorprendido por haberse encariñado tanto del hijo de Daisy.

–Sí, lo comprendo perfectamente –continuó–. Pero, ¿sabe qué impide que me entristezca? Que sé que volverá, milord. Sé que volverá a Auchenard. Estoy seguro de ello.

–No, no volveré. Mi madre se casará con él, y nos quedaremos en Inglaterra.

Cailean cerró los ojos un momento, tan apenado como el niño.

–Volverás, Ellis Bristol –afirmó, tuteándolo por primera vez–. Te harás mayor antes de que te des cuenta. Auchenard será entonces tuya, y podrás hacer lo que te plazca.

–¿Y qué será de ti?

Cailean sonrió.

–¿De mí? Seguiré en Arrandale hasta que me muera. Soy un Mackenzie, aunque quizá no sepas que voy a sustituir a mi padre en la jefatura del clan. Además, también soy escocés, y me debo a mi tierra como tú te debes a la tuya, que es Inglaterra. Pero siempre seremos vecinos y, cuando vuelvas, yo seguiré detrás de ese bosque, esperando a que aparezcas de nuevo y me cuentes tus aventuras.

–¿Lo prometes?

–Te doy mi palabra de escocés y de Mackenzie.

Ellis asintió.

–Gracias, Cailean. Gracias por la escarcela, por el *kilt* y por... por ser mi amigo –declaró.

Cailean le secó las lágrimas, pensando que era él quien le debía dar las gracias. Ya había renunciado a la posibilidad de ser padre, pero aquel muchacho le había dado un atisbo de lo que significaba la paternidad.

–Bueno, será mejor que volvamos con tu madre, o pensará que nos hemos escapado –dijo, mirándolo con orgullo–. Eres un gran muchacho. Tan fuerte como el mejor de los montañeses.

Ellis lo tomó de la mano y, a continuación, volvieron con los demás.

–¿Se quedará a cenar, Arrandale? –preguntó Alfonso entonces.

–No, gracias. Pero, si es posible, me gustaría hablar a solas con el señor Kimberly y el señor Spivey.

–No me interesa nada de lo que usted pueda decir –bramó el capitán.

–¿Seguro que no? Puede que se lleve una sorpresa –replicó, manteniendo el aplomo a duras penas.

–¿De qué se trata? –intervino Daisy, decidida a evitar males mayores.

Alfonso miró a Ellis y dijo:

–Anda, márchate con Belinda.

–No me quiero ir. Quiero quedarme aquí.

–Ya has oído a tu tío. Obedece –le ordenó el capitán.

–Ven, cariño –dijo Belinda–. Vamos a ponerte ese *kilt*, a ver cómo te queda.

Cailean guiñó un ojo al muchacho y, cuando Belinda y él desaparecieron, Alfonso los llevó al salón principal. Una vez allí, Spivey se giró hacia Daisy y dijo, muy serio:

–*Madame*, quizá es mejor que se vaya con su hijo y permita que los hombres hablemos a solas.

Cailean lo odia con toda su alma. El capitán se comportaba como si ya estuviera casado con Daisy y fuera no solo su dueño y señor, sino también el dueño de Auchendar. Sin embargo, él también prefería que se marchara. No quería asustarla.

Pero Daisy no era mujer que aceptara órdenes de nadie.

–De ninguna manera. Si se trata de algún asunto relacionado con la mansión, debo quedarme.

Spivey apretó los labios y miró a Cailean.

–¿Y bien? ¿Qué tiene que decir?

–Me han informado de que se ha visto un navío inglés en Tiree, al sur de donde estamos.

Spivey se encogió de hombros.

–¿Y qué?

–Su Marina de Guerra no aparece nunca tan al norte. Y muchas personas creen que usted tiene algo que ver en el asunto.

–Si hubiera sabido que estas tierras eran un nido de contrabandistas, les habría pedido que vinieran. Pero no lo sabía. He venido aquí como civil –le aseguró–. ¿Algo más?

–No, nada más. Sin embargo, le aconsejo que se marche tan pronto como sea posible. Salvo que quiera verse colgado de un árbol.

Daisy soltó un grito ahogado, pero el capitán rio.

–Me está amenazando de muerte, Mackenzie. ¿Es que quiere sumar ese delito a los que ya ha cometido?

–No soy yo quien le amenaza. Me limito a informarle de que hay escoceses que quieren devolver el trono a los Estuardo y expulsar a los *sassenach*. Y no les preocupa la ley inglesa, porque aquí están entre los suyos y no tienen nada que temer.

–Oh, Dios mío –dijo Daisy, llevándose una mano al estómago.

–Habíamos reservado un pasaje, pero el barco que nos debía llevar no ha aparecido en el puerto –declaró Alfonso.

–Vayan a Skye y hablen con Irving MacDonald, que está en Portree. Díganle que van de mi parte. Los llevará a Inglaterra.

–Pero, ¿qué pasará con Auchendar? –preguntó Daisy–. No hemos encontrado a nadie que pueda cuidar de la propiedad.

–La cuidaré yo mismo –dijo Cailean–. Hasta que vuelva.

–¿Cree que lady Chatwick será libre de volver a Escocia? –intervino el capitán–. Es obvio que tendrá más hijos y, entre eso y el cuidado de lord Chatwick, no tendrá ocasión de volver, ni siquiera a pasar un verano.

Cailean miró a Daisy, que parecía súbitamente enferma.

–En las Tierras Altas no somos así. Cuando queremos algo, lo tomamos –dijo, mirándola a ella–. No permitimos que las circunstancias nos lo impidan.

–No haga caso a este hombre, querida. Solo pretende incomodarme –se burló Spivey–. Aquí no corre ningún peligro. Y, en cualquier caso, no aceptaré el consejo de un delincuente.

–Pues debería aceptarlo, capitán. Seré un contrabandista, pero jamás pondría en peligro a una mujer y a un niño.

–¿Tiene algo más que decir, Mackenzie? ¿O ya se ha quedado sin advertencias? –replicó Spivey.

–No, no tengo más que decir. Les dejo con sus asuntos.

–Gracias, Arrandale. Le estoy muy agradecido –le confesó Alfonso–. Ha demostrado ser un amigo.

–No se vaya todavía –intervino Daisy–. Termínese al menos el brandy.

–No, gracias –dijo Cailean, que estrechó la mano de su tío–. Espero que nos volvamos a ver, señor Kimberly.

–Yo también lo espero.

Cailean miró de nuevo a Spivey y dijo:

–Eviten los caminos. Vayan por el lago y después, sigan hasta el mar.

–Me siento perfectamente capaz de decidir nuestra ruta.

Cailean ni siquiera se lo intentó discutir. Se giró hacia Daisy, consciente de que había llegado el momento de despedirse, y le besó la mano.

–Volverá, lady Chatwick –dijo con total seguridad.

–Ojalá –dijo ella.

Los ojos de Daisy se habían humedecido y, como Cailean no quería que llorara delante del capitán Spivey, le soltó la mano y se limitó a añadir, antes de marcharse:

–Hasta pronto. La echaremos de menos.

Cailean salió de la habitación, pero ella le siguió.

–Espere... espere un momento.

Él se detuvo, pero Spivey apareció al instante. El capitán no era tan estúpido como para perder de vista a su presa y arriesgarse a perderla.

–¿Qué ocurre, lady Chatwick?

–Nada, nada –contestó ella–. Por favor, capitán, permita que tenga unas palabras con el señor Arrandale. Cuidará de Auchenard cuando nos hayamos ido, y debo instruirle al respecto.

Daisy llevó a Cailean al exterior, como si tuviera miedo de que Spivey escuchara su conversación.

–Tengo algo más que decir –empezó ella.

–No, no digas nada más, nada de lo que te puedas arrepentir más tarde. Tienes que pensar en tu futuro.

Daisy frunció el ceño.

–Está bien, no diré nada. Pero, ¿qué hay de ti? Tú eres libre para decir lo que quieras. ¿No tienes nada que añadir? ¿Ninguna palabra que dejarme?

Él se preguntó qué palabras le podía dejar. ¿Que la iba a echar de menos? ¿Que lamentaba no ser el hombre que ella quería, aunque le hubiera gustado serlo? ¿Que le había partido el corazón?

–*Tha mi gad ionndrainn. Tha mi duilich. Tha gaol agam ort.*

Cailean le acababa de decir que lo sentía, que la extrañaría y que estaba enamorado de ella. Pero se lo había dicho en gaélico, consciente de que ella no entendía su idioma y, tras besarle otra vez la mano, le acarició la mejilla con suavidad y se alejó.

Su mente se llenó de recuerdos cuando montó a lomos de Odín, que caracoleó como si ardiera en deseos de ponerse en camino. Y, antes de marcharse, se giró una vez más hacia la entrada de Auchenard, donde seguía su único y verdadero amor.

No lo podía creer. No podía creer que la hubiera perdido.

Capítulo 18

Me duele el corazón.

He llorado a R. durante muchos años, y ahora descubro que no lo quiero tanto como creía y que nunca lo amaré de verdad. Ha cambiado mucho, o quizá sea yo quien ha cambiado, pero ya no somos compatibles. Ni siquiera creo que viniera a Auchenard por motivos románticos; creo que vino por mi fortuna y, aunque no puedo asegurarlo, cada vez estoy más segura de ello.

He llegado a la conclusión de que casarme con un desconocido es preferible a casarme con el capitán Spivey.

Aún no se lo he dicho a nadie, pues me parece prematuro. Además, R. sigue sin pedir mi mano. Se lo diré cuando lleguemos a Londres.

Las noticias que nos dio A. son tan inquietantes que hemos acelerado los preparativos para marcharnos. R. afirma que A. solo pretendía meternos miedo, pero yo le creo. Siempre ha sido sincero conmigo.

Así pues, zarparemos dentro de unos días. El señor Munro asegura que el tiempo es perfecto para navegar.

Daisy dejó la pluma a un lado, alcanzó la orquídea que había cortado aquella mañana y aspiró su sutil aroma. Después, arrancó dos pétalos y los metió entre las páginas del diario.

El jardín estará precioso en primavera, aunque no estaré aquí para verlo. ¿Quién habría pensado que el terreno abandonado que encontré se pudiera convertir en un vergel? Me asombra que la vida florezca con tanta energía cuando se la cuida un poco.

Daisy se detuvo de nuevo y miró el jardín. Era un derroche de tonos rojos, amarillos, azules, morados, blancos y rosas. Luego, mojó la pluma en el tintero y siguió escribiendo.

¿Qué dijo A. al despedirse? ¿Qué significaban sus palabras? ¿Quiso romperme el corazón? ¿Quiso conquistarlo quizá? No lo sé, y eso me atormenta.

Era verdad. La atormentaba. Cailean se había ido, pero había dejado atrás un dolor tan constante como agudo.

Daisy cerró el diario y se levantó. Necesitaba quitárselo de la cabeza, hacer algo que le impidiera pensar; así que se puso un chal por encima de los hombros y se dirigió al cobertizo, del que sacó un mandil, un sombrero y unos guantes a los que su tío había cortado los dedos para que pudiera manejar las flores más delicadas.

A continuación, alcanzó una azada y la llevó al jardín, donde se arrodilló para arrancar las malas hierbas. Era un día glorioso de finales de verano, aunque ella no podía estar más deprimida. Se sentía sola, aplastada bajo el peso de unas obligaciones que le estaban quitando las ganas de vivir. Ya no disfrutaba ni en el jardín, entre flores y pájaros.

Además, le dolía todo el cuerpo, como si hubiera envejecido de repente. Pero Daisy sabía que no tenía ninguna enfermedad. Era su corazón, que la había traicionado.

Al cabo de una hora, cuando ya había arreglado los macizos de flores y podado un poco los arbustos, se sentó y contempló su trabajo, derramando una lágrima solitaria que se secó con el dorso de la mano.

–Daisy, querida...

Era Robert, que acababa de llegar.

–Oh, no debería trabajar con sus manos –continuó él, ayudándola a levantarse–. Se las va a estropear.

–Las manos están para usarlas, Rob.

–No todas las manos están pensadas para trabajar. Y menos aún, las de una dama –alegó él.

Daisy se quitó los guantes y se limpió las manos con un pañuelo, deseando que Robert se apartara de ella. ¿Cómo era posible que se hubiera equivocado tanto con él? Cuando lo miraba a los ojos, no veía amor alguno.

–Estuvimos muy enamorados, ¿verdad? Hace once años, quiero decir – comentó ella.

–Sí, lo estuvimos.

–Entonces, ¿por qué no pidió mi mano?

–¿Cómo?

–¿Por qué no la pidió? –insistió Daisy.

Él frunció el ceño e intentó acariciarla, pero ella retrocedió.

–Querida...

–Quiero saberlo.

Robert soltó un suspiro de disgusto.

–Lo sabe de sobra. No estaba en posición de ofrecerle nada. Yo era el hijo de un vicario y usted, de un noble.

–Pero eso no impidió que alimentara mis esperanzas. Dijo que siempre estaríamos juntos. Dijo que me quería y que quería ser mi esposo, pero ni habló con mi padre ni intentó persuadirlo.

–Por supuesto que no –replicó, exasperado–. ¿De qué habría servido? Éramos muy jóvenes, Daisy. Habría hablado con él en su momento, cuando hubiera tenido alguna oportunidad.

Daisy se acordó entonces de que Robert había pronunciado esas mismas palabras once años antes. Le había asegurado que hablaría con su padre en el momento adecuado.

–Pero el momento no llegó nunca, ¿verdad? –preguntó ella, entrecerrando los ojos–. ¿No sería tal vez porque sabía que lord Chatwick me iba a pedir en matrimonio?

Robert se ruborizó ligeramente.

–No, claro que no. ¿Cómo iba a saberlo?

–Lo sabía, sí. Al parecer, yo era la única persona que no lo sabía –afirmó–. Nunca tuvo intención de hablar con mi padre.

–No diga tonterías.

Daisy tuvo un momento de revelación. Nunca había visto las cosas con tanta claridad. De repente, todo tenía sentido, desde sus encuentros clandestinos hasta sus besos juveniles. Y cada vez que ella quería más, Robert la refrenaba y le prometía que hablaría pronto con su padre.

Pero nunca habló con él, y no habló porque eso no entraba en sus planes. Quería un cargo en la Marina, un cargo que su padre le podía conseguir.

–Por Dios, ¿qué importa lo que pasara entonces? –prosiguió Robert–. Lo

que importa es el presente, Daisy. La amo. Siempre la he amado. Quiero que sea feliz, y ahora, después de tantos años, tengo lo necesario para asegurar su felicidad. En cuanto al pasado, todo lo que hice fue por su bien y solo por su bien. Le doy mi palabra de capitán de la Marina Real.

Ella dudó. Cabía la posibilidad de que la juventud de Robert le hubiera jugado una mala pasada en aquella época. Cabía la posibilidad de que estuviera verdaderamente enamorado de ella y que solo quisiera vivir un poco más antes de casarse. Incluso cabía la posibilidad de que ella estuviera interpretando mal la situación porque se había enamorado de otro.

—Olvidelo —dijo Robert, sonriendo de nuevo—. Tenemos que pensar en el futuro.

Daisy le dedicó una sonrisa cargada de incredulidad, pero Robert seguía pensando que era una jovencita estúpida y, lógicamente, pensó que era una sonrisa de anuencia. Creía que la podía hacer feliz. Lo creía de verdad. Y se equivocaba.

—Ah, no sabe cuánto se alegra mi corazón cada vez que sonrío. Anímese, querida. Dentro de unos días estaremos en Inglaterra, nuestro hogar. Hablaré con el obispo en cuanto lleguemos. Yo seré el hombre más feliz del mundo, y me encargaré de que usted sea la mujer más feliz del mundo.

—Sí —dijo ella, sin más.

—Bueno, será mejor que me vaya. Su tío y yo tenemos que hablar con el señor Munro sobre las provisiones que necesitamos para el viaje.

—Ah. ¿Cree que es una buena idea?

Él volvió a sonreír.

—Concede demasiado valor a las palabras de un contrabandista. Volveremos antes de que oscurezca.

—Está bien.

Robert le acarició la cara.

—No se preocupe por nosotros. Y, por cierto, prométame que no seguirá trabajando en el jardín.

—Se lo prometo.

Robert llamó al tío de Daisy y bajó con él hasta el lago, donde se subieron a un bote y se alejaron de Auchenard. Ella los miró hasta perderlos de vista, momento en el cual se dirigió a los establos en busca del señor Green.

Cuando lo encontró, le dijo:

—Un caballo, por favor. Quiero salir a montar.

Mientras el señor Green lo ensillaba, Daisy volvió a la casa. Necesitaba hablar con Belinda, quien frunció el ceño al ver su gesto de preocupación.

–¿Qué ocurre? ¿Nos están atacando los montañeses?

–No, no, todo está bien. Solo quería decirte que te quedes con Ellis durante mi ausencia. Tengo que hacer una cosa.

–¿Qué tienes que hacer? ¿Adónde vas?

–¡A montar a caballo!

–¿A montar? No has montado desde que llegamos a Auchenard –dijo con desconfianza–. Dime la verdad, Daisy. ¿Adónde vas? No puedes irte tú sola. ¡No es seguro!

Daisy se giró hacia su prima y la agarró de los brazos.

–Prométeme que no gritarás.

–¿Cómo?

–Promételo.

–De acuerdo, no gritaré.

–Voy a Arrandale.

Daisy respiró hondo, pensando que Belinda le iba a soltar una conferencia sobre los peligros que iba a correr, incluida la posibilidad de que cabalgara demasiado deprisa, se cayera del caballo y se rompiera el cuello. Pero, para su sorpresa, apretó los labios y dijo, sencillamente:

–Ten cuidado.

Su prima parpadeó, sorprendida.

–Lo tendré.

Daisy le dio un beso y regresó a los establos, donde el señor Green la ayudó a montar y le indicó la dirección de Arrandale.

–Está al otro lado del bosque, milady. A algo menos de dos kilómetros.

Ella espoleó al caballo y salió al galope.

Minutos más tarde, divisó las chimeneas de la casa por encima de las copas de los árboles y, cuando por fin salió del bosque, se encontró ante el orgullo de Cailean: un edificio de piedra, con dos alas y una torre. No era tan grande como su mansión de Nottinghamshire, pero era más grande que Auchenard.

Sin embargo, parecía desierta. No había nada; ni un animal, ni una simple gallina, nada. A Daisy se le encogió el corazón, porque no sabía lo que iba a hacer si Cailean no estaba en su domicilio. ¿Ir a Balhaire? Habría sido bastante difícil, teniendo en cuenta que no sabía llegar.

Pero tenía que estar allí. Tenía que estar.

Al llegar al jardín delantero, desmontó y llamó a la puerta, llevándose la sorpresa de que no estaba cerrada. Daisy entró y echó un vistazo a su alrededor.

–¿Hola?

No hubo respuesta. Una de las salas que daba al vestíbulo tenía unos cuantos muebles; pero, en general, la casa estaba tan vacía como deshabitada.

Tras girarse hacia el exterior, para asegurarse de que el caballo seguía donde lo había dejado, se fijó en los suelos. Eran de baldosas elegantes, pero no excesivamente. Todo tenía un aire como el de Auchenard, aunque más refinado, y le pareció extraño que un lugar tan tranquilo y bello resultara al mismo tiempo tan solitario.

Y justo entonces, oyó pasos.

–¿Hola? –volvió a decir.

Cailean apareció en el corredor que tenía enfrente, saliendo de una habitación. Llevaba pantalones y una camisa abierta por el cuello, con el pelo recogido en su habitual coleta. Tenía algo en las manos, pero ni Daisy supo lo que era ni le importó en exceso, porque casi se sintió enferma al pensar que era la última vez que iba a ver a aquel hombre, al hombre de sus sueños.

–¿Daisy? –preguntó, sorprendido.

–Cailean...

Daisy corrió hacia él, y Cailean soltó lo que tenía en las manos y la abrazó.

–¿Es que te has vuelto loca? ¿Qué estás haciendo aquí?

–¿No dijiste que, cuando los habitantes de las Tierras Altas queréis algo, lo tomáis? –preguntó ella.

–Sí, así es.

Él la besó y la llevó a una habitación más amueblada que las otras. Una vez allí, la sentó en un canapé y le dio un beso en el escote mientras acariciaba su cuerpo. Los dos habían perdido el control, y se tocaban con desesperación, hasta el punto de que Daisy le quitó la camisa por encima de la cabeza sin plantearse siquiera lo que estaba haciendo.

No había necesidad de palabras. Compartían un deseo igualmente intenso, y eso era lo único importante. Pero la impaciencia de Daisy era mayor y, tras echarlo contra el respaldo del canapé, se levantó las faldas y se puso a horcajadas sobre él.

–Me emborrachas, Daisy –dijo Cailean, mientras ella le besaba en el cuello y frotaba los pechos contra su cuerpo–. Me siento completamente embrujado

desde que te conocí.

Él cerró las manos sobre sus muslos, y ella soltó un largo suspiro, que le hizo darse cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Estaba muy excitada, y se excitó más al sentir que le metía los dedos entre las piernas y los volvía a sacar, suave y lentamente.

Cailean le empezó a quitar el vestido, y Daisy pensó que aquella sensación tan etérea como física, aquel anhelo compartido, era amor verdadero. Pero dejó de pensar enseguida, porque él estaba empeñado en darle placer, y no se detuvo hasta llevarla al borde del abismo y arrojarla al vacío aparentemente inacabable del orgasmo.

Daisy se terminó de desnudar mientras Cailean se quitaba los pantalones. Luego, ella retomó su posición anterior y él le succionó un pezón, reavivando su deseo. Estaba loca por devolverle el favor que le acababa de hacer, así que alzó las caderas para situarse justo sobre su sexo y, acto seguido, descendió.

Ahora estaba dentro de ella, y ella lo rodeaba. ¿Quién le habría dicho que dos seres humanos podían establecer un contacto tan profundo? Lo deseaba de tal manera que todo lo demás carecía de importancia.

Cailean se empezó a mover, arrastrándola de nuevo hacia el éxtasis. Daisy tembló, abrumada por la fiebre que compartían; y él también debió de sentirse abrumado, porque la movió con tanta facilidad como si fuera una muñeca y la puso de espaldas en el canapé. Sus movimientos se habían vuelto más urgentes, y no esperó mucho a penetrarla de nuevo.

Daisy llegó enseguida al clímax, y su placer provocó el de Cailean. Él se quedó completamente agotado, y hundió la cabeza contra su cuello mientras la abrazaba. Ella casi tuvo miedo de soltarlo, porque le dio la sensación de que, si se apartaba, lo perdería para siempre.

Al cabo de unos instantes, Cailean la besó con ternura, se sentó y le dedicó una sonrisa.

–Creo que tendrás que arreglarte el peinado –dijo con humor.

Daisy soltó una carcajada y alcanzó el vestido. Después, se lo puso y empezó a recoger las horquillas que se le habían soltado durante el encuentro amoroso. Se sentía increíblemente cómoda. Cailean y ella eran tan compatibles que dijo sin pensar:

–No me voy a casar con él.

Cailean la miró, perplejo.

–¿Qué has dicho?

—Que no me voy a casar con Robert.

Él frunció el ceño, y le hizo un gesto para que se diera la vuelta y le pudiera cerrar el vestido.

—¿Por qué no?

—Porque no podría. Estoy enamorada de otra persona.

Cailean le puso las manos en los hombros.

—No sé si te he entendido bien...

—Me has entendido perfectamente —replicó ella.

Daisy esperaba que los ojos de Cailean brillaran con alegría, y le sorprendió que no fuera así.

—¿Qué estás haciendo, *leannan*? —dijo, frunciendo el ceño un poco más.

—Decirte que estoy enamorada de ti.

Él sacudió la cabeza, y ella se quedó sin aliento.

—Eso es imposible, Daisy. Sabes que es imposible... He sido sincero contigo desde el principio. A mí no me interesa...

—Mi fortuna, ya lo sé —lo interrumpió—. Pero yo te intereso, Cailean. Es de lo más evidente.

—Por supuesto que sí —replicó, pasándose una mano por el pelo—. Te quiero con toda mi alma. Pero no me puedo casar contigo.

—Yo no te estoy pidiendo que...

Él no la dejó hablar.

—Escúchame, por favor. Yo no soy bienvenido en Inglaterra. De hecho, la Justicia inglesa me está buscando. Y, por otra parte, tú no eres particularmente querida en estas tierras —afirmó—. Pero, aunque lo fueras, me falta poco para cumplir treinta y seis años. Ya no estoy en edad de casarme y fundar una familia.

Daisy se estremeció, sintiéndose completamente derrotada. Él la tomó de la mano y se acercó un poco más.

—Tengo que sustituir a mi padre en la jefatura del clan, y lo haré antes de finales de año —prosiguió Cailean—. No me puedo marchar ahora. Además, Spivey ha descubierto mi paradero y el de los míos. Si me fuera a Inglaterra, me detendrían al instante. Y tú tienes que marcharte, aunque solo sea por el bien de Ellis. Lo sabes tan bien como yo.

Daisy se preguntó cómo era posible que aquel hombre maravilloso le hiciera el amor de un modo tan sublime y luego pronunciara unas palabras tan descorazonadoras.

–Sí, lo sabes tan bien como yo, *leannan*. Ellis debe estar en Inglaterra. Es vizconde. Tiene propiedades, y necesitará contactos que solo puede conseguir en tu país. No se puede esconder en las Tierras Altas, junto a un contrabandista. Y tú tampoco.

Daisy supo que tenía razón; pero habría dado lo que fuera con tal de que estuviera equivocado. Por muy enamorada que estuviera que él, su hijo seguía siendo lo primero. Ellis estaba por encima de sus necesidades personales. Siempre lo estaría.

El peso de la verdad fue demasiado para ella, que se apartó de él y se recostó en el canapé, sintiéndose como si estuviera a punto de desmayarse. Había ido a Arrandale con la esperanza de que Cailean la salvara, y ahora sabía que se había engañado a sí misma. Solo había sido un sueño; un sueño que se empezaba a derrumbar.

–Daisy...

Cailean la tomó entre sus brazos, pero ella se acordó de Ellis y, al pensar que se estaría preguntando por el paradero de su madre, se volvió a apartar del hombre al que amaba.

No necesitaba a Cailean. No necesitaba a nadie.

Se levantó, se alisó las faldas del vestido e intentó recogerse el pelo en algo parecido a un moño, pero lo dio por imposible y se lo dejó suelto antes de incorporarse y dirigirse hacia la puerta.

–Por el amor de Dios, Daisy. Vuelve aquí –le rogó él, intentando detenerla.

Ella alzó una mano y tragó saliva. Tenía el corazón destrozado y, como estaba demasiado alterada para hablar, se concedió unos segundos de silencio.

Por fin, recuperó el aplomo y dijo:

–¿Qué significaba?

Él la miró con desconcierto, sin entender la pregunta.

–¿A qué te refieres?

–A lo que dijiste en Auchenard antes de marcharte –respondió ella–. ¿Qué significaba?

–Ah, eso –Cailean le acarició el cabello–. No tiene importancia.

–A mí me importa.

–Prefiero que no lo sepas. Ya hay bastante dolor entre nosotros.

Ella rio sin humor.

–Es tarde para ahorrarme disgustos, Cailean. Mi corazón está partido en mil pedazos –dijo–. ¿Qué dijiste?

Él la tomó de la mano.

–Que te amo, Daisy, eso es lo que dije. Que te amo, que te iba a echar de menos y que siento lo que ha pasado –replicó, con voz quebrada por la emoción–. Te quiero con locura.

Daisy soltó un gemido de desesperación.

–Yo también te amo, Cailean. No sabes hasta qué punto.

En ese momento, ella tuvo la sensación de ser un juguete roto, que ya no podría funcionar con normalidad. Los ojos se le habían llenado de lágrimas cuando se apartó de él y empezó a caminar. Cailean la llamó, pero no le hizo caso. Siguió andando sin prestarle atención, abrumada por la tristeza. Y luego, empezó a correr.

Necesitaba salir de aquella casa. Necesitaba montarse en su caballo y huir de Escocia a toda prisa.

Obviamente, Cailean la siguió; pero Daisy montó antes de que la pudiera alcanzar y, como no tenía fuerzas para oír una sola palabra más, espoleó a su montura.

¿Había algo más devastador que encontrar el amor verdadero y tener que renunciar a él? Daisy se dijo que no. Pero tenía que renunciar a él, y tenía que renunciar por Ellis, porque era lo que su hijo necesitaba para prosperar, lo que su título nobiliario exigía.

No podía ser más injusto. Terrible, miserable y dolorosamente injusto.

Capítulo 19

Cailean supo que se había ido, y lo supo porque vio los botes que pasaban con baúles, cajas y, por supuesto, personas.

A él también le habría gustado que las cosas fueran distintas, y se sentía impotente por no poder cambiarlas. Sin embargo, intentó convencerse de que era lo mejor para todos. Tenía que serlo.

Pocos días después, Auley y él zarparon hacia Noruega.

Cailean sabía que en ese momento era el peor acompañante que nadie pudiera tener. De hecho, su hermano pensó que estaba enfermo, pero se encontraba perfectamente bien de salud. Su problema no era de carácter físico, sino emocional. La angustia que sentía era tan intensa que, si hubiera podido, se habría arrancado el corazón.

El viaje duró más de lo que esperaban: quince días, por culpa de los vientos contrarios que se encontraron al volver. Y, cuando por fin desembarcaron en Escocia, Cailean se sentía tan mal como al principio. No dejaba de pensar en Daisy. Sus ojos y su sonrisa lo torturaban constantemente, a cualquier hora del día y de la noche.

Ya en Balhaire, Margot le salió al encuentro y exclamó, arrastrándolo al interior de la fortaleza:

–¿Dónde te habías metido? ¡Vivienne ha dado a luz un niño!

Poco después, Cailean tuvo ocasión de comprobar que el cuarto hijo de su hermana tenía un aspecto fuerte y saludable. Vivienne le estaba dando el pecho en ese momento, y parecía extasiada con sus deditos y su minúscula nariz.

–Llegó la semana pasada. Me dio bastante guerra, pero ha merecido la pena. ¿Quieres sostenerlo un rato?

–No, yo...

–Venga, no tengas miedo –le instó Vivienne–. Es como los que he tenido

antes. No se romperá.

Cailean se encontró con la criatura entre sus brazos, y el bebé se puso a patalear como si echara de menos el pecho de Vivienne. Pero, evidentemente, no se rompió, y su tío se atrevió a acariciarle la mejilla.

–Lo llamaremos Bruce –dijo ella.

Él pensó que era un buen nombre, un nombre fuerte para un muchacho fuerte. Y, al mirarlo de nuevo, se acordó de Ellis y se emocionó de tal manera que los ojos se le humedecieron.

–¿Te pasa algo? –preguntó su hermana, sorprendida.

Cailean tragó saliva y le devolvió el bebé.

–Es precioso, Viv. Precioso.

Cailean sonrió a duras penas y salió disparado de la habitación, dejando perplejos a su hermana y su cuñado.

Al salir al pasillo, se apoyó en una pared. Era la primera vez en toda su vida adulta que no sabía qué hacer con sus emociones. Sin embargo, sacó fuerzas de flaqueza y se dirigió al despacho de su padre, al que entró después de llamar.

–Ah, Cailean, ya estás aquí.

Arran no hizo ademán de levantarse, y su hijo pensó que era síntoma evidente de que le dolía la pierna.

–¿Qué te ha parecido Noruega? Aulay cree que tiene posibilidades.

–Sí, las tiene.

Cailean cruzó la sala y, al llegar junto a la chimenea, miró el fuego.

–Me alegra que hayas llegado, porque tenemos muchas cosas que hablar. Los jacobitas se han rebelado al sur de las Tierras Altas.

Su padre le empezó a contar lo que sabía y, aunque Cailean siempre se mostraba interesado en ese tipo de noticias, no le prestó atención. Su mente estaba muy lejos de allí.

–¿Has oído alguna palabra de lo que he dicho?

La pregunta de su padre le desconcertó; pero no porque no la esperara, sino porque Arran se había levantado sin que él se diera cuenta y se había sentado en otra silla, donde se estaba frotando la pierna mala.

–¿Se puede saber qué te pasa, Cailean?

–¿A mí? No me pasa nada.

Arran entrecerró sus ojos azules.

–Te conozco muy bien. Soy tu padre, por si lo habías olvidado. Y tienes

cara de haber perdido a tu mascota preferida.

Cailean no lo intentó negar. Efectivamente, su padre lo conocía tan bien que, a veces, parecía adivinar sus pensamientos; así que suspiró, se acercó a un diván y se sentó.

–Es bastante peor que perder una mascota.

Arran observó a su hijo con detenimiento y, al cabo de unos segundos, asintió.

–Es por la inglesa, claro.

Cailean se quedó sorprendido.

–¿Cómo lo sabes?

–No lo sabía. No me había enterado de nada. Pero Rabbie y tu madre son más perceptivos en ese tipo de cuestiones, y me contaron lo vuestro.

Su hijo guardó silencio, incómodo. Por lo visto, toda su familia se había enterado.

–No pongas esa cara. No eres el primer hombre de la familia que sufre mal de amores. Se ha ido, ¿verdad?

–Sí.

–Es mejor así. No estaba a salvo en Auchendar.

–No, no lo estaba.

Arran se sumió en un largo silencio, y luego preguntó:

–¿Estás enamorado de ella?

–Me temo que sí.

–Oh, vaya... Entonces, estás perdido. No tienes más remedio que ir a buscarla –replicó.

Cailean soltó una carcajada seca.

–Está en Londres, padre.

–Bueno, tu tío tiene una casa en la capital inglesa.

–¿Has olvidado que soy contrabandista y que estaba abordo de nuestro barco cuando Wallace mató a un marinero inglés? Sin mencionar el hecho de que los ingleses acusaron de traición a mi abuelo –le recordó–. Si fuera a Inglaterra, no recibiría una bienvenida precisamente calurosa.

–Oh, vamos, lo de tu abuelo es agua pasada. Y, por otro lado, no pueden demostrar que seas un contrabandista. Puede que no te den una bienvenida calurosa, pero eres libre de ir y venir como te plazca.

Cailean sacudió la cabeza. Desde su punto de vista, no era tan sencillo.

–Vístete como ellos y habla como ellos –continuó Arran–. Tu tío Knox te

echará una mano. Tiene contactos en las alturas.

–¿Y qué hago después? ¿Presentarme en casa de lady Chatwick y...?

–Pedirle que se case contigo.

Cailean volvió a sacudir la cabeza.

–Sospecho que ya se habrá casado.

–En ese caso, te dirá que no y tú volverás a Escocia con el rabo entre las piernas. Pero puede que siga soltera.

–No importaría mucho. Seguro que me rechazaría.

Su padre sonrió, se inclinó hacia él y le puso una mano en el hombro.

–Comprendo tu reticencia, hijo. No es la primera vez que te hieren, y sabes que la segunda herida duele igual que la primera. Pero las heridas del amor son mucho más dolorosas.

Cailean rompió a reír.

–¿Esa es tu forma de intentar animarme?

Su padre sonrió.

–No hay vida sin dolor. Aunque si lady Chatwick te rechaza, tendrás una buena excusa para pensar que las mujeres son más traicioneras que los propios ingleses y para darte a la bebida durante una temporada –dijo con humor–. Pero al menos saldrás de dudas. Y es mejor morir amargado que morir ignorante.

–¿Y qué me dices de Balhaire? Tengo responsabilidades.

–Todavía estoy vivo. Me las arreglaré unos cuantos meses más. Y, si necesito ayuda, acudiré a Rabbie o a Cat.

Cailean se levantó del diván y empezó a caminar de un lado a otro. Acababa de recuperar la esperanza.

–¿Y el comercio con los noruegos?

–Déjaselo a Auley.

Cailean frunció el ceño, y su padre rio.

–Por Dios, Cailean, tu hermano es capaz de cuidar de sí mismo. Además, no estarás siempre a su lado.

–Aunque ella se casara conmigo, no la puedo traer a las Tierras Altas.

–Claro que puedes. Nadie la tocará si vive en Balhaire. Evidentemente, yo no la llevaría a Auchenard en plena revuelta jacobita; y mucho menos, tras la sospechosa visita del capitán Spivey. Pero se puede quedar aquí, donde su familia y ella son bienvenidos.

Cailean se pasó una mano por el pelo.

–También está el asunto de su hijo. Es un vizconde inglés, y debería estudiar en Inglaterra.

–Bueno, Cat me dijo que su tutor ha estado con él en Auchenard, y no hay motivo por el que no pueda acompañarlo a Balhaire –adujo Arran–. Que estudie aquí y vuelva a Inglaterra cuando sea algo mayor.

Cailean quería creer que aún tenía alguna esperanza, pero seguía preocupado por la dirección del clan.

–No puedo marcharme ahora. Me necesitas.

Su padre volvió a sonreír.

–Es cierto que esta pierna es un problema, pero tengo cuatro hijos más. Cualquiera de ellos puede sustituirme temporalmente si llega a ser necesario. No te preocupes por eso –dijo, levantándose con dificultad–. Te aconsejo que partas de inmediato. No le des demasiadas vueltas, o te quedarás aquí. Márchate antes de que el fuego se apague.

Cailean asintió. El fuego en cuestión se había avivado, y ardía con más fuerza que nunca.

Un hombre decidido es capaz de cualquier cosa, y Cailean lo estaba tanto que lo organizó todo en cuestión de días, sin permitir que los peligros del viaje le quitaran el sueño. Solo le preocupaba una cosa: llegar a Londres antes de que Daisy se casara con otro.

Para empezar, se puso en contacto con Auley, quien estaba a punto de zarpar hacia Noruega.

–Necesito ir a Inglaterra.

–¿Te has vuelto loco? Tenemos muchas cosas que hacer.

–Lo sé tan bien como tú, pero iremos al sur.

Su hermano sacudió la cabeza, pero se giró hacia el primer oficial y le ordenó que descargara los bienes que pensaban llevar a Noruega.

A continuación, Cailean habló con Willie Mackenzie, quien se mostró encantado de cuidar Arrandale y Auchenard tras recibir la generosa suma de diez libras esterlinas. Luego, dejó a Fabienne y a Odín en Balhaire, se despidió de su familia y se hizo a la mar.

Quince días después de haber hablado con su padre, llegó a Noorwood Park, la propiedad donde había crecido su madre y en la que se había acordado su matrimonio con Arran. Toda la familia conocía su historia:

Margot huyó de Escocia poco después de casarse, pero su padre la devolvió a Balhaire para averiguar si su marido estaba conspirando contra la Corona.

Cualquiera que conociera a Arran se habría dado cuenta de que era una idea absurda; pero, desgraciadamente, lord Norwood y su hijo mayor, Bryce Amstrong, tenían motivos ocultos. Al final, se demostró que el verdadero conspirador era Norwood y, como Amstrong perdió su derecho a heredar el título, este recayó en el hermanastro de Margot, Knox.

Cailean llegó en mitad de una fiesta, aunque no le sorprendió mucho, porque su tío no dejaba de dar fiestas desde que se había convertido en el señor de Norwood. Sin embargo, estaba tan agotado por el viaje que habló con el mayordomo y le pidió que le llevara a alguna salita vacía, porque no quería incomodar a los invitados.

Mientras seguía al mayordomo por uno de los corredores de la mansión, atisbó un rostro familiar: el de Poppy Beaully, ahora lady Prudhome, que estaba charlando con otra mujer en un sofá.

Era la primera vez que la veía desde que ella lo rechazó. No había perdido toda su belleza, pero había engordado, el pelo se le había cubierto de canas y tenía unas ojeras bastante marcadas. En cualquier caso, Cailean pasó de largo y entró en la salita que le ofreció el mayordomo, preguntándose como era posible que hubiera estado tan obsesionado con aquella mujer.

Knox llegó al cabo de unos minutos. Había bebido más de la cuenta, y también estaba más gordo que la última vez.

—¡Cailean! —exclamó con su vigor de costumbre.

Cailean abrazó a su tío, al que tenía en gran estima. Era un hombre tolerante y cariñoso, que siempre estaba dispuesto a tomarse una cerveza.

—¡Qué buen aspecto tienes! ¡Cómo has crecido! —continuó—. Me han dicho que pronto ocuparás el trono de los Mackenzie... ¡Qué alegría me has dado! Empezaba a pensar que no volverías nunca por estas colinas.

—Y yo.

Knox alcanzó una licorera, sirvió dos vasos de whisky y dio uno a su sobrino.

—Por los viejos tiempos —brindó—. No sabes la sorpresa que me llevé cuando apareció el mensajero de tu madre.

—¿Mi madre envió un mensajero?

—Sí, aunque no llegó hasta ayer —contestó con jovialidad—. Margot quería asegurarse de que siguiera estrictamente sus instrucciones y, como te puedes

imaginar, le envíe la respuesta que merece. ¡Ah, mi querida hermana! ¿Cree de verdad que necesita decirme esas cosas? ¡Por supuesto que te ayudaré en todo lo que pueda! Sobre todo, porque sospecho que estás aquí por una mujer...

Cailean se ruborizó, y Knox soltó una carcajada.

–¡Todo llega en esta vida, amigo mío! ¡Hasta el amor! –prosiguió–. En fin, yo te invitaría a la fiesta, pero tienes aspecto de estar agotado y, por otra parte, te toparías con tu último y fracasado intento de encontrar la felicidad conyugal.

–Sí, ya he visto a lady Prudhome.

–Su marido es un borracho, ¿sabes? –dijo, rebuscando en el cajón de una mesa–. ¡Ah, aquí está! ¡La llave de tu Reino, por así decirlo! O, al menos, la llave de mi casa de Londres... Hace mucho que no voy, así que tendrás que apañarte sin criados, pero el viejo Bussey sigue allí. Le escribiré para avisarle de tu llegada. Te tratará bien.

–Muchas gracias, tío.

–Naturalmente, tenemos mucho que hablar. Necesitarás cartas de presentación para no meterte en líos. Londres está llena de gente que desconfía de los escoceses.

–Lo sé.

Knox le dio la llave. Luego, miró su ropa y frunció el ceño.

–Sí, me temo que estoy lleno de polvo –dijo Cailean–. Cosas de los caminos.

–No te miraba así por el polvo, sino por tu aspecto. No te ofendas, pero aquí no te puedes vestir como un salvaje de las Tierras Altas. Si vienes conmigo, te buscaré algo que te siente bien. Se lo pediría a mi ayuda de cámara, pero estará abajo, coqueteando con alguna doncella. ¡Vamos! ¡Te convertiré en un caballero inglés en un periquete!

Cailean no estaba precisamente de buen humor. El cansancio y el hambre habían hecho mella en él, y tampoco le agradaba la idea de disfrazarse de inglés; pero siguió a su tío de todas formas.

Tres días más tarde, partió hacia Londres. Llevaba la ropa adecuada, un caballo descansado y varias cartas de presentación en el bolsillo de la casaca.

Capítulo 20

Daisy tenía la sensación de que el camino de vuelta a Londres había sido dos veces más largo y más pesado que el de ida; aunque, en realidad, tardaron dos días menos. Robert no dejó de quejarse sobre el capitán del barco, que en su opinión carecía de las habilidades de un capitán de la Marina Real, pero se mostró educado con los MacDonald y su tripulación.

Además, también fue de lo más atento con Daisy y su familia, hasta el punto de que ella se esforzó por reavivar los sentimientos que alguna vez había albergado hacia él. De hecho, ya no le importaba que solo quisiera su dinero. En ese sentido, era como el resto de sus pretendientes; pero con la ventaja de que ya se conocían y de que, en consecuencia, sabía lo que podía esperar.

Lamentablemente, sus esfuerzos estaban destinados al fracaso. Se había enamorado de Cailean, y no se imaginaba con otro hombre.

Por supuesto, Belinda se dio cuenta de que le pasaba algo, pero lo atribuyó a la incomodidad de los viajes marinos y olvidó el asunto. Sin embargo, no dejaba de mirarla con preocupación, lo cual aumentó la incomodidad de Daisy, quien ya se las veía y se las deseaba para mantener la compostura delante de su familia y de Robert, quien la interrogaba constantemente sobre su estado.

Daisy mentía y decía que estaba bien. Pero no lo estaba. No lo estaba en absoluto.

Llegaron a Audley Street a las once y media de una noche con vientos racheados. Belinda estaba agotada, así que se retiró inmediatamente a su habitación. Daisy no se encontraba mucho mejor que su prima, y permitió que Robert llevara a Ellis a su dormitorio, donde lo dejó con una de las doncellas; pero el capitán apareció en el salón minutos después.

—Parece cansada, querida. ¿Por qué no se acuesta? Nos veremos por la

mañana, y hablaremos de nuestro futuro.

Robert, que no parecía cansado en absoluto, sonrió y se dirigió a la salida.

—¿Adónde va? —preguntó Daisy, curiosa.

—Al club. Estar bajo su techo no era un problema en ese páramo de las Tierras Altas, pero está mal visto en Londres.

Daisy prefirió no discutir, así que asintió y lo acompañó a la puerta.

Aquella noche, durmió tan mal como las anteriores. Soñó que Ellis y ella estaban en el jardín de Auchenard, plantando un rosal nuevo en compañía de Cailean. Pero, a pesar de estar dormida, se dio cuenta de que aquello no era exactamente un sueño, sino más bien un deseo. No podía escapar de su angustia en ninguna situación.

—¡Daisy! ¡Daisy! ¡Despierta!

Daisy abrió los ojos, sobresaltada con las voces de Belinda.

—¿Qué pasa?

—¡Que son las dos de la tarde! El capitán Spivey está a punto de llegar, y el obispo ha enviado un mensajero para decir que llegaría a las dos y media. ¿Te encuentras bien?

Daisy parpadeó, desconcertada. No podía creer que hubiera dormido tanto tiempo.

—Sí, claro que sí.

—Ah, espero que sea el cansancio y no alguna enfermedad extranjera. Esos barcos llevan mercancías de todo el mundo.

—No estoy enferma. Solo estoy...

Daisy dejó la frase sin terminar, y Belinda frunció el ceño.

—¿Qué ibas a decir?

—Que solo estoy resignada.

Daisy tuvo el tiempo justo para vestirse y comer algo antes de que apareciera Robert, quien entró en el salón con ropa elegante, peluca blanca y un sombrero de tres picos bajo el brazo.

—Buenas tardes, lady Chatwick —dijo, chocando los tacones de sus botas—. Tiene muy buen aspecto. Londres le sienta bien.

—Gracias. ¿De dónde viene? Parece que haya comido con el rey.

—Él rio.

—No, con el rey, no. He estado reunido con el obispo.

Daisy se quedó helada, porque no esperaba que hablara tan pronto con él.

—¿Cómo?

Robert arqueó una ceja.

–Querida, debe comprender que la noticia de nuestra llegada se habría extendido con rapidez y, como no quería dar pie a rumores sobre nuestra relación, me he tomado la libertad de ir a ver al obispo y hablarle de nuestro viaje y de nuestro... acuerdo matrimonial.

–No debería haber hecho eso, Robert. No debería haberlo hecho.

–Es lo correcto –dijo él, confundido–. Una dama no viaja a solas con un caballero si no se van a casar.

–Por Dios, mi familia y yo nos hemos limitado a viajar bajo su protección. Si todas las damas que viajan con un caballero se vieran obligadas a casarse con él, yo estaría casada con sir Nevis.

Robert dejó el sombrero en una mesa.

–Está bien. Permita entonces que me disculpe –dijo cuidadosamente, como si la creyera loca–. Pero, ¿no quiere saber lo que ha dicho el obispo?

Ella guardó silencio.

–Se ha quedado impresionado con mis contactos y mis cartas de presentación –continuó Robert.

–¿Sus cartas de presentación?

–Por supuesto. Un caballero como yo no puede pretender a una mujer como usted sin tener armas adecuadas –dijo–. Le he llevado una carta del almirante Kensing y otra de lord Woodhouse.

–¿De lord Woodhouse? ¿El dueño de las tierras donde vive su padre, el vicario? –se interesó.

–En efecto.

–¿Y cuándo ha conseguido esas cartas? ¿Hoy?

–No, querida. Las conseguí antes de partir hacia Escocia.

–Antes... –repitió ella, pensativa.

Robert se frotó la frente, como buscando la forma de montar un rompecabezas particularmente complicado.

–No creo que lo entienda, Daisy. Antes de hablar con usted, antes incluso de plantearme la posibilidad de pedir su mano, tenía que estar seguro de que no me iban a rechazar. Pensé que me estaría agradecida. Me he tomado muchas molestias para hacerla feliz.

Daisy no podía creer que hubiera llegado tan lejos con tal de echar mano a su fortuna. Hasta se había atrevido a hablar con el obispo sin consultarlo antes con ella.

–Ha cometido un error, Robert. Ha dado demasiadas cosas por sentadas.

El capitán se cruzó de brazos, muy serio.

–Si tiene algo que decirme, le ruego que me lo diga.

Daisy se armó de valor.

–Mire... ya no siento lo que una vez sentí por usted.

Robert no pareció sorprendido. De hecho, se encogió de hombros como si lo considerara un detalle sin importancia.

–Milady, soy consciente de que el dueño de sus afectos es otra persona.

Ella esperó a que dijera algo más y, al ver que no decía nada, preguntó:

–¿Y aún quiere casarse conmigo?

Él sonrió y sacudió la cabeza.

–Bueno, huelga decir que preferiría ser el objeto de sus desvelos. Desde luego, si mi oferta de matrimonio se basara en aspectos como la compatibilidad y el cariño, me sentiría ofendido. Pero nuestra boda no tiene nada que ver con eso, ¿verdad? Se trata de su hijo.

Daisy soltó un grito ahogado. Por fin tenía la confirmación de que el capitán Spivey no estaba enamorado de ella.

–Se trata de mi hijo, sí, pero también de mí. Mis sentimientos son igualmente importantes.

Él soltó una carcajada, se inclinó sobre ella y le puso una mano en el hombro, mirándola con arrogancia.

–Si cree que se puede casar con ese ladrón de las Tierras Altas, está muy equivocada. El obispo no lo permitiría. Yo no lo permitiría. Conozco bien a esos delincuentes, y sé de un almirante que estaría encantado de saber dónde se oculta su amigo. Si rechaza mi oferta de matrimonio, ese Mackenzie estará en prisión antes de quince días. Piénselo bien, lady Chatwick.

–¿Cómo se atreve a amenazarme? –replicó, encolerizada–. ¿Cree que me voy a casar con usted si me extorsiona?

El capitán frunció el ceño.

–¿Es que tiene una alternativa mejor? ¿Qué va a hacer, casarse con alguno de los hombres que le ha estado buscando el obispo, aunque no los conozca de nada? ¿Fugarse con un maldito escocés?

–Solo me casaré con un hombre del que esté enamorada, y no estoy enamorada de usted. Márchese, por favor.

–Siempre ha sido una ingenua, Daisy. No, no se casará por amor, sino por interés. Estoy seguro de que el obispo pondrá un poco de sentido común a esa

cabecita suya –dijo con desprecio–. Y, hablando del obispo, también me he tomado la libertad de informarle sobre su relación con ese contrabantista... Adiós, lady Chatwick. Que le vaya bien.

El capitán salió de la casa pegando un portazo, y Daisy se quedó tan alterada como furiosa. En ese momento, no le importaba que el obispo le impusiera un marido. Solo sabía que no se casaría con Robert en ningún caso. Aquel canalla no iba a tocar su dinero.

Además, ahora tenía un problema mayor: cómo avisar a Cailean de lo que se le venía encima. Si hubiera podido, habría hablado con su tío Alfonso, pero se había marchado a Chatwick Hall a atender unos asuntos.

Mientras se preguntaba qué podía hacer, Ellis abrió la puerta y asomó la cabeza.

–Pasa, cariño –dijo ella.

Ellis corrió hacia su madre y la abrazó. Llevaba capa, al igual que Belinda, quien apareció después.

–¿Adónde vais?

–A dar un paseo.

–Tiene que estirar las piernas. Ha estado demasiados días en carruajes, por no mencionar ese condenado barco –explicó Belinda, arrugando la nariz–. El hijo de la señora Cooper pasó un año en cama por culpa de unas fiebres, y nunca volvió a ser el que era.

Daisy sonrió y dijo a su hijo, guiñándole un ojo:

–En ese caso, tendrás que salir a pasear. De hecho, te ordeno que salgas a pasear con la prima todos los días.

–Sí, mamá.

–Aunque, si prefieres que se quede aquí para estar presente cuando llegue el obispo... –añadió Belinda.

–No, gracias. Prefiero verlo a solas –replicó–. Me temo que será una reunión complicada. He rechazado la oferta del capitán Spivey.

Belinda se quedó boquiabierta, y Ellis miró a su madre con asombro.

–¿Recuerdas que te conté que tenía que casarme de nuevo? Es lo que tu padre quería –declaró Daisy.

–Sí, lo recuerdo.

–Pues el capitán Spivey pretendía casarse conmigo y convertirse en tu padrastro. Sin embargo, no estoy enamorada de él.

–Entonces, quiero que te cases con Cailean.

A ella se le encogió el corazón.

–Yo también quiero, cariño, pero es imposible.

–¿Por qué? ¡A mí me gusta Escocia!

–Porque eres un vizconde inglés. Tienes que recibir una educación adecuada, y conocer el mundo que te vas a encontrar cuando seas mayor – declaró su madre–. Escocia no te puede dar eso. Auchenard es para cazar, no para vivir.

Ellis se quedó cabizbajo, mirando la alfombra.

–Me alegra que no te vayas a casar con el capitán –acertó a decir.

Daisy le dio un beso en la frente.

–No me casaría con él ni aunque fuera el único hombre de la Tierra. Anda, ve a pasear con Belinda, que yo tengo que hablar con el obispo. Nos veremos antes de cenar.

Cuando ya se habían marchado, Daisy se levantó, se arrastró hasta el mueble donde estaban los licores y se sirvió un whisky. No solía beber, pero se había acostumbrado a su sabor y, aunque el suyo no fuera tan bueno como los que se había tomado en Balhaire, agradeció el calor en la garganta.

Luego, dejó el vaso a un lado y se detuvo ante la ventana. Era un día gris, tan triste como sus propios pensamientos. Belinda y Ellis, que se alejaban hacia Hyde Park, se cruzaron con el obispo Craig y los dos hombres que lo acompañaban. Al verlos, Daisy se sintió súbitamente enferma, y alcanzó la licorera de whisky para tomarse otro.

Al cabo de unos minutos, Rowley hizo entrar al obispo. Llevaba alzacuellos, levita negra y camisa del mismo color, al igual que sus acompañantes. Daisy no recordaba haberlos visto antes, pero tampoco le dio importancia. Se limitó a mirar al obispo y hacerle una reverencia.

–Milord...

Craig avanzó, se detuvo ante ella y, para su sorpresa, le dio un beso en la mejilla. Después, retrocedió y entrecerró los ojos.

–*Madame*, me encantaría darle la bienvenida tras su absurdo viaje a Escocia, pero detecto un olor a whisky en su aliento.

Daisy se llevó la mano a la boca.

–He tomado un sorbito, pero a efectos puramente medicinales.

–Medicinales –repitió él, frunciendo el ceño–. Ah, no sé qué hacer con usted. En su búsqueda de diversiones mundanas, ha arriesgado la vida del vizconde Chatwick.

Daisy se puso tensa. Para empezar, porque ella nunca habría hecho nada que pusiera en peligro la vida de su hijo y, para continuar, porque el obispo la estaba llamando frívola en su propia casa.

—Su difunto esposo hizo bien al incluir esa cláusula en el testamento —continuó Craig—. Obviamente, era consciente de que no podía confiar en usted.

Daisy deseó estrangularlo, pero se refrenó.

—El capitán Spivey me ha dicho que tiene intención de pedir su mano, pero también me ha dicho que alberga sentimientos impropios hacia un contrabandista escocés. Sinceramente, no entiendo cómo puede someter a su hijo a semejante vergüenza. ¿Es que no le importa su bienestar?

Ella tuvo que dar un paso atrás para no rendirse a la tentación de pegarle un puñetazo en su aguileña nariz.

—Por supuesto que me importa, milord. Siempre me ha importado —contestó, intentando mantener el aplomo—. Hace mal al prestar oídos al capitán Spivey. He rechazado su oferta, y debo añadir que sus injustificados celos nos han puesto en peligro a mi hijo y a mí.

El obispo arqueó una ceja.

—¿Sus qué?

—Sus injustificados celos. Es un hombre extremadamente celoso, que ha imaginado amor donde no lo había.

—¿A qué se refiere?

—A que se presentó en la mansión escocesa de mi hijo sin invitación previa. Además, jamás le di a entender que quisiera ser su esposa. De hecho, lo rechacé cuando éramos jóvenes porque lord Chatwick había conquistado mi corazón. Imagine mi sorpresa cuando apareció en Auchendar y afirmó que siempre había estado enamorado de mí.

El obispo la miró con incertidumbre.

—Pues él lo presenta de un modo distinto.

—Por supuesto, milord. Está enfadado porque lo rechacé. Si quiere, pregunte a mi tío o a mi prima. El capitán creyó equivocadamente que lo había rechazado porque estaba encaprichada de nuestro vecino, el señor de Arrandale, hijo del señor de Balhaire. Los Mackenzie son una familia muy poderosa en Escocia. Y, desde luego, no se dedican al contrabando —mintió.

—¿Está segura de eso? Se lo pregunto porque el capitán afirma que se enfrentó a él en alta mar.

—¡En alta mar! —Daisy soltó una carcajada—. ¿Cómo puede reconocer a un

hombre al que vio un momento en otro barco, muy alejado del suyo? Es del todo imposible, y lamento que haga acusaciones tan graves contra un buen vecino que, además, es amigo de mi tío.

Daisy se dio cuenta de que se había ganado la atención del obispo, así que incidió en el mismo discurso.

–El capitán está absolutamente equivocado. Tuve ocasión de viajar a Balhaire, donde nos recibieron con los brazos abiertos, y le aseguro que no vi ningún barco de contrabandistas. A decir verdad, sospecho que el capitán Spivey hablaría mal de cualquier persona que ponga en peligro sus ambiciones, es decir, quedarse con el dinero de mi hijo.

–Eso también es una acusación grave.

–Pero es la verdad, milord. ¿No le parece obvio? Renunció a su cargo en la Marina Real. ¿Habría renunciado a unos ingresos nada despreciables si no hubiera tenido en mente la fortuna de lord Chatwick?

El obispo lanzó una mirada a sus ayudantes y, a continuación, volvió a mirar a Daisy.

–Sea como sea, eso ya no tiene importancia. Spivey ha demostrado que no la merece y, en consecuencia, jamás le aconsejaría que se case con él.

–No podría estar más de acuerdo.

–En fin, dejaremos la oportunidad de su viaje a Escocia y sus dudosas compañías para otra ocasión. Pero, por favor, siéntese. Tenemos mucho que hablar.

Daisy suspiró y se sentó. El obispo cruzó las manos por detrás de su larga levita y se puso a caminar delante de ella, como si estuviera a punto de impartirle una lección.

–Como bien sabe, es crucial que encuentre marido. Ya lo ha retrasado en exceso, milady. Y he llegado a la conclusión de que solo hay dos hombres apropiados que estén dispuestos a casarse con usted.

A Daisy le pareció una afirmación de lo más ofensiva. ¿Que solo había dos hombres dispuestos a casarse con ella? Le parecía difícil de creer, pero no dijo nada.

–El primer caballero es un hombre de edad avanzada –prosiguió el obispo.

–¿Qué edad tiene?

–Más de cincuenta.

Daisy palideció.

–No obstante, lord Vanderberg es un cristiano devoto y, desde mi punto de

vista, sería una buena influencia para lord Chatwick. De hecho, creo que es el mejor candidato.

Daisy no tenía la opinión del obispo en gran estima, y, aunque la hubiera tenido, no se habría casado con ese hombre en ningún caso. En primer lugar, porque le parecía demasiado viejo para una mujer que acababa de cumplir veintinueve años y, en segundo, porque no quería que su tímido y dulce hijo acabara sometido a un devoto.

—El segundo caballero, lord Yarbrough, es algo más joven que usted.

Daisy estuvo a punto de gemir. No conocía personalmente a lord Vanderberg, pero conocía muy bien a lord Yarbrough. De hecho, no había ninguna mujer en Londres que no lo conociera. Era un libertino con más amantes que años de vida.

—Soy consciente de que puede llegar a ser bastante atrevido, pero asiste puntualmente a la iglesia y ha demostrado un gran sentido de la responsabilidad con la fortuna de su familia. Sería un buen administrador de la herencia de lord Chatwick.

Daisy pensó que ella también era una buena administradora de su herencia, como había demostrado durante los últimos años. No necesitaba que un hombre hiciera su trabajo.

—Los dos tienen contactos excelentes, que serían de gran ayuda para milord en los tiempos venideros. Si le parece bien, los invitaré a su casa para que los conozcan a usted y a su hijo —continuó él—. Por supuesto, la ayudaré a tomar la decisión más adecuada; pero, en todo caso, le enviaré un mensaje con todos los detalles. ¿Lo ha entendido bien?

—Lo he entendido perfectamente. Gracias, milord.

—Excelente.

El obispo debió de pensar que su trabajo había terminado, porque hizo un gesto a sus acompañantes para que lo siguieran.

—Que pase un buen día, lady Chatwick.

—Lo mismo digo.

Los ayudantes del obispo salieron de la habitación, pero Daisy detuvo a Craig en el último momento.

—Espere, milord...

—¿Sí? —dijo él, impaciente.

—Si no recuerdo mal, mi difunto esposo no especificó en el testamento que usted deba aprobar o desaprobarme mi elección.

–No sé si la entiendo.

–Me refiero a que expresó su deseo de que me ayudara a encontrar marido, pero no dijo que me lo buscara usted.

El obispo dio un paso hacia ella. No era mucho más alto que Daisy, pero la miró con tal desaprobación que se sintió minúscula a su lado.

–Tiene una audacia verdaderamente inapropiada para una dama de su alcurnia, *madame* –dijo, muy serio–. Sabe tan bien como yo que su esposo quería que le encontrara marido.

–Que me ayudara a encontrarlo, que es distinto –puntualizó ella–. Soy una mujer adulta, capaz de tomar sus propias decisiones.

–¿Cree acaso que mis candidatos son cuestionables? –preguntó Craig, ofendido–. ¿No le parecen mejores que todos los hombres a los que ha estado viendo últimamente?

Daisy alzó la barbilla.

–Sus candidatos son tan cuestionables como esta conversación.

El obispo frunció el ceño, evidentemente enfadado.

–Piense lo que quiera, pero estará de acuerdo conmigo en que debe cumplir las estipulaciones del testamento. Ya ha disfrutado bastante de su libertad, milady. Ha interpretado muy bien el papel de viuda alegre. Pero se tiene que casar y, si no encuentra a un hombre mejor que mis candidatos, será mejor que se trague su indignación fingida y empiece a ser una buena madre.

Daisy no tuvo ocasión de contestar, porque él dio media vuelta y salió de la habitación antes de gritar algo a sus ayudantes y marcharse con un portazo, como había hecho el capitán.

Sin embargo, Daisy solo pensó que ya había encontrado a un hombre incomparablemente mejor que los candidatos del obispo: un caballero, un soldado, un cazador y un amante escocés.

Luego, echó un vistazo a su alrededor, vio el vaso vacío de whisky y lo lanzó contra la chimenea con todas sus fuerzas. El cristal se rompió en mil pedazos. Y ella, que acabó de rodillas en el suelo, casi rendida ante la dura realidad, se rompió en otros tantos.

Capítulo 21

Cailean llegó a la casa de Audley Street con sus mejores galas, preparado para hablar con Daisy. No era la primera vez que pasaba por delante del domicilio de los Chatwick; tras su llegada a Londres, se había acercado un momento por curiosidad, aunque solo había visto criados y algunas visitas de ropa elegante y pelucas elaboradas que entraban y salían.

Pero esta vez no estaba allí para mirar, sino para solventar el problema con la mujer de sus sueños. Y, cuando ya se dirigía a la puerta, apareció un carruaje del que salieron cuatro hombres, tres con ropa de religiosos y un cuarto con casaca de seda y camisa de encaje.

Cailean se detuvo, pensando que su aspecto no estaba a la altura del caballero en cuestión. Además, uno de los religiosos era evidentemente el obispo y, en cualquier caso, entraron en la casa antes de que él pudiera reaccionar.

De repente, cayó en la cuenta de que el hombre de casaca de seda debía de ser uno de los pretendientes de Daisy. No tenía nada de particular, teniendo en cuenta que llevaba tres semanas en Londres y que todos los cazafortunas de la ciudad se habrían enterado ya de su regreso. Pero se sintió completamente estúpido. ¿Creía de verdad que podía salir de las Tierras Altas y pedir la mano de una aristócrata inglesa?

Cailean retrocedió hasta Grovesnor Square, desde donde podía ver la casa. Luego, se sentó en un banco y se preguntó qué debía hacer.

Al cabo de un par de minutos, vio a una niñera con un niño; y, cuando los reconoció, su corazón se alegró al instante. Eran Belinda Hainsworth y Ellis, quienes parecían haber salido a dar un paseo.

Cailean se levantó y caminó hacia ellos entre los peatones, caballos y carruajes que abarrotaban la calle. Estuvo a punto de perderlos cuando giraron

en una esquina, pero los volvió a localizar y, como sus pasos parecían llevarlos a Hyde Park, se adelantó con intención de interceptarlos en el parque, que conocía bien porque había estado muchas veces de joven.

Su plan funcionó a la perfección. En cuanto el niño lo vio, soltó la mano de Belinda y corrió hacia él.

—¡Cailean!

Cailean se puso de cuchillas y abrazó al muchacho, sorprendido por lo mucho que lo había echado de menos.

—Vaya, pero si es lord Chatwick...

—¡Has venido! —exclamó el pequeño, encantado—. He rezado para que vinieras.

—¿En serio? Pues parece que los cielos te han escuchado —replicó Cailean entre risas.

En cambio, Belinda no se alegró tanto de verlo como el niño. De hecho, le lanzó una mirada de pánico.

—¡No debería estar aquí! —dijo, separándolo de Ellis.

—No, no debería, pero tengo que atar unos cabos sueltos.

—Pues déjelo para otro momento —declaró ella, visiblemente nerviosa—. Lady Chatwick está con el obispo.

—¿Se va a casar con Spivey?

Belinda no pudo contestar. La pregunta de Cailean había sido tan directa que se quedó sin habla.

—No, pero se va a casar con uno de los candidatos que le ha buscado el señor Craig —dijo el pequeño.

A Cailean se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Ya ha llegado a un acuerdo con alguno?

—Todavía no —respondió la prima de Daisy.

Él respiró aliviado.

—Señorita Hainsworth, necesito que me ayude.

Belinda sacudió la cabeza y echó un vistazo a su alrededor, como si tuviera miedo de que alguien los viera.

—No debería estar aquí, señor. Si alguien lo reconoce...

—Tiene que ayudarme, señorita —insistió él—. Si no me ayuda, su prima se verá obligada a tomar una decisión que tendrá consecuencias graves para toda su familia.

—Pero el obispo... No, no puedo hacer eso. No puedo desafiarlo. ¡Mi alma

inmortal acabaría en el infierno!

–Todo lo contrario. Si ayuda a su prima a ser feliz en la Tierra, estoy seguro de que su alma inmortal acabará en el paraíso –alegó Cailean.

–¡Tiene razón, Belinda! –intervino el niño.

Belinda se mordió el labio inferior.

–No, no. Lo siento mucho, milord, pero no le puedo ayudar.

Cailean se hundió, sintiéndose nuevamente derrotado.

–Yo te ayudaré –dijo Ellis con vehemencia.

–Eres un gran muchacho, pero no creo que me puedas ayudar en un asunto así. No, tendré que resolverlo por mi cuenta... En fin, sigue con tu paseo, amigo mío. Puede que nos veamos dentro de un rato en casa de tu madre.

–No puede hacer eso –protestó Belinda.

Cailean no le hizo caso. Podía y debía hacerlo, así que se despidió de ellos y volvió sobre sus pasos, dirigiéndose otra vez a Audley Street. Pero, segundos después, Belinda gritó:

–¡Espere!

Cailean alzó la vista al cielo, sintiéndose enormemente agradecido. Y, luego, se dio la vuelta.

Capítulo 22

Tres días antes, el obispo había llevado a lord Vanderberg a casa de Daisy. El caballero llevaba una peluca mal empolvada, cuyo olor dejaba mucho que desear. Además, sus piernas larguiruchas no alcanzaban a llenar sus pantalones, y su tono de piel, tirando a gris, desagradó bastante a su anfitriona.

Cuando llegó, la saludó con una sonrisa cálida, enseñó su Biblia a Ellis y se interesó sobre la educación religiosa del muchacho.

–Voy a la iglesia con mi madre –contestó el niño en voz baja.

–Excelente –dijo lord Vanderberg–. Y ahora, ¿serías tan amable de marcharte con tu institutriz, para que pueda hablar con lady Chatwick?

–Por supuesto, milord.

El niño se fue, y lord Vanderberg hizo un gesto a Daisy para que lo acompañara al otro extremo de la estancia, lejos del obispo y sus hombres. Una vez allí, la invitó a sentarse en la única silla disponible, quedándose él de pie.

–El obispo me ha dicho que ha disfrutado de su libertad durante los últimos años.

–¿Cómo? –preguntó ella, desconcertada.

–Me refiero a que, según él, no ha ido a la iglesia tan a menudo como debería. ¿Es eso cierto?

Daisy lanzó una mirada al obispo, que fingía estar leyendo la Biblia.

–No sabía que ir a la iglesia fuera importante en el asunto que nos ocupa.

–Sí, bueno... Permítame que sea sincero con usted, milady. Para que lleguemos a un acuerdo, debo estar seguro de que usted es una devota al servicio de nuestro señor.

Daisy tuvo la impresión de que lord Vanderberg no esperaba que estuviera precisamente al servicio de Dios, sino de él. Pero, por supuesto, se lo calló.

–¿Noto quizá alguna duda al respecto? –prosiguió el caballero, arqueando una ceja.

–No, ni mucho menos. Es que me ha dejado sorprendida. Hasta ahora, nadie había cuestionado mi devoción cristiana.

–¿Ah, no? Pues yo creo que la debemos cuestionar todos los días –sonrió él, enseñándole una dentadura amarillenta–. Y estando un niño de por medio, como lo está lord Chatwick, es doblemente importante.

Daisy había dejado de oír lo que estaba diciendo, porque se sentía realmente enferma. Pero, por suerte, lord Vanderberg se marchó poco después, aunque aún tuvo tiempo de pedirle que inclinara la cabeza y rezara con él por la salvación de Ellis.

Y tres días más tarde, llegó el turno de lord Yarbrough, quien estuvo sonriendo de forma lasciva durante todo su encuentro, a pesar de que el obispo también estaba presente.

Daisy pensó que por lo menos era atractivo, aunque era lo único bueno que se podía decir de él. No podía imaginar que pocos minutos más tarde se marcharía con la excusa de que tenía una cita previa, y tampoco habría podido imaginar que regresaría una hora después, ya sin la compañía del obispo.

Cuando Rowley le hizo pasar al salón, lord Yarbrough hizo una reverencia a Daisy y dijo:

–Discúlpeme, *madame*, pero he pensado que nuestra reunión sería más productiva sin la mirada vigilante del señor Craig.

Daisy sonrió, pensando que en eso estaban de acuerdo. Y la sonrisa se le congeló en los labios cuando, en lugar de besarle la mano, se la lamió.

–Me habían dicho que era una mujer muy bella, lady Chatwick, pero esa descripción se queda bastante corta.

Daisy apartó rápidamente la mano.

–Le advierto que mi hijo llegará en cualquier momento...

–Ah, qué lástima –replicó–. Por cierto, ¿dónde estudia lord Chatwick? Yo me eduqué en Framingham, lugar que le recomiendo vivamente.

Daisy se estremeció, porque Framingham estaba muy lejos. Al parecer, lord Yarbrough quería quitarse al niño de encima.

–Mi hijo tiene un tutor –contestó.

–Es una buena idea, pero debería estar con muchachos de su edad –dijo, comiéndosela con los ojos–. Además, una mujer recién casada debería estar libre de obligaciones maternas; al menos, durante una temporada. El amor

lleva su tiempo.

–Milord...

–¿Cuánto lleva viuda? ¿Tres años? –la interrumpió–. Debe de estar ardiendo de deseo.

Él se inclinó hacia delante y le pasó un dedo por el escote, pero Daisy le apartó la mano.

–¿Esta es su forma de cortejarme?

Lord Yarbrough soltó una carcajada.

–No hay necesidad de cortejarla, *madame*. Es una simple cuestión de llegar a un acuerdo y, cuando lleguemos a él, será legalmente mi esposa y tendrá todos los privilegios que eso conlleva.

–¿Y si no llegamos a un acuerdo?

Él se encogió de hombros.

–Entonces, lo sentirá mucho. Si yo fuera una mujer, preferiría acostarme con un hombre con sangre en las venas antes de condenarme a otro que solo se acuesta con la Biblia. Daisy se puso a temblar. Pero de rabia, frustración y asco.

–Le ruego que se marche, milord.

Él sonrió con petulancia y le acarició la mejilla.

–Como desee –dijo–. Cuando recupere la cordura, envíeme un mensaje. Hablaremos con el obispo y, como él mismo ha sugerido, analizaremos la situación.

Lord Yarbrough le guiñó entonces un ojo y se fue, dejándola sumida en la mayor de las indignaciones. En ese momento, estaba harta de todo. No soportaba la idea de que individuos como Vanderberg o Yarbrough la tocaran, y se lamentó amargamente de no haber buscado ella misma un marido, aunque solo fuera porque se habría ahorrado aquella tortura.

–¿Daisy?

Daisy se giró hacia la puerta. Era su prima.

–Ah, hola, no te había oído. Discúlpame, es que no me encuentro bien.

Belinda corrió a su lado.

–¿Estás enferma?

–¡Del corazón! –exclamó ella–. Lo tengo completa y absolutamente partido... Oh, Belinda, ¿qué puedo hacer? No puedo casarme con uno de esos hombres.

–Pues no te cases.

–Sabes de sobra que, si no me caso con uno, lo perderé todo. ¡Cuántas veces me habrás dicho que estaba perdiendo el tiempo y que debía buscar marido cuanto antes! ¿Por qué no te hice caso?

–La señora Cully, que se encontraba en una situación parecida a la tuya, acabó bastante mal. Pero lo suyo fue distinto, claro. Cuando su marido murió, descubrió que le había dejado un montón de deudas. La pobre acabó en la cárcel.

Daisy cerró los ojos y soltó un gemido de desesperación.

–Hay algo que quiero enseñarte –continuó Belinda.

–No, déjalo para otro momento –replicó su prima, sacudiendo la cabeza–. No estoy de humor.

–Pero esto te gustará.

Daisy gimió de nuevo.

–Ahora mismo, no hay nada que me pueda gustar. Salvo convertirme súbitamente en un hombre.

Su prima frunció el ceño.

–Mira, Daisy, nunca te he pedido nada, pero ahora te pido que me acompañes.

Belinda abrió la puerta, llamó al mayordomo y le dijo:

–Por favor, trae nuestras capas.

–¿Qué? No, nada de eso –dijo Daisy.

Belinda no le hizo caso. Esperó a que Rowley les llevara las capas y, a continuación, le dio una.

–Vamos, ven conmigo. Hace días que no sales de casa.

Daisy, que no la había visto nunca tan decidida, no tuvo más remedio que dar su brazo a torcer.

–De acuerdo. Pero espero que me guste de verdad.

Antes de que salieran, Belinda intentó convencerla de que se dejara arreglar el peinado, con el argumento de que se le habían soltado un par de mechones. Sin embargo, Daisy se negó. Su vida estaba en tal punto que ya no le importaba nada y, mucho menos, su peinado.

Ya en la calle, se vieron sometidas al azote del viento; pero, en lugar de intentar volver a la casa, Belinda la tomó de la mano y empezó a caminar con la cabeza bien erguida, prácticamente arrastrándola.

–¡Hace un frío terrible! –protestó su prima–. ¿Adónde me llevas?

Belinda no contestó.

Media hora más tarde, Daisy se cansó de caminar y, tras detenerse, repitió la misma pregunta. Belinda se limitó a señalar una pequeña iglesia, que estaba más arriba.

–No me lo puedo creer. ¿Me has sacado de casa con este tiempo para llevarme a una iglesia? ¿Te has vuelto loca?

–Tú ven conmigo –le ordenó, casi enfadada.

–¡No! –dijo Daisy, tajante.

–Haz algo por mí, ¿quieres? Aunque solo sea una vez.

Daisy respiró hondo, pensando que Belinda tenía razón. Era cierto que nunca le pedía nada. Se contentaba con tener comida y techo, y siempre la ayudaba en todo lo que podía.

–De acuerdo.

Belinda pareció sorprendida con su pequeña victoria, aunque no la apaciguó. Siguió andando a buen paso, y Daisy la siguió obedientemente hasta que llegaron a la entrada de la iglesia, donde se quejó al ver que tenía barro en el dobladillo de las faldas.

Sin embargo, Belinda se mostró tan implacable como hasta entonces: hizo caso omiso, abrió la puerta del templo y la metió dentro.

Un vicario anglicano de cabello revuelto y ojos legañosos las recibió.

–Bienvenida –le dijo a Daisy, sonriendo como si la conociera.

Daisy se quitó la capa.

–Discúlpenos. No pretendíamos molestarle...

El vicario asintió y desapareció en el interior de la iglesia.

–¿Me has traído aquí para rezar, Belinda? Bueno, supongo que me hace falta.

–Anda, entra en la nave central. Yo te sigo.

Daisy se encogió de hombros, pensando que, ya que estaban allí, no le costaba nada sentarse en un banco y rezar. Si su prima creía que era lo que necesitaba, la complacería y, de paso, pediría un milagro.

Cuando entró en la nave central, vio que el presbiterio estaba lleno de velas encendidas, lo cual le sorprendió; pero su sorpresa fue incomparablemente mayor al ver al hombre que la estaba esperando: Cailean.

Era él. Por increíble que fuera, era él.

Daisy no entendió nada de nada. Estaba tan ansiosa y su corazón latía tan deprisa que no podía ni pensar. Se había quedado petrificada; petrificada de amor y de asombro.

Cailean llevaba casaca, chaleco y pantalones. Se había peinado el pelo hacia atrás y, aunque llevaba la misma coleta de siempre, su aspecto era ligeramente distinto. Sin embargo, Daisy no se paró a analizar el motivo. Estaba allí, delante de ella. Y no se atrevió ni a parpadear, por miedo a que fuera un espejismo y desapareciera de repente.

Pero no desapareció. De hecho, avanzó con paso cauteloso y, al llegar a su altura, la abrazó.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella.

—Pregúntaselo a Belinda. Me costó convencerla, pero al final se apiadó de mí y decidió ayudarme.

—Pero, ¿qué haces aquí? —dijo, mirándolo con adoración—. Es muy peligroso.

—Yo diría que es evidente. No puedo vivir sin ti, Daisy. Mi mundo era gris hasta que llegaste a Auchendar y lo llenaste de luz. Fui un estúpido al permitir que te marcharas.

Ella guardó silencio, sin saber qué decir.

—No esperaba enamorarme de ti, pero me enamoré por completo —prosiguió Cailean—. Te amo. Te amo con locura, y prefiero morir antes que perderte.

—¿Cómo? —dijo Daisy, sin salir aún de su asombro.

—Dime que no es demasiado tarde. Por Dios, dime que no lo es.

—¿Y qué me dices de Escocia, de Balhaire, de Arrandale? ¿Qué pasará con tu... trabajo, por así llamarlo? ¿Qué pasará con mi hijo? No ha cambiado nada, Cailean.

—Por supuesto que ha cambiado. Te dije que, cuando un montañés quiere algo, lo toma; pero yo llevaba mucho tiempo sin aplicarme ese consejo y, durante estas últimas semanas, que han sido las más tristes de mi vida, he comprendido que cometí un error al dejarte ir. He venido a casarme contigo, *leannan*. Y, si me aceptas, el vicario nos casará ahora mismo.

Daisy se quedó boquiabierta y sumida en el desconcierto más absoluto. ¿Le estaba pidiendo que se casara con él? ¿Y en ese mismo momento? Era una verdadera locura. Aunque, por otra parte, lo deseaba con toda su alma. Y haría feliz a su hijo.

No se dio cuenta de que estaba llorando hasta que sintió el sabor de las lágrimas en los labios.

—Oh, Dios mío —dijo en voz baja—. Oh, Dios mío.

—¿Aún estás enamorada de mí?

Daisy temblaba de emoción. Se sentía como si el peso de sus preocupaciones hubiera desaparecido y fuera súbitamente ingrávida. Era algo absurdo, porque sus problemas seguían siendo tan reales como siempre; pero, en cualquier caso, se sentía más ligera.

–Por el amor de Dios, ¿es que no vas a decir nada? –insistió él.

Daisy sonrió.

–Claro que estoy enamorada de ti. Más que nunca, Cailean. Eres la respuesta a todas mis plegarias –le confesó–. Pero, ¿qué será de nosotros? ¿Qué será de Ellis? Robert ha amenazado con entregarte a las autoridades si...

–¿Qué?

–Sin embargo, sé que mi hijo tendrá un buen padre contigo –continuó ella, sin contestar a su pregunta–, y que yo tendré un buen esposo. Sí, Cailean, me casaré contigo.

Él suspiró, aliviado.

–*Mo maise, mo muirninn* –dijo, mirándola con emoción–. Gracias. Gracias por hacerme el hombre más feliz de la tierra.

Cailean la besó, y Daisy soltó una carcajada cuando Belinda se le acercó por detrás y la abrazó entre sollozos.

–¡Gracias al cielo! –exclamó su prima–. Iré a buscar al vicario.

Y así, durante una tarde insoportablemente fría, Daisy se casó con su verdadero amor. Ya no le importaba el escándalo que quizá provocaría su matrimonio. No le preocupaba la posibilidad de que la trataran como a una apestada, ni que el obispo censurara su actitud. Solo le importaba que Ellis y ella habían encontrado un hombre que los querría y protegería siempre.

Cuando el vicario los declaró marido y mujer, Daisy besó a Cailean con toda la fuerza de su alegría y de su esperanza. Y luego, estuvo a punto de desmayarse de felicidad.

Belinda demostró ser sorprendentemente ingeniosa. Al parecer, había ordenado a Rowley que enviara un baúl con pertenencias de Daisy a la casa de Knox Armstrong, el tío de Cailean. Y cuando llegaron a Portland Street, su prima descubrió que tenía todo lo que podía necesitar.

Cailean la convenció de que se quedaran dos o tres días en casa de su tío, con el argumento de que era lo más conveniente en su situación:

–Ya estamos legalmente casados. Nuestros nombres están en el registro de

la iglesia. Pero, si el obispo se entera, podría anular nuestro matrimonio... salvo que lleves unas cuantas noches en brazos de tu esposo, claro. En ese caso, el matrimonio estará consumado y no podrá hacer nada.

–Magnífica idea. Pero, ¿qué hacemos con Ellis?

Cailean sonrió.

–Espero que no te importe, pero le he escrito una nota y le he pedido a Belinda que se la lleve. Tu prima lo traerá mañana por la mañana –replicó, tomándola entre sus brazos–. Y ahora, querida lady Mackenzie, atiende un poco a tu marido.

–Será un placer –dijo, y lo besó.

–El placer es todo mío, *leannan*.

Cailean la llevó a la habitación principal, que estaba en el piso de arriba y la dejó en la cama. Después, se puso encima de ella y la miró con tanto amor como deseo.

–Te he echado mucho de menos, Daisy. No sabes hasta qué punto.

–Pues demuéstremelo.

Él le puso una mano en el muslo y empezó a subir. Ella suspiró, encantada.

Epílogo

Un año después

En la pared de la salita de Daisy, colgado junto a la puerta, había un cuadro de Belinda. Era una imagen de la iglesia donde se habían casado, aunque el obispo Craig hizo lo posible por romper su matrimonio cuando estalló el escándalo de la boda clandestina de lady Chatwick con un pecaminoso escocés, boda de la que ella no se arrepentía.

El obispo era un hombre muy poderoso, pero resultó que no tenía tanto poder como el tío de Knox, quien se llevaba de perlas con el arzobispo de Canterbury. Al parecer, se habían conocido en una cacería, y se habían hecho tan amigos que el arzobispo decidió intervenir en su favor.

No obstante, y a pesar de que se habían salido con la suya, Knox insistió en que Daisy y Cailean obtuvieran un permiso especial y se casaran de nuevo; pero esta vez, con el arzobispo como sacerdote. De esa forma, nadie podría cuestionar su matrimonio.

Daisy y Cailean aceptaron de buena gana; sobre todo, porque Ellis no había estado presente la primera vez. Y si había alguien que estaba particularmente contento con su boda, ese era el niño. Daisy no lo había visto tan feliz en toda su vida.

Al final, se fueron a vivir a Chatwick Hall por simple y pura necesidad. Londres estaba lleno de gente que criticaba su boda, y el mayor de los críticos era Robert Spivey, quien acusó públicamente a Cailean de ser un contrabandista. Sin embargo, no lo podía demostrar, así que ellos solo tenían que negarlo.

A pesar de ello, tenían miedo de que las autoridades se presentaran en cualquier momento y apresaran a Cailean, de modo que Daisy le convenció

para que pidiera consejo a un primo de lady Beckinsal, que era abogado.

El señor Barnabus Wilkins se presentó amablemente en su casa y les explicó que no había pruebas contra Cailean; y sin pruebas físicas de ninguna clase, nadie podía demostrar que fuera un contrabandista. Pero les aconsejó que dejaran Londres de inmediato, motivo por el cual se marcharon más tarde a Chatwick Hall.

—¿Y qué pasará con el capitán Spivey? —le preguntó Cailean—. ¿Qué impedirá que siga haciendo ese tipo de acusaciones?

—Me temo que no se puede impedir. Y, si insiste en sus difamaciones, le puede complicar la vida —respondió el letrado—. Sin embargo, no creo que siga por ese camino, porque va a estar bastante ocupado. Tengo entendido que le han ofrecido un cargo en el *St. Maria*.

—¿El *St. Maria*? —preguntó Cailean.

—Es un barco de la East India Company. Evidentemente, el capitán quiere hacerse rico con el comercio de especias —contestó, mirándolo con intensidad—. Si yo fuera usted, me mantendría alejado del mar durante una temporada.

—Está bien. Seguiré su consejo.

Afortunadamente, el señor Tuttle se había encariñado tanto de Ellis que se prestó a marcharse con ellos a Chatwick Hall y encargarse de sus estudios hasta que el muchacho tuviera edad de ir a la universidad.

Por supuesto, tenían intención de volver a Escocia en algún momento, pero Cailean hizo lo posible por acostumbrarse a la vida en Inglaterra, aunque nunca se sintió del todo a gusto en el país. Y, una noche, le confesó a su esposa que aún temía que las autoridades se presentaran en la casa y lo detuvieran.

—Si tuvieran intención de detenerte, ya lo habrían hecho —objeto ella.

—Sí, pero nunca debes dar la espalda a los *sassenach*, *leannan*.

A pesar de ser feliz con ella, Cailean seguía desconfiando de sus compatriotas, y era evidente que nunca dejaría de desconfiar. Pero, por lo demás, llevaban una vida bastante despreocupada.

Todos los días, Cailean salía a pescar o a cazar con Ellis. Dedicaban tanto tiempo a seguir rastros de ciervos que Daisy casi no lo podía soportar. Hasta construyeron un pequeño fuerte en el bosque, y Cailean enseñó al muchacho a disparar. Pero, en el fondo, Daisy estaba encantada. Gracias a su marido, Ellis había dejado de ser un chico enfermizo.

En cuanto a ella, decidió crear el jardín más bello de todo Nottinghamshire.

Su estancia en Auchendar la había convertido en una amante de la jardinería y, cuando se empeñó en hacerlo sola, nadie se atrevió a llevarle la contraria. Cailean comentó una vez que le gustaba verla con hojas en el pelo y tierra en el vestido. Daisy no supo si era sincero, pero supo que la adoraba en cualquier caso, con o sin ropa.

El interés de Belinda por la pintura había alcanzado nuevas cotas gracias al cuadro que había vendido en Balhaire. Se había ganado una buena reputación y, un día, el señor Sudder le pidió que diera lecciones a su hija, quien parecía tener talento para el arte.

A finales de año, Belinda tenía tres alumnos más, y pidió a Daisy que le dejara usar el antiguo invernadero como estudio.

—Es importante que los niños tengan algo que hacer; porque, si están de brazos cruzados, pueden terminar siendo delincuentes —afirmó—. Recuerdo el caso de un joven de Alberwick. No tenía ocupación alguna, y acabó robando un jamón.

—¡Pues no se hable más! No podemos permitir que el campo se llene de ladrones de jamones —ironizó Daisy entre carcajadas.

Alfonso se había ido a vivir a su residencia londinense, para administrar los bienes de Ellis hasta que fuera mayor de edad. Visitaba Chatwick Hall con frecuencia, y siempre tenía alguna anécdota que contar; por ejemplo, que a lord Yarbrough lo habían pillado en la cama con una marquesa, y que habían estado a punto de matarlo a tiros.

Desgraciadamente, las noticias de Escocia no eran buenas. Arran escribió a su hijo para decirle que la revuelta jacobita se estaba extendiendo, y que cada vez había más personas que apoyaban la vuelta de los Estuardo. En consecuencia, les recomendó que permanecieran en Inglaterra, donde Daisy y Ellis estarían más seguros.

Además, Arran también le comentó que le preocupaba la posibilidad de que Rabbie se hubiera sumado a los jacobitas. Sin embargo, Cailean estaba más preocupado por su padre; hasta el punto de que Daisy se despertaba muchas noches y encontraba la cama vacía porque su esposo se había levantado, incapaz de dormir.

Una madrugada, después de hacer el amor, ella le acarició el pecho y dijo:

—¿Te arrepientes?

—¿De haber hecho el amor contigo?

Daisy rio.

–No, de haber venido a Inglaterra.

Cailean se sentó en la cama y frunció el ceño. –¿Por qué me preguntas eso?

–Porque sé que estás preocupado. Sé que te gustaría estar en tu casa, con tu familia.

–Sí, claro que me gustaría, pero está visto que has perdido la cabeza. ¿Es que no sabes cuánto te necesito? Te quiero más que nunca, *leannan*. Te lo dije una vez y te lo vuelvo a decir... mi mundo era gris hasta que tú pusiste luz en él. Y, por mucho que desee volver a Escocia, quiero estar aquí, contigo, con Ellis y con Belinda. No me vuelvas a preguntar eso, por favor.

Ella sonrió contra su pecho.

–Está bien, no te lo volveré a preguntar –susurró—. Te amo, Cailean.

–Sí, lo sé. Y lo sé porque no puedes dejar de tocarme –dijo con humor—. Pero nunca me querrás tanto como yo te quiero a ti.

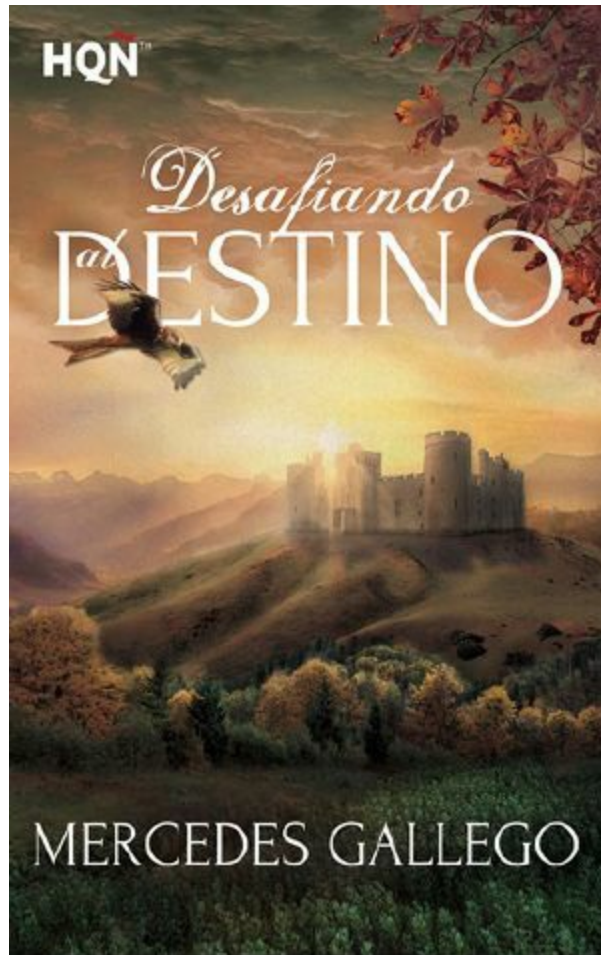
Cailean cerró la boca sobre uno de sus pezones y lo succionó, acallando cualquier posible protesta. Daisy cerró los ojos y se dejó arrastrar hacia un placer que no había sentido nunca durante su primer matrimonio, aunque eso no significaba que estuviera de acuerdo con su marido: desde su punto de vista, nunca la querría tanto como ella a él.

Pero se le acercaba bastante.

La batalla de Culloden (1746), dejó heridas en el paisaje de las Tierras Altas y en sus gentes. Sus pérdidas fueron muy altas, y el castigo de la Corona, implacable.

Rabbie Mackenzie perdió a la mujer con quien pensaba casarse, y cuando sus padres sugirieron que se desposara con la hija de una inglesa, para salvar lo que pudieran de Balhaire, su humillación fue completa. Estaba decidido a que nadie olvidara su dolor, ni la injusticia que se había cometido con las Tierras Altas.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com

HQN™

SARAH
Autora best seller del USA TODAY
MORGAN

Atardecer
en
Central Park



"Un poco dulce y muy sexy"
—Booklist

Atardecer en Central Park

Morgan, Sarah

9788491881452

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En el caos de Nueva York puede ser complicado encontrar el amor verdadero incluso aunque lo hayas tenido delante desde el principio...El amor nunca había sido una prioridad para Frankie Cole, diseñadora de jardines. Después de presenciar las repercusiones del divorcio de sus padres, había visto la destrucción que podía traer consigo una sobrecarga de emociones. El único hombre con el que se sentía cómoda era Matt, pero era algo estrictamente platónico. Ojalá hubiera podido ignorar cómo hacía que se le acelerara el corazón...Matt Walker llevaba años enamorado de Frankie, aunque sabiendo lo frágil que era bajo su vivaz fachada, siempre lo había disimulado. Sin embargo, cuando descubrió nuevos rasgos de la chica a la que conocía desde siempre, no quiso esperar ni un momento más. Sabía que Frankie tenía secretos y que los tenía bien enterrados, pero ¿podría convencerla para que le confiara su corazón y lo besara bajo el atardecer de Manhattan?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora best seller de The New York Times

SUSAN MALLERY

*Lo mejor
de mi
amor*



Lo mejor de mi amor

Mallery, Susan

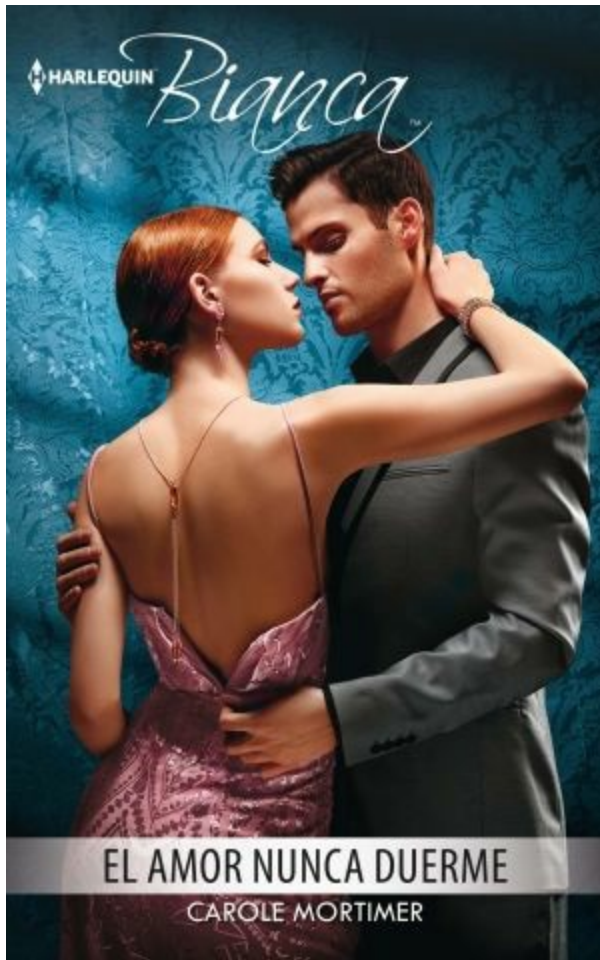
9788491881469

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un intento de superar su doloroso pasado, Shelby Gilmore emprendió la búsqueda de una amistad masculina para convencerse de que se podía confiar en los hombres. Sin embargo, ¿en un pueblo tan pequeño como Fool's Gold dónde iba a encontrar a un tipo que estuviera dispuesto a ser solo su amigo? Aidan Mitchell se dedicaba a crear aventuras en su agencia de viajes... y, también, en las camas de las numerosas turistas que lo deseaban. Hasta que se dio cuenta de que se había convertido en un estereotipo: el del mujeriego que solo valía para una noche, y, peor aún, de que en el pueblo todos lo sabían. Tal vez el experimento sobre la relación entre los dos sexos que Shelby quería llevar a cabo pudiera ayudarle a considerar a las mujeres como algo más que posibles conquistas. Así, sería capaz de cambiar su forma de actuar y recuperaría el respeto por sí mismo. A medida que Aidan y Shelby exploraban las vidas secretas de los hombres y las mujeres, la atracción que surgió entre ellos comenzó a alimentar los rumores en Fool's Gold. Si nadie creía que fueran solo amigos, ¡tal vez debieran darles a los cotillas un tema del que poder hablar de verdad!

[Cómpralo y empieza a leer](#)



EL AMOR NUNCA DUERME

CAROLE MORTIMER

El amor nunca duerme

Mortimer, Carole

9788491881360

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Durmiendo con el enemigo...A Gregorio de la Cruz le daba igual que la inocente Lia Fairbanks lo considerara responsable de haber arruinado su vida. Sin embargo, al comprender que no iba a lograr sacarse a la ardiente pelirroja de la cabeza, decidió no descansar hasta tenerla donde quería.... ¡dispuesta y anhelante en su cama!Lia estaba decidida a no ceder ante las escandalosas exigencias de Gregorio, a pesar de cómo reaccionaba su cuerpo a la más mínima de sus caricias. Sabía que no podía fiarse de él... pero Gregorio era un hombre muy persuasivo, y Lia no tardaría en descubrir su incapacidad para resistir el sensual embate del millonario a sus sentidos...

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

AUTORA BEST SELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

SUSAN MALLERY

*Las chicas
de la
bahía*



Las chicas de la bahía

Mallery, Susan

9788413075174

416 Páginas

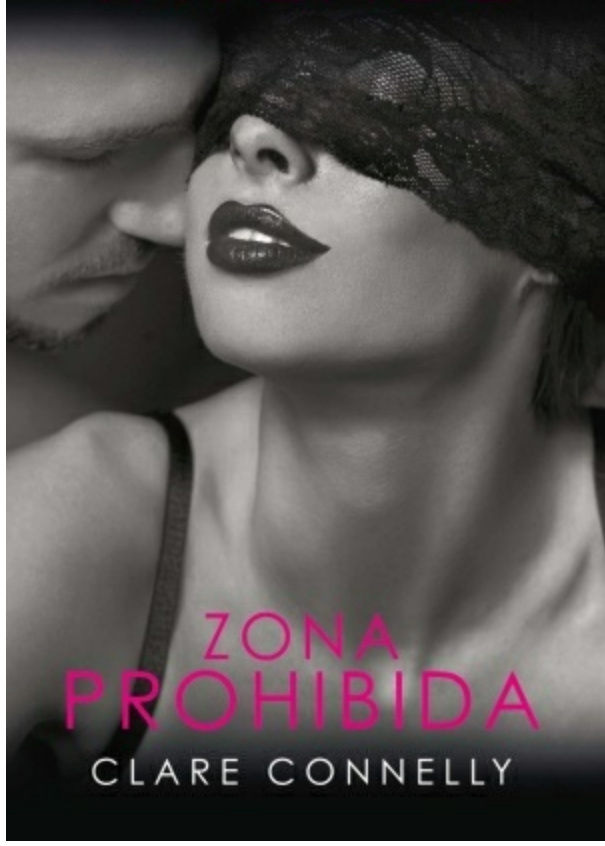
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Nicole Lord quería ser una buena esposa, pero había una gran diferencia entre apoyar a su marido y mantenerlo. Él había dejado el trabajo para escribir un guion de cine que ella no había visto nunca. Ni siquiera ayudaba a cuidar de su hijo y era ella quien tenía que ocuparse de la casa y trabajar. Shannon Rigg había conseguido un puesto de ejecutiva a costa de sacrificar su vida personal, pero ahora se estaba planteando si había tomado la decisión correcta. Una apasionante nueva relación con un tipo fantástico la había convencido de que tal vez no era demasiado tarde... hasta que él lanzó una bomba que le hizo cuestionarse si de verdad podía tenerlo todo. Aunque Pam Eiland adoraba a su marido, sentía cierto desasosiego ahora que sus hijos se habían hecho mayores. Encontrar nuevas y sensuales formas de sorprenderlo devolvió la pasión y el humor a su matrimonio, pero cuando un cambio inesperado puso su vida patas arriba, tuvo que redefinirse. Otra vez. N.J

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ZONA
PROHIBIDA

CLARE CONNELLY

Zona prohibida

Connelly, Clare

9788491889441

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Actual. Atrevida. Independiente. Descubre Harlequin INTENSE, una nueva colección de novelas entretenidas y provocadoras para mujeres valientes. "Quiero probarte esta noche" Con una química tan fuerte, merecía la pena correr el riesgo de quemarse... El multimillonario Jack Grant era completamente inalcanzable para Gemma Picton. Era un hombre salvaje, peligroso y... su jefe. Pero cuando pasaron de trabajar hasta muy tarde a algo más, Gemma se dio cuenta de que la realidad superaba todas sus fantasías, ¡y había fantaseado mucho con Jack! Sin embargo, él estaba emocionalmente herido y cuando Gemma quiso sanar su corazón, además de disfrutar de su cuerpo, supo que se había metido en problemas.

[Cómpralo y empieza a leer](#)